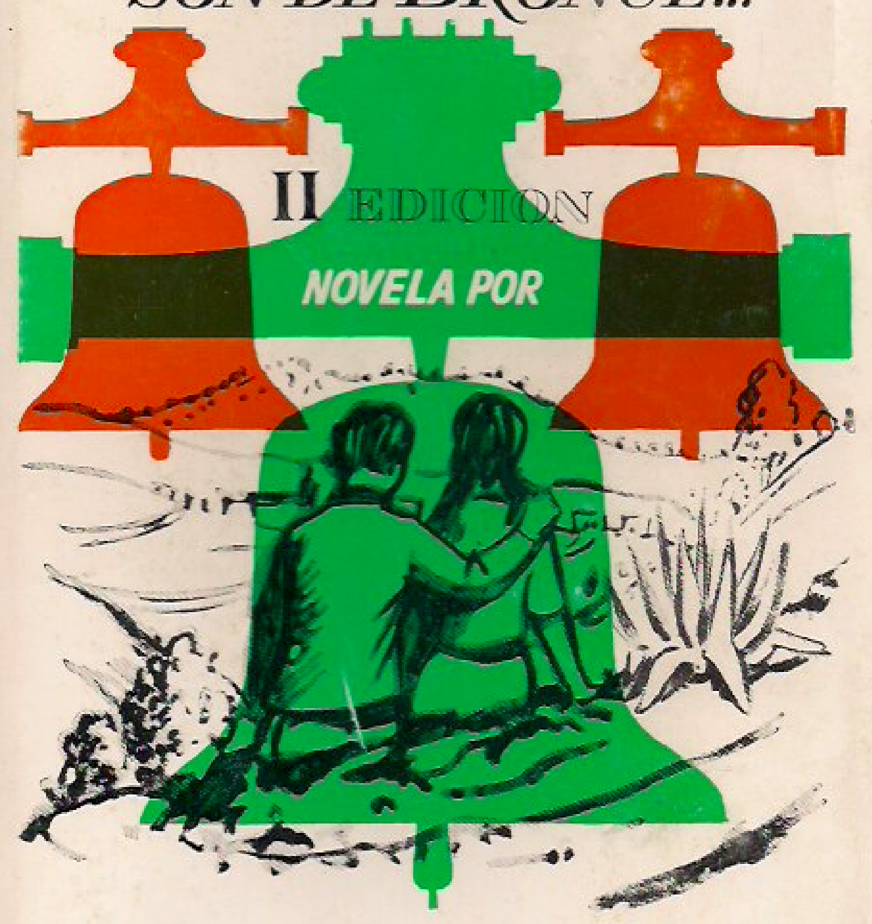
"LAS CAMPANAS SON DE BRONCE..."



PABLO ARTILES

“LAS CAMPANAS SON DE BRONCE...“

Depósito legal M. 13.469 - 1968.

DIANA, Artes Gráficas, Larra, 12. Madrid.—1968.

"... el amor es estupendo; pero complicado, difícil, y..., a veces, amargo...".

(De una carta de ALICIA.)

"...lo rural se impone, por la gravedad de los problemas del campo.

Creemos llegada la hora de que nuestros escritores vuelvan a recorrer su caminos..."

("A B C": 24-junio-1965.)

"Ser cristiano es:... denunciar las injusticias y las indignas desigualdades."

(Concilio Vaticano II.)

PABLO ARTILES

"LAS CAMPANAS SON DE BRONCE..."

NOVELA

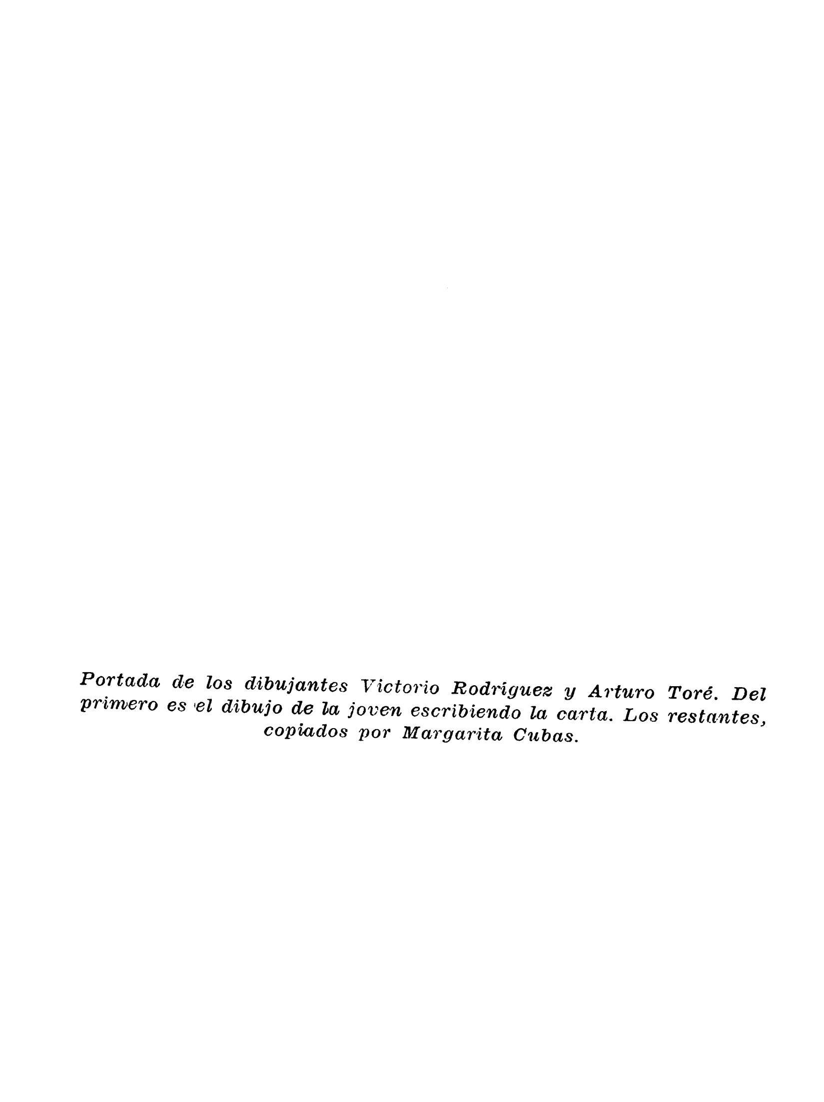
(Segunda Edición)

Un lío de amores...
Un lío de aguas...
Un lío en sistema educativo...

Denuncia 1.ª las injusticias contra los sencillos campesinos.

Denuncia 2.ª las injusticias contra los niños pobres.

MADRID
1968



Portada de los dibujantes Victorio Rodríguez y Arturo Toré. Del primero es el dibujo de la joven escribiendo la carta. Los restantes, copiados por Margarita Cubas.

PRESENTACION

Tres temas se entrelazan en esta novela: el Amor, móvil eterno de las almas; el agua, "oro líquido" en las Islas Afortunadas, donde "chorro de agua, mina de oro", según Vernau, con sus sempiternos líos, y un tercero sobre falsos métodos educativos.

Los primeros constituyen la trama central; el último la roza tangencialmente, pero con amplitud y largura.

Se entrecruzan y enredan en ellos el Interés, la Ilusión y el Amor, triunfando al cabo éste sobre la ventaja material, y la realidad de la vida compesina del espejismo de un sueño idealista.

El Amor, hilo de seda fortísimo, mueve la Vida y borda en colores la existencia de unos jóvenes en la tierra canaria.

¿Qué no se mueve por Amor?

Bulle como torrente en las almas juveniles, que sueñan, sufren, gozan, y a las que acucian anhelos, fantasías, ansias, realidades, desengaños...

Y con el Amor, el Interés por el Agua, hada misteriosa, más buscada y codiciada que la tierra en las Islas Canarias.

Inagotablemente fecundas las Islas, por mor del imprescindible líquido —tan escaso en estas Peñas del Atlántico— se levantan continuos e inacabables pleitos.

Los campesinos, apegados a sus tierras y a sus chorros de agua, resisten con toda energía a las artimañas de los listones y a los cambalaches de las ricas heredades de la costa. De aquí las eternas pugnas, que son en Canarias "el pan nuestro de cada día".

Tercer tema, tangencial, un tema olvidado, mejor, desconocido: el trato que reciben los niños pobres de muchos internados gratuitos, con rigorismo que raya en lo auténticamente inhumano, con "un cierto olor a podrido", a esclavitud física y mental, producto de mucha comodidad y de mucha ignorancia, amalgamada con infatuado engreimiento y tonto empaque de pretendida ultra autosuficiencia moral y cultural.

En veinticinco años he ido descubriendo que allí donde tú y yo, lector, creíamos existir un mundo de completo amor y felicidad, hay un mundo de incomprensión y de infinita tristura; descubrimiento difícil, pues los "responsables" aquietan y adormecen a sus "víctimas" con falsos pietismos, y las aislan cuidadosamente, para impedir sean oídas sus justas quejas.

Pero unos botones de "roñería" espiritual increíble hicieron saltar otros muchos; los cuales, como botones de fuego, revelaron a mis ojos asombrados la película amarga y trágica, la telaraña sutil con que se envuelve, acibara y martiriza la vida de centenares, tal vez de millares, inocentes niños pobres.

Y, Quijote desfacedor de entuertos, he querido denunciar los engendros de la Injusticia disfrazada de Caridad, aunque sea en novela, por si la opinión pública logre un mayor respeto para la persona humana del niño pobre, tan inútilmente vejada, y la de sus padres; amor como Cristo enseña —no de nombre, sino de obras— para el pobre niño desvalido y sus familias, social y económicamente débiles; y cumpliendo así "la doctrina social cristiana, cuya luz es la Verdad, cuyo objetivo es la Justicia, cuya fuerza es el amor", en palabras de Juan XXIII en su Encíclica "Mater et Magistra".

Ocasionalmente, pero enraizada en el mismo relato novelístico, he intentado dar respuesta cumplida —poniendo puntos sobre las íes— a una polémica entablada con motivo de las declaraciones de J. L. Martín Vigil acerca de los "curas manifestantes" de Barcelona.

Si quieres, lector, abundar en detalles, destrenza hilos

y ovillos de esta trama novelística, enredado cordón de triple nudo, cuerda por donde se tira de los badajos de "LAS CAMPANAS SON DE BRONCE...", cuyos fuertes repiques y volteos, de clarísima sonoridad, desea para ti muy gratos

EL AUTOR.

AGRADECIMIENTO Y DESEO...

Cuando con breves líneas de presentación lancé al público, aún no hace un año, "LAS CAMPANAS SON DE BRONCE...", estaba muy lejos de soñar que pronto iba a coger el badajo de la pluma para nuevos volteos de "LAS CAMPANAS..."

La favorable acogida que lectores, escritores, periodistas, tanto canarios como peninsulares, han ofrecido a la obra, y sus generosas frases, han fabricado un colchón de espuma sobre el que ha surcado el proceloso mar de la crítica y corrido su primera aventura este "Corsario Negro".

Por sus amables frases, a todos, ¡muchas gracias!

Ahora intento, en atrevida singladura, entrar mar adentro, y doblar el "cabo de buena esperanza" de la segunda edición, con el deseo de que lleguen más y más lejos los ecos de "LAS CAMPANAS...", y resuenen más hondo sus "aldabonazos a las conciencias", en frase del culto escritor Sebastián Jiménez Sánchez (1)

Resuenen, pues, estos nuevos repiques y volteos de "LAS CAMPANAS...", dando a conocer algo de mi Isla Canaria, sus paisajes, ambiente y costumbres; e intentando a la vez más y más humanidad para unos niños a quienes una "pía piedad sin piedad" somete, en un mundo cristiano, a privaciones y discriminaciones, si no raciales, sí sociales, y tan injustas como innecesarias.

Repicando a fuego y tocando a rebato con los refundidos y mejor templados badajos de mis "CAMPANAS...", intenta este campanero que el agua de una auténtica caridad evangélica apague el incendio de esas incompresiones y

(1) "El Eco de Canarias": 5 julio 1967.

discriminaciones "entre blancos y... blancos inocentes, entre niños que no han cometido otro delito que ser pobres..." según expresión de una caracterizada pluma bajo el seudónimo de Adalberto Linares (1).

Al tratar con los niños pobres, recordemos las palabras de San Pablo:

"...sea vuestro uniforme la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión..."

"...y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada..." (2).

"...vuestra Caridad sobresalga más y más en sabiduría y sentido común..." (3).

Y Pablo VI, a las religiosas: "...en el reino de Dios sólo el amor es fecundo. El amor totaliza su más alta expresión en el don de sí mismo, en el sacrificio..." (4).

* * *

Con razón he adjetivado de "corsario negro" a mi libro. "Corsario Negro" es una aeronave que vuela sobre el mar, acortando distancias entre las islas hermanas de Gran Canaria y Tenerife. Y mi libro busca también acortar las distancias entre los niños; y que aquello que no se realiza con los ricos, y cuya realización se consideraría un absurdo escandaloso, se considere también absurdo y escandaloso cuando se realiza con niños pobres; intentando a la vez disminuir ese océano de lágrimas y amarguras sobre el que aún navegan tristemente los niños de muchos internados gratuitos.

Palabra propia para un libro "pirata" que descubre y surca un lago de antros oscuros y aguas cenagosas, donde los pilotos de la nave no han encontrado todavía brújulas y estrellas orientadoras.

Y también porque parece increíble que un sacerdote haya lanzado críticas a ciertos procederes de "hermanas en Cris-

---

(1) "Diario de Las Palmas" (7 septiembre 1967) y "Arriba", de Madrid (16 septiembre 1967).

(2) Colos.: 2, 12-14.

(3) Filip.: 1, 9.

(4) Comunidades dedicadas a la enseñanza (1967).

to". Tal vez esto suene mal en oídos píos. Pero conste que por años agoté todos los medios posibles, de palabra y por escrito, sin que fueran oídas las quejas. Y ante el contraste, la elección no era dudosa.

"Hasta los criminales y asesinos tienen posibilidad de ver y hablar con sus abogados y confesores", dice la protagonista de mi novela. Pero esto lo he visto dificultado e impedido más de una vez al capellán en relación con niños y niñas pobres de Hogares gratuitos: ¡contraste increíble!

Más contrastes: en Madrid y otras capitales, muchos estudiantes universitarios se dedican a varias cosas ajenas al estudio; es decir, a todo menos a estudiar. Y la autoridad académica confiesa: "no acatan (los estudiantes) nuestra autoridad y hasta la reclaman para ellos". Y "estamos en un Estado de Derecho. No se puede condenar sin pruebas fehacientes y por causas realmente graves..." (1).

Saltemos de Madrid a Arucas, en Gran Canaria; de la Universidad a un Hogar para niñas pobres. De unos estudiantes bien nutridos y servidos, mimados, pagados con dinero de todos, a una estudiante pobre, Pinito García, de conducta intachable durante nueve años de internada, ni mimada, ni bien comida, ni bien servida, hija de viuda enferma, que trabaja y se hospeda en casa ajena.

¿Qué hizo esta estudiante? ¿Se sublevó? Tiró piedras a la policía? ¿Se manifestó subversivamente? ¿Lanzó Cristos por las ventanas de su Hogar? Nada de eso... ¿Qué hizo? Hizo lo siguiente:

"Escribe en un papel sentimientos afectuosos a su madre para felicitarla por el día de su santo..."

Pero las "señoras" y los "señores" tienen terminantemente prohibido, entre otras muchas cosas, que sus "siervas" escriban sin saberlo y autorizarlo ellas...; y, por ciertas expresiones contenidas en el papel —papel que le fue descubierto y arrebatado a la fuerza, y leído a sus compañeras—, sospecharon que aquella joven HABIA PENSADO tal vez cometer el "increíble delito" de enviar por correo los filiales sentimientos cariñosos a su madre, sin conoci-

(1) Diario "Arriba": (11 enero 1968).

miento ni consentimiento de ellas... "HABIA PENSADO" felicitar a su madre...: ¡pecado gravísimo!

En consecuencia, deciden expulsarla en aquel instante, por tal "INCREIBLE DELITO".

Y aquí el tremendo contrastes allá, por tantas cosas... ¡nada! Aquí, por un hermoso y loable acto de virtud, ¡pena capital!, ¡expulsión fulminante!

Y, sin embargo, también en Canarias, y en la ciudad de Arucas, "estamos en España, y en un Estado de Derecho, y no se puede (ni se debe) condenar a nadie sin pruebas fehacientes y por causas realmente graves...".

* * *

Por mi parte, seguiré defendiendo la humanidad y dignidad de todos los niños, y la de mis intenciones; y anhelando que una mayor cordura y sensatez cristiana reine en los Hogares e Internados de los pobres; porque "todos los mandamientos están comprendidos en esta expresión: "amarás al prójimo como a ti mismo". Y porque "el amor es el cumplimiento de la ley"; en palabras de S. Pablo (1).

El ejemplo referido, totalmente histórico, uno entre tantos, es un sonoro aldabonazo que debe despertar conciencias dormidas, y símbolo muy expresivo de una intolerable tiranía despiadada, suficiente por sí solo para calibrar el sistema educativo que lo tolera y produce.

* * *

Coinciden estos justos deseos con la circular que ha enviado el Consejo Superior de Protección de Menores a las Juntas Provinciales, con fecha 16 *de febrero de* 1966, *y en la que, con palabras y firma de don Mariano Puigdollers, se dice textualmente:*

"...se considera oportuno que, como norma, los menores internados tengan la autorización de pasar en sus casas todos los fines de semana (de sábado por la tarde a domingo por la noche)..."

---

(1) Romanos: 13, 9-10.

"...esto responde a las normas en vigor de la pedagogía y de la psicología infantil, de la sociología familiar y, sobre todo, a los principios cristianos..."

"...seguir con sistemas anticuados en los establecimientos destinados a menores... procedentes de medios más modestos, sería crear un régimen de descriminación hoy día desechado y que podría dar origen a un ambiente de malestar entre nuestros protegidos y sus familias..."

"...principio de la Obra de Protección de Menores (es) proporcionar a éstos todo lo que es considerado beneficioso para la infancia y nunca renunciar para ellos a privilegios que poseen niños en situación más normal y dichosa..."

¡Hermosas palabras! ¡Ojalá pensaran y meditaran sobre ellas las y los rectores responsables de las instituciones que sostienen Internados y Hogares gratuitos. Porque si eso se establece y se concede a "reformandos" sometidos a régimen de corrección, ¿por qué no a menores cuyo único pecado es el delito de ser pobres? Niños que sólo por eso, están y se les trata como encarcelados y delincuentes, responsables de no se sabe qué delitos, crímenes y tabús raciales; aunque en bellos edificios, eso sí, con el bonito nombre de Hogares.

El profesor Royo Villanova ha dicho en una conferencia tenida en el Hospital del Niño Jesús, de Madrid:

"El amor nace del amor, se hace con el amor... La participación activa y propia del amor será tanto más consciente y fructuosa cuando más claramente se conozca y más intensamente se sienta el puesto supremo que tiene el amor en la vida y la existencia del hombre."

Todos los educadores y pegagogos... deberían leer y meditar estas palabras del poeta Tagore: "No, tú no sabes abrir los capullos y convertirlos en flor. Los sacudes, los golpeas; pero no está en tí el el hacerlos florecer. Tu mano los mancha, les rasga las hojas, los deshace en el polvo, pero no les saca color alguno ni aroma... Tú no sabes abrir el capullo y convertirlo en flor..." (1).

(1) Diario "Arriba": 17 febrero 1968.

Es deseable que el capullo se convierta en flor, no a sacudidas y golpes, sino con amor...

Eso deseo. Y que leyendo este libro puedas decir con el escritor El Eslava: "estamos ante una gran novela..." (1). *O con el novelista Jesús Torbado: "el libro está escrito con caridad, con quehacer literario..."* (2).

Lo de "estamos ante una gran novela", aunque agradezco mucho el elogio, lo puedes poner en cuarentena, lector. Que "el libro está escrito con caridad...", lo puedes y debes tener por seguro, seguro...

Y si estos renovados repiques y repetidos volteos de "LAS CAMPANAS SON DE BRONCE...", de clara sonoridad, no fueren del todo ingratos para tí que me lees, sería de nuevo feliz

EL AUTOR.

---

(1) Revista "Fuerza Nueva": 3 julio 1967.
(2) Revista "Hogar 2.000": Noviembre 1967.

Aclaración conveniente

En esta novela la protagonista y otros personajes exponen acres y duras críticas a determinados ambientes y métodos educativos.

Ante tales manifestaciones de unos personajes de ficción —que, ficción y todo, debemos suponer de carne y hueso, y no ángeles, con sus correspondientes fobias y antifobias—, es conveniente puntualizar:

Aquello de que se lamentan, aborrecen y maldicen, o es falso, o es verdadero.

Si falso, téngase por una licencia literaria: unos personajes fantásticos que se expresan en forma apasionada, para dar vida a un relato de pura invención...

Si es verdad..., si eso y cosas parecidas ocurrieren, lo que no es difícil comprobar, otra vez el binomio: es bueno, o es malo.

Si bueno, alégrense los que lo practican...: se dan a conocer sus "excelentes" métodos educativos..., aunque proteste y los deteste la protagonista que los sufre.

Si es malo, entonces procede la enmienda; o sea, suprimir eso "malo", para que la caricatura no lastime a ciertos ambientes educacionales, ni siquiera con el roce tangencial de una fantasía novelística...

ESCENARIO

Es un paguecillo de cumbres. Casitas-cuevas, semiocultas entre flores y árboles.

De él escribió el poeta francés H. Robert:

"...pueblos pequeños, inolvidables pueblos.
En un coche ahumado,
por las antiguas sendas de un campo negro.

....

Nombres que sueñan eternidades,
inolvidables pueblos..."

Y el autor de estas líneas, en su libro *Cumbres Arriba:*

...apagados
se oyen ecos dulces de las cosas
y bíblicas esquilas de ganados..."

El colmenar humano construye panales y abre celdas en el mazapán quemado de los riscos, libando miel en el dulzor de los huertos, con murmullo y cabrilleo barroso de acequias y rebrillar de espigados maizales.

* * *

El chocolate de las tierras cuadriculado por estrías de barrancos: El Barranco Hondo —perforado de viviendas, tal que un cedazo, o una colmena—, con dos gemelos: El



"... pueblos pequeños, inolvidables pueblos. Nombres que sueñan eternidades..." (Pág. 19.)

Barranco Seco y El Barranquillo, que corre parejo a él, y donde crecen los juncos, erectos y puntiagudos, que han dado nombre y carácter al paguecillo.

Mirlos, capirotes, canarios, bullen en huertos llenos de manzanos y nogales y ponen notas alegres en el pentagrama del Barranquillo, al que refrescan el "Chorro de la Cañavera" y la "Fuente del Juncal", de aguas puras, cual la juventud campesina, y que silabea un continuo fru-fru de beso largo:

"¡Fuentecilla de la cumbre,
fría, fría como nieve!"

Un senderillo al borde de una acequia conduce a la ermita que, sobre una loma acamellada, repica a gloria con su airoso perfil.

Visten estas tierras de humilde sayal franciscano, con cabezotas de peñas rapadas y capuchones negros. Las adornan grandes rosarios de ovejas y milagrosos y anudados cordones de acequias blancas, entre el verdiazul de los pinares y el verdinegro de los hundidos barrancos.

El dulce verde de sus huertos, en escalera, son como humedecidos pañuelos de seda secándose al sol en los riscos, o tapices colgados, con dibujos, que pregonan el prodigio de la agricultura canaria.

Frontero, separado por el "Barranquillo", el barrio primitivo, colmena en actividad radiosa, con tunerales y acequias de rumor húmedo. Más allá, La Meseta, espolón de rocas sobre una tormenta de barrancos.

Alto, vistoso, el Retamar, oasis de pájaros, con familiares senderos de pitas y tuneras, y donde contrasta el blancor de las viviendas con el verde de los nogales y los emparrados.

Y afanes, pasiones, mocedad viril y senectud ardorosa; y bellas mocitas, que levantan vendavales, y a las que cuadra la copla:

"Como vienes del campo
vienes airosa,
vienes encarnadita
como una rosa."



"Frontero, separado por el Barranquillo, el barrio primitivo... (Pág. 20.)

Telón de fondo, el Pinar de Tamadaba, que bruscamente obliga a torcer de rumbo al hondísimo barranco.

Y mientras aquél intenta arañar el cielo con el espinazo de su cumbre, asaetada de pinos, éste se humilla profundamente a las plantas del pinar, humedeciéndolo con sus lágrimas allá por las presas de Lugarejo y Los Pérez.

Luego, el Barranco Hondo, loco de honduras, se arrojará por los precipicios del Sao y Los Berrazales, para zambullirse más tarde en el Atlántico, por las Playas del Agaete, emaculado, sereno; mientras el airón gigantesco del pinar alza su cabezota encendida en el Roque de Altavista, muerde a la princesa encantada del Montañón del Brezo y se asoma al ensoñado valle de La Aldea.

Tres carreteras rondan, temerosas de despertarlo de su idílico sueño, a este pueblecito campestre, bucólico, bíblico, que es el "oculto en altas cumbres paguecillo místico...", escenario de esta novela.

I

MARIA FLORA, "LA FLOR DE RETAMAR"

Con la "Fuentecilla del Juncal", para beber, y "El Chorro de la Cañavera" —"La Mina", mina de oro— para regar, el pueblecillo era y se sentía feliz, en amiganza entrañable con la madre tierra.

Generosa en dar y producir, de la tierra, fecundada por El Chorro, extraía el jugo vital de su existencia. Pero...

* * *

El labrador, a sus animales, sus huertos, sus cosechas La mujer, a los quehaceres domésticos: el queso, el cochinito, la cabrita, las gallinas. Tostar en gánigos de barro amasando y recetando en los lebrillos elaborados por la célebre "cieguita" de Lugarejo. Cocer pan en hornos caseros, con perfume de retama y tomillo. Y tejer en viejos telares jerga y estameña para las abrigadas mantas y chaquetones de burda lana.

La joven ayuda a la madre: cose, lava...; coge tunos con la ahuecada caña —"la rueca"—, cava, siembra, recoge. Y en el atardecer, cuando se llenan de matices dorados los senderos y el caserío se inunda de plácidos rumores, reviven una estampa típica por los caminos de la fuente, "ágiles, geitosas, leves..."

Y son pocas las fechas en que pueden salir de la rutina diaria, siempre afanados al trabajo. Una de ellas, el cator-

ce de septiembre, día de la Santa Cruz. Era costumbre subir a la cercana "Montaña Valerón" para venerar el signo cristiano que corona su cúspide. Hay en ella una explanada, en tiempos antiguos corral de ovejas. Allí se congregó esa tarde, "empipotiada", toda la juventud del barrio. Y también María Flora...

María Flora era la flor más lozana del Retamar. En todos aquellos campos no había muchacha más famosa: flor en capullo, botón de juventud y espontaneidad.

Se educaba fuera —como huérfana, su abuelo había conseguido, por mediación del cura, internarla en un Hogar—; pero pasaba sus vacaciones en el paguecillo.

Despabilada y hacendosa, hay en ella un qué distinto: limpieza, pulcritud, trajes bien cortados y ajustados, atracción, elegancia; venustidad serena y maciza, con una natural y delicada gracia que atrae inevitablemente.

Son sus cabellos del color de la noche. Sus ojos grandes, africanos, negros, pensativos, de pestañas dobles e irresistibles hechizos. De líneas finísimas su rostro, con transparencia de trigo maduro y frescura infantil en las mejillas; de harina y miel, tostado, como pan del campo.

El capullo rojo de sus labios, húmedos y entreabiertos, estalla en pétalos vivos y carnosos al desgranar su siempre grande y feliz sonrisa. Unos dientes regulares, blancos, le brillan como perlas en el coral de las encías.

Con dieciséis años, color de manzana madura —a veces con un qué del agrio sabor de la "francesa"—, con morbidez suave y prieta juntamente, sana como la misma salud, es una beldad agridulce, en sazón, toda atractivo natural, de mora silvestre: una campesina esculpida en piedra de riscos y desbastada y pulida en fantásticos moldes para crear bellezas de ensueño.

Y conjuga bien su viveza con la ingenuidad del roce con monjas, de las que murmuraba de lo lindo.

En ocasiones se le encinta el pecho; y aflora a su alma el arrastre sequizo de la tierra, con ariscos modos de pitas y tuneras, manifestándolo con arranques de genio, con ironía o risas burlonas.

Le gustaba y sabía cantar. Y la gente comentaba: "Es una gloria cantando. Es una calandria..."



"De líneas finísimas su rostro, con trasparencia de trigo maduro...; de harina y miel tostado, como pan del campo." (Pág. 24.)

Dicho así, por pura comparación, le quedó el sobrenombre, sin que ella mostrase desagrado por ello. Y como vivía en el Retamar", la llamaban graciosamente "Calandria del Retamar", o, simplemente, "Calandria".

Y el que más y el que menos de los mozos de aquellos contornos soñó alguna vez con ser novio de "Calandria". Pero ella, como pajarillo que canta libremente, o azucena que perfuma el campo, era una "canaria del monte" que no sueña con la dorada "giñera" donde pueden encerrarla, herida de las alas y del corazón.

* * *

Entre sus presuntos enamorados contábase un tal Bartolo, de sobrenombre "el Buey", mocetón del Barranco Hondo de Arriba, feo como un becerro, locastro, horro de inteligencia, largo de brazos y corto de razones.

No consta que el sobrenombre se le diera por el parecido; pero sí que tenía el capricho de imitar a los animales con los que vive "en coexistencia pacífica".

Cuadrado, membrudo, con pelo de cerdas, boca de higo rajado, manos como tenazas, ojos borrosos, piernas torcidas y dientes color tierra, grandes como los de un burro, siente por la mocita del Retamar una pasión rayana en insania. Se lo expresaba con modos muy pintorescos: "Eres bonita como mi becerra. Pareces un ramito sándara. Te quiero como a mi baifa..."

Ella le huía. En cambio, Pascuala, moza de ancho rostro de pandero, torpe de magín, blancucha, cotorrona, gorda y linfática, de pompi saledizo, pechuga exuberante, pelo de azafrán, de pupilas apagadas, bizqueando un poco, de cabeza huera como nuez vacía y lengua larga, rebosando vulgaridad y sosez, se bebía los vientos, toda dengues y melindres por "el Buey".

Terminado el rosario ante la Cruz, Bartolo canturrea:

¡Ay, Teror, Teror, Teror!
¡Ay, Teror, qué lindo estás!
¡Qué bonita está la Virgen
en lo alto de su altar!

Y por remate, se explaya con un "¡múuuu...!" sostenido y orondo.

Un individuo cruza por el camino de Los Risquetes. Y hubo comentarios:

—¡Miren, el meico va de visita a los enfermos!...

—No, va a trazá la carretera...

—¿Y no dirá a pifiarnos el agua?

—Va a jasé d'ánima en pena en la cumbre.

Los demás ríen, o se lanzan indirectas, según el hilo de los afectos.

Y Calandria con sus amigas:

"Tierra mía,
pino verde y negras playas,
¡ay, pinar de Tamadaba...!"

Y Juan el de Retamar, eufórico:

¡Don Quijote de La Mancha,
come güevo y no se mancha!

Y da un brinco de mono.

* * *

Atardeciendo, bajan en grupos. Bartolo se aproxima a Calandria. La piropea a bocajarro:

—¡Eres bonita como mi becerra! ¡Güeles como un ramito hierbabuena...

Ella no le presta atención.

—¿Por qué me tienes con el alma apretujá? ¿Por qué no me quieres, puñema?

—Oye, ¿por qué tú dices que me quieres, sin nadie mandártelo, tengo yo que quererte a ti?

—Sí, contra, lo manda el primer mandamiento: al prójimo como a tí mesmo... —y se rasca violentamente la cabeza.

—Una cosa es querer por el primer mandamiento y otra quererte a ti por tu mandamiento. ¡Bueno fuera!

—¡Pos ties que quererme! ¿Es que soy feo? —e hizo una mueca. Ella hace otra de desagrado.

—Fuerte requilorio te traes. ¿Cómo voy a quererte si..., si no te quiero?

—¿Y por qué no, baifita mía?

—¡Suelta el rollo, cara bollo!

Pascuala, con andar sultanesco:

—¡Oye! ¿Por qué no dejas tú a Bartolo?

—¡Dale soba, sopa boba! —replica Calandria, y aprovecha la ocasión para unirse a sus compañeras, que comentan:

—¡Ya la embistió ese felele!

—¡Parece un carnero topón!— y ríen.

Quítales la risa Bartolo, que cruza a ras de ellas, los brazos abiertos, jadeante, gruñendo, soltando tacos y saltando retamas y berreando:

—¡Múuuu!...

—En resumías cuentas, ¿me quieres o no me quieres, vida mía? —dícele.

—Sí, te quiero... —se burla la muchacha—, te quiero... lejos, ¡lejos de mí!

Y al brutote se le heló en los labios la miel de una mueca que había aflorado a su rostro.

* * *

Va entonces Bartolo donde Pascuala:

—No sé cómo es esa Calandria, ¡contra! Siempre tras mí, tras mí, maja'era, pa' que sea su novio; y yo le 'igo que no tengo más novia, ni quiero a más naide que a ti, ¡Pascuala de mi corazón!...

Y Pascualilla se esponga, alcachofada, con sonrisa fatua y airoso pavoneo.

II

Y MATIAS, EL MOZO DE LA MADRELAGUNA

Venía en el grupo otro chiflado por la muchacha del Retamar.

Buen tipo, coloradote, de facciones correctas, de familia hacendosa, de posibles, y desalado por paliquear, se le acerca, elegante, guapetón, con camisa blanca y corbata azul, de lacito:

—¡Buenas tardes!

—¡Buenas!

—¿Se puede hablar?

—¡Por hablar!

—¡Mira que ese Bartolo!...

Ella pasa la mano por la lozanía de su pelo tostado. El la contempla embaído, y susurra, querencioso:

—Bueno, y si te viene un querer fino y cabal —y acciona con elegancia—. Un majapapas como ése..., ¡claro! Pero uno que te quiera bien, bien..., ¿lo aceptarías?

—No, por ahora.

—¿Por qué, caracho?

—Estoy en un Hogar.

—Nos escribimos.

—¡Ja, ja, ja!—ríe ella— ¡Bueno fuera que yo recibiera cartas de novios! Me excomulgan. Ni mirar para un muchacho. No sabes cómo son.

—Puedes tenerlo, aunque no te lo permitan. Si yo, por un suponer... —y la mira embobado.

—Lo pensaré.

—Lo penseas muy despacio.

—Nadie me da prisa a "pensearlo". ¡Si fuera rica!

—Pero me ajogo yo con el aquello de no saber si vas o no a la querencia de mi fantasía.

—Deja que las frutas maduren a su tiempo, y que las manzanas caigan por su peso... —y juega con una que llevaba en las manos.

* * *

De cuando en cuando, juguetona, se desata un pañuelo que tenía anudado a la garganta; le da vueltas en el brazo, se lo vuelve a poner. Tira la fruta al aire, se toca las manos atrás, vuelve a cogerla.

—¡Uno, dos, tres!... ¡Vamos a ver!—tararea.

—¡Ajá! Juegas ansina mesmo con los corazones.

—Deja que el agua salga sola, cantando, sin que nadie la enturbie.

—¿Estoyla enturbiando yo con echar fuera esta melancolía?

—Pretendes sacar agua a cacharros. Y debe salir ella sola, cantando, por su peso, como en la fuente.

—¡Sos una chiquilla, caracho! Eso lo deprendes con las monjas, pa'que te quedes con ellas pa'llá. ¿Qué tú sos boba?

—¡Ja, ja! ¿Boba? Ellas demasiado listas.

—En resumías cuentas, ¿acetas o no acetas la relación de mi querer?

Ella se para, pensativa. Coge una margarita.

—¡Vamos a ver! —dice, y, risueña, arranca pétalos mientras musita:

—Sí... No... Sí... No...

Cuando le queda uno, correspondía un sí. Ella sonríe, indecisa, colorada, sin arrancar el pétalo. El muchacho, satisfecho, dice:

—¿Ves? La flor ha dicho sí. Y es que "boda y mortaja del cielo bajan", como dice mi abuelo.

—¡Ja, ja! —ríe ella—. Y, como dice el mío: "antes que te cases, mira lo que haces".

* * *

Y Calandria, parándose, muy seria:

—¡Oye! ¿Es cierto que piensas meter en tubos el agua de La Cañavera?

—¡Ajá! Tendremos más cuartos.

—¿Crees tú que si robas esa agua?... ¡Nunca, jamás!

—¡Ah, contra! Yo creí...

—¿Qué creíste? Ni te miraré a la cara, Matías...

—Caracho, no te pongas así... Es cosa de mi padre.

—Impídele tú que lo haga.

—Pero...

—No hay pero que valga. Como metas el agua en los tubos, como dices, no me hables en tu vida, ¿entiendes? ¡Te lo juro! —y besa el índice y el pulgar cruzados, enrabiada.

—Pos, pos... es asunto de mi padre. ¿A qué esas juraciones?

—Pos..., pos... —lo remeda la muchacha— esto es asunto mío. ¡Ya lo sabes!

Y, el pétalo entre los labios, se une a sus compañeras, y se pone a tararear, haciéndole coro y eco sus amigas:

"Es inútil dejar de quererte,
yo no puedo vivir sin tu amor..."

* * *

E iban en línea recta por caminos orillados de pitas, Calandria al centro, cogidas de la mano, en marcha ligera. El mozo queda prudentemente atrás. Una tristura negra le invade el corazón.

A veces Calandria caminaba de espaldas, mientras con los brazos dirige el concierto. Parecía una niña contenta del aire oloroso del campo y de la dulce libertad. Cogía flores, las tiraba a las amigas, a los mozos; corría, cantaba como una chiquilla, percibiendo el goce puro del sol, de la naturaleza, de la salud. Sus compañeras la imitaban. Los muchachos juegan a pisar sus sombras. Ellas, cantan con voces de cristal, marchando, gráciles como palomas, por senderos apiconados, entre pitas:

"No hay en el mundo dinero
para comprar los quereres,
y el cariño verdadero
y el cariño verdadero
ni se compra ni se vende..."

El alegre reír de las muchachas encendía más la pasión de los zagueros jóvenes, divertidos en pisar sus sombras.

Y el rosario moceril se fue desgranando y las parejas deshaciéndose. Y Matías:

—¡A ver cuando cae la manzana!

Y ella, besando sus dedos, de modo aparatoso:

—¡Lo dicho, Matías!

* * *

Y fueron a sus viviendas los de La Madrelagua, y a las suyas los del Retamar. La de Calandria, en lo más alto, tenía un gran patio con flores y un alto pino. Entra y saluda cariñosamente:

—¡Buenas tardes, abuelo! —y dio un beso a un viejo acartonado, pequeño, con cara burlona y risueña, que se entretenía echando de comer a un hurón.

—¿Ya llegaron d'allá'rría? ¿Qué? ¿Cazaste un novio?

—¡Jesús, abuelito! ¿Usted no sabe que las monjas no nos dejan tener novio? —y reía pícaramente la muchacha.

—¡Ah, caracho! ¿No te dejan tener novio? Y tonses, casaráste, ¿con quién, mechachis? ¿Con un tenique? ¿O es que vas a dirte de monja?

—Si me da la rebelina...

—Bueno, tú sabrás y a tu gusto me ajusto. Descoge a tiempo, bobona, que "al seguro llaman preso"; y luego, al antojo del esperón y de las monjas te que'arás sin nenguno, jinojo.

—Hoy me ha requerido Bartolo... —confiesa burlonamente la moza.

—¡Cómo! ¿Ese bestia? ¡Ah, trasto! ¡Le parto el jocico si se atreve a mirarte, cuanto más a pretenderte ese pilfo, cabeza de jasnero! ¿Y cómo podrían aparearse un buey y una calandria, jinojo? ¡Ja, ja, ja! —y siguió con el bicho.

—Pues, ¿no dice usted que busque novio?

—Si, contra; pero no un animal... ¡Miusté qué novio! —y reía el viejo; y no menos la moza, que parecía gozarla con las genialidades del anciano.

* * *

—¿Sabe, abuelo?

—¿Qué, nieta?

—Van a quitar el agua La Cañavera.

—¿Qué'ises, nieta?—y deja el bicho.

—Que van a quitar el agua La Cañavera.

—¿Cómo? ¡Repite otra güelta!—vuelto a ella, todo nervioso, enfurruñado.

—Que los de La Madrelaguna —como cantando— van a poner en tubos el agua de La Cañavera... ¿Entiende?

—¡Déjate de belingueos, contra!

—Me lo dijo Matías.

—¿Cómo? Eso no lo jarán nunca —y el viejo aprieta los puños, congestionado—. ¡Nunca, nieta! ¡No lo puén jaser!

—Eso digo yo, abuelo.

—Esa agua es del pueblo; y no pué sé..., porque se les antoje... —y tembliqueaba, los puños cerrados, con gritos.

—Bueno, y a lo mejor lo dijo en broma.

—¡Ni en broma, caracho! ¡Egoistones del diablo! Aunque, cuando se parecen almas en pena en la cumbre..., son malos barruntamientos, nieta.

—¡Jesús, abuelo! Eso son supersticiones. Siempre ¡fucha, fucha! con esa traquina de las almas en pena.

—¡Je, je! —y hace ademán el viejo de echar el hurón encima de la muchacha.

—¡Huy, me desalo!

—¡Jo, jo! ¡No existen fantasmas! —se burla el abuelo.

* * *

Poco después Calandria regaba unas flores, y cantaba:

"Campanitas que vais repicando..."

III

Y UN BARBUDO...

Tarde bochornosa de septiembre.

El coche correo de Artenara, en Gran Canaria, ha dejado atrás los pueblos de Teror y Valleseco; y, bufando, jadeante, asmático, renquea por las cuestas de Valsendero y Cueva Corcho, y se arrempica por las de Crespo, La Retamilla, Montañón Negro y "Cañá de la Vieja", bullidor, isócrono, maquinal, envuelto en blanca nube de polvo y despidiendo un chorro asfixiante de humo negro.

Por fin, toma resuello y respira en la "Caldera de los Pinos", a mil quinientos metros de altura.

Un extraño viajero asoma su rostro empatillado en la ventanilla del coche. Viste chaqueta de piel y camisa roja, desabrochada, con el pecho al aire.

Y Romero, el veterano cobrador, colorado y apoplético, de pie en el estribo, y el brazo con el sonante bolsón de las perras extendido hacia los pinares:

—¡Apéese, cristiano! ¡Por ahí bajo está su pueblo!

Y en el hueco de la puerta se enmarca la figura del singular viajero, con una maleta. El cobrador le baja otra de arriba, mientras él mira, extasiado, la deliciosa coloración del ocaso.

—¡Váaamolooosss!... ¡Y qué le aprovechee, amigooo!...

El "amigo" vuelve la vista atrás; pero el auto lo sahuma de negro, y con un murmullo de risas de los que iban en él y del cobrador que, con cara burlona de tuno rajado, grita:

—Aféitese, cristianito..., ¡si lo es!
Hace un signo de extrañeza el "cristianito". Se encoge de hombros.
Y allí se queda, siluetado en la alta cumbre, el maletón en la mano, dubitativo e inquieto, como pájaro bobo caído del cielo, indeciso ante las leves sendas que penetraban con misterio en la pendiente.

* * *

Era como de veintiún abriles, de ojos vivos, carrillos colorados y largas pistoleras, con vistosa barbita; el pelo con rizos rebeldes, a lo poeta.
Tira más a color subido que a moreno, a flaco y alto que a gordo y bajo. Un cinturón con remaches plateados sujeta sus pantalones de vaquero, color azul-mahón, con anillos blancos horizontales y amplios bolsillones, y que se estrechan conforme descienden hacia las piernas, donde casi son polainas.
Al rato deja caer el maletón, pone las manos atrás y otea el horizonte, bañado ya en el rojizo rubor del atardecer.

* * *

El paisaje es de amplitud sorprendente, de contrastes violentos. Alterna el verde de los pinos con el caneloso de las tierras coloradas; el negro del picón con el amarillo de los pastos, el blanco de las nubes con el acero brillante de los riscos, el azul lejano del mar y del Teide con el difuminado de las cumbres, de un grilloso barniz cristalino, con bruscos cambios de luz y sombras.
Los montes parecen manadas de dromedarios encadenados, rematadas las corcovas por el espinazo de unos paredones quemados por un sol oblicuo, al que parecen mirar las montañas, unidas en un mismo pensamiento, en una misma plegaria. Llena el corazón el mutismo de los cerros.
La tierra se hunde. Cerca, robustos y enormes pinos, de augusta vejez: cíclopes gigantes que bajan la cuesta olímpicamente, levantando sus deformes brazos para bañarse

en nubes, como en un mar de espuma. Otros pinos nuevos, en batallones, suben las pendientes o se acurrucan en las hondonadas. Hay senderos enmarcados por el verde ocre de las pitas.

A derecha, una caldera volcánica, ancha y honda, abre sus fauces de tigre y escupe tierra molida y quemada: diríase guarida de cíclopes que van a surgir de la hondura del antro, guiados por el tuerto gigante Polifemo, con un vetusto pino por bastón.

Una docena de cuervos revolotean, graznando, entre la caldera y los pinos.

Lejos, el Puerto de la Luz. Más cerca, una teoría de casitas, montes, laderas, barrancos, seminivelados por la neblina. Huele a heno y a tierra seca, a menta y tomillo. Entre las florecillas van y vienen mariposas blancas, cual pensamientos que volasen.

En las alturas, cumbres, horizontes encendidos, gloriosos de luz; cerros sangrientos, dentados, que muerden el cielo.

El viajero se sienta en un montículo, junto a la caldera.

En la lejanía, en dibujo, la Isla de Tenerife. El sol brilla en su cima, tal una hostia de oro expuesta sobre la custodia azul del Teide. Su luz se sume y consume lentamente en el volcán, como en un cáliz de fuego.

—¡Hermoso espectáculo! —exclama él—. Diríase soñado por ángeles amigos de ilusiones fantásticas.

Se tiñen de oro los pinos, los barrancos, las montañas. El Cerro García de Artenara asoma sobre los montes su aureolada cabeza de rey mitológico.

Los "Pinos de Gáldar" agitan su copudo ramaje como náufragos desesperados que se agarran en la niebla; altísimas columnas barrocas, restos de la catedral verde que un día cubrió estas alturas. Y, comparando el contraste entre los opuestos paisajes, recordó unos párrafos de Pereda, en su "Peñas Arriba":

"Allá..., los campos amenos, los frutos, las flores, la égloga, el idilio de la vida; aquí, la bravura salvaje, la lobreguez de los abismos, el silencio mortal de los páramos, la inclemencia

de la soledad; allí, el hombre, rey y señor de la tierra fértil; aquí, siervo infeliz, sabandija miserable de sus riscos escarpados y de sus moles infecundas."

Tronó en la hondura de la caldera un graznido de cuervos. Fue como un aullar de lobos en un aquelarre de brujas. Y de sus fauces brotaron, tétricas, grisáceas, todas la negruras de la noche.

El mozo siente un temblor de escalofrío. El viento se quejaba como un alma en pena.

IV

UN ALMA EN PENA

Tras el encanto del atardecer, el desencanto de las tinieblas.

Husmea caminos. ¡Nada!... Pinos desafiando a la noche con alterados ramalazos de monstruos. En sus copas aúlla el ventarrón como si en ellas tigres hambrientos descuartizaran gatos salvajes a mordiscos.

Busca senderos. Suenan las pisadas sobre el picón: ¡chas, chas, chas! Se detiene... Prosigue... Ve rostros pálidos de pupilas fosfóricas, como ojos de espíritus, en cada piedra blanca de la carretera. Recuerda que al pie de aquellos pinos se cometió el horrendo "crimen del alemán", y siente inquietud, y como el roce frío de alas invisibles.

Las montañas lo angustian con negror y silencio donde antes viera armonías de colores y distancias azules y transparentes. El viento plañe con lúgubres gemidos, como si un lamento corriera por las sombras. Se adensa la oscuridad delante de sus pasos.

Nubes retintas escupen lloviznas que la dan escalofrío.

Deja caer los maletones. Se sienta encima. Pone los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos...

Saca un transistor, una manta... Reúne pajullos secos gajos, retamas. Les prende fuego.

Restralla la leña, quejosa. Las llamas muerden con rabia las tinieblas. Enciende la radio.

Música agradable, de iglesia. Un órgano dibuja armo-

nías en la oscuridad. Desgrana el santo rosario, con rumor de muchedumbre y cánticos.

Fue un hallazgo feliz. El viajero reza. A voz baja al principio, a gritos más tarde, con extravagancia, burlón. E imita el tono fuerte de las voces masculinas. Luego da chillidos:

—¡Ora pro nobis! ¡Ooooraaa... proooo... nooobiiisss!

Arroja más pajullos a la hoguera. Las trémulas lenguas de fuego chispean, ágiles, como serpientes, lamiendo las sombras.

De pronto, al fulgurar de ellas, vislumbra una figura confusa sobre una peña. Se alza, abrigado en la manta Mira con detenimiento. ¿Era la figura de un pastor, con garrote, hierático, inmóvil, tallado en roca?

Y una estatua se la creería, homenaje al "rey de las cumbres", si no es que, al ladrar de un perro y oírse el tintineo grato de unas esquilas, la aparición lanza un grito agudo:

—¡Cito, Baldinooo!

Y el viajero, con voz de miedo, bromea, las manos por bocina.

—¡Ehhhh..., pastoooorrr! Soy un alma en pena, que sufre en llamas en este purgatorio de negruras. ¡Por caridad, mandadme a decir una misitaaa! ¡Soy hombre perdido! —con aspavientos de desesperado.

Su voz resonó hueca, retumbante. Su silueta, enmarcada en rojizas lumbres, parece una temerosa sombra. La radio retransmitía piadosos rezos, como de seres afligidos.

La visión queda pasmada. Traza una santiguado profundo y se desata:

—¡Sus, mi madre! ¡Un aparecío! ¡Un alma en pena! ¡Ave, María Purísima! ¡Baldinooo! ¡Cha pasquí, jairitaa! ¡Jaira, jiríii, jairitaaa!

Y saltó de la peña, y corría a brincos, despavorido. Y el viajero:

—¡Eh, deteneos! ¡Eso fue una broma! ¡Decidme por dónde se va a!... —y corría tras él.

Inútil. Las tinieblas se tragaron al pastor y sus ovejas, que huían como almas que han visto al diablo.

Al poco, una bocina rasga el silencio de la noche.

Los gritos y bracear del barbudo no atajan un coche, cuyos faros, ojos inflamados de un monstruo, apuñalan las tinieblas. Se detiene más allá. Pero cuando él intenta acercarse, arranca, veloz.

* * *

Las voces de la radio resbalan sobre su adormilada mente, como una pesadilla. Se oyen cantos. Luego, cual lacrimoso eco de ultratumba:

"¡Oh, Padre de misericordia! Vos mismo, que conocéis nuestras rebeldías e ingratitudes, nos concederéis lágrimas para llorarlas. Pésanos, Señor de infinita bondad, pésanos de haberos ofendido... Haremos frutos dignos de penitencia, practicaremos todo género de buenas obras. Nuestros padres nos han dicho que dirigidos por un resplandor maravilloso..."

Sigue un sermón..., más rezos..., cantos... Y él se tumba boca arriba, contando estrellas.

V

SÍ, MÉDICO...

Pasaron horas. Y la luz, como un rodillo, ahuyentó las tinieblas. Y la claridad baja, alegre, aspersión de oro, y enciende el filo de los cerros, majestuosos y violentos: velo que va extendiéndose, suave, por montes y hondonadas.

* * *

—¿Qué pasa, hombre cristiano?

Era un campesino, con cachucha de visera, cincuentón. A la espalda trae como un bultejo de ropa.

—¿Ir a bueblo? —pregunta.

—¿Dónde está?

—¡Míralo!

El hombre mira y se admira. Ve lejos barruntos de un paguecillo, luciente como una postal, parecido a uno de esos paisajes soñados que tiemblan en las esferas de los pisapapeles. Lo constituían unas cuantas casas, en medio de unas tierras pardas, arrugadas, como carne de mujer anciana.

—Veo casas, una ermita... Anoche lleno de luces, como un pueblo entre nubes.

—Tú ver Santa Cruz de Tenerife. Verse anoche iluminada, todo clarita.

* * *

Como una ola de alegría, la claridad infantil de la mañana enciende los amplios horizontes. Los pajarillos bajan de las cumbres, trazando arcos de una cuerda floja sostenida en el aire por puntos ideales. En ella se enredan y reviven de nuevo las ilusiones del joven, como la naturaleza toda, con renovados matices y encantos. Un milano gira, altanero, entre nubes blancas, en círculos de fantasía. Las montañas, que en la noche le parecieron llenas de asechanzas, las ve ahora atrayentes, armoniosas, llenas de luz. Todo parece nuevo, como recién salido de las manos del Creador, en un augusto silencio.

* * *

El coche de Artenara deshace la ruta de la víspera. El cobrador, en el estribo, enseña dos solitarios dientes en un rostro de tambor curtido, y grita:

—¿Viene usté a llevarse l'agua La Cañavera? ¿O es el que robó las cabras del cura?

—¿Qué es eso del agua de La Cañavera?

—Ser manantial que llaman "Chorro la Cañavera". Pretender quitar el agua, y está todo el bueblo alborotao.

—¿Y lo de las cabras del cura?

—No saber. Mucho chungante Romero.

—¿Vos sois de aquí? —extrañado de aquel lenguaje, el barbudo.

—No. Yo áraba, Balestina.

Y caminaban, caminaban, tropezando con piedras y resbalando en lastrales.

—¿Tú qué ser?

—Yo me dedico a los niños; los desasno con cariño.

—¿Ser médico, señor?

—Sí, de niños normales, anormales y retrasados mentales —burlón—. Y vos, ¿vivís en este pueblo?

—Sí. Casado, y vivido aquí mucho años.

—¿Y estábais vos loco entonces?

—Tú, ¿por qué venir? ¿Estar loco acaso?

—Un poco. ¿Hay qué comer aquí?

—"Con quesito riego y gofio palillo, no se pasa mal en El Juncalillo..."

* * *

Flanquean una montaña. Lejos, casas-cuevas, árboles, flores.

—¿Queda mucho?

—Donde aquella cruz, allí ya bueblo. Donde yo encontrar señor, ser "Cruz de Abarecidos": abarecerse difuntos...

—¡Ja, ja, ja! Ahora me explico por qué el pastor corría tanto...

—¿Qué, señor?

—Nada, nada...

—Y por estos morretas, abarecerse brujas —y señalaba a unos peñuscos erizados, como de cresta de gallo—. La cruz búsola Matiítas, médico yerbero; bedírselo así un difunto.

—¿Este pueblo cree en brujas? Será muy bruto.

—No, hombre. Nacer mucho gente ilustre aquí: sacerdotes, ganónigos, maestros, abogados, alcaldos, catedráticos, y hasta un medio obisbo, y que va pa obisbo entero, según dicen.

—¡Vaya, vaya!

—Si boner tubos, mucho malo. Finido bueblo.

—Y las muchachas, ¿qué tal?

—Si señor conocer Calandria...

—¿Quién es Calandria?

—Muchacha mucho breciosa, más bonita todo bueblo.

—¡Ja, ja! Me chinchan las lugareñas pazguatas. Me la echaré de media novia.

El "cicerone" lo mira extrañado. Parecióle extravagante, pretencioso.

Explica luego el palestinense que tenía tienda de tejidos y que salía de venta por los pueblos.

* * *

Todo era luz, paz... Los cerros ardían como hogueras de piedra. Un labrador transita por vericuetos impracticables. Un rebaño se empina por la espiral de un sendero, oyéndose el bucólico tañido de las esquilas. Un caminante sube por la cuerda gris de un atajo. Vense brezales, rastreros y apretados.

Un buey muge. Ecos indefinibles. Pajarillos bullen y cantan en nogales y castaños. Un perro ladra. Una yunta ara junto al viril de un precipicio

Un milano se remonta hasta manchar el zafir purísimo de los cielos. Una flauta pastoril difunde desde ignorado rincón una dulce melopea. En un suave declive, la ventana azul de una casita, blanca, con rústico balcón. "Es la Casa de la Madrelagua", informa el árabe.

VI

MENEOS DE BOCA...

—Catalinilla, ¿quién es ese hombre barbú qu'está ospedao en tu casa?

—No sé, quería. Unos que es meico, otros ingeniero la carretera...

—¿Y no vendrá a quitarno l'agua, tú?

—¡Sus, quería!

Catalinilla tenía un gánigo en la cabeza, y la cara brillante de las gotas que salpicaban del recipiente.

—Yo no lo creo. "Meneos de boca, cualquiera los toca".

—Y a lo mejó son verdanes, Catalina.

—A lo mejó, Francisca.

* * *

—Juanito —decía una moza en una tienda— all'án frente hay un médico va a vivir aquí, "en la puerta de la biquera", como se dice. Y es joven.

—Buena noticia para las muchachas.

—¡Ay, Juanito! Esa gente no se enamora de las campurrias.

—¡Quién sabe!

—¡Ya lo creo! ¡Y a lo mejó lo va a pretendé esa boba!

—¿Y quién te ha dicho que lo voy a pretender? —se amohina la "boba".

—¡Jesús, Pascuala! Siempre t'has de meter —defiende otra joven a la "boba".

—Pos, como estudio pa'fuera... ¡viene más presumía y marisabidilla!

—Vamos, Juanito, ¡despáchame! —dice la "boba y marisabidilla que estudia pa'fuera".

—Si no has dicho lo que quieres.

—Un kilo azúcar, ande.

Cuando la despacha:

—¡Qué blanca y qué bonita está! —comenta la compradora.

—¿El azúcar o quien la compra? —bromea el tendero.

—¡No me jaga a la niña presumía! —rezonga Pascuala.

* * *

—Sí, señó cura. Yo veí un lechuza, y dije: ¡sola vaya! Luego una fogalera, y joyí unos runrunes, y cantíos... y unos ¡ora pro nobis!, ¡ora pro nobissss!

—¡Ajá!... ¡Hum..., hum!

—Y me acerco al golpito y me empeniqué en un peñusco. Y veí una caja efuntos. Y se me pareció un alma envuelta en llamas. Y aquella alma me ijo, ise: "Soy un alma en penaa!... ¡Vengo del Purgatoriooo!... ¡Mándame a isir una misitaaa!"...

—¿Un alma en pena, Pepe? No estás tú chica alma en pena.

—¡Por ésta que es verdá! —y besa el índice y el pulgar cruzados—. Lo vi y joyí con mis mesmos ojos y orejas. Era barbúa...

—¿Con tus mesmos ojos y orejas? ¿Y cuántas copas te jincaste para matar el frío?

—Ni probarlo, señó cura. ¿Usté me dice la misita? Si no, trae esgrasias...

Y se fue, resquemoso, porque el cura no lo creyó. Y era tan verdad ¡como los clavos de Cristo, como los clavos de Cristo, contra! Y se le coloreó la grandota nariz como un pimiento.

* * *

—¿No ha oído usted las cosas de anoche en la cumbre, cristiana?

—Algo, quería.

—¡Sús, hijita! ¡Y qué cosas!

—¿Y usté cree que es verdá?

—¡Yo qué sé, quería!

* * *

—Amalia, tú que vienes de La Plaza, ¿qué se menta allí de lo ocurrío en la cumbre?

—¡Ay, Margarita! Vengo to'a sofocá. José, el pastor, fue a cá el cura a encargarle una misa por un alma en pena que vio en la cumbre, envuelta en llamas, y que daba gemíos...

—¡Sús, tal cosa, quería! ¡M'erizo toa!

—Esperemos a ver qué dice el cura.

—¡Ya, ya! ¡Pa mí y el cura, la cuenta es una!

* * *

En Artenara, en cambio, se comentaba que el coche de don Segismundo había encontrado por Los Pinos a un hombre barbudo, el cual intentó darle un atraco. Y lo relacionaban con un robo de cabras...

VII

LLANTEN Y SANTIGUAOS...

Era la única vivienda que disponía en La Plaza de una habitación —¡qué habitación!— apta para un forastero. Se entraba a ella por un angosto pasadizo, a izquierda de la ermita.

Otra puerta, enfrente, daba a la zapatería del barrio.

Titular de la misma era "Mastro Pancho el Cojo".

Se encontraban en la zapatería el palestinense, un estudiante, nieto del "Maestro Artiles", que fue el primero en el barrio; el remendón y otros.

Y si hubiera tenido en cuenta el ahora dormido viajero las palabras de don Quijote: "Sancho, amigo, enfrena tu lengua, considera y rumia las palabras antes que salgan de tu boca", se habría ahorrado muchos malentendidos.

Y contaba el árabe:

—Decir que aquí salvajes y retrasaos mentales.

—¿Y qué es eso?

—Como atontados —dice Artiles.

—¡Ah, caracho!

—...y que venía a curar niños, y abrir carreteras, y a traer cultura, y luz... Y que yo loco por vivir este pueblo.

—¿No estará él loco, contra? ¿Y usté no le relingó una trompá? Si soy yo, le jinco un sopapo.

* * *

—¿Está aquí el señor méico? —una mujer con un niño en brazos. Y el zapatero:

—Está durmiendo. Aspere a que se levante. ¡Y riégate agüita! —sobándose las manos— ¡Chico rebumbio!

En el callejoncito había mujeres con niños, y discusiones sobre los puestos. Catalina las ordenaba.

Pasado un tiempo:

—Catalinilla, ¿por qué no lo 'espiertas, a él, y le 'ises que hay gente esperando? ¿No ves que se jase noche?

* * *

El "meico" adquiere conciencia de que lo han llamado. Oye voces, niños que berrean.

—¿Gente esperando? ¡Diablo!, ¿qué pasa? —se sienta en el lecho.

Y se levantó, y con cara de sueño, a medio vestir, se asoma a la puerta. Ve la gente y la cara burlona del remendón:

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Náaa!... Aguardan a su mercé...

—¿A mí?

—¿No viene usté a curá los retrasaos mentales? —con socarronería campurria.

Tenía el "meico" el pelo revuelto, la camisa fuera, el cinturón desajustado, los pantalones caídos, ojos de sueño.

—¡Sús, quería! ¡Qué facha méico!

—Los pantalones como jorquetas...

—¿Y eso es un méico, contra? ¿A'onde jiciste ese jallo, Catalinilla?

—¡Qué somos de Roco el Pino, oiga! ¡Espáchenos pronto!

—¡Buenoooo!... ¡Esto está buenooo!... —y se sobaba las manos el zapatero—. ¡Riégate agüitaaa!...

Y el "meico" entra desdeñoso, en el cuartucho, como queriendo dar por terminado aquello que él creía farsa intolerable.

* * *

Al cabo de un rato, el remendón:

—¡Catalinilla! ¡Mándalas pa'dentro! ¡Anda, Catalinilla! ¡Mándalas a toas pa'dentro!

Y se destornillaba de risa:

—Ya entró una. ¡Fuerte rebumbio! ¡Y riégate agüita!

* * *

—¿Qué deseáis vos?

—Stá malito. ¿No le ve? Arroja toíto lo que come. ¡Niño de mi alma! Mire qué esmorecío —y se lo enseñaba, meciéndolo continuamente.

—¿Quién ha dicho que yo era médico?

—¡Ah, no sé, querío del alma! Pobres que semos. ¡Jaga la cariá!

—¡No puede ser! —grita el hombre, y sale del cuartucho. Da un par de vueltas, nervioso, dos zapatetas, y vuelve a entrar, sentándose desalado en el vetusto camastro, que suena a hierro viejo. Y a la mujer:

—¿Es que el niño hace comedias?

—¿Y qué es eso, usté? ¿Qué si hace de lo suyo? ¡Ah, sí, como tó'os, el pobre! Es regulá. Mándele cualquier cosita.

—Mire, déle a su niño agüita de manzanilla. Eso cura de maravilla —y daba palmaditas, llevando el compás con el pie.

—¿Y el llantén?

—¡Ah, sí! ¡Llantén, llantén! —eufórico, guasón, tarareando, moviendo las manos, como una batuta.

—¿Y no lo riceta?

—Pero, ¿quién ha dicho que soy médico? —sentado en el jergón, se desahoga el hombre—. ¿Quién?...

—¡Sús, manito, no se enfae! ¡Pobre hijo! ¿Tendrá maldiojo, usté? Siempre con un asesío...

—¿Maldiojo?

—Hay tanta gente malina.

—Sí, sí. Maldiojo...

—Tonse, ¿le jago un santiguao?

—¡Claro!

—¡Un santiguao, un santiguao! —se sorprenden y santiguan a su vez varias mujeres—. ¡Sús, quería! Un meico mandando santiguaos. ¿Quién ha visto eso, usté? ¡Si se entera el cura!

—¡Cállate, hijito! Este señó no es el dimonio. El pobre.

Yo le opilé, y las espaldas sonaban como castañas asás, ¿sabe? Usté no es el dimonio, ¿verdá? ¿Ves, hijo? Este señó no es el dimonio; es el méico...

El "méico" sale fuera.

—¡Oídme! —exclama— Remedio para todo y para todos: ¡Llantén, llantén, llantén a todo pasto, mientras el agua dé abasto, y santiguaos también!...

—¡Jo, jo, jo! —el zapatero— ¡Si se entera el cura!

Y el remendón ríe, ríe, ríe..., hasta que el forastero se dirige a él con cara de pocos amigos:

—¿Y fuisteis vos, no, quien habéis inventado esta burda comedia?

—¿Yo..., manito? ¡Dios me libre! Yo quiero mi alma pa' Dios!

—Si vos, que os reís tanto, sois el... ¿Por qué lo habéis hecho, por qué? —genioso— ¿Es que aquí se acostumbra a recibir de ese modo a los pedagogos?

—¿Pega el gogo? ¿Y qué es eso, usté? —uno.

—Eso es cosa de gallinas —otro.

—Con razón no quiero ricetá personas.

—Sí, soy pedagogo, maestro...

—¡Ah!... ¿Usté es el maestro? ¿Y no le dijo al árabe que era méico?

—Una broma.

—¡Ohhh!... ¡Pues esto ha sío también una broma! ¡Chica broma, córcholis! —y se apretaba la barriga— La gente se trabucó, como tos nos trabucamos.

—No para tanto.

—Semos ansina. Too es cuestión de caracteres, y aquellarse: usté a nosotros, nosotros a usté. Pero no diga que semos retrasaos mentales, ni que viene a quitarnos l'agua, porque... —y levantó el garrote.

—Fue broma. Me gustan las bromas.

—Pues, ¡chóquela, contra! A mí también —y le dio la mano, amistoso, chungón, el zapatero.

Y se hicieron buenos amigos desde aquel entonces el maestro de escuela y el maestro en suelas.

VIII

UN PALOMO BUCHUO...

Por tan nimio suceso no alteró su ritmo normal de vida el pueblo.

"Mañana es domingo
de S. Perendingo,
pasó un caballero
vendiendo romero..."

recitaba un hermano de Calandria. Ella le prepara la ropa de los domingos, bienoliente a membrillos y manzanas.

Muchas otras jóvenes extraían también de las gavetas los aromados ternos.

Y rosarios de fieles acuden a misa con faroles, como estrellitas oscilantes. Los varones, juncales, con trajes olorosos a hierbas y con vistosas y chillonas corbatas —la corbata es el amarre de la seriedad para los campesinos—; las mozas endomingadas, con risueños vestidos de fiesta y blancas mantillas. Todos oliendo a manzanas y a membrillos.

Los varones forman escuadrón ante la puerta, excepto una docena de ancianos que logran asiento en unos bancos de tea, lustrosos, de artesanía. Delante, las mujeres, en sillas y bancos o en el mismo suelo.

Está la ermita sobre una loma, frente al pinar, con techo de tejas y con una reducida plazuela, terrosa, rodeada de

casitas: la parroquial, adosada al templo; la solariega del patriarcal ex alcalde de barrio, don Simón; la que llaman de Ramoncita, la tienda del árabe, la de Federico; la de Carmita, madre de Catalina, con un a cafetucho, y la zapatería.

Es de una nave, con la techumbre interior de tea y coro sostenido por dos columnitas. El prebisterio, separado por un arco, da cierto empaque pueblerino a la nave, toda blanca. Unos quinqués de petróleo en las paredes y en el techo modestas arañas de cristal, donde luce más el polvo que las velas.

En un retablo color chocolate un Santo Domingo, patriarcal, barbulo. Una piedra para agua bendita, empotrada en la pared.

* * *

Cerca de la pila se situó el "barbudo". Algo así como si vieran al diablo. Y una vieja, cuando se santigua:

—¡Sús, quería! ¡Cristiano más trafalario!

Un pequeñín, con cara de pero maduro, lo observa por entre los pantalones de un hombre escarranchado.

El celebrante, alto, aceitunado, explica:

—Hoy es domingo décimo-tercero después de Pentecostés... El Evangelio refiere la curación de diez leprosos. Iba el Señor por un pueblo llamado Engannin, que quiere decir "fuente de los jardines", entre Galilea y Samaría..."

Y hace advertencias:

"Ha llegado el nuevo señor maestro. Envíen los niños a la escuela... Un analfabeto es como un burrito de carga..."

El barbudo mira al párroco. Muchos, a él.

"Están al cobro las contribuciones del trimestre. No dejen de pagarlas, que se las apremian. El pasado viernes hubo un error respecto al médico... —nuevas miradas al forastero, con risitas—. Cuando viene es el viernes próximo. Y es que a veces se dicen, o se inventan, cosas sin fundamento...; como eso de que se han aparecido almas en pena en la cumbre. No crean ni digan tales simplonadas..."

"Hay algo más importante. Se rumorea que van a entubar el agua de La Cañavera. Eso es increíble. Aunque se haga con papeles, que son papeles mojados. El agua es del pueblo..."

Resuena un estacazo de las baldosas; y la voz del zapatero:

—¡Ansina se jabla, caracho! ¡Y arriba pueblo!

Un murmullo acoge las palabras del sacerdote, y un intento de risa el exabrupto del remendón. Y aquél se detuvo un instante, con tic nervioso de cabeza, antes de decir:

—Credo in unum Deum...

* * *

Al toque del alzar sonaron las campanas, y por todo el pago se santiguan los que las oyen, reverentes.

Salían los fieles.

—¡Pos fue comulgá, quería!

Un niño se para a mirar al maestro. La madre lo reprende:

—¡Anda, chiquillo! ¡Arrejunde!

El maestro se estuvo allí. Quedaban ante un altar varias mozas, rezando, y el párroco, arrodillado en el presbiterio. El nieto del antiguo y primer maestro se le acerca:

—Esta cruz se puso en el solar de la ermita cuando se colocó la primera piedra el 3 de mayo de 1903... La hizo el viejo maestro Carlos —al oído—, bisabuelo de Calandria, esa que dirige el rezo.

Un rayo de luz, filtrándose por un ventanuco con mezquino cristalejo de color, ponía matices de arco-iris en los rostros de las jóvenes. Y el maestro, con gesto admirativo:

—Piden a San Antonio que les busque novio...

Quedan las mozas semiescandalizadas. El cura alza la cabeza.

—Santo Domingo es el Patrono. El cura de Artenara entonces se llamaba Domingo. El obispo era dominico... Ese San Juan lo hizo un aficionado del Juncalillo...

* * *

Al salir se acerca a un grupo.
—¿Se amaña, señor maestro?
—¿Cómo?
—Digo que si le gusta esto.
—¡Ah, sí! Me va gustando.
—¿Y puedo mandar a mi hijo a su escuela pa'que lo distruya?

* * *

—Don Aníbal Cuellas y más hierbas —dice Artiles, presentando el maestro a las muchachas que salían.
—¡Servidor vuestro!
—¡Muchas gracias!
—Estará usted acordándose mucho de su tierra, ¿verdad?
—Me acordaba...; pero después de haber visto a unas jóvenes tan simpáticas...
—Sí, jovencitas y simpáticas.
—¿Se halla usted aquí?
—¿No lo veis, chavalas?
—Digo que si está a gusto.
—Sí, muy a gusto. Me casaré aquí.
—¿Y encontrará usted media novia entre estas lugareñas?
—¿Media novia, niña?
—¿No tiene ya usted media novia en su tierra? —y la "niña" enmarcaba el rostro en el óvalo de la mantilla.
—¿Quién dijo eso, preciosa?
—Usted, al árabe —remata la "preciosa".
—¡Ah, ya!... Una broma —ríen las mozas.
—Me suenan esas risas a cascabeles —piropea él. Vuelven a sonar los cascabeles.
—¿Y por qué vino a este pueblo, tan lejos?
—¡Me gustan mucho las calandrias!...
—Aquí no hay calandrias...
—Sí, una...; preciosa —y observa fijo a la así llamada.
—¿Quién es el jablantín que se lo ha contado?
—Lo sabemos todo los maestros.

—Es preciosa, ¿verdad? —y Juana María acaricia a la amiga.
—¡No seas boba, Juana!
—No habrá venido usted a llevarse el agua, ¿verdad?
—No, yo me llevaré una calandria...
—¿Y tiene giñera?
—¿Qué es?
—Una jaula para cazar pájaros.
—¡Ah! La buscaré...
Y Calandria:
—¿Ha visto el Retamar?
—Allí está la jaula de esta Calandria —bromea Juana.
—¡Encantado, chavalas!

* * *

Reía el maestro:
—Ya empiezo a burlarme de estas palomitas beatonas y lugareñas.
Y reían ellas:
—Otro pretendiente, Calandria.
—¡Ay, qué gracioso el hombre!
—¡Pobre Matías!
—Y a Pancho, ¿dónde lo dejas?

* * *

Y el rancho alegre de "palomitas lugareñas" vuelve con greguería mujeril hacia sus palomares en el Retamar, por el senderillo de la fuente, las alas de sus mantillas al viento, cacareando, alborotadas y alborozadas; tal tímidas pollonas que han visto de cerca a un cernícalo rapaz o bando de castas palomas asustadizas que acaban de descubrir a un atrevido palomo buchúo.

IX

EL AGUA VA POR LA ACEQUIA...

—¡Ponte mejor el cuello, abróchate esa formilla, súbete los calcetines!... Y mira. Tú le dices: "señor maestro, mi abuelo le manda este regalo, y que perdone por la poquedad. Y que le ofrece su casa, esperando su visita..." A ver, dilo. No dejes de invitarlo; que no se te olvide, ¿sabes?

Y entrega Calandria al hermanillo un gran queso de flor, envuelto en hojas de ñamera y dentro de una taleguilla, blanca como la leche.

—Y mira, no te vayas a reír...

—¡Buenooo..., bueno!... ¡No marees!...

Y el chiquillo desciende la cuesta a brincos, bailándole las alas de la chaqueta y el "bulto" de los libros, listo como un ratón.

* * *

Tras su hermano marchó al poco María Flora, con ancho sombrero de palma, y sobre él una gran cesta colmada de ropa:

"No creas que porque canto
mi corazón está alegre:
yo soy como el pajarillo
que si no canta se muere..."

Un canario liba nervioso en las florecillas de oro de los maguenes. Pizpireteando, trinando, alegre y vivaz, desciende, a saltitos, los brazos del pitón, y, ¡zás!, cruza junto al rostro de la moza, buscando miel en sus labios.

Levanta ella los ojos, y un rayo de sol desciende y se los besa, y los labios, y las mejillas.

Y el pajarillo cantaba. Y ella:

"Una vieja me lo dio,
un consejo: que rezara
un Creo en amor de Dios
pa que no me condenara."

Cruza el sendero. Penetra en los huertos. Los nogales le ofrecen el arco triunfal de su verde follaje. Hierbecillas olorosas pagan con perfumes sus pisadas. Pitas y juncos se balancean mansamente, y a un melindro silvestre que intenta cortarle el paso lo acaricia, mimosa, le roba una flor y la coloca en el pecho. Va alegre:

"Mientras más hondo es el pozo,
más cristalina es el agua..."

En el Barranquillo otras mocitas sostenían un vivo diálogo:

—¡Es una vergüenza!

—¡Y que lo digas!

—¡Fuerte escaro, tú!

—¿Qué pasa? —las sorprende Calandria.

—¿Pues no lo ves? ¡Nos han chafado el agua!

—¡Huy, huy, huyyy!... —y se queda sin voz la moza; una lágrima quiere asomarse a sus ojos.

Tarda en recobrarse, pálida, trincando el índice entre los dientes.

Donde antes un gran chorro henchía de murmullos el Barranquillo, unos tubos grises, como cerdos gruñones, se engullían el agua.

—¡Huy..., Huyyy!... ¡Y se ha atrevido! —y se muerde los labios, nerviosa—. Bien decía mi abuelo que el aparecerse almas trae desgracias... ¡Ese Matías! ¡Matarlo es poco! —con un brillo lagrimoso en los ojos.

—¡Frescura con esa, tú!

—¡Tenemos que romperlos! —reacciona Calandria, dan-

do una patada a los tubos— ¿Lo hacemos, Juana? —y descarga, ligera, su cesta.

—No podemos, tú...

—¡Tengo unas ganas! —y arroja un pedruzco sobre ellos, enrabiada, Calandria. Y se sienta, en silencio amargo, sobre los tubos. Y al rato:

—¿Qué hacemos aquí heladas? Tenemos que lavar. Vamos al Chorro del Macho.

El "Macho" era un antro tenebroso.

* * *

Rayos de sol, por entre el ramaje, dibujan pentagramas de luz en la negrura llena de malezas y de misterio. Descalzas, recogidas las faldas, dan ellas voces, que resuenan en las sombras y mueren ahogadas en las curvas.

Como una mala idea, fugaz nota negra, brilla el azabache de un mirlo. Y, como pedruzco con alas, un lechuzo cenizo aletea opacamente sobre sus cabezas, proyectando una sombra siniestra.

Chillan ellas. Corren, dando tumbos pringando sus vestidos.

Sudorosas, enfangadas, llegan a donde un hilo de agua se empoza en una charqueta. Calabaceras y parras tapizan los húmedos paredones del rincón sombrío, cubiertos de telarañas.

Reverbera el sol en las aguas. Un mirlo, de castaño en castaño, lanza la risa de sus trinos. Y ellas:

—¡Injusticia y maldá con esa, tú!

—¡Y que lo digas!

—¡Qué sinvergüenza el Matías!

Y se desahogan:

Yo me asomé al correo
por ver si había
carta de un nuevo amante
que yo tenía...

Yo me asomé al correo,
y no había carta,
se han llenado de luto
mis esperanzas...

* * *

—¿Y quién es tu nuevo amante, Calandria?
—Será el maestro.
—¡Con lo guapo que está!
—Pues yo, ¡ni bonito que mate, ni feo que espante!
—Hay quien dice que él era el alma en pena de la cumbre.
—¿Y tú crees eso, boba?
—¿Y qué edad tendrá?
—Con esas barbas, ¡cualquiera sabe!
—No estará aquí mucho tiempo, ¡seguro!
—Esos señoritingos no buscan novia aquí. Y si se enamoran, "espaldas vueltas, memorias muertas".
—Pues yo he oído decir que el primero que vino de maestro se casó aquí. Podría...
—¡Ja, ja! Almó se va a enamorar de ti, bobilina. ¡Vienes más presumía! —descargando la cesta, las interrumpe otra moza, con cara de papel mascado.
—¡Corta el rollo, cara bollo! —la ataja Juana— ¿Ya empiezas con belingos, malengrasiá?
—¡Como dice tantas bobadas!
—¡Sús! No te botes ni te engrifes, Pascuala. Siempre como una carraca vieja. Calandria no ha dicho que lo pretende al maestro. ¿Por qué llegas con tanta retajila?

* * *

Calandria se levantó a tender una pieza. Pascuala le quita el puesto.
—Oye, tú, ese puesto es mío.
—Ahora es mío.
—¡Anda, sayosa que sos! ¡Mira qué niña!
—Sí, niña de carne y güeso, nariz y pescuezo... —respingona, babea la "sayosa", hecha un triquitraque.
—¡Záfate, cabra mocha!
—¡No y no!
La mira Calandria, manos a la cintura, moviendo la cabeza, encorajinada, bailándole los ricitos que la caen sobre la frente, enmarcando su bonita estampa de campesina morena, graciosa y ágil.
—¿Qué miras? —con una regañiza, Pascuala.
—Lo que veo y no creo...

—¡Pues chúpate el deo con agua y fideo!

—Escucha, cara trucha. ¿Te quitas o no te quitas? —la conmina Calandria y la traspasa con sus ojos, brillantes como cuentas de azabache.

—¡Sá, boba! ¡Ni pensarlo!

—¡Jesús, Pascuala! —defiende Juana a la amiga —¡Qué fresca!

—No berse levantao: "el que fue a Sevilla, perdió su silla; y el que fue a Teror, perdió el cajón..." —muy pizpireta.

—¿Qué cajón ni qué cagajón, caracho? ¡Quítate d'iai, bicho-para, jigona, trasto del diablo! —se enrabisca Calandria, enervada en sus carnes prietas.

Y a la vez empuja a Pascuala, la cual se cae de bruces en la charqueta, donde cacarea como gallina enjabonada.

Enchumbada, desgreñada, animalota como es, la Pascuala arremete contra Calandria con fuertes tirones de pelo.

Se defiende la otra. Y quedan ambas enredadas, desgreñándose mutuamente.

Y las cabezas se unen y repelen, en rápidos estirones, como cabras toponas.

Acompaña a la graciosa pelea un escogido vocabulario:

—¡Sús, te esñunco!

—¡Eslenguá, jablantina!

—¡Te esmoño, machanga!

—¡Suelta, machorra!

* * *

Las interrumpe una voz, desde un muro de piedras:

—¿Qué pasa? —Quedan ellas suspensas—. ¿Están a la rebatiña? ¿No hay agua en La Cañavera?

—¿Para qué lo preguntas? ¿Tú no lo sabes? —acusa Calandria, toda encendida, la color tostada, el pelo revuelto.

—Has robado el agua. Eres un cabezota y egoistón.

—Yo no respondo por mi padre.

—¡Romperemos las tuberías! —Calandria, malhumorada, geniosa.

—¡Ya lo creo! —salta Pascuala.

—¡Cállate, tú, métomeentodo, miquito fañoso! —replica Juana.

—¡Amería! —el "miquito", provocativa.

El mozo, junto a un naranjo, apoyado en un sacho, mira embobado para Calandria. Esta le dice:

—Quitar el agua, a la zorrita. ¡Sinvergüenza! ¡He cogido una rabieta...!

—¿Y quién te mandó cogerla? ¡Suéltala!

—¡Qué fresco! Debes ponerla donde estaba.

—Si acetas lo indicao...

La muchacha se ha ruborizado. Azota con rabia una pieza. Se levanta a tenderla. Sus ojos se encuentran con los del zarangullón, que, despechugado, embaído, no aparta los suyos de ella.

—¡No seas boba! Díle que sí —la empuja Juana—. Aunque sea "enamorar por estar alegre".

—¡No lo digas! —se burla Pascuala— Espera a ver si por chiripa aparece un "principito de ojos azules" —cantando, mano al pecho, con mohín despectivo.

—¡Cállate tú, insata, lengua trapo! —la inciensa Juana— ¡Fuerte batumerio te traes!

* * *

Sin pestañear se mira el mozo en el profundo arcano de aquellos ojos negrísimos, que lo encandilaban más que el sol reflejado en la charca, sintiéndose capaz de cualquier cosa a cambio de un sí de la niña.

—El que todo lo quiere, todo lo pierde... —dice ella.

—¿Y si quito las tuberías?

La joven se jaspea de carmín, con rebotes de la sangre en el pecho:

—Ambicias demasiado...

Y desahoga sus sentires:

El agua va por la acequia
y va murmurando:
las palabras de los hombres
son un engaño...

—¿Es con segundas? —averigua el mozo.
—Calcula tú.
—Pues... ¡te lo juro, contra, te lo juro! —y besa los dedos.
—¡Ja, ja! —ríe ella— También yo juré.
—¿Qué juraste?
—No hablar contigo si quitabas esa agua. ¡Y ya ves!
—Yo juro en serio.
—Yo también.
—¡Dile que sí, chiquilla! ¡No seas maniosa! —indica Juana. Y a Matías:
—Sí, muchacho, Calandria está en lo indicao.
Da un empujón Calandria a la amiga. Y Matías:
—Que lo diga la interesá.
—¿Interesá? No me interesa quien quiere hacerse rico a costa de los pobres.
—¡T'están engañando! —interviene Pascuala. Y Juana:
—¿Otra vez, cara pastel?
Y al mozo:
—Conque ya lo sabes, Matías. "Cuando te den la vaquilla, acude con la soguilla". Calandria está en lo indicao: esa es la madre la baifa. ¡No seas bobo! —Calandria da otro empujón a Juana— ¡Quita esos tubos!...
Y a Matías parecióle que el canario festejaba con sus trinos la noticia. Los sentires y los pensares le estaban repicando en la mente y en el corazón.

X

¿ES VERDÁ, NIETA?

—¡Vaya, nos entendemos! —las sorprende y cacarea Catalina— Ahora tienen otro a quien enamorá: ese maestro barbú. Tu hermano, Calandria, le llevó un queso y le dijo: "ispense por la porquería".

Calandria enrojeció.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Oh!, l'ostaba contando mastro Pancho...

* * *

Volvían por el "callejón" de la fuente. La mañana era brillante: brillaba el cielo, el verde de las tuneras y el de los maizales, el azul de las pitas y el negro de los mirlos. Y una voz que traía el viento:

> Por aquellas estrellitas
> que corren de norte a sur,
> siempre te estaré queriendo,
> aunque no me quieras tú.

—¡Está que arde!

—Rompe los tubos, seguro.

—Si no, no le hablaré palabra.

—¡A ningún muchacho! —confirma Juana, burlona.

—¡Sí, a ninguno!
—¡Y que rabien!

* * *

Venían de la escuela gritando, dándose golpes. Pasan junto a las mozas tal cabritos brincones. Uno da un bultazo a Juana y la deja haciendo equilibrios.

—¡Malditos familios!

—¡Chirrimuris del diablo! ¡Vayan pal'infierno!

Ellos siguieron con brincos, chillidos.

* * *

—Muchacho, ¿le dijiste al maestro que el queso era una porquería? ¡Te doy una!

—Tú lo dijiste...

—¡Cállate! Yo te dije "poquedad", no porquería... ¿Y qué dijo él?

—¡Oh! Se rió. Y me preguntó que quién mandaba el queso.

—¿Y qué dijiste?

—Mi hermana Calandria.

—¡Pero, chiquillo! Se lo mandó abuelo. ¿Y qué más?

—Que por qué te decían Calandria.

—¿Te preguntó eso? ¿Y tú qué dijiste?

—Que porque te gustaba cantar.

—¿Y qué dijo él?

—Me gustaría oírla...

—¡Ah, sí!... ¿Y qué más? ¡Cuenta!

—Más ná...

—Sí, ¿qué más? ¡Anda, cuenta!

—Que iba a venir a casa...

—¿Sí? ¿Y qué más?

—¡Más ná! ¡Déjame!

—¡Anda, feo! ¡Qué poco te gusta hablar con la gente! —e intenta besarlo.

—¿Por qué no te besas tú, fea?

—¡No puedo, lindura!...

* * *

—¡Anda, vete a tuligá!

—¡Qué no son bromas, abuelo!

—¿Qu'estás isiendo? Porque yo igo que veí almas en pena en la cumbre, qué las veí, contra, vienes tú ahora con ese cuento.

—¡La verdad de Dios, abuelo!

—¿Es verdá, nieta? ¿Son verdanes? —el viejo, todo nervioso.

—Verdanes, abuelo.

El viejo deja el hurón.

—Repítelo, chiquilla.

—Pues... eso. Les dio la rebelina y han puesto en tubos toda el agua.

—¡Cállate, no seas belingona! ¿Quién te deprendió a jasé birimbaos con el abuelo? —y sigue con el bicho.

—¡No son birimbaos, abuelo!

—¡Júralo, jinojo!

—¡Jurado! —y besa sus índices en cruz la moza.

—¡Ah, malditos, peñurrientos, esvergonzaos! ¡Que el agua se les atragante en los gasnates! —y apretaba los puños el viejo, a gritos, con maldiciones y amenazas.

Cuando amainó, confiesa la muchacha:

—Matías dice que quita esos tubos sí..., si quiero ser novia suya.

Abre el viejo los ojos media vara:

—¡Ah, jinojo! ¡Ni por un millón serás tú novia de ese mangante, robalón del pueblo! ¡Ni por dos millones! ¡Ni por tres, caracho! —y pegó fuerte patada en el suelo— ¡Ni jablarle, contra!

* * *

Arrellenado en patizambo sillón, ante desteñida y estrecha mesucha, el maestro observa: un largo cuartucho de paredes desvencijadas, una docena de bancos, unos cojos, otros mutilados, todos mugrientos, color chocolate, con grandes surcos. Un gran mapa de España, con las provincias transformadas y descascarilladas por manchones blancos, como de lepra. Un roperillo con libros y cuadernos desencuadernados; un cuadro del Caudillo, otro de la Vir-

gen, un Cristo y un trozo de enseña nacional, desteñido. Sobre la mesa, plumillas, tinteros con tinta reseca, amén de polvo espeso. Y exclama:

—¿Es éste el templo de la cultura? —y traza un signo de interrogación sobre la empolvada mesa.

Un transeúnte, caballero en un asno, descendido de éste ante el salón-escuela, picado de curiosidad, pone un ojo dentro.

Cruza otro hombre. Y con él se enreda a hablar el del asno; mientras éste asoma sus largas orejas, con hocico y todo, en el hueco de la puerta.

—Por favor, pasad, pasad —invita el maestro.

Y el asno corresponde con un rebuzno de artesanía. Y el maestro soltó una carcajada. "¿Presagio?", piensa.

Un niño se asoma a la puerta.

—¡Entrad, entrad, chavales!

Los chavales lo remedan: "¡chavales, chavales!" Y limpian el polvo con sendos golpazos de sus bultos. Y descargan sus zapatones o sus pies —algunos venían descalzos— del barro de los caminos, restregándolos contra los travesaños del asiento, con ruido semejante a una sierra que corta.

El maestro estuvo tentado de tratar de "cabritos y burros" a aquellos niños que olían —pensó él— a queso y a vacas.

Pero se contiene cuando muchos se van acercando a la mesa con un bultito, que le entregaron, previas palabras de ofertorio.

Queda él satisfecho, y ríe cuando uno le dice:

—Mi hermana Calandria le envía este queso-flor, pa' que se lo coma bien, y que dispense por la porquería... Y que vaya a verla pronto.

Y el "pedagogo" fue arrimando aquellos taleguitos blancos y cestitos primorosos, llenos de huevos, almendras, manzanas, gofio, quesos...

Sale a la puerta. Cree oír un rebuzno. Y al fiscalizar severo:

—¿Quién ha rebuznado?

Un chiquillo, cara feota, la boca ancha de risa, hecha agua de satisfacción, le dice:

—¿Verdá que lo jago bien, señó mestro?

* * *

No tuvo el remendón la dicha de oír los rebuznos. Pero sí la de enterarse pronto, narrado el suceso por Facio Pastilla, cuyo era el sapiente asno.

—¿No lo isía yo? ¡Milagro si no rebuznan los chiquillos! ¡Y han rebusnao, contra! —comentaba él— ¿Y lo del burro? El se aquellará a tó eso.

—Parece un buen maestro... Claro, "toda escoba nueva barre bien..." Cuantimás dispués del otro...

—¿Y cómo sabe usted todo eso, maestro Pancho?

—Yo fui a la puerta a escuchá, pa' deprendé. ¿No fue el burro de Facio Pastilla? Pos podía dir yo también, caracho.

—Claro, claro, donde va un burro puede ir otro...

XI

TIERRA DE LUZ Y COLOR

Fue como un volcán que de pronto surge y arrasa la paz de un pueblo.

Y hasta el cura hubo de lamentarse del hecho "perjudicial, intolerable".

Y cuando el párroco terminó su razonada queja, el zapatero rezonga:

—¡Así se jabla, contra! ¡Y arriba pueblo!

Al salir, el maestro le tocó en el hombro en señal de aprobación. Y Catalina:

—¡Bien dicho, contra!

* * *

Ello no impidió una tarde patriarcal, de épocas bíblicas. Ambiente reflejado hasta en los nombres: Adán, Abel, Elías, Daniel... Y a veces dos, sin apellidos: Juan Eustaquio, Ramón Valerio, Antonio Felipe: "Sin añadiduras de dones ni de donas", como diría Sancho.

Frecuentemente se determinan los personajes por el sitio donde viven: Juan de El Retamar, Matías el de La Madrelaguna, Victoriana la del Andén, Cleba la del Tablado...

* * *

Ese domingo subieron muchos jóvenes a los "Risquetes", por el llamado Lomo del Turmal. Tocaban instrumentos de cuerda.

Y cuando una voz grita: "¡Míralo!", nadie duda de que se refiere al maestro.

—¡Mireennn!... ¡Tiene un aparato pa' medí' la presión!

—Lo que tiene es una navaja pa afeitarse.

—Estará esperando enfermos pa recetarles llantén y santiguaos...

Ajeno a todo, el pedagogo, en la plaza, contempla la esplendidez de la tarde.

Suave brisa, con aroma serrano de pinos, viene del Atlántico. Nubes blancas, redondas, surcan lentamente los espacios azules, hinchadas de luz, como navíos de ensueño.

Se oye el caracol de Antonio Ramos, un vecino del Barrancondo Abajo, que, por vocación propia, pregona noticias:

—Ya han metío en tubos el agua de La Cañavera... To el pueblo está alborotao...

Y el vozarrón enorme retumba en los antros del barranco. El de las barbas alzó las suyas cuanto pudo para captar aquellos mensajes fantásticos.

* * *

De la ermita salen niños. Dan brincos, correlones. Los de los Risquetes comentan:

—¡Miren! Está vacunando el rebolón de muchachos, y ellos le ajuyen...

* * *

—¡Uxia, familios! ¡Cojan jilo, porque les cojo el lomo! —grita una voz fuerte. Y maestro Pancho el Cojo blandía el garrote, amenazando y pegando coscorrones a los chiquillos.

—¿Cómo va esa vía, compadre? —y se sienta junto al maestro—. ¿Ha visto su mercé qué ladroniza?

—¿Cuál?

—Robar l'agua que tóa la vía ha sío del pueblo. ¡Dejá sin agua a tóo un pueblo, a tó'o un pueblo, contra! — y tembliqueaba, corajiento, golpeando con el garrote.

—Una injusticia.

—Una injusticia, un 'sacato, un 'tropello —otro golpazo.

—Sí, muchos viven de los ignorantes. Y por eso es necesaria la cultura, la luz...

—¡Equilicuá! ¡Luz y garrote, caracho! ¿Y verdá que usté nos echará una manita si jase falta? ¿Verdá, don Aníbal?

—¡Claro! —y se golpea el pecho el patilludo joven.

* * *

Silencio tibio y rosado.

Un vientecillo fresco sube de los barrancos. El sol reverbera, vívido y rojo, entre los pinos lejanos. El ocaso era todo luz, hondura y misterio. Se oyen voces infantiles:

"En el puente matiné,
matiné,
hay una niña bordando,
con un letrero que dice:
soy la hija de don Carlos..."

* * *

"Yo soy la viudita
del conde laurel,
que quiero casarme
y no encuentro con quién..."

Late en el ambiente como una aurora bíblica, eco del primitivo gozo del Génesis.

"... si quieres casarte,
y no encuentras con quién..."

Hay una placidez y tristura luminosa. Como si un ángel cruzara perfumando los campos con incienso de tomillo y romero, y se reflejaran en el valle los colores irisados de sus alas de seda.

Y otras veces: "¡Calimbre! ¡Píola! ¡Me la aplico!

Y los cantos y los sones de las guitarras rebotan como lamentos que se quiebran en las hendiduras de los riscos:

"Juncalillo,
tierra de luz y color

Huertos de papas y millo
y de naranjos en flor..."

Y nadie diría que bajo aquella placidez campestre agitaba sus aguas un río de tristeza y pesadumbre.

* * *

Ocaso hermosísimo. El cielo besaba la tierra.

Bello león herido, agoniza el sol en el Roque de Altavista, desmelenando entre los pinos sus greñas de fuego.

Los cerros semejan brujos que danzan en las llamas o cirios encendidos que se derriten. Hay nubes rojizas, como lagrimones de sangre. El paisaje, de tan amplio y profundo, impone; corta el aliento, sobrecoge el ánimo. En Los Risquetes figuras de jóvenes que tocan y cantan.

Y el paguecillo parecía un escenario griego, con decoración de rocas, donde se representaba una tragedia: "La agonía de la luz..."

Y cantaban los pajarillos en los nogales, y las niñas en la plaza:

"Jardinera, tú que entraste
en el jardín del amor,
de las plantas que sembraste
dime cuál es la mejor..."

Una ancianita cruza, arrebujada en un pañolón. Una niña, con risas:

—¡Ahí va la tía Carloota!

Ella se detiene:

"¿Qué miras? ¿De qué te ríes?
Tú jasiendo burlas estás.
Yo me veí como tú,
tú como yo te verás..."

Y sigue, lentamente, encorvadita. Y el maestro:

—¡Qué filosofía!

XII

NO HAY EN EL MUNDO DINERO...

Decidido a conquistar el corazón de la muchacha, Matías se acerca a Calandria cuando en grupos vuelven por el Lomo el Turmal hacia Molino Viento, guapetón, coloradote, arrogante como un gallo, bien peinado, con pantalones nuevos, chaqueta de burda y pelosa lana, de artesanía, corbata a cuadros, un cigarrillos entre los labios.

—¡Buenas tarde! ¿Te molesta el humo?

La muchacha no responde.

—Cuando en el corazón hay un sentir y jierve un querer..., ¿me entiendes?

—Entiendo que no debiste...

—Sí; pero cuando el fuego arde bajo el caldero, el agua tiene que rebullir y soltá vapores... ¿Me entiendes? —accionando mucho.

—No comprendo a dónde vas a parar con tanto requilorio, Matías.

—Estoy ardiendo y quemándome... ¿Entiendes? ¿Y tú?

—¿Quieres decir que si tú ardes y te quemas, yo debo también arder y quemarme, ¿no es eso?

—¡Catay!

—Pues, ¡catay! —salta ella, tirando una piedra al aire y volviéndola a coger— Ni ardo ni me quemo, ¿entiendes?

—No quisiera entender, contra.

—... y menos ahora que has entubado el agua...

—No es asunto mío.

—¿No es asunto tuyo? Pues lo dicho. Esto sí es asunto mío.

—Tonses, tus palabras, ¿se las lleva el viento?
—¿Qué palabras?
—Dijiste que acetabas.
—¿Lo dije yo?
El mozo la mira, serio.
—¡Ah, caracho!
—Y tú, ¿rompiste los tubos?
—Si tú me dices que sí...
Protesta la razón contra los tentadores impulsos. Se le enturbia el discurso a la moza. Mira al pinar. Todo él era una luminaria de colores.
—Juana no puede disponer de los sentires de mi corazón, digo yo. ¡Ni que intentaras comprarme!
—¡Comprarte no!
—Y ya sabes. Si no quitas los tubos, ¡cruz y raya! ¡Lo juro y rejuro, Matías! —y besa el índice y el pulgar cruzados la enrabiada moza.
Las sombras, que ya entenebrecían los barrancos, vinieron todas a ensombrecer el alma del mozo. Se le troncharon en un santiamén las ilusiones que retoñaban gozosas en el rosal salvaje del corazón.
—Entonces —pregunta, amargado como retama—, ¿no hay esperanza de que yo vea salir el sol?
—"No hay en el mundo dinero para comprar los quereres..." —tarareó ella, alegremente.
El volcán del muchacho se encendía más con el agua mansa de la muchacha.
—No es comprarte, Calandria. Es estar seguro...
—No puedo, Matías; y... ¡no quiero!
—¡Caray! —se apasiona él— Una fizca de afecto debes darme pa'destroncá este tormento que me ajoga, pa'descogollá esta sorimba que me ciega, pa resistir esta torazá que me mata y me jase ver tu cara en el surco, en los charcos del barranco.
—¿En el barranco? Está sin agua... ¡Ja, ja!
El muchacho sujeta del brazo a la moza.
—¡Calandria! ¡Yo no podré! ¡No veo sin ti!
—¿Y cómo has visto a poner los tubos?—hiriente.
—Es cosa de mi padre, ¡caracho! —y el mozo la aprieta el brazo hasta casi hacerla daño— ¡Me dan ganas!...

—¡Suelta, bobo! ¡Mentecato! ¡No vayas a encharcarla!

—Eres una chiquilla, cóoo... ¡Lo que sos una...!—y el mozo la aprieta y la mira corajiento, con sangre en las mejillas.

—Mira, Matías—se franquea ella—, además, las monjas no nos permiten tener novio. Así que... ¡Si fuera rica!...

—Pues las de Artenara tienen... Y están con monjas.

—Son ricas...

—Entonces, ¿cuándo, contra?

—¿Cuándo? ¿Es que me quieres comprar? ¡Suéltame! —y se soltó, geniosa— ¡Quita esas tuberías del diablo! Si no, ¡cruz y raya! ¡Te lo juro!

* * *

Y el joven siguió en Molino Viento por un suave sendero de pitas, hacia la Madrelaguna, triste y caviloso, azorado el corazón, las entrañas como roídas por un erizo.

Y Calandria y compañeras hacia el Retamar, por uno tortuoso, con risas, sonoras como carcajadas, y cantando:

"No hay en el mundo dinero
para comprar los quereres,
y el cariño verdadero..."

Sus risas y sus voces resuenan, cristalinas, en el perfumado sosiego de la tarde. Sabíalas el aire a dulce, a leche de ovejas, a flor de maguenes, a miel.

Oíalas el mozo... Las carcajadas se le enroscaban en el cuerpo como serpientes. Le mordían las entrañas. Los pensares y los sentires se los estaban crucificando en la mente y en el corazón. Sabíale el aire a amargo, a leche de tabaiba, a jugo de retama, a hiel...

XIII

UN ZAPATERO PATRIOTA

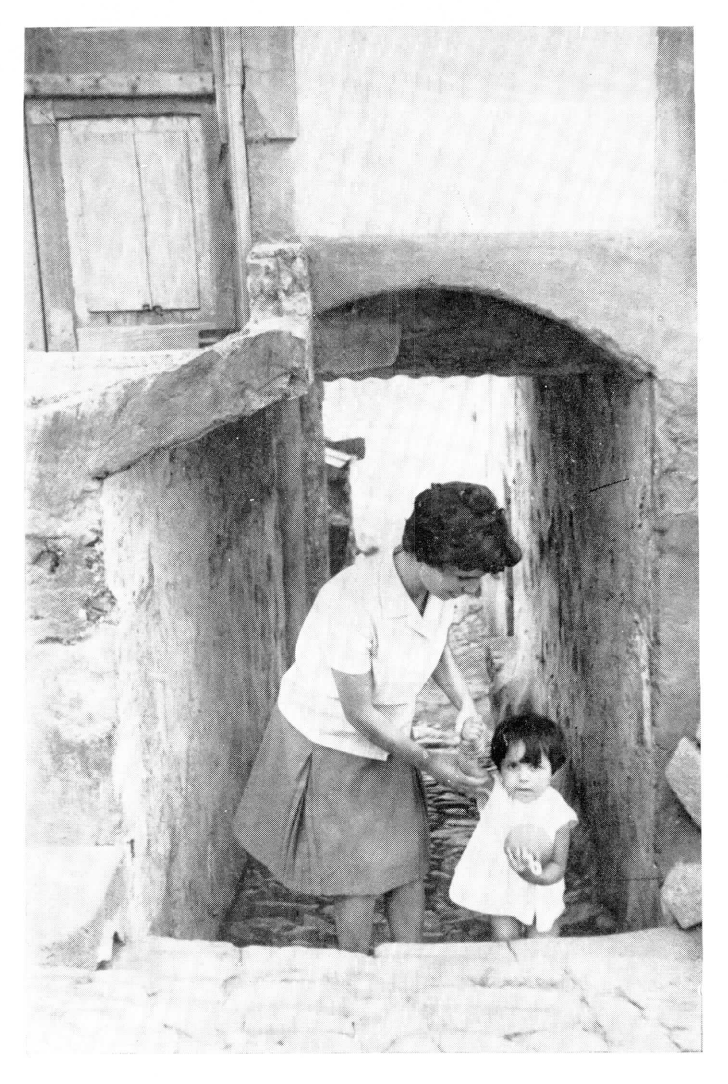
Todos los sucesos del barrio encontraban eco en la zapatería: un cuartucho de dos por tres, abohardillado, de paredes combas, con el techo a dos aguas, desnudos el espinazo y la viguetería interior que sostiene las corroídas tejas.

La acera se rompe allí por un arco sin puerta, que da acceso a un estrecho y abovedado callejoncillo, con guijarros, y donde habitan, fronteros, el maestro-escuela y el maestro en suelas.

Dentro, paredes que fueron blancas, humosas, atiborradas de litografías chillonas de revistas baratas; almanaques llamativos, hormas y mucha botinería cochambrosa, ahorcada de grandes clavos herrumbrientos, en una como percha de listones de madera corrida alrededor de la pared: viejo calzado, con lisiaduras, tísico, leproso, de desdentada mueca, en compañía amorosa, como incurables en un asilo.

Contiguo a la tienda del árabe, al poniente de la ermita, el taller zapateril, frente al archivo y la sacristía.

Llaman al zapatero "Maestro Pancho el Cojo" —por serlo, y mucho— y también "el remendón de Las chozas", por vivir en el sitio así denominado, sin duda por las que hubo primitivamente, y que hoy son casas. Regular de estaturo, cejijunto fibroso, ojivivo, duro de cejas, coloradote



"La acera se rompe allí por un arco sin puerta, que da acceso a un estrecho y abovedado callejoncillo... donde habitan el maestro escuela, y el maestro en suelas... y Catalina..." (Pág. 83.)

su rostro, atezado, bruñido, parece de vaqueta curtida. Protege su privilegiado cacumen un aludo sombrero, de cintita, ladeado hacia atrás y bailando sobre enmarañada pelambre, en caracoles rebeldes, áspera y montuna, como el genio sulfuroso de su propietario.

Trabaja en camisa —blanca los lunes, con botón cerrado arriba; los sábados, color suela, desabrochada, pidiendo sustitución—, con cintajo negro por corbata. Los pantalones, anchos, llenos de dobleces, de dura jerga, rebrillan por el continuo trato y resobo del cuero y los tintes.

Sabe y le gusta leer. De donde le vienen ciertos atisbos y barruntos de "sabijondo". Siempre parloteando cuando da con quien, el vozarrón, de timbre metálico, retumba en la estrechez del cuartucho y se difunde por la plaza, resonando sus voces y carcajadas como redobles de tambor.

Es muy cazurro y chistoso y patriota: el portavoz y altazor del vecindario, cuando se trata de intereses del pueblo.

* * *

—¿Están mis cholas, maestro?

—¡Ah, caracho! Se me'bía olvidado. Mañana sin falta... —moviendo las duras cejas.

Por eso se ha hecho célebre la frase: "miente como un zapatero". Pero no como el "remendón de Las Chozas". Este es el mayor decidor de "verdades" en varias leguas a la redonda: verdades corregidas y aumentadas con picardía en su caletre.

Y las noticias salen de la "clínica" flamantes, lúcidas, como botas recién compuestas.

Ante una mesilla de tablas de cajones, con tres estantecillos sobrepuestos, que parecen no resistir un puñetazo —mesa y estantes llenos de latas de sardinas con tachas, martillos, frascos, papeles pringosos, suela, zapatos viejos, cristales rotos, leznas, cordones, etc.—, y en la clásica banqueta de tres patas, redonda, y dura, trabaja el maestro. Para los visitantes hay mugrientos cajones de velas.

* * *

Desde muy temprano funciona la emisora "Maestro Pancho", desembuchando su serón de noticias, sazonadas siempre con un buen frasco de mentiras.

—¡Esto clama al cielo! —y da un tremendo puñetazo contra la mesa que se tambalea— ¡Ah, lairones, sinvergüenzas! No les aprovechará ese mangoneo 'escarao, porque l'agua es del pueblo, ¡del pueblo, contra!

—¡Fuerte esgrasia!

—No han dejao ni gota así —y señala un jeme—. ¡Fuerte laño, contra! —y daba tinte a unos zapatos— Y las mozas han jurao no dar conversa a los mozos si no rompen esos tubos.

Y para condimentar estas noticias:

—¡Bien de regalos trujeron los niños al maestro!: nueces a rrollás, cestós raidos de güevos, quesos, gallinas, jigos, tunos a payó, ¡y hasta gofio, córcholis!

* * *

—¡Oh, Catalinilla! ¿Vas a lavá? ¿No sería ese maestro qu'está en tu casa el que ha quitao el agua? ¿Ya te lo echaste de novio?

—¡Cállese, cristiano! ¿Usted cree que yo soy chiflá? Ese hombre es un ave paso, un andino que ha corrío ya las siete partías.

—¿Y tú tas también en ese complón de no jablá con los muchachos?

—¡Déjese de darle a la taramela! Arregle mis chanclos, y no ande con tanta cachaza.

—Oye, Catalina. Cuenta cuando tu padre, q. e. p. d., se'paresió a tu madre pá'isirle a'onde estaba el sacho qu'él 'bía enterrao...

—Y son verdanes, aunque usté no lo crea.

—Oye, y pregúntale a'ónde está l'agua escondía...

—¡Sá! ¡No sea tan burletero, cristiano!

—¿Y las autoridades? —pregunta Artiles.

—En Gáldar. Nos sacan los cuartos. ¿Le parece poco? —con socarronería campurria— Pa lo demás, se algodonan las orejas.

Y cuando el zapatero se cansa de este tema, saca a re-

lucir el de las ánimas de la cumbre; y luego el del agua, criticando y protestando de "tamaña esconsideración"...

Parecía que en vez de haber sido taponada el agua, hubiese ésta inundado las huertas, arrasado tierras, destruído paredes...

XIV

"CHORRO DE AGUA, MINA DE ORO..."

El maestro y el amigo, orondos y joviales, como en los días que repican fuerte, doblan donde una tanqueta empoza el agua —la "Esquina"— y siguen por la acequia, rumorosa como lengua de plata, camino del Retamar.

Este, lejos, entre parrales, tuneras y pitas, brillando los rozos blancos de las viviendas sobre fondo verde.

En los maceteros colgantes de los "cercados" lucen bellos maizales, en cuyas hojas pone el aire un estremecimiento alegre y el sol reflejos de luz. El amigo señala un castaño añoso, de tronco ahuecado.

—Cuenta mi abuela de un chiquillo que se metió en ese hueco y no podía salir.

—¡Métete a ver!

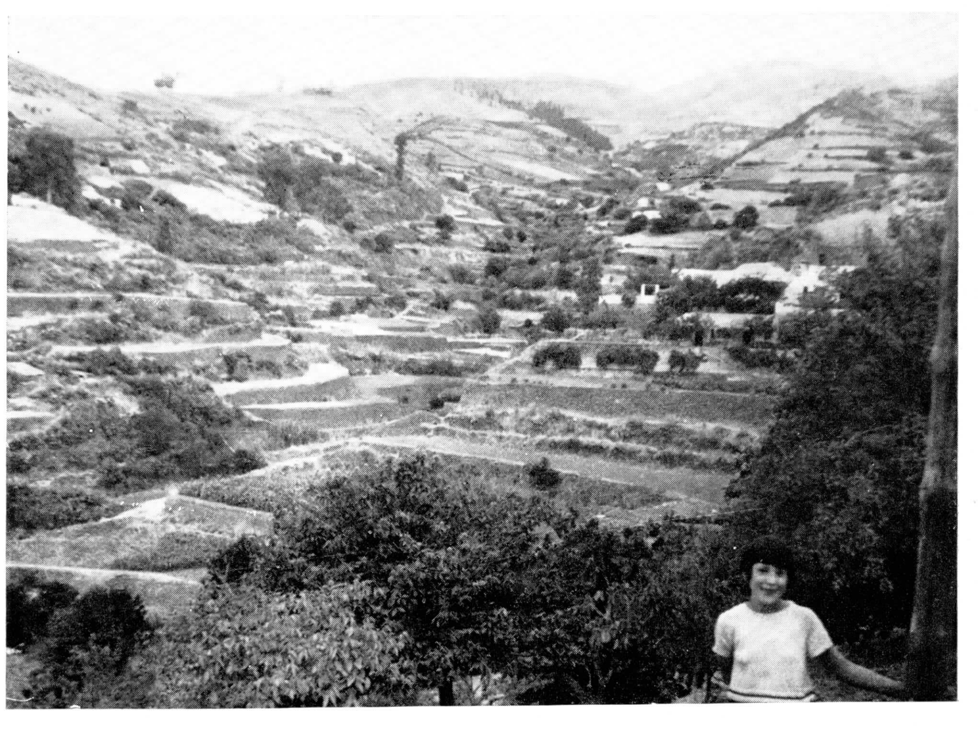
El valle parecía un río verde, donde flotaban las viviendas, como barquillos de blancas velas. Antoñito, el del Retamar, en medio del huerto:

—¡Adiós, señor maestro y la compaña! Aquí estamos escarbando el terrume, estrocando el millo y radrojando papas.

—Está bonito el maíz.

—Sí, jilaíto y precioso; pero hogaño que'ará esmorecío y secón, en berza; y no sacaremos d'él ni una linda.

—¿Por qué?



El valle de Juncalillo, con "los maceteros colgantes de los "cercados"... (Pág. 87.)

—¡Oh, nos han quisquiao el agua! Estamos en dos de'os de quedar sequíos. ¡Va a ser la ruina pa tó'os! Ya está precisando el riego —con lentitud parsimoniosa, como si le fuera arrancando las palabras una a una, con sacacorchos.

* * *

De la fuente venía Catalina, despacio, con vestido caneloso, color tierra, talla a la cabeza, medias caídas. De mediana estatura, algo escarranchada, pantorrilluda. Como si de tanto cargar agua se hubiera achatado y hecho patizamba. Traía pañuelo oscuro anudado al cuello, cuyas puntas le colgaban como alas de cuervo por uno y otro hombro, y sonrisa de las que dicen adiós a la vida.

—¡Hola, Catalina! —saluda el amigo— ¡Siempre cargando agua!

—¡Ya ve! ¡La vía es ansina! —y enseña unos dientes grandes, amarillos.

—Te íbamos a pedir un buche.

—Pídanla en la fuente. Hay allí un jeriero muchachas hasta pa'jasé dulces, y una nialá chiquillos, familia menúa...

—Así y todo, ¡gracias, muchas gracias! —el maestro, con media reverencia y abriéndole paso.

—Gracias, ¿de qué, cristiano? No le he jecho ningún favor —volviéndose—. Y no m'esté sombreriando.

—¿No lo es dejaros ver tan galana, cual figura griega con ánfora? —poetiza, romántico, don Aníbal.

—¡Osú, cristiano! ¡No me jaga melindres, que me va a jasé presumía! ¡Ni que yo no sepa cómo soy y los años que tengo! No necesito que me soplen, que ya tengo abanadó —y sonreía con sonrisa sabor a tierra y pesadumbre.

—Esta muchacha —explica el Artiles— ha cruzado este camino, según mis cálculos, unas ciento cuarenta mil veces y media..., viaje más, viaje menos...

—¿Y esa media?

—Este viaje no lo ha concluido.

¡Nada, una medalla!

* * *

Los chiquillos alborotaban en la fuente sobre el "chambón" muro de una tanqueta.

—¡Ténse quietos, muchachos del diablo! —grita una mocita—. Están emporcando el agua y enchumbándonos. ¡Miren que los zumbo dai abajo! ¿Quiere usted? —al maestro—; aunque el agua está abombá.

—¿Abombá?

—La encharcaron esos condenaos chiquillos.

Y la niña llena un jarro en el manantial, ofreciéndoselo.

—¡Gracias! ¡Qué agradable!

—¡Como ésta, ninguna! ¡Contiene sol!...

Y suben la pendiente polvorienta y angosta del "callejón". Una moza se detuvo para darles paso.

* * *

Al final, en plazoletilla terrosa, con varios eucaliptos, una tienda; y sentados en pedruzcos, y en un muro semiderruido, unos jóvenes y varios ancianos, los cuales dieron las "¡buenas tardes, señor maestro y la compaña!" Más allá, el humo gris de un horno, con olor de incienso, en volutas azules; gañanías, pajares, leñeras, chisqueros...

Pasan ante una vivienda con flores. A su puerta, en poyo rústico, una ancianita delgaducha, desdentada, con antiparras, vestida de negro, una palo por bastón, con rostro de simpleza y bondad, dice:

—¿Quieren entrar? Yo ya no voy ni a misa...; pero "Dios no come sino corazones". ¡Vaya con El!...

* * *

—¿Quién es?

—La bisabuela de la biznieta...

—Te has quedado calvo. ¡Otra medalla!

—Pues es... Florentinita, la bisabuela de Calandria.

—¡Ah, ya!

Las casas brillan, brochazos de cal entre los tunerales. Una chiquilla, en una higuera.

—¡Ojalá venga el dueño y te dé una tunda! —una mujer.

—"En tiempos de los jigos, todos semos amigos" —le replica la muchachita.

—¿Hay muchos? —pregunta el maestro.
—Haylos; peros reveníos. Son cotos... ¿Quiere usté?

* * *

Un sendero asciende casi en escalera. Dos piedras incrustradas en una pareducha ofrecen asiento. Los amigos lo toman y descansan.

Enfrente, nogales y castaños, frondosos, como cúpulas. Más lejos, la ermita aldeana, con la caperuza roja de las tejas, espigando entre nogales verdes, cogiendo sol y viento por los cuatro costados. Al fondo, el pinar, orecido en el atardecer: acuarela campestre, de tapiz, con olor profundo, enmarcado en la línea azul de los montes.

—¡Qué paz, qué hermosura!
—Mejor si no hubiera tantos líos.
—¿Qué líos?
—Los de las aguas. En Canarias, "jeu d'eau, filet d'or", como dijo Verneau. El agua es la madre de los pleitos. Cuenta mi abuela que cuando echaron la de Tejeda hacia la Aldea, los vecinos arrojaban peñascos. Y vino tropa de Las Palmas. Y asomó una vieja al principio de Juan Fernández para empujar un pedruzco. Y el jefe de la fuerza apunta, dispara, ¡pum!, y la anciana cae rodando como un guiñapo. Y el que disparó comenta: "¡Ya he matado una perdiz!" Los derechos de la gente del campo han sido siempre inculcados..., aquí y en Pequín. También fue famoso lo de Casablanca...

* * *

Callan. Perciben el encanto de la tarde. Los pajarillos cantan alegres en las cogollas de nogales y castaños, pintadas de oro por los últimos peninos del sol.

Un muchacho cruza con una duela y dos cacharros de agua: "¡Buenas tardes!" Pasa un labriego, con un arado a cuestas. Otro, con una vaca suelta... Una moza... Un muchacho sobre un asnillo: "¡Adiós! ¡Arreee, burrooo!..." Un perro... Cerca, un vejete cansado pica una yunta.

—¿Y cuál es el lío de aquí?

Hay dos: uno, el de las aguas de Barracondo. Ha dividido el pueblo en lo que llaman "pobres y ricos". Y todo son pleitos. Y la justicia se lleva los cuartos.

—¿Y el lío de la Cañavera?

—Ahí abajo —señala Artiles— hay una naciente con que se riega "de hilo" y se han regado todos los huertos del Barranquillo, desde el año de la pera, como se dice. Pero de poco acá ya no hay agua.

—¿Cómo así?

—El dueño del terreno la ha metido en la acequia de Las Arbejas. Dicen que han hecho una posesoria. Una ficción legal. Aquí nadie se enteró. Unos leguleyos y picapleitos de Guía, trapisondistas, han armado ese lío y deslumbrado a un viejo, Cho Matías, para firmar un contrato. Total, la ruina. Y el vecindario está revuelto: las aguas son aquí sagradas, como reliquias.

Unas mozas venían de la fuente, canturreando, talla a la cabeza:

—¡Adiós, señor maestro y la compaña! —dicen— ¿No suben al Retamar?

—¿Y no nos negarán el habla?

* * *

Y ellos suben la pendiente. En un cruce, varias jóvenes cuchichean en asientos de rústicas lajas, bajo unos árboles, y ríen a voces, dándose palmadas en las piernas.

—¡Buenas tardes, señor maestro!

—¡Muy buenas!

—¿Quiere tunos? —una, que los cogía con un gran sombrero, mangones y la consabida rueca.

En el marco de una portezuela una moza da un cantarín:

—¡Buenas tardes! Estoy haciendo el queso —muestra las manos blancuzcas—. Si gustan pasar...

XV

¿QUIERE TABEFE?

Paredes brillantes de cal; puertas y ventanas verdes; patio de piedras rústicas, con rosales, geranios, troncos de árboles, arados, sogas, aperos de labranza arrumados por los rincones.

Sobre el borde blanco de un murete, el verdor de unas flores, matojos, pitas, tuneras. Más allá, junto a un emparrado, naranjos, perales y un alto pino mirando al cielo, como fraile en oración.

Amplia "cueva", limpísima, con piso de mosaicos. Una estrecha y negra mesa de patas de cangrejo, en la pared del fondo, repleta de candelabros, imágenes, figuras de porcelana y yeso, fotos de combatientes de la Cruzada Nacional, enmarcados en los colores rojos y gualda. Un gran espejo, de marco dorado, envuelto en gasas.

Encima, un cuadro de Nuestra Señora del Cobre, patrona de Cuba, historiado. Otros en la pared: uno de ellos, los Santos Varones. En un rincón, sobre ménsula color chocolate, en urna de vidrios, un Cristo amarillento, en cruz negra, con flores de trapo, blancas.

En el fondo, dos primorosas cortinas de encaje difunden en la estancia una suave luz color de perlas, celando y delatando a la vez sendas alcobas, donde se transparentaban altas camas de hierro, antiguas, cubiertas con preciosas frezadas blancas, de grandes flecos. Todo muy limpio, pulcro, como las patenas.

Una antiquísima caja de tea y una docena de taburetes pulidos, brillantes, a lo largo de la habitación.

Lleva Calandria delantal azul claro sobre falda rosa, medias bastas, de color gris, dobladas, dejando ver la parte superior de la pierna, mangones y ancho sombrero de paja.

—Bueno, don Aníbal, se me estropea la cuajada. Vuelvo pronto —se excusa la muchacha.

—¿Stás loca? —replica Juana María— ¡Vámonos allá fuera!

Era un rincón con asientos de piedra, entre melindros silvestres, plantas, un matojo llamado "engaña niños", árboles..., y amplia visión sobre el paisaje. Cercano, un horno casero.

Calandria descubre una talla. Se inclina. Saca puños de cuajada, que coloca en el aro de la quesera. Repite la operación con la derecha, prensando con la izquierda. Parecen sus manos tórtolas bañándose en jarrón de nieve. Por el desagüe cae el suero en otra jarra.

El maestro analiza: "rostro agradable, de manzana en sazón, ideal de campesina, entre blanco y moreno, de cuajada y miel. Labios prontos para sonreír, especialidad de las canarias. Manos sedosas, finas; pichones bañándose en espuma..." Y cae en la tentación alabanciosa:

—Eres la diosa de los campos...

A la "diosa" se le multiplican los colores.

—¡Jesús, Jesús! — y junta las manos, resplandecientes de cuajada— ¡Qué cosas dice usted!

—Verdades.

—¡Mira que venir de visita y encontrarme con la cuajada! —dice ella, sonriente, mirándolo con gracejo— ¡Qué mala pata!

—¡Ca! Yo encantado de verla. Es bonita.

—¿La cuajada o Calandria? —Juana, maliciosa.

—La cuajada es bonita, pero ¡la que hace el queso...! —y mueve la mano en gesto admirativo el maestro.

—Es guapísima, y le hace bienísimo —alaba Juana.

Calandria interrumpe la operación. Suspira hondo, hincha el pecho, el cuerpo y la cabeza hacia atrás.

—¡Sús, sús, cállense! —ruega, los colores muy subi-

dos— Lo hago como todas y... ¡soy una preciosidad! ¿No ven? —y muestra las manos, brillantes como dos hostias, con una sonrisa encantadora.

La muchacha da vueltas al fofo queso, que chorrea. Lo cubre de sal.

—¿Quiere tabefe?

—¿Tabefe?

—Eso que sobra, una vez guisado —explica Artiles.

* * *

Coloca encima unas tablas, unas piedras.

—Ya sabe cómo se hace.

—Necesitaría más lecciones.

Se limpia ella las manos. Se desprende de los mangones, dejando medio descubiertos los brazos. Se da cachetes en el rostro, acalorada. Respira hondo. Se sienta frente al maestro. Pasa la mano por la cabeza. Desprende el pañuelo. Lo ata a la garganta. La onda sedosa y negra rodó sobre los hombros y el pecho. Ella lo sacude con enérgicos meneos de cabeza y busto.

Pierna sobre pierna, balanceándola arriba y abajo, ambas manos enlazadas sobre la desnuda rodilla, ofrece al visitante toda la luz de su rostro y de su mirada. Y con voz halagadora y fresca risa de cristal, los carrillos picarescos melados por el resol de la tarde:

—Gracias por su visita. Y si nos echara una mano para eso de La Cañavera...

—¡Oh, encantado!

En el pinar temblaban los últimos fulgores. Calandria trajo una bandeja de barro, colmada de nueces, pan bizcochado, higos pasados, queso de flor.

XVI

DONDE UNA PUERTA SALIO DEL BUCHE DE UNA PALOMA...

—¡Jinojoooo!... —Y un vejete encorvado bajo un enorme haz de hierba arrastra patio adentro las botas— ¡Cuánto genterío en mi casa! ¿Es que hay cabildo, o que ha llegado a mi guruncho algún menistro, mecachis? —Y canturrea:

"Y arriba, arriba
y arriba al cielo,
en llegando arriba
descansaremos..."

Delgaducho, ateado, coloradote. Le jaspea el rostro. Camisa con manchas oscuras, chalequillo abierto, cintilla negra al cuello, a modo de corbata; pantalones arrugados, color tierra, sostenidos por ancha faja de tono indefinido; zapatos de cuero sin curtir, herrados, sin cordones. Ojos de pupilas verdosas, vivos, inquietos, grandes cejas rubias, fisonomía picaresca y un bigotillo blancuzco, esbozado apenas. Tararea jocosamente:

"Lunes camina,
martes allega,
miércoles corta,
jueves apera,
viernes camina,
sábado allega.
¡Ahí viene mi Juan
con su carga leña!
¡Talán, talán!

—Es mi abuelo —dice Calandria—. Abuelo, el señor maestro.

Tira el montón de hierba al suelo el viejo:

—¡Que pá bien sea! ¡Bienvenío a éste mi gurunchu! —y tiende la mano.

—¡Servidor de usted!

—Su mercé 'ispense. Voy a dejar este jase colleja y balangos. Sigan ustés espantando el jilo.

Y sigue él, renqueando, pisando duro y ruidosamente, mientras reza con voz campurria, ahuecada:

"¡Jao! ¿Aónde has estao,
que tanto pelo has criao?
....
Porque yo soy como Cho Galindo,
entre más viejo más lindo..."

Pregúntale Juana María al maestro por las patillas.

Responde él que su profesor de Pedagogía las usaba. "Son barbas pedagógicas..."

Y el viejo volvía, arrastrando las botazas y canturreando:

"Jise una casa en el campo
a vista de quien miró,
y unos dijeron: ¡qué gacha!,
y otros: ¡qué alta salio!"

Se escarrancha ante el grupo. Echa una mirada inquisitiva. Arquea las cejas y exclama con temblorosa voz:

—¡Ah, jinojo! —y, barbotando frases inaudibles, penetra en la vivienda.

* * *

—¿Y esa vestimenta? —inquiere Calandria.

—A lo vaquero americano —y acciona con elegancia.

—Otra vez de güelta —interrumpe el viejo, sentándose en un pedruzco, junto al corro. Saca una "borrega" de goma y una cachimba. Y perora, calmoso:

—Conque el señor maestro. ¡Tanto gusto, caray! pero,

¿quién diablos lo trujo a esta lejetú? En malora, caracho. Aquí ha sucedío un suceso muy tropellón, tropellón, y que hace menesté enmendarlo.

—¡Ya, ya!...

—Sí, caracho. La ruina pá tós. Un sacato que trastrueca las costumbres sagrá's de los pueblos. Unos zascandiles, gentualla maligna y trapichantes sin conciencia han venío a meter inquina, con ínfulas y muy bravucones, a la pata la llana, maquinando a trochimoche, de hoz y de coz, a trancas y barrancas, y jasiendo mangas por hombros, pá jeringuiarnos a tó'os y chuparse l'agua del pueblo, metiéndola de rondón en tubos, cuando el agua es nuestra, ¡del pueblo empeso, puñema! —y se golpea el pecho—, y cosa siempre muy respetá, como las alcancías de las iglesias... Esto es una engañifa del diablo, una ladroniza escará, cosa indigna y vil que me escarabajea en los adentros, y m'está amargando el genial y estomagando de continuo, viendo del mó que nos tratan...

Y las frases le salían cortadas, burbujeantes, como torrente despeñado.

—¡Sús, abuelo! —ataja la nieta.

—Bueno, y su mercé no debe prenda, ni tiene que ver con este maljecho, con esta maturranga de unos pelafustanes y mercachifles, aves de rapiña, que lo echan todo a doce; y que quieren cantar las cuarenta con una ristra papeles, sin triunfos nengunos. Nosotros les dejaremos pupulos y cagaplazas, ¡jinojo! Cho Matías, ese vecino veleidoso y caprichudo, y esos moscones y mangantes d'allá bajo, serán tres personas distintas, pero constituyen una sola calamiá verdadera; sí señó, una calamiá y pico; un pico como el de Tenerife, caracho. Nos quieren jeringuiá; pero los triunfos son nuestros. Cantaremos las cuarenta, y bien sahumadas, ¡jinojo! ¡Requetejinojo! —y prendía fuego con eslabón y un pedernal en una gran mecha color naranja.

—Abuelo, cuéntele al maestro la historia del pino —Calandria, premiosa.

—Con mucho gusto, caray —y suelta un incendio por la cachimba el viejo.

—Allá, en tiempos de Maricastaña, yo tamaño así— y señala a un metro del suelo—, mi padre, que en gloria

esté, tenía costumbre de dí a caza y de echá un verde, como se dice. Y una mañana, ¡cataplúm!, espara y tumba una paloma salvaje. Trújela pá casa. Y mi madre va y dice: "He encontrao en el buche d'esta paloma dos pepitas..." 'Isele mi padre: "Tráilas, que voylas plantá". Y plantólas aí mesmo. Y prosperaron. Y ai'stán, altos y bonitos. Jase lo menos sesenta años.

—Muy curiosa historia. Pero no veo más que un pino.

—El que falta yo lo estronqué.

—¡Hombre!

Como es el dicho:

"Siete y siete son catorce
y siete veinte y una,
el que tiene pan, come,
y el que no, ayuna..."

—Evidente.

—No semos ricos. Y al casarse mi jija Lola pos le jise una vivienda en La Plaza, a'onde el correo; y en vez de vendé un cercao, porque "la jasienda de tu enemigo en dinero la veas", corté un pino pa'l maderío la casa. Y cata, aquí de a'onde puertas y ventanas d'esa vivienda son salías mesmo del buche una paloma...

—¡Curioso! El otro no lo cortaréis, ¿verdad?

—Si no me lo exige esta mocosa —y señala a la nieta.

—Me basta un tarugo —y señala a unos allí arrinconados la "mocosa".

—Pos si te conformas con un tarugo, allá tú, quería; porque,

"El que tiene cama
y duerme en el suelo,
¡Barrabás que le tenga duelo!"

—Esos gibrones —prosigue el viejo— son de unos pinos que compró mi padre a'onde llaman los "Pinos de Gáldar", a una onza ca' pino, ¡miusté entonces! Y con tal maderío jisimos yo y mi padre —y el burro a'lante pa' que no se espante—, y mi hermano Cristino, ¡Mería!, cajas, mesas, puerta, pa tó'o el barrio, usté. Esos mesmos taburetes son d'esos pinos.

—Parecen nuevos.

—Enternos, pa' to'a la vía. Pero ¿y el novio? ¿Se conformará el novio con un tarugo, si no es un tarugo, contra?

—Yo me conformaría —el maestro, mirando a la muchacha.

* * *

—Espero que su mercé haya tenío un buen recuerdo de su visita a esta casa, y que golverá a vernos. Nos hará placer.

—Vendré, seguro.

—Y pronto vamos a tené una 'eshojá millo. Venga a jasé el marragullo y el alma en pena. Su mercé sabe que se le aprecia y que le tenemos buena voluntá, que es lo que vale. Yo y tó'o lo de mi casa es pa usté. Y deploro no 'berle servío mejó.

—Muy agradecido.

—Usté mande a su antojo, si no es pa' deprendé.

—Es muy bromista. Pero no deje de venir, sí, venga... —disculpa e invita Calandria, obsequiosa.

—Pero si no se arregla lo atinente a esos tubos y le vamos a la mano a esa gentualla es un desastre. ¡Fuerte injusticia! —remata el viejo.

* * *

La despedida fue cordial, afectuosa, mediando nuevas y corteses razones y ofrecimientos. Pero el "pedagogo" hubo de oír, cuando se alejaba, las voces del viejo, que repetía a gritos:

"¡Jao! ¿Adónde has estado
que tanto pelo has criao?"

Y volvía patio adentro, vociferando:

"Nació jembra, murió macho,
ni muchacha, ni muchacho..."

—¿Por qué lo dice, abuelo?

—Pos..., ¿tú no sabes esa adivinanza?

—Sí, pero, ¿por qué se le ocurre eso ahora, abuelo?

—Pos, ¿no lo ves, caracho? Ese endeviduo, con las barbas parece un hombre, contra, un machote; pero, pero con esos pantalones de fonil..., ¿es un hombre, jinojo? Parece un jembra, marica...

—¡Sús, sús, abuelo! Qué modo de tratar a los visitantes. ¿Por qué le dijo que era un alma en pena? Lo azoró todo, abuelo.

* * *

Ya brillaban las estrellas. El cielo tenía negrura y profundidad de manto de Dolorosa con brillantes.

En el silencio surge, intencionada, con veneno, una folía:

"Adió, palomo buchúo,
y no vengas a cazá,
con tu jarabe de pico,
calandrias al Retamá..."
....

XVII

¡YA MONIOOO!...

Y en la zapatería:

—¡Injusticia con ésta! Cuando sea la deshojá Juan Antonio debemos mové las masas.

El maestro y el zapatero habían tomado muy a pecho el asunto. El uno, por mor de Calandria; el otro, por mor del pueblo.

Y fueron ambos "en comisión", a ver al cura.

—¿Una revolución, maestro Pancho?

—Pero, ¿no ve usté el laño que este asunto está jasiendo?

Al cura le dolía el atropello. Pero pesaba los pros y los contras. Y confiaba en el resultado de ciertas gestiones.

El alcalde-barrio vive en Barracondo. Allá fueron ambos, "en comisión".

—Es un sacato, un tropello —protesta el zapatero—. ¡Un tropello intolerable! —todo nervioso y dando garrotazos en el suelo.

—¿Cómo puede la autoridad permitir tal cosa? Es inconcebible —ayuda el maestro.

—¡Un robo tan 'escarao!

—Sí, llevan razón. Yo se la doy —concordaba el alcalde-barrio—; pero es asunto del Ayuntamiento de Gáldar.

—Vos sois autoridad.

—No, no me incumbe.



"El maestro y el zapatero (primero y segundo a izquierda) habían tomado a pulso el asunto... Al cura le dolía el atropello..." (Pág. 103.)

—Pos, ¿a quién le incumbe, caracho? —y golpea el piso con el garrote, enfurruñado, el zapatero.

Y el domingo, al llegar a la misa uno que influyó en la taponadura del agua se sube el Cojo a las gradas de la ermita y desbarra a pleno pulmón:

—¡Arriba pueblooo...! ¡Abajo las tuberías...! —y levanta el palo cuanto puede. Fue una declaración de guerra.

El sordomudo del pueblo hizo aspavientos significativos. Y Catalina, en voz alta:

—¡Asina se jase!

Y batió manos, haciendo equilibrios con su talla a la cabeza. Para el Cojo fue aquello una aprobación unánime de la "masa compata del pueblo empeso".

Si la masa "compata" no contestó al grito subversivo, el exabrupto convenció a todos de que la cosa iba en serio. Si hubiera habido allí un guardia municipal, el remendón habría sido acusado, sin duda, de alterar el orden público en un barrio tan pacífico.

* * *

Y las muchachas persistían en dar "calabazas" a los muchachos. Y éstos en sentirse ofendidos, después de saberse, por buenos oficios de Pascuala, que el maestro fue de visita al Retamar.

Delante de la tienda del barrio viejo hay un par de eucaliptos y dos tocones secos.

Ello da aspecto de plazoleta a aquel sitio. Y los muchachos se reúnen allí, "cuando suenan más puros y más frescos los caños... Hora bíblica y de romance..., como en todas las fuentes del mundo" —en palabras de Miró—; cuando la voz humana puebla el paisaje. Ellas iban y venían, graciosas, pero serias; sin darse por enteradas de los muchachos. Y hasta una los increpa, corajienta:

—¿Qué hacen ahí, cobardones? ¿Tan maníos? ¡No sirven ni pa'apañar moñigos, contra!

—¡Maníos, maníos! ¡A apañar moñigos! —repetía a gritos Juan, el del Retamar— ¡Vaya cascarrias!

Pascuala había encizañado la visita del maestro, y comentaban:

—¡Con ese chaflameja sí que han sabío platicá hasta noche escurecía!, ¡contra!

—¡Calandrión!

* * *

Garridas, lozanas, Calandria, Juana María y otras suben de la fuente, con tallas en las cabezas y gentil contoneo de caderas. Juan se pone a silbar como un pájaro. Y luego:

—¡Pita, pita, pítaaa...! ¡Pita, pita, pítaaa...!

Ellas callan, haciéndose las desentendidas.

—¡Semos muy feos! —comenta Juan.

Matías se les encara:

—¡Oigan! ¿Y por qué pasan ustés tan serias, serias, como enroñás, caracho?

—¡Eso, eso!

—¿No puén jablar?

—¡No! —Calandria, con genio.

—¡Qué viene el corujoooo! —despotrica Juan.

—¿Por qué, puñema?

—¡Rompan los tubos!

—El macho barbú subió pa'l Retamá. ¡Y a'ónde va el baifo van las cabras! —Juan, brincando sobre el muro.

Las mozas se ponen coloradas.

—¿Y si es al respective de La Cañavera? —Matías, meloso.

—¿Qué vas a decir?

—Pos..., al respective de eso... —y se rasca la cabeza el Matías—, pos..., pos, decimos..., hay que pensá... Y ustés, ¿por qué no nos hablan?

—¿Y qué pensaron los que dejan un pueblo sin agua, Matías?

—¡Parecen un cochafisco!... —Juan.

—¡Cállate, rebumbiento! —Juana— Mejor fueran a romper los tubos.

—¡Tan encelás! —con mueca, como asustado.

—¡Arsa pa'lla, jinojo!

* * *

Un hermano de Juana María, sordomudo, se pone a hacer zalemas y aspavientos.

—¿Ven? Y ustedes tienen miedo, ¡cobardes! —los recrimina Calandria.

—¡Eso duele, caray!

—¡Oye! ¿Y por qué pasan ustés tan cocidas y fosfolientas, como si tuviéramos nosotros las tis o la raña? —Matías.

—¡Si tuvieran vergüenza!

—¡No tenemos vergüenza, no tenemos vergüenza! ¡Arrepaña, Matías! —despotrica Juan— ¿Oístes? ¡No te prives! ¡No te empeniques!

Pascuala sube en aquel instante, refunfuñona, desgarbada, displicente:

—¡Que rompan los tubos! Porque lo manda esa presumía... ¡Miusté!

Y Juana, corajienta:

—¡Los romperemos, tú, sopimpa!

—¡Ya lo creo! ¡Vaya niña valiente!

—¡Oye! Y el maestro, ¿los ha roto el maestro?

—No sabe de estas cosas.

—¿No sabe? ¿Y supo dónde hay níos de calandrias en el Retamá, eh?

—¡Calandrión, calandrión! ¡Un palomo buchúooo!—desafora Juan.

Calandria enrojece:

—La puerta no se cierra a quien va de visita, ¿sabes? ¡Ni que tú mandaras en mi casa! —Y Juan, bufando, con brinco sobre el muro:

—¡So, buuu...! ¡Turre, cochinooo...! ¡Que viene el viejo carruchooo! Y "no te metas en la boca sino lo que puedas regolvé", Matías. Y con alboroto y brincos:

"¡Don Quijote de la Mancha
come güevo y no se mancha.
Pero un día se manchó
y su novia le pegó
con el rabo el cucharón!"

Los otros ríen y azuzan:

—¡Entrale, Facundo! ¡Animo, Juan! ¡Entrale, Matías!... ¡No seas fimfle! Anda, manée! ¿Tienes mieo? ¡Yo entro por cáida! ¡Féchate con ellas! ¿Tienes chirgo?

—¡Vámonos! Estamos perdiendo el tiempo. No hacen un favor, ¡Vaya cobardes, caramba! —Calandria malhumorada—. Son como tierra barrulienta que no transmina y trigo arisnegro.

—Un favó..., un favó... sí lo jasemos...; pero con condiciones, caracho.

—¿Por quitar el agua? ¡Eso faltaba! ¡A ser hombres, caray!

Y sigue, agitada, palpitantes los senos. Y Juan:

—¡Semos chiquillos, semos chiquillos! ¡A rompé los tubos, a rompé los tubos, Matías! ¡Semos chiquillos! ¡Y cobardes! ¡Ya moniooo! —chascando los dedos— ¡'Stán mos quiás!

XVIII

LA "DESHOJA"

Resplandores vidriosos, voces misteriosas, confusos sones, puntear de guitarras, cantos de folías.

El patio se va llenando de hombres, mujeres, jóvenes, muchachas. Calandria saca taburetes, sillas, bancos. Sentados en el suelo otros, sobre mantas, jergones de crin; o en el muro, o sobre las apilonadas piñas.

—¿Y Juan Antonio?

—Terminando de espantar el jilo.

Y llegó el viejo, gracioso, de humor:

—Si no he venío deantes es que mi mujé jizo el potaje muy caliente; y, como es el dicho, "el que se quema es goloso, y el que sopla, un glotón..."

—Sí, pero se debe recibir a las personas.

—¿Y ustés son personas acaso?

—Entonces, ¿qué somos?

—¡Potrancas, jinojo, potrancas! —iba enredando el viejo frases y gracias, con común regocijo y algarabía.

Diligentes, deshojan todos con el consabido "espucho". Las piñas en un rincón, las camisas en taños grandes, los "rebusquillos" en cestas, cuando no vuelvan hacia el rostro del más distraído.

—¿Qué le pasa a la moceá que no platica? —pregunta Plácida.

—Son niños... —apostilla Calandria.

—¿Por qué? —refunfuña Matías.

—Sí, niños con naguados.

Y Juan, jacanero:

—Eso es al ajoto que no tenemos barba... ¡Póntela, Matías! —y simula ponérselas él, burletero.

* * *

Carburos y quinqués colgados de árboles y matojos hacen guiños y muerden las tinieblas. Sombras alargadas, fantásticas. Rebrillan las puntas de los cigarros. Un candil agoniza, resistiendo al aire que lo ahoga y asesina.

Juan y Facundo escandalizan, envueltos en sábanas, cual fantasmas, con barbas de millo, y gritos, y bufando:

—¡Aquí viene el barbúuu...!

Aparecen en el umbral penumbroso don Aníbal, el amigo de éste y maestro Pancho el Cojo. Y aquél, con voz sonora, amigable:

—¡Buenas noches a todos estos buenos vecinos!

—¡Buenasssss y santas! —y el remendón bate el piso con el garrote. Y el viejo:

—¿Eran ustés los que jasían el fantasma, jinojo?

Un "carozo" vuela, rozando las narices del maestro. Y una voz:

—¡Acíscalo, caray!

—¡Pasen, pasen! —enmienda Calandria, y va a recibirlos. Y les ofrece asiento y conversación. Y los mozos:

—¡Fucha, camellooo!

—¡Orza p'allá, pajarítaaaa...!

Don Aníbal no se entera. Conversa, eufórico. Y el viejo:

—"El que llega tarde, ni joye, ni come carne...".

—¿No jasen más que jablá, caracho? —a las muchachas—. Poco se gana hilando, pero menos mirando..." Y ento'avía que'a mucho follorusco.

El maestro quita hojas a la primera piña que encuentra. Y el viejo:

—"Mano puesta, ayúa es"; "un grano no jase granero, pero ayú'a al compañero".

* * *

El zapatero no era hombre de deshojadas. Fue a preparar la masa..., y con desasosiego revolucionario y patriótico,

cauteloso, sagaz, se dedica a echar parrafadas y a caldear el ambiente, con la sana intención de "hacer gofio" las tuberías, poniendo a flote todas las razones que guardaba en los almacenes de su cerebro, mezclándolas con chistes, chirigotas y rechiflas.

Resquema a los muchachos el paliqueo del maestro con las mozas. Y lanzan frases burleteras, con malicia. Y simulan ponerse barbas; y disparan "carozos" y "rebusquillos". Reía el maestro, con aire de filósofo; y ellas, cascabeleando.

Las guitarras puntean, y el vejete, bailoteando solo:

"La mujer para el hombre
chiquita y viva, chiquita y viva,
porque la caña larga
pronto se agiba..., pronto se agiba...

La guitarra hablaba sola en manos de Segundo Medina. Y Matías se desahoga:

"Dijo el sabio Salomón
a las mozas casaderas:
cuando vayas a casarte
busca en tu pueblo pareja."

Y Calandria, muy a punto:

"Allá en el campo florido
nacen rosas y claveles;
y el caminante a su gusto
escoge la que más quiere..."

—Su mercé no jaga caso de estas matungás —el viejo al maestro—. Y, si me da permiso, voy a cantá unos trujanes sacaos de mi cabeza, pa encomiá a su mercé.

—¡Encantado!

—¿Coplas o copas? —pregunta el Artiles.

—¡Coplas, córcholis! ¡No mojás, sino secas! ¿Y cómo van a ser mojás si nos han quitado l'agua?

El remendón aprovecha:

—¡Sí, caracho, sí! ¡Ha sí'o una enjusticia! Debemos 'estrozá esos tubos esta noche mesmo. ¡Arriba pueblo! ¡Abajo las tuberías! —y garrotazo seco.

Las mozas:

—¡Arriba!

Y Juan, farandulero:

—¡Arriba España!

—¡Cállate, carrancio, que te doy un cocorrazo! —amenaza el Cojo.

Requiere el viejo una guitarra. Se planta ante el pedagogo, el pie en un taburete. Garraspea, y con alegre rasgueo y graciosos movimientos:

"Ya llegó el pega el gogo
de nuestros niños;
el que enseña a leé
a los chiquillos...

Los chiquillos están
mesmo que burros;
los que deprendío
aún son más brutos.

Juan Antonio es un bruto
pero se afeita;
pero algunos señores
jamás se acuerdan...

¡Quién lo dijera
que era un hombre barbú
un alma en pena!

Mira socarronamente el maestro:

"Ya no hay agua, caracho,
pa'un potaje,
ni pa'guisá llantén,
ni santiguarse..."
....

—¡Ni pa'ná', contra, ni pa'ná'! —interrumpe el zapatero, escandaloso— ¡Ha sí'o un sacato, un tropello! ¡A 'estrozá los tubos malditos! ¡Arriba pueblooo! ¡Abajo las tuberías! ¡Tó'os a La Cañavera! —y rubrica con un garrotazo. Aplausos, silbidos.

XIX

¡SE LE FUE EL BAIFO!

Una voz: "¡Que cante Calandria!" Y el viejo:

—¡Ah, sí! Que luego te vas y no po'emos joyirte ni por teléfono. Una vez fui y no me dejaron ni verte. Como si yo no fuera tu abuelo. O como si pa' jablá' contigo hubiera que pedí premiso a Padre Dios. ¡Ah, caracho! ¡Al ajoto que semos pobres!, como le 'ije a la madrita.

—¡Jesús, abuelo!

—No hay Jesús que valga. Eso es ansina. Tié's que cantá.

Compone su cabello, vergonzosa, Calandria.

Suena un melodioso guitarreo. Y ella, en pie, con voz clara, llena, agradable:

"Peno por un hombre, madre,
que no me quiere,
que no me quiere...

Siempre es el amor,
siempre es el amor travieso..."

El maestro se le acerca. Tose. Se da golpes de pecho aparatosos. Se acaricia la barba. Y, por lo bajo primero, a plena voz después, la acompaña, como si toda la vida hubieran cantado juntos el barbudo joven y la garrida moza: alegre, sonrosada ella; serio, entonado él.

Hubo griterío, jolgorio, aplausos, silbidos. Y ella:

"Siempre es el amor,
siempre es el amor travieso,
y hace suspirar,
hace suspirar por eso...
Y el que quiere y no es querido
nunca se debe dar vencido."

Y él:

"Amor, amor,
¡no juegues con mi corazón!..."

Y ella, las pupilas en el improvisado galán:

"Amor, amor, amor..."

—Y Juan: "¡se le fue el baifo!"

Se repiten los aplausos, los gritos y silbidos; como antes las risas, cuando las sombras de ambos se dibujaban en la pared, cómicas, fantásticas. Y el viejo:

—¡Caray! ¡Qué yunta pa'un ara'o!

No opinan así los jóvenes. Aquella armonía los desarmoniza... Y Matías masculla a voz en cuello, malintencionado:

A ese gallo cuello duro
hay que cortarle la cresta,
pa'que deje de cantar
'onde no le jase cuenta...

Y el vejete:

—Señó maestro, su mercé ha cantao como un capilote. ¡Bonita pareja, contra!

—¿Le gustó?

—¡Quién quita, caramba!... Pero no: "ca'oveja con su pareja."

—¡Jesús, abuelo!

—Y ahora, si su mercé no se enfa'a, voy a decí una endevinanza:

Nació jembra, murió macho,
ni muchacha, ni muchacho.

—Es la pita, compadre: nace jembra, pita, y muere macho, pitón —y reía.

—Cuando yo era niño, y en deshojás como ésta—prosigue el viejo—, el maestro Artiles, que gloria haya y que tanto ayu'ó a jasé la ermita, aunque en ciertos papeles se lo callen, jasía endivinanzas, que le gustaban a él, y tocá, y cantáa; y una era ansina:

Mis años con su mitad
y cuarto, con treinta y cinco:
cuál es, pues, mi actual edad
quiero saber con ahinco.

—Veinte —dice el maestro.

—¡Sabijondo, caray! Endivine ésta:

Pa bailá me pongo la capa,
pa bailá me la vuelvo a quitá,
no puedo bailá sin la capa,
con la capa no puedo bailá.

—¡El trompo!... —chilla Juan.

—¡Cállate, bocajigo, entrometío!

* * *

Hubo cabildeo entre el remendón, el maestro y el viejo.

—No se vaya nadie. El mestro tiene que jablar —advierte aquél.

Se sube el maestro a un murete. Pasa el índice por el cuello, estira los puños, tose, se ajusta el cinto:

—Señores —declama—, un deber de ciudadanía me impulsa a protestar de que os hayan quitado el agua, causando a este pueblo trabajador, sufrido y valiente...

—¡Bien, caracho, bien! —el zapatero, con estampido de garrote.

—... por ello es necesario movilizar esta juventud, para destruir esos tubos que son como una espada de Damocles suspendida sobre la cerviz de un pueblo, a horcajadas de cuyos derechos ancestrales quieren medrar unos leguleyos atrevidos y varios vecinos, más ansiosos de riqueza que de honradez...

—¡Bien, caracho, bien! —se desmanda el Cojo— ¡Muy bien jablao! ¡Ha sío una fuellería 'esvergonsáaa...!

Y Matías:

—¿Quién ha hecho a ese individuo predicadó?

—¡Oye, animal! —el zapatero— Si no jases, deja jaser; y no 'stés jasiendo el abejón, caracho. ¡Mira que...!

—... me duelen —enfático, con grandilocuencia olímpica y elegante accioneo de manos— esas criminales y telúricas apetencias, el gran delinquimiento delictuoso, la criminalidad fáctica de robar el agua que discurría por vuestro hermoso Barranquillo, llenándolo de verdor, de flores, de árboles, de pájaros. Y donde las gentiles y agraciadas mozas juncalillenses...

—¡Bien, bien! —gritos, aplausos, silbidos.

Y el Buey:

—¡Qué se calle!

—¡Cállate tú, bocajigo!

—... las gentiles juncalillenses acudían a por agua. Atropello que corresponde deshacer a estos valientes y viriles mozos, destrozando los malditos tubos ceménticos. —Aplausos y voces:

—¡Rómpalos ustéee...!

—¿Otra vez, cara pastel?

—¡Que se aféiteee...!

—¡Cállate! ¡Te doy un mandarriazo, contra!

—Mira que no se le ve la jería al burro hasta que no se le quita la albarda, Matías —el Cojo.

—...vulgares tubos que aherrojan el bienestar y el progreso de este ilustre pueblo...

—¡Bien, caracho, bien!...

—El bien de todos se ventila...

—¡Ventílese ustéee...!

Y el remendón:

—Cierren el jocito, perruñentos, tarajallos, y no empotajen el asunto. Miren que les pongo una tajarria, contra. Y aprendan a tratá con personas de alcurnia. El señó mestro es sujeto entendío y una autori'á, y no se le pué'interrumpí de ese móo. Cuando el jabla, jabla; y sabe, y sabe lo que jabla —impaciente, nervioso—. Siga, don Aníbal.

—El bien de todos, sí. A todos interesa, a todos los habi-

tantes de este bellísimo, nobilísimo, altísimo y juncalillísimo pueblo —teatral golpe de pecho.

—¡Bien, jinojo, biennn...! —se enardece el remendón, henchido de varonil patriotismo ante aquellos "calidísimos" elogios.

Las mozas aplauden. Y Matías:

—¡Cállese!

—Tú 'stás muy sofocón, Matías. ¡Lairón, más que lairón! ¡Arriba pueblooo!

—¡Arribaaaaa!

—¡Abajo las tuberías!

—¡Abajo!

—¡A romper los tubos!

—¡A romperlos!

—¡Es un maljecho! —Matías, con grito bronco y hostil.

—¡Cállate, soberbión, tarambaina! ¡Tó'os al barranquillo! —garrote en alto, enardecido, rebozante de fervor patrio el zapatero.

—¡Bien! ¡Viva!

—¡Cállense, picoteras!

—¡Cállate tú, alborotaó!

* * *

Se armó un guirigay, entre choteos, dimes y diretes, gritos en pro y en contra.

Maestro Pancho acuciaba, indignado, a romper los tubos. Los gritos de Matías y el Buey contrariaban sus fervores patrióticos. Y aquél:

—En vista de que no hay una unanimi'á unánime de la masa compata del pueblo empeso, dejamos pa'otra vez la rompedura. Pero 'tonces no venga nadie a tocá grillotas ni cancerros contra lo que decida el conjunto de vecinos y pueblo soberano... ¡Arriba pueblooo...!

—¡Arriba! ¡Abajoooo! ¡Abajo! ¡Arriba!

Y el viejo:

—¡L'anhorabuena, señor maestro! Al ajoto de esos mangantes de colmillo retorcío hemos quedao papulos y cagaplazas; pero otro día, ¡enviaremos nueve, jinojo!

Calandria se acerca a don Aníbal. Y, arreboladas las mejillas:

—¡Gracias, muchas gracias...!

Y refresca sus dedos en una poceta, limpia como un cristal. Parecióle sentir el brillo acuoso de las estrellas, dormidas en la paz del agua; despiertas, confusas y asustadas ahora, al removerse de las aguas por las bellas manos de la moza.

* * *

Y volvían el maestro, el remendón y el amigo, lamentando aquél el malogro de sus intenciones. Y el maestro al Artiles:

—¿Qué quiere decir "masas con patas"?

—"Compactas", unidas...

—¡Ja, ja! Y yo pensé en gente fuerte, patuda.

Y el Cojo al amigo:

—¿Qué eso es de espáa de Damocles, de que jabló el maestro?

—¿Que te parece Calandria? —dice Artiles al Maestro.

—¡Hombre, hombre! Me acordé de un párrafo de Azorín en su libro "España", que dice, más o menos: "... a través de los años muchachas que encontramos en los paradores de los pueblos, en las fondas, en las casas provincianas, en los campos, van poniendo en nuestra vida momentos de alegría y satisfacción..."

* * *

En la noche tibia, encendida de silencio, los amigos miran hacia la cumbre. Una gran luna llena, sopladera soltada por un angel juguetón, hinchada de luz blanca, rodando entre nubes, vino a enredarse en lo alto de los Pinos de Gáldar; y allí sube y baja entre el ramaje.

Su luz tamizada difunde alba fluorescencia que baña las cumbres e inunda los profundos barrancos, dormidos bajo cascada finísima de plata. Al joven le parece que respira claridad, y que se le hincha el pecho de resplandores.

Brilla el sendero, todo claro de luna, en mojado silencio. Cabecean las pitas. Los compases de sus hojas miden la hondura de la noche por puntos y arcos de estrellas. Y disparan hacia lo alto las flechas de sus maguenes. Y de las estrellas destila ese néctar sabroso y celestial de los tunos, cápsulas de miel de sol que las ariscas pencas protegen con sus enarcadas púas.

Rústicos aromas salen de los huertos. Vaho de surcos cálidos y húmedos. Aliento de brisas cansadas entre el follaje. Sudor de rocío. Se respira campo y luna...

Y una copla, con veneno, se aguza en el aire, surgida del arco de un corazón en celos:

Adiós, palomo buchúo,
y no vengas a cazar,
con tu jarabe de pico,
calandrias al Retamar...

La fuente decía su eterno romance. Pájaro escondido, con lágrimas sonoras cuenta su miedosa prisión en el fondo del Barranquillo. Y la luna, casta novia sonriente en blanco traje de bodas, Cabiria de las noches celestes, desenredada ya de los pinos, viene aprisa, radiante, por la plaza de los cielos, entre nubes y pisando alfombras azules y picudas de montes, a iluminar las negruras del cauce, dando besos entre los cañaverales y espejándose contenta en el cristal de las aguas.

Y una estrella perfora el azul nocturno. Tal un pensamiento que traspasara gozoso el pecho del maestro, clavándosele en mitad del corazón.

XX

"ANOCHE, CUANDO DORMIA..."

Y le alumbró toda la noche. Y sueña con Calandria y con "Maestro Pancho", garrote en alto. "¡Arriba pueblooo!"

Y con Catalina, talla a la cabeza. Y gritaba ésta:

—¡Don Aníbal, don Aníbal! Mire que están tocando a dejá. ¡Alevántese, cristiano!

—Hay misas por la tarde. ¿No estamos en Madrid?

—No, manito. ¿'Stá chiflao? Levántese, que la gente va a mermurá; y a lo mejó "de una escama jase una sama".

Y el maestro, con Machado:

"Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana nacía
dentro de mi corazón."

Cambia de postura y sigue durmiendo. Y la moza desgañitándose.

* * *

El cura dijo:

—"... se están haciendo gestiones para dar solución al problema del agua. Es mejor resolverlo por las buenas...

...no dejen de enviar vuestros hiyos a la escuela. Gracias a Dios, tenemos un maestro interesado en enseñar..."

Catalina bisbisa al oído de la más próxima:

—Lo esperté y no quiso levantarse...

Y la noticia corre. Y murmura la gente.

—¡Pájaro pinto!

—¡Un jereje, un escreío!

Maestro Pancho lo siente. Había pensado en un "mitin", a base de gritos "subversivos" y un "sermón" del maestro.

* * *

—¿No fue a misa, querío? Un pecao mortal. Por mí, ¡riégate agüita!

—Me quedé dormido, Catalina. Además, como dicen aquí, "no hay mejor dicha que llegar cuando la misa está dicha". Y también: "Dios no come sino corazones..." ¡Y riégate agüita!

—¡Sús, sús, manito! Yo 'bía pensao que usté era un cristiano; y resulta que "está de veces, como los portugueses..."

—¡Bonito, Catalina!

—Sí, pero la gente mermura...—. Y el maestro:

"...mientras seas como eres,
que murmuren, que murmuren,
¡no me importa que murmuren...!"

—¿Qu'está cantando? Usté no'stá cuerdo.

—¡De acuerdo! Estoy loco por ti.

Y jocoso:

"La donna, il pericolo número uno,
la donna..."

Y se frota las manos.

—Eres guapísima; la más guapa del barrio.

—No, no...; es Calandria.

—No, no, eres tú —y la mira, burlón, sobándose las manos—. Eres una maravilla; ¡te quiero, Catalinilla!

—¡Sús, sús! ¿Piropos a mí? ¡Como si yo no me mirara al espejo! Yo tuve novios a montones, como bichos; pero nunca los quise. ¿Voy a quererlos ahora?

—¡Qué pena! ¡Y yo que te quiero tanto! ¡Seré el último bicho...!

—¡Sús, sús! —y se tapó los oídos la moza— ¿Enamorarme a mí? ¿Tiene blanda la sesera? ¿T'austé loco?

—"La donna, il pericolo numero uno..." —seguía cantando el "jereje".

* * *

Y el párroco también sueña: teléfono, carretera, luz... Le ayudan y animan los dos maestros: el de escuela y el en suelas, acuciados por el deseo y la esperanza, entre un sinfín de obstáculos, tal como las cintas de las carreteras de Gran Canaria trepan a las cumbres latiendo temblorosas por la tortura de los riscos.

Pero muchos no estaban de acuerdo con el trazado de la carretera. Destrozaba huertos, fruto de siglos, y privaba de sus mejores tierras a los vecinos.

El párroco no los convencía.

—El Estado —alegaba Juan Antonio— embarga a uno por no pagarle dos cochinas pesetas y se apropia luego de tus tierras sin darte una perra gorda y sin decirle siquiera "¡quítate d'iai, que vamos a quitártelas!" ¡Una injusticia!

—Algo pagarán —el cura.

—¿Qu'usté está en babia, cristiano? ¡Pregúntele a los de Artenara, a los de Fontanales, a los de la Aldea, a los de Tejeda ... Y jase más de veinte años... Y luego te echan los pedregales sobre los cercados; te estrozán la arbole'a y no te dejan fabricá junto a lo que t'han quitao... ¡Bonito, señor cura! Usté no sabe de la misa la mitá... Es un santo pa' llevarlo en pinganitos...

También discutían lo del agua.

—Los millos están ajillaos y las papas perdías, señor cura. ¡Así no poemos vivir! Eso es la espá'a de Damocles —alega el Cojo—. De agua también se vive.

—¡Qué erudito! Y cierto, se vive de agua y también de justicia. Debería ir una comisión a Gáldar.

—¡Equilicuá! Reuní las masas compatas del pueblo empeso y dir a Gáldar, en comisión de fuerzas vivas.

—Y esas fuerzas vivas, ¿llegarían vivas a Gáldar, mastro Pancho?

—¡Oh, el caso lo merita!
—Sí, ¡y una banda música!
—¡Equilicuá! ¡Eso, eso! Pero el alcalde 'stá enzurronao con nosotros.
—¡Ahí está el busilis y el factótum, maestro! Pero este alcalde se interesa por Juncalillo.

* * *

Iba el maestro para su escuela, y el remendón, alborozado:
—¡Ya está, don Aníbal!
—¿Qué, maestro?
—¡La comisión! ¡La comisión de fuerzas vivas, ai'stá el busilis!

* * *

Una tarde reprende el maestro a un hermanillo del Buey, que molestaba al de Calandria.
—¡Fuera te cojo! —amenazó aquél.
Y al salir, una piedra vino a dar en la cabeza del muchacho. El maestro lo conduce al archivo del cura, rodeado de chiquillería.

* * *

—¡Han achocao a tu hermano, han achocao a tu hermano! ¡Le sale un chirgo así de sangre!
—¡Le jisieron una coneja de mil demonios!
Y Calandria marcha a la Plaza, con procesión de chiquillos.
Facio, vendado, con medallones sangrientos. El maestro la tranquiliza. Y, con igual procesión, se dirige al Retamar, alterada ella, llorosa; preocupado él, solícito.
—El achocamiento fue de aúpa, y opinaba el maestro que no volviera al Hogar ni tampoco Calandria, hasta la total curación.
Y por mediación del cura hubo favorables permisos.

XXI

COMO MATEO CON LA GUITARRA

Delante, el alcalde-barrio y el dueño de la camioneta, guiándola. Detrás, la comisión.

Varios chiquillos y vecinos en la plaza. Y Catalina, el gánigo a la cabeza:

—¡Viva! ¡Mucha suerte! —con aplausos.

Para el remendón fue aquello una despedida calurosa y emocional de la "masa compata del pueblo empeso"...

Brinca la camioneta, potro indomado, por aquellos caminos del diablo. Para el Cojo era gloria; para el maestro, purgatorio. Cruzaron La Herradura, con su curioso "Cercado de los Nogales", las Mesas, Caideros, Piedras de Molindo, colorado, terroso... el bosque de Santa Cristina y los pintorescos pagos del Junquillo y Verdejo...

Placía a don Aníbal la tierrra roja, como carne, con pliegues que ocultan encantos; y donde de pronto surgía una cueva linda, iluminada con flores, sombreada de árboles y dormida en el campestre sosiego de los caminos pandeados, orlados de pepitas y trémulos al paso de la camioneta, y donde jugaban niños de cachetes colorados, como aquellos angelotes que puso Luján Pérez en sus vírgenes.

Allá abajo, las vegas de Guía y Gáldar, y, flotantes en el lago de esmeralda de sus platanares —inmenso tapiz verde—, como bordadas, las dos hermosas ciudades norteñas y la maravilla de la Montaña, labrada a cincel.

Junto a la ermita de San Juan, maestro Pancho perora:

—¿Quién quiere plátanos? —Y luego:

San Andrés está en la costa,
San Felipe más allá,
San Juan en la Montañeta
y en Güida San Sebastián."

—¡Qué finodo, maestro!

—Va usté enralao como Mateo con la guitarra —el alcalde-barrio.

—¡Ojalá la 'biera traío, contra!

—Usted no anda bien sentado... —y se perfora la sién el alcalde.

—Tampoco usté anda bien sentao, caracho...

—¿Cómo?

—Pos claro, nenguno pué andá bien si está sentao.

Al llegar al "Albercón de la Virgen" el Cojo alborota:

—A tó's les convenía; pero a la moa'e Guía.

—¿Y qué noda es ésa, maestro?

—¡Oh, cá' cual paga lo suyo!

Y luego: "Un cohete, de te'ado en te'ado, fue a caer en un joyo".

—¿Y eso qué es?

—Así 'isen los podetas de Güida.

—¿Y los de Juncalillo?

—Son más finos. Isen ansina:

"Nace el niño, y al nacén
al pién de su madre llora,
y ende aquella mesma hora
mete mano a padecén..."

—¡Fenómeno! —grita el conductor.

* * *

Al cruzar el aristocrático "Siete" de Guía, el Cojo lanza un estentóreo: "¡Arriba pueblooo!", causando risa. Y recita: "Las campanas de Guía son dos clarines..."

—Esta es Güida, suidiá de mucho ringorango, aonde

hay que jablá fino, porque les gusta la leche espesa... El sordomudo hacía aspavientos, como si rompiera los tubos. Los demás se pusieron serios, como correspondía a una comisión de "fuerzas vivas".

* * *

Al poco, llega a Gáldar la "comisión".

La cual desciende del carruaje en una calleja al lado del templo. Sacúdense el polvo; se estira la pajarita el maestro, y se apalea con el garrote el otro los pantalones. Se entona el alcalde-barrio, hace muecas de sordomudo, y sólo faltó la banda de música para que entraran con todos los honores debidos, plaza adelante, hacia el ayuntamiento.

Al compás de su cojera, daba maestro Pancho repetidos golpes en el empedrado, y emitía sendos ¡arriba pueblo!, ¡arriba!, con los que cree dar ánimos a sus compañeros de comisión. Y tararea:

"Las campanas de Gáldar
son dos clarines
donde cantan y bailan
los serafines.
Las campanas de Guía
son dos calderos
donde c. y m.
los lagarteros."

La gente miraba con curiosidad.

Un guardia los deja en una sala, cruzando ante un hermoso ejemplar de drago canario. Y el zapatero:

—Semos una comisión de fuerzas vivas, que venimos d'ayá-arrí'a, de la cumbre...

—Sí, sí..., ¡ya se ve! —etiquetea el guardia. Y el alcalde-barrio:

—¡Ssss...!

Pasa media hora. El de la camioneta alegó quehaceres urgentes, y se marchó. Y el alcalde-barrio también.

—¡Ah, contra! ¿También se raja el alcalde? —comenta el zapatero.

Y se encara con un "municipal":

—¡Oiga!, ¿no po'emos jasé una cañita? Yo ya tengo jilorio, contra. No me esayuné.

—¡Entren!

—¿Da su permiso? —el remendón, abriendo la puerta—. ¿Pué' entrá la comisión de fuerzas vivas?

—Pasen...

Entran, lentos. Se colocan en semicírculo, alrededor de la mesa.

El alcalde de la mano a todos:

—¿Cómo están ustedes?

Era joven, peripuesto, de ojos claros.

—Ustedes dirán.

—Señó alcalde, semos una comisión fuerzas vivas, ¿verdá, señó maestro? Venimos, porque ayá-arrí'a se ha cometío un crimen...

—¿Cómo?

—Sí, han dejao a tó'o un pueblo sin agua; y esto es un crimen, y más feo que pegarle a Dios, señó alcalde.

—¡Ah, yo creí...!

El maestro, oportuno:

—Este buen hombre llama crimen al hecho de colocar en tubos el agua, quitándosela al pueblo...

—¡Eso, eso!

—... eso es lo que ha pasado, señor alcalde. Y hemos venido a suplicar a vuestra autoridad que tome medidas urgentes para que no se consume tal usurpación...

—¡Una 'surpación! ¡Un robo 'escarao!

—Unos señores, valiéndose de la ignorancia de los vecinos, han hecho una fantástica e injusta posesoria.

—¡Ansina se jabla, mecachis! ¡Ese es el busilis! —y apalea el piso—. Eso son verdanes, el santo vangelio, contra. Y semos una comisión de fuerzas vivas, y tras nosotros está la masa compata del pueblo empeso.

El sordomudo zapatea con sus botazas, y ayuda con regañizas y muecas. Los demás, con gestos de aprobación.

El representante del pueblo lamenta el "crimen" con ademanes medidos. Habla de deberes y de derechos, de justicia social y legal, de injustas posesorias que amparan a individuos sin conciencia.

—¡Sin consencia, contra, sin consencia!

—...pero deben acudir al señor gobernador. El asunto es grave. El alcalde estará con ustedes en todo momento —y se da un golpe de pecho.

—Miusté que el pueblo 'stá alborotao; que cualquier día va a habé un levantamiento general del pueblo empeso por mor d'ese crimen acuático.

—Ya, ya... —sonríe el alcalde—. Yo informaré para impedir ese crimen "acuático" de un pueblo empeso.

Y el zapatero:

—¡Bien, bien! ¡Viva el alcalde! —con sendos garrotazos.

El sordomudo aplaudía, haciendo guiños y muecas.

* * *

—Pa' que diga que yo no sé jablá.

—Ha estado usté estupendo. Pero no me gustó el alcalde. Está esquivando el bulto; no merecía que lo aplaudiera —el maestro.

—Tonses, ¿s'está aparrando? Pos arrenuncio, caracho, arrenuncio.

—¿En qué quedó eso?

—¡En ná'! Rompé los tubos por cuenta nuestra. Es lo mejó.

—¡Ssss...! —el alcalde-barrio— Está alborotando; no está usted bien sentado.

—¿Pues no ve que estoy en pién? ¡Al gobernaó, contra, al gobernaó! El alcalde no ha querío joyirnos. El pueblo empeso estrozará esos tubos...

—¡No alborote! Está la gente observando, y usté ofendiendo a la autoridad e incitando a la subversión.

—¿Qué suversión ni san suversión, caracho? ¡Que oserven, que oserven! ¡Arriba pueblooo...! —y su voz resonó en la redonda plaza.

Unos chicos rodean curiosos al grupo, atraídos por su parlería y gritos. El representante de la autoridad se perfora las sienes, atufado. Y el remendón:

—¡Tengo un jilorio! ¡Vamos a espantarlo!

E iban a espantarlo. Y el remendón, protestando:

—¿Ha visto usté ese maravilla, maravilla?

—¿Quién?

El alcalde-barrio, enroñao a cá' noná'a, como un guardia civil.

—¿Y por qué le decís maravilla?

—¡Oh!, cuando fue al seminario le isían: "tié's que pre'icá un sermón". Y no quería. Pero tanto lo majaderaron, que 'ise: "¡tos de ro'íllas!" Y se pusieron... Y él les pre'ica, subío en la cama: "¡maravilla, maravilla, tanto burro de roíllas...! Y maravilla se que'ó.

XXII

"LAS OREJERAS SON DOS..."

El capullo se le estaba convirtiendo al maestro en flor. Busca a la doncella como los girasoles la luz. La golosea en sus adentros. En el fondo, el deseo de un noviazgo mientras durase su destierro. "Es simpática", pensaba.

Y una tarde, camino del Retamar, siente:

"No quiero querer a nadie,
ni que me quieran a mí..."
....

Queda muda la muchacha, con delicioso susto, cuando da de cara con él. Saludóla con reverencia aparatosa:

—¿No quieres querer a nadie?

—¡Ah! ¡Buenas tardes!

—Tengo que contarte el viaje de Gáldar...

—Voy a cá' mi bisabuela. Está maturranga. ¿Quiere saludarla?

—¡Encantado!

* * *

Descansaba la ancianita en una cama de altísimo testero, con olor a blancura, celada por típica y primorosa cortina de encaje canario, al fondo de una "cueva" limpísima, acogedora, llena de arcones antiguos, estampas y cuadros en paredes y mesillas.

—Sí, yo ya la saludé una tarde.

La nieta se ausentó.

—¿Cómo os encontráis?

—Pues "yo y Juan Ramos, ai andamos".

—¿Qué quiere decir eso?

—Eso se dice porque había una vieja en Lugarejo cuyo oficio era pedí. y cuando le preguntaban: "Cha María, ¿y su marío?", ella siempre contestaba: "Pos, pos..., yo y Juan Ramos, ahí andamos...". Y la frase se hizo corría.

* * *

—Yo fui pa Cuba en un barco vela. Mi marío tenía allí sus padres. Viví en un bohío, un desierto: saca aquí, casa allí. Cuando la guerra los cuatro años, los insurretos quemaron mi casa por los cuatro costados. Y yo escondía en un platanal, con mis hijos, llorando siempre... Mi suegro me dio una vaca...; y un tal Meléndez, asturiano él, fiados hasta 400 duros..., ¡buen hombre aquél! Dios nos ayudó y mi marío se sacó la lotería. Y nos vinimos pa' Canarias.

—Tenga abuela. Tómese este llantén; y no cuente cosas tristes.

—'Tonse, ¿qué cuento? Dios me ha hecho sufrir mucho. Tú sos una chiquilla. Pero tienes buen corazón... —y se secaba los ojos con un inmenso pañuelo.

—Que me hace presumida —protesta ella. Y se sienta en un taburete, junto a la cama de la ancianita y frente al maestro.

—Bueno, ¡cuénteme!

Y él contó, de pe a pa, en forma anedóctica, recalcando los puntos chistosos. La niña reía, los ojos brillantes, la sonrisa colgada de sus labios abiertos, con rostro entre inocente y picarón. Dice ella:

—¡Fuerte abuso!

—¿Te gustaría se rompieran los tubos?

—¡Buenooo...!

—Los romperemos...

Ella lo mira con simpatía y mirada transparente. Y él

a ella, turbado por la limpieza de aquellos ojos puros, serenos. Algo comprende la niña.

—Abuela, dígale al señor maestro algunos de esos versos que usted sabe.

* * *

Se despabila la anciana. Pone el índice en la sienes.

—A ver... ¿Y cuál les digo? ¿El de "Las Partes del arado?— Y con sonsonete y movimiento rítmico de cabeza:

"El arado cantaré;
de piezas lo iré formando,
y de la pasión de Cristo
los pasos diré aplicando..."
....

"La cama será la cruz,
cruz que Dios glorificó;
feliz quien sigue la luz
que en el Calvario alumbró..."

Calandria llena un vaso de vino. Lo ofrece al joven. Acerca un plato con galletas:

—¿Le gusta el vino? Hecho en casa.

—Mucho...; pero más, mucho más me gustaría unir dos corazones: el tuyo y el mío —y aprieta sus manos contra el pecho.

"Por la cama y el detal
a través va el trechero,
cual clavo que hirió fatal
los pies del manso cordero."

Siente la moza fuego en el jazmín de su rostro. Disimula. Acomoda las punta de la frezada...

"En las berlotas verán
que son de jierro las dos:
Las coronas que a tu Dios
puso el malvado Caifás..."

Seguía el sonsonete de la anciana, llevando el compás con el índice.

—¡Qué cosas! —entre pícara y zalamera, mirando al oscurecido trozo de cielo enmarcado en la puerta, por donde ya entraba la noche, silenciosamente.

Hace ella un candoroso gesto de indiferencia. Retuerce nerviosa dos trenzas que le caían sobre el pecho.

El la mira embelesado:

—¡Estás encantadora!

—¡Jesús, María!

"Los bueyes son los judíos,
los que a Jesús arrastraron
al Calvario, donde, impíos,
crueles lo crucificaron..."

—resonó en un silencio impresionante la cantinela de la anciana.

Y él, sensible, enamoradizo:

—Yo anhelo compañía, Calandria. Busco un alma..., ¿me entiendes?

—Sí..., usted habla clarito.

—¿De verdad?

—Habla español.

—Pero yo me refiero a un comprender íntimo, del corazón...; ¿entiendes? ¡Estoy tan solo...!

—¡Ah! —y tira de sus trenzas la muchacha, con una sonrisa entre ingenua y pícara— ¿Verdad que lo del agua es una injusticia?

"El timón que hacía el arado
va derecho cuando avanza
nos representa la lanza
que le atravesó el costado..."

—Tan lejos de mi pueblo... —suspira—. Tan solo...

—¡Jesús! ¿Solo con tanta gente?

—Necesito una amistad de alma a alma, de corazón a corazón... —y movía la mano entre el pecho de ella y el suyo—. Conjugar el verbo amar, en todos sus tiempos y derivados.

Ella repite su candoroso gesto de indiferencia:
—¡Qué cosas! Yo no sé conjugar el verbo amar... ¿No le basta que lo conjuguen los niños en la escuela?
—No me entiendes.

"La estoperra que aparece
cuando va el gañán arando,
las caídas me parecen
que dio Jesús caminando".

"Las orejeras son dos,
abiertas como unos brazos;
figurémonos de Dios
los tiernísimos abrazos..."
....

—Bonitos versos, ¿verdad?
—¡Bonitos! Pero —y acerca su taburete al de la moza, y su boca al oído— mucho más tus ojos, el pareado de tus ojos... ¡de esos tus bellísimos ojos! —vaciando las palabras gota a gota, como un veneno.
Ruborizada, siente ella desasosiego, vergüenza; deseando acabase el romántico floreo de palabras que le rodeaban el inocente corazón, como pajaritas de luz.
—¿Le queda mucho, abuela? ¡Jesús, Jesús! —y se santigua— Me tengo que ir.
Y parecióle a él la moza uno de esos frutos sanos, vírgenes, sin picaduras y manchas: fresca, sonrosada, ingenua; esparciendo un aroma que seducía... Y ella se estremece al notar la llamada de la pasión en los ojos del maestro y el ardoroso resuello de aquella boca que buscaba la suya, al parecer.

"El zurco que el mozo indica
igual por todo el terreno
el camino significa
de Jesús el nazareno..."

"Las semillas que esparrama
el labrador por los suelos,
la sangre que derramó
el Dios que bajó del cielo."

—¡Termine, cristianita!

—¡No, no!... Siga. ¡Preciosos versos!... —y mira a la muchacha con insistencia. Se le acerca.

—¡Qué bonitos tus ojos! —llevándose los dedos en beso, a la boca.

Ella se sobresalta:

—¡Cristiano! —y retira el taburete. El acerca el suyo e intenta proseguir el piropeo. Los últimos alientos del sol morían en el umbral de la puerta.

—¡Sús, sús! —ella, alborotada, levantándose— Tengo que irme. ¡Termine, abuela!

—¿A'ónde, chiquilla? —la reprende la inconsciente anciana— ¿Qué remilgos son ésos?

—Por agua... Es tarde, abuela.

"La aijada habrán visto
indica bien a las claras,
aquellas tremendas varas
con que azotaron a Cristo."
....

—¿Por qué molesta al maestro con esas retajilas?

—¡Sús, hija! Y si a él le gusta... ¿Qué gibarbera te ha dao?

—Tiene razón la anciana. Siéntate. ¿Sí o no? —urge él.

—¿Sí o no? Me voy por agua. A la fuente. ¡Adiós!—gritando y riendo.

Y se aleja, en la cadera una talla, con juvenil elegancia.

—¡Adiós, encanto, ilusión! —le iba él rezando desde la puerta. Y las frases ardorosas rebotan en el pecho de la niña cual campanillas de plata repicando junto al corazón.

—¿Qué pasó? Parece enfadá... —la abuela.

* * *

En la plazoletilla de la tienda, Pascuala, cántaro a la cabeza y convertida la lengua en aguijón envenenado:

—¿Han visto ustés? Toa la tarde, toíta la tarde de Dios, ellos solos..., ¡je, je! ¡Calandria con ésa! Y eso qu' está con monjas, ¡je, je! ¡Si no lo estuviera!

Los ademanes y el desgarro eran más expresivos que las palabras.

—...toa, toíta la tarde...; ellos solos..., ¡solitos...!; bueno, y la vieja..., ¡bah!, ¡solos! ¡Vaya niña! —e hizo un gesto de asombro—. Eso no se lo enseñarían las monjitas..., ¡creo yo...! ¡Miren la mosquita muerta! —y siguió nalgueando pomposamente, con su esponjada fofura.

—¿Quién ha visto aquí enjamás tal cosa? —rematado en celos, el mozo de la Madrelaguna— ¿Qué buscará ese pajarraco? ¡Encerrarse solo con Calandria! ¡Ahhh...! —y aprieta los puños.

—¡Ya moniooo...! —despotrica Juan.

Y la mocita, gánigo a la cintura, camino de la fuente.

Los ojos de los muchachos se abren como arcos de pipa. Y Juan:

—Pirrí, pirí, pipí...

Y ella, ágil, geitosa, seria, embellece el sendero con su garboso andar.

Matías la mira con incontenible rencor... Pero todos guardan sintomático silencio, prendados de su gentileza.

Y cuando se hubo alejado:

—¿A'ónde estará el calandrión? —Juan, con brinco y chillido de rata— ¡Calandrión, calandrión! ¡Ya moniooo!

* * *

Poco después pasa el "calandrión", con sonrisa, satisfecho, como en delicioso sueño. Matías lo mira con ojos de rabia. Los mozos, riendo escandalosamente. Don Aníbal va hacia la fuente. Calandria subía.

—Me dejaste solo. ¿Te parece...?

—Perdone.

—¿Sí o no? —acercando su boca al oído de ella.

—¿Sí o no...? —la moza, retozona, distanciándose.

—¡Je, je! ¿Entoavía...? —cruza y refunfuña ante ellos Pascuala.

Y arriba envenena de nuevo a los mozos, con frases y gestos de víbora, y picada de alacrán:

—¡Ya, ya! ¡Ahí están...! ¡Fuerte tejemeneje, cristianito! ¡Ese maestro es...! ¿Y Calandria? ¡Hum...! ¡Anda, y fíate!

—y movía las manos, provocativa— ¡Si ustés la vieran! ¡Vaya escándalo! ¡S'están besando...! —con misterio, en baja voz. ¡Se traen un besuqueo...! ¡Bah!

—¿Es verdá, Pascuala? —se enardece Matías— ¿Es verdá? —y le chispeaban los ojos.

—¡Como que hay Dios!

—¡Ya moniooo...! —chilla Juan— ¡Fóoos..., qué jiée!

* * *

El Matías masca, rabioso, unos insultos. Desciende por el callejón, loco, sin vista, ardiendo en celos. Ve a Calandria con el maestro... Como si le hubieran clavado una espina. Se planta ante ellos y aúlla, el rostro inyectado de veneno, partiendo con los dientes las palabras:

—Señó maestro, no debe usté vení a... a... a dar... escándalo.

Calandria queda petrificada. El maestro extrañado:

—No os entiendo...

—Esa muchacha es mi novia.

—¡Sús, sús! —se exalta la moza, las manos en los oídos.

—Y tú, Calandria, ¿por qué?, ¿por qué...?

—¡Oiga, oiga...!—el maestro.

—Y usté, don Aníbal, ¿por qué jase eso?

—Hago lo que me da la gana. Tú no eres quien para prohibírmelo... ¡Bueno fuera...!

—Y tú, Calandria, ¿por qué?, ¿por qué le permites eso...?

—Trata mejor a la muchacha, ¡eh! Ella no te ha ofendido.

—Sí, me ofende, sí, ¡caracho!— y se bate el pecho—. No quiere jablá conmigo... ¡Y con usté...! ¡Escandalosos!

—¡Huy, huy! Hablo con quien me da la gana, ¿sabes?

—¡Ah, contra, ah, contra! ¡M'están matando, m'están matando! —suspira el joven. Y, tras una pausa, sigue hacia la fuente, tuntuneando, hablando solo.

—¡Adiós, adiós, don Aníbal! —y sigue ella su camino.

Y él también. En la fuente encontró a Matías.

—Una palabra —lo ataja éste.

—Di...

—Usté perdone... Pero usted no debe robármela —casi lloroso—, ni da escándalo...

—¿Qué escándalo? Y no pienso robártela. Ella es quien tiene que decidir de sus sentimientos. No va a tener un novio a la fuerza.

—Ella me quería...; pero desde que usté ha venío...

—Será por haber tú quitado esa agua. ¡Y mide las palabras, eh!

—¡Ah, contra, ah, contra! —suspira Matías, y se sienta junto a la fuente, caviloso, cabizbajo, dándose puñetazos en las sienes— ¡Me'stán matando, me'stán matando!

Y allí se estuvo hasta que las sombras, salidas del barranco, se engulleron la luz.

XXIII

TRAS LA CRUZ, EL DIABLO...

Y la noche, huyendo del sol, devolvió la luz.

Y la luz bajaba de la cumbre, caliente, como cabrito retozón.

Y la mañana descendía su cinturón dorado, cual lluvia de rosas.

Y Calandria se peinaba satisfecha; y, primera vez en su vida, admite el mal pensamiento de que era hermosa.

Y porque lo era, la luz se cuela en el cristal para deslumbrarla y mirarse en sus ojos. Cambia de sitio. Y el sol muerde las manzanas maduras de sus carrillos.

—¡Caray! —Y canta:

"Aunque pobre, no me bajo
a cualquier fuente a beber;
el agua que yo me tome
clara y corriente ha de ser."

Luego pensosa:

—Pancho..., ¡qué bruto! ¡Y feo! Matías..., ¡un majadero, celoso, emperchado! ¡Mira que entubar el agua...! El maestro..., ¡qué gracioso! ¡Un engaño..., seguro! Palabras bonitas..., mucha labia..., ¡jarabe de pico! ¡Bah, no me fío! Y si cree que sirvo para media novia, se equivoca.

Y un halo de satisfacción embellecía su rostro, enmarcado en dos trenzas color de azabache.

El sol quemó una nube y besó la boca y la frente de la muchacha, donde un rizo rebelde se asoma a la misteriosa hondura de unos bellísimos ojos.

—¡Sús, chiquilla! ¿Qué haces? Nunca te he visto componerte tanto —rezonga la abuela.

La "chiquilla", como si hubiera hecho un pecado:

—¡Es verdad! ¿Que estoy boba?

Y canta:

Aguila que vas volando
y en el pico llevas hilo,
¡dámelo para coser
mi corazón que está herido!

Más tarde:

—¡Ay, Juana! ¡Si supieras! ¡Ay, Juana!

—¿Qué?

—Una declaración..., ¡seguro!

—Una declaración, ¿de qué?

—De esas que se hacen... ¿A tí te han hecho alguna declaración y te han dicho cosas, Juana?

—Habla claro; no entiendo. Una declaración, ¿de qué?

—De esas..., de esas que se hacen...

—¿De amor?

—No...; no sé...; sí...; ¡creo que sí! ¡Eso, eso...!

—¿De quién, tú?

—Del maestro.

—¡Ah, pilla! ¡Cuéntame...!

—Pues mira...: me dijo que estaba solo...; que necesitaba compañía...; que yo...; que tenía ojos bonitos... ¡Ay, Juana, tengo miedo!

—¿No le dijiste que sí?

—¡Ay, no! ¡Si se enteran las monjas! ¿Estás loca?

—¿Cómo que loca y que si se enteran las monjas? ¿Es que a ti te parió una monja acaso, o te parió tu madre, caracho?

—¡Ay, ay! Mira, a una que habló un fizquito con un viejo, que entró a trabajar, la mandaron castigada a las Adoratrices, y no podía hablar ni con la madre ni con nadie. Ni con el capellán; siempre encerrada y sin paseo...

Y nos tienen amenazadas con hacernos lo mismo... ¡Ay, ay, no me atrevo, Juana! Tú no sabes cómo son y cuánto nos hacen sufrir... ¡Cuánto sufrimos! ¡Ay, Juana! ¡Si fuera rica!

—¡No seas boba, chiquilla! Tú exageras... ¿Quién son ellas para meterte en las Adoratrices?

—Pues la metieron... Y nadie la pudo ver. Y si le mandaban carta o algún regalo, no se lo daban... Ni de la profesora ni del capellán..., ni de la madre. ¡Pobre Maximina!

—¡Pues vaya! Si me lo hacen a mí..., ¡las achoco, caracho, las achoco! ¿Qué se creen ellas?

—¡Ay, Juana! ¡Cuánto nos hacen sufrir!

—Mira. Si Matías sigue emperrado en sus trece, tú, en los tuyos. Yo que tú le daba celos, ¿entiendes? No seas boba; y las monjas, ¡a la porra...!

—¡Ay, Juana! ¡Les tengo un coraje! ¡Rabia....!

* * *

Y lo del agua siguió siendo tema.

Los cercados amarilleaban, sedientos. Lamentábanse los vecinos. Y como el párroco es el paño de lágrimas, a él venían a parar todas las lamentaciones. Buen cura campestre, interesado por todo lo de sus parroquianos, no dormía a gusto mientras no viera resuelto el lioso asunto.

"Es conveniente que una comisión de hombres responsables acuda al gobernador" —dijo en la misa del domingo.

Y en la tertulia:

—No sólo del agua. También del teléfono, de la carretera, de la luz, del médico.

—Y el gobernaó mandará a quitá esos tubos —se anima el zapatero—, ¡y cantimplonti! Pero, ¿y por qué no los rompemos, señor cura?

—¿Y cantimplonti, no?

—¡Claro!

* * *

En la zapatería un hombre:

—¡Buenas tardes! ¿Cuándo va a ir la comisión?

—Pregúntelo al señor cura. ¿Y no conoce usté aquí a don Anibal?

—¡Ah!, ¿qué tal? Mucho gusto. Tendrá que echar una manita —y puso la suya en el hombro del maestro.

—Una, ¿en qué?

—En lo del agua del Barracondo. Es un lío. Los ricos se quieren tragar a los pobres. Se van a añulgar, ¿sabes? Ya hablaremos.

* * *

—¿Quién es ese hombre?

—Es don Gregorio, el del Barrancondo Arriba, liao en asuntos l'agua el Charco l'arena. Siempre jaletiao. ¡Y tiene una timba! ¡Y una barriga! Y un aquello y una sangre... Y si se 'escuí'a gana el pleito... Es muy cuico. No se agiba ni se aguachina por ná'. Hombre sangro. Y pa' discutí, un jacha. En toa piedra coge filo... Delante d'él tós han de étuchirse... ¡Le tienen un tufo! Ya ve, ese hombre pué' ayu'arnos'tá jecho un quíquere. ¡Tiene una testa! Y metío en el ajo siempre. Listo como una correa... Y le canta los mandamientos y las cuarenta al más pintao...

* * *

Y don Aníbal fue a visitar a don Gregorio.

Hacia la cumbre, dureza de líneas, agrura, esterilidad, con un semicírculo de montañas, en tropel, altivas, rayadas de tiza por los senderos que zigzaguean en ángulo, a compás. Cielo transparente. Un sol brillante vuelve blanco el azul; y el sol lamía las puntas rocosas, donde tenues nubecillas parecen vellones puestos a secar. Otras eran alargadas, como grandes peces inmóviles. Los maizales se tumban, lánguidos, agostados, como ejército vencido por la sed. En contraste, los del Barranco Hondo lucían, en bancales, como remansos de agua verde. Vacas sueltas rumian rastrojos en un cercado. Esquilas de rebaños invisibles.

Las "cuevas", guarnecidas de tiestos con flores, tal que acuarelas. Se asombra ante las del Andén, en mitad de los riscos.

Nogales, castaños. Grata sombra en recoletos rincones. Flores, pájaros, tuneras, pitas, fuentes. Bebe en la del Palomar, fresquísima, destilando de un peñasco. Perfume de manzanas, vaho de pesebres, humo de hogares...

Don Gregorio discurseaba con unos campesinos. Y el recibimiento cordial, campechano, animó al maestro.

El ex maestro nacional —don Gregorio lo había sido, de ideas avanzadas— hablóle del agua que se perdía en el barranco:

—Yendo a hinchar los bolsillos de los ricachones de la costa, cuando el agua es nuestra, ¡muy nuestra, contra! —y se dio un puñetazo en el pecho.

Don Aníbal se contagia de aquel entusiasmo. Lo alaba y ofrécesele para cuando lo precise, exponiendo a su vez las cuitas que tenían en La Cañavera.

No fue menos generoso aquél en ofrecimientos y consejos:

—¡Romperemos la tubería, sí señor, a su tiempo: "dos cosas a la vez, todo sale al revés". ¿Se cree esa gente que están tratando con borregos? Eso es tortas y pan pintado para lo del Barrancondo.

Y el maestro se vuelve, optimista.

* * *

Era casi la media noche...

Las sombras brotaron, negras, de las profundidades. Misterioso el rumor de las aguas, el croar de las ranas. El cri-cri monótono e infatigable de los grillos, el silbido del viento. Y el andar del barbudo, alumbrado de una linternilla. Y cruzaba "Los Morretes" —lajones afilados, pinchantes, como púas de serrucho—, cuando ocurrió algo increible. Desde los aguzados lajones brotaban gañidos fatídicos, con carcajadas estúpidas.

Y cuando, parado, tuvo el atrevimiento de enfocar la cresta serruchada, ve empinarse en ellas un estilizado figurón, que, caballero en una escoba, chilla y relincha como cabrón maldito.

No, el maestro no cree en brujas. Pero se le hiela y le baja a los pies la sangre... Recuerda lo que el árabe había

dicho: "¿Será verdad?", se pregunta con miedo, y aprieta el paso.

En el cruce, junto a los Garajes, ve un becerro sobre dos patas y que movía las otras dos con ademanes frenéticos. Emite mugidos sordos aquel esperpento y desaparece tras la pareducha.

No, el pedagogo no cree en brujas. Pero, ¡caramba!, ¿es esto fantasía?, se pregunta, alelado. Y más aprieta el paso.

Junto a una cruz se santigua, pareciéndole buen augurio. Oye entonces como un vocerío incoherente, un tam-tam de negros y de cacharros batidos con furia... Echa a correr, apurado, la piel erizada y en un tembllique. Párase, ansioso. Enfoca y ve la cruz...; y tras ella al mismísimo diablo, en visión espantosa, con grandes cuernos, carota de tinta china, cuerpo de carbón piedra, ojos de fuego, saltones, rabo enroscado..., y todo lo que su dislocada fantasía quiso agregarle. "¡Huy!" Y emprende veloz carrera, perseguido por el diablo, el becerro y el chivo; los cuales cobraron voz humana.

—¡Bardago, pella gofio, muerto jambre! ¡Déjate de dí' al Retamá...! ¡Aféitate, baifo! ¡Si te pesco, felele! ¡Te jinco un tosca en el totizo, tarajallo, jechón...!

Y caían piedras. Olvidado de la pedagogía, corre el pedagogo como alma que lleva el diablo, oyendo el tictac de los pedruzcos, saltando pedregales y muros, creyendo que todo el infierno venía tras él. Y se bebía el camino a zancadas. Los sudores le caen a jarros, haciéndose más cruces que si llevara el diablo a la espalda.

Tropieza, se levanta...; sigue corriendo. Pero los diablos se cansaron antes que él. Y cuando deja de oírlos amaina el corrido maestro su desalentada carrera, mirando atrás a cada momento, sudando goterones. Ya no había sino oscuridad y silencio.

XXIV

¡CALLATE, CANCABURRO...!

El camión, repleto... Los despiden Catalina, con su bernagal, varios chiquillos, Francisca la de Hoya Moreno, y otros curiosos. Y Maestro Pancho:

—¡Arriba puebloooo! ¡Abajo las tuberíassss!

El alcalde-barrio:

—¿Ya empieza, escandaloso?

Catalina dio palmadas, y cacarea:

—¡Arribaaa!

Francisca añade:

—¡Qué atifaíto va el camión!

Y el zapatero:

—¡Nos despide el pueblo empeso...!

* * *

El cura y el alcalde-barrio, delante; el "sorroballo' —frase del zapatero—, detrás, donde pueden; pues la camioneta va cargada de papas, cajones con queso, una cabra, cestos de tunos y manzanas, sacos de cemento vacíos... y la "comisión".

Tenía aquello algo de jira por la fiesta del Pino, de carromato de circo, de muda de domicilio o de "ida pa'l sur" a los tomates. El coche andaba despacio. El Cojo comenta:

—¡Si la camioneta perece un mulo cailón! ¡Cómo san-

golotea! ¡Va requintá de arritrancos, contra! A ver si se 'esrisca... Es un congarro viejo...

—¡Cómo se zambumbia! —se duele Isaac, y se agarraba al borde. Pedro el quesero grita:

—¡Agárrese, señó maestro, que se cae con los barquinazos! El coche está jecho un tumbón y una carraca. No jase sino dar tropicones y tamborazos. ¡Es un enjalmo, un atarajoste! ¿Cuándo arreglarán una carretera güena y sin canjilones, caracho? —y reía carialegre, retozón.

En Fuente Conejo se atasca el coche.

—¡Tó's a empujá!

Y empujaban, hasta el cura.

—¿Dónde están esas fuerzas vivas, maestro Pancho? —se burla el conductor.

Y con resoplidos, lanzando pedruzcos, arranca el auto a fuerza de las que hacía la "comisión de fuerzas vivas", que allí demostró que lo era.

Los tumbos amainaron al llegar a Los Garajes, en la cumbre. Maestro Pancho pudo entonces emitir un serial radiofónico a base de chistes y cuentos, bien sentado sobre un saco de papas.

—¿Se acuerda usté, señor cura, de aquella mujé, Clarita, que 'bía sío monja ella, y que no quiso empujá en Fuente Conejo?

—Déjate de historias, Panchito.

—Sí, caracho. Se sentó en una piedra, muy bien sentá; e 'isía 'ise "¡'Ejenme, que estoy me'itando!".

—¡Cállate, galión, farfullento!

Don Aníbal recuerda el sitio de sus penas cuando el zapatero despotrica:

—¿Quién quiere que'arse aquí pa jasé el fantasma?

—¡Cállate, gajo, so bruto!

—Voy a ordeñá la cabra —repite él, bullento—. ¿Quién quiere lecheee...?

—¿De la burra pelecheee...? Eso pa' ti, que te gusta la mamanza y la papita dulce, y 'stás siempre minguando y muerto jambre —se burla el quesero.

—¡Mira que te cojo el lomo y jalo pol garrote y te jinco un manganazo! La leche pa tí, siempre furrío, como un jigo pasao.

El sordomudo movía cabeza y manos, ojos y boca, con movimientos nerviosos.

Las vueltas eran aparatosas, tumbonas. El remendón daba adioses rimbombantes:

—¡Adiós, Vicentitooo!

Y varias muchachas se asoman a una vivienda-cueva y saludan, jubilosas.

Había llovido. La tierra reverdecía, alfombrándose las madres montañas de césped y flores, como colcha de terciopelo, y la carretera con una cinta verde. De los profundos barrancos subía un vaho de agua y humedad. Una preciosa y larga cascada cae desde Fuente Fría, en la cumbre, por el barranco de la Retamilla, entre rocas manchadas de musgo. Y el maestro se admira del Barranco de la Virgen, por Crespo y Cueva Corcho, y del pago del Valsendero, hundido en profundidades de misterio.

El valle de Lanzarote da pie al maestro para maravillarse:

—¡Qué precioso!

* * *

—¡Jesús, ya la hicimos!— el chófer.

—¿Qué pasa?

—¿No ve?

—¡Ah, contra! ¡Vuerta y vira!

—¡Aturrúquense!

—¿Pa' qué? ¿Es que los guardias civiles son cegatos? ¡Récele a San Antonio, señor cura!

—¡A ver! ¿El permiso de conducir viajeros?

—Pues... —se rasca la cabeza Alfonsito—. Entoavía no lo tenemos.

—¿Eh..., eh...?

—Mire guardia, somos una comisión de vecinos. Tenemos que visitar al señor gobernador.

—Comisión de fuerzas vivas —aclara el Cojo.

—Ya, ya, sigan... Por venir usted, señor cura... Pero bájense en Teror.

—¡Gracias, guardia!

—De buena nos libramos, ¡viva el clerooo! —escandaliza el conductor. Y el cojo:

—¡Abajo los curas!

—¡Cállate, animal! No digas cancaburradas —le conmina aquél— ¡Buen cachirulo estás hecho!

En los lavaderos de Tierras Blancas paró la camioneta para echar agua al radiador. Las mujeres miran, comentan en alto y ríen:

—¡Qué atifaíto el camión, caramba!

—¡Si pa'esen reses pa'l mataero...!

—¡Ah, contra! —protesta el Cojo— ¡Miren que les majo las liendres, caracho! ¡Parloteras, 'eslenguás! —y amenaza con el garrote.

Las lavadoras ríen a carcajadas. Y el remendón: —¡Ah, contra! Cojo un aulaga y les restrego el jocico; y les jago comé leche tabaiba por los besos ¿Qué se han creío ustés, puñema? ¿Que semos cualquier cosa? Semos una comisión de fuerzas vivas. Me bajo y le jinco a una dos tortas en el tafanario, como Pancho que me llamo.

—¡Sús, tal relajo!

—¡Miren que les pego una nargá' bien pegá!

—¡Cállate, cancaburro!

—¡Ah, contra! ¡Miren que'scuero a una, caracho! ¡Apare, chófer! —y amenaza con el garrote. El sordomudo hacía muecas y gestos.

—Siempre fuñendo harina —guasea el Cojo.

* * *

—¿Nos echamos un quince? —convida el zapatero en Lanzarote.

—Pepito, échanos un churrunguillo café, unos coñacitos, algún enyesquito, aceitunillas, burgaillos.

—¡Qué generoso, Mestro Pancho!

—Un día es un día, caracho. Esto lo paga el gobernaó.

Y toman de todo, menos el cura, que se conforma con café. Y fueron subiendo al camión, callandito, el Cojo el primero.

—¿Quién paga, maestro Pancho?

—¿Qué'ise?

—¿Que quién paga?
—¡No se joye bien! Repitaaa..., señor cura.
—¿Que quién pagaaa...?
—¡Ah...! Se me 'bía olvidao. ¡Vamos a ver!: "tín marín, dos dos pingüés, cúcara, mácara, títere..." El "fue" cayó adrede sobre el reverendo.
—¿Ve usté? A usté le tocó. Y nosotros estamos sin flus y en la prángana —y se toca los bolsillos—; y yo esquirriao, sin blanca. Además era un bebistrajo, aguachirle, y aguapié con borras, ¡una gentina, caray! ¿Voy a bajá pa'eso? Pague usté mesmo... —y reía—. Alije pa'fuepara, no sea comechoso. Y no beba mucho, que coge una papalina y tenemos que llevarle a la pelaaaa. ¿Y usté no sabe eso de "cura viajero, ni mísero ni misero..."?
—Sí, pero tú convidaste, y bien te lo jincaste.
—Yo'ije que eso lo pagaba el gobernaó. Usté cóbreselo a él. Semos una comisión de fuerzas vivasss... —con golpes de pecho—. ¡Aistá el busilisss y el fotótum...!
—¡Chico busilis y chico vivo estás tú!
—¡Un día, es un día, señor curaaa...! Usté se lo gana cantando. ¡Y riégate agüitaaa...! —sobándose las manos. —¿Usté no se conformó con café negro? ¡Pos aguántese ahora con la negra!
Y paga el cura, mientras ellos comentaban:
—¡Lo esclimaron!
—¡Le da un fatuto!

* * *

Y el remendón proseguía en sus gracias. Y en Valleseco:
—¡Adiós, Muñañooo! —y el guarda se queda moviendo la cabeza— Dale recuerdos a don Gregorio... ¡Ese sí es un alcalde, contra! Ha puesto agua y luz en tó'os los barrios...
En el Balcón de Zamora otro grupo de lavanderas mira sonriente a aquella motorizada "comisión". Dicen "¡adiós!", agitando los brazos. Y el Cojo:
—¡Miren...! ¡Aí'stá Teror...!
Y el alcalde:
—Mucha formaliá, mastro Pancho. Teror es villa im-

portante, donde está el Monseñor y la Patrona de Canarias...

—¡Ah, contra! ¡Viva la Virgen del Pino! ¡Viva el Monseñóooo...! —y agitaba el garrote, escandaloso, el zapatero.

La gente miraba con sonrisitas. Ante la iglesia, unos turistas. El alcalde-barrio mira severo. El remendón despotrica y da adioses a trochimoche:

—¡Adiós, Pericooo! ¡Adiós, Mariquita el Pinooo...! ¡Este sí es cura! No el que tenemos nosotros...

—¡Cállate, majorero!

—¡Por favor! Hay turistas...

—¡Adiós, adiós, abuelitaaaa! —a una anciana delgaducha, vestida de negro, con pasitos menudos, un paraguas en la mano. Ella levanta los ojos, escandalizada.

—¿Por qué tantos adioses, si nadie contesta? —se burla el quesero.

—Contesta la Virgen del Pino. ¡Arriba pueblooo!

—¡Cállate, escandaloso! —lo conmina el cura— ¿La Virgen oye esos berridos?

—¿Usted no cree en Dios, caracho?

Los turistas, dos curas, amén de otras personas, observan curiosos a la puerta del templo. El alcalde-barrio, colorado:

—Mire, nos retratan. ¡Está bonito!

—¡Ah, contra! —y adopta el Cojo una pose cómica, interesante, los ojos muy abiertos, con una entre mueca y regañiza, palo en alto.

—¡Fuerte vieja cogió el viejo! —el conductor— se que'ó ludio, como pan caliente.

Poco después se bajaron, para subir en los "piratas", por cuentagotas.

XXV

¡GÜELALO...!

Y por cuentagotas iban llegando al Gobierno Civil. Aprovechaban el viaje para comprar suela, cobrar subsidios, vender queso...

El sordomudo se agarró al Cojo, cargándole la suela desde la calle de La Pelota hasta el comercio de "Gabriel", en Canalejas.

Era la una. Faltaba el cura.

—Sin él no podemos dir.

El sordomudo lo anuncia con aspavientos y sonidos oscuros. Venía corriendo casi, plaza la Feria adelante, el sombrero de terciopelo raído en la derecha, con la izquierda remangando la sotana.

—Tuve que ir a ver al Señor Obispo, y "las cosas de palacio van despacio" —se justifica, todo sofocado.

—¿Y qué le dijo el Padre Obispo? Nos echará una manita, ¿verdad?

El sordomudo mira a todos sitios, con muecas, gesticulando. Y los guardias, curiosos, a aquellos hombres embutidos en chaquetones de burda lana, que olían a queso y a campo. Y la pinta del "barbudo", indiferente, en el fonil de los pantalones, manos al bolsillo.

Y el quesero, con la alforja al hombro, traje gris y corbata negra:

—¡Oiga, guardia! ¿Por chiripa, alguna vez, de jigos a

brevas, o de San Juan a Corpus, ¿no compra el señó gobernaó algún quesíitooo? —con voz chillona.

Míralo el atiesado policía de arriba abajo, la mano en la barba:

—¡Oiga! ¿Se cree usted que aquí se viene a vender queso?

—¡Güelalo! Quesito flor. Da gusto verlo: amorosito, tiernesito... ¡Güelalo, caray! —y acerca uno a las narices del "poli".

—¿Lo trae de regalo al señor gobernador?

—¡Nooo...! Por si compra. Son de la Medianía, de los güenos. ¡Güélalo! ¿Quiere probarlo?

Sonríe el guardia:

—Por otra puerta.

—En dispués. Voy con estos señores.

Y entraba, alforja al hombro, el hombre, rozando con el bulto una hermosa palmera de salón.

—¡Oiga! —grítale el guardia— Los quesos... Déjelos aquí.

—¿Y si me los roban?

—Pero, hombre, ¿quesos aquí? —se asombra el cura, manos a la cabeza.

—Pos..., pos..., ¿no vine yo a vender queso, caray?

—Tú entrarás en el cielo dándosela con queso a tu tocayo San Pedro.

* * *

El remendón se había puesto a contemplar un gran mapa de Gran Canaria, en relieve, en el centro del "hall".

—¡Mire, mire! ¡Ai'stá'l Nublo! ¡Y la cumbre! ¡Y Los Pechos...! Y Juncalillo... —y lo golpeaba con el garrote. Y el alcalde-barrio:

—'Stése quieto, cristiano. Va a descascarar ese precioso mapa. Parece usted un ignorante.

—¿Es esto un huevo pa'descascararlo, contra? Y sí soy un ignorante. Verdanes, caray. Yo no llegué a la mapa grande. Pero otros..., otros no llegaron ni a la urbaniá. Siempre ¡fucha, fucha! —sermoneando.

—Es natural. Soy el alcalde.

—No, no es natural porque sea el alcalde. Es natural porque..., ¡porque las ulagas no dan flores!

Y el cura tuvo un mal pensamiento: "Parezco un pastor con un ganao cabras..."

El remendón pisaba muy quedo. Cree que va a romper aquellos pisos con sus zapatones de tres suelas. Y salta las alfombras, repitiendo a cada brinco:

—¡Arriba pueblo! ¡Arriba! ¡Arriba pueblo! ¡Arriba!

—No dé brinquíos. Pise usted las alfombras —le advierte el alcalde.

—¿Yo, manito? ¿Y si las ensucio?

Era un caballero bajo, gordito, muy fino, de uniforme:

—¿Es usté el gobernaó, por un casual? —con profunda reverencia, el zapatero.

—Yo no soy el gobernaó por un casual, ni por veinte casuales.

—Ni corresponde a usted averiguarlo —el alcalde-barrio, seriote. El Cojo chupa aliento por las narices.

—¿Cuántos sois? —averigua el gordito.

—Una comisión de fuerzas vivas... —el Cojo.

—¡Ssst...! —el alcalde, el índice en los labios. El Cojo hace un gesto de enfurruño.

—Queremos ver al señor gobernador —corta el diálogo el cura.

—No está.

—¿A'ónde está y a'ónde fue, caracho?

—A Madrid.

—¿A'ónde? ¿A cuálo? ¿Y a qué fue, caracho?

—¡Sssst...!

—¡A, contra! Mande un parte pa que venga.

—¡Sssst...!

* * *

El sordomudo hace gestos y aspavientos. Dícele el alcalde:

—¡'Státe quieto! Siempre carpiando.

—Podéis ver al señor secretario —el gordito.

Y los condujo a una estancia, con cómodos sillones y sofás. Y el zapatero, al sentarse:

—¡Ay! ¡Que me jundo!

Y el alcalde:

—¡Sssst...! Una vez se dice que la calabaza es buena.

—¡Ja, ja, ja! Y to'as las veces que jaga falta. Aquí sí está uno bien aculao, no en la comioneta —y se arrellanaba y brincaba en el asiento, mirándolo todo—. Si esto p'al secretario, ¿qué me será p'al gobernaó, caracho? ¡Cosa con ésta, usté! ¡Oh, oh...! "Cuando los gatos piden zapatos, ¿qué me serán los muchachos?"

El cura y el maestro sonríen. El alcalde, seriote, lleva el índice a los labios.

* * *

—Pueden pasar —otro señor, finamente.

El remendón da la mano aparatosamente, haciendo reverencias:

—Semos..., semos una..., una comi... comi... sión de..., de fuerzas..., de fuerzas vivas, si de..., fuerzas vivas...; que venemos, que venemos... de la cumbre arría... p'a... p'a... tratá de un a..., un asun..., un asuntilloooo... —se rasca la cabeza.

Córtale la palabra el cura:

—Sí, un asunto muy interesante.

Y expone los puntos y las íes de la molesta cuestión, con un buen porqué de razones y alegatos.

—Es cuestión de vida o muerte. Tenga la bondad de exponérselo al señor gobernador.

El zapatero sacudía el piso con el garrote en los momentos que él juzgaba interesantes.

Y el alcalde, con señas:

—¡Sssst...!

El sordomudo movía ojos y boca, como si tuviera el mal de San Vito.

También el maestro echó su cuarto a espadas.

Oyó atentamente el secretario:

—Se lo diré al señor gobernador. Es de justicia. Estén tranquilos.

—¡Asina se jabla, jinojo!

—¡Sssst...! —con disimulo, el alcalde.
—Gracias, señor. No olvide este asunto. Aquello es una tremenda injusticia. Hágaselo ver al señor gobernador —insiste el cura, y expone otras necesidades de sus parroquianos.
—Todo, todo se lo diré. Y él dirá...
—¿Y cuándo dirá? —el Cojo.
—Cuando venga.
—¿Dirá? ¿Seguro? ¿Dirá?
—Claro. El dirá...
—¡Bien, contra, bien! ¡Ese es el fatótum, mecachis! ¡Pa' que aprenda el alcalde Gáldar! Dirá a ver el estropicio —con garrotazo. ¡Estupendo!
Y el del barrio pone el índice en los labios, por enésima vez, lleno de vergüenza.

* * *

—¿Verdanes? ¿Dirá? —reitera el Cojo.
—Claro, claro. El manda.
—¡Viva el gobernaóooo...! —y levanta los puños, temblando de regocijo, el Cojo. ¡El mandará quitá los tubos!
El alcalde-barrio hace señas al secretario, perforándose con el índice las sienes. El remendón se desmanda:
—¡Ah, contra! ¿Va usté a'isí que no estoy bien asentao? ¿Que no estoy bueno los cascos? ¡... Faltaba, caracho! ¡Pues no es ná'! Usté no sabe 'isí más que maravilla, maravilla. Y cuando f'imos a Gálda se rajó, ¿eh? ¡Estuvo bonito! ¡Ah, cotnra! —y las voces y los estacazos se oían en todo el adificio— Se jizo el longui... ¿eh?
Toda la sangre de las venas se le subió al rostro al alcalde, que casi se congestiona. No lo estaba menos el remendón, tremendamente indignado. Y la autoridad del barrio cree un deber explicarse:
—Comprenda, señor secretario. Este hombre, un simple y vulgar remendón...
Y el aludido, a gritos, ardiéndole el hirsuto cuero del rostro:
—¡Y a mucha honra! ¡A mucha honra! Y sé jasé unos zapatos como naide en la cumbre. Esos mesmos lleva usté los jise yo. ¡Pa' que diga! Remendón, si señó. ¡A mucha

honra! Y voy a jaserle unos zapatos al gobernaó. ¡Pá' que vea! Yo fui también a la escuela del maestro Artiles. Y sabía más q'usté, más q'usté, sí señó. Llegué a la mapa, y usté no. Y sabía lo qu'era una esdrújula. Y usté nunca lo supo. Y apuesto entoavía no lo sabe. Ande, ¡dígalo! ¿Ve usté? Yo sí, al chín-chín —y de carretilla, como en la escuela—; "esdrújula es toda palabra que se prenuncia con acento fotónico y lleva acento siempre fotográfico en la prepenúltima sílaba". ¿Verdá, señor mestro? —éste afirma con la cabeza, muerto de risa— ¿Se convence? ¡Pa' que aprenda! Sí, señó, sabía más qu'usté. Usté no sabía jasé un palote; y yo los jasía derechitos. Sí, usté es el alcalde-barrio; pero yo soy el zapatero 'el barrio. Y jago unos zapatos mejó que usté camellones en los zurcos. Y mis zapatos sirven hasta pa'isí la misa. Esos que lleva el cura los jise yo. ¡Míreselos! —y levanta la sontana al cura, descubriéndole unos pantalones grises.

Y el cura:

—¡Tése quieto cristiano!

—Sí, señó, pa'isí la misa ¡...que vea! — y casi desfonda el piso del garrotazo— Sí, soy un remendón,, un requeterremendón. ¿Y usté? Un mandón, un remandón, un requetemandón, ¡jinojo! Siempre funfuñando, ¡sús, sús! Y cuando f'imos a Galdá... se jiló. Y hoy tampoco ha dicho ni chus ni mus... ¿Usté lo oyó jablá, señó secretario? tiene miga... Al ajoto que lo jisieron alcalde... ¡No s'empenique tanto! ¡Podía 'berlo sí'o yo, y lo jaría más mejó! ¡Un remendón! Pero m'intereso por barrio. ¡Más qu'usté! ¡Pa' que aprenda! ¡... bemoles! ¡Jinojooo...!

En las puertas de la galería se arremolinaban muchas personas, asombradas del nunca oído griteo.

El secretario, mudo, se mordía los labios para no estallar de risa. El cura, avergonzado, serio, tuvo otro mal pensamiento: "Parezco un pastor con un ganao cabras y un carnero."

El sordomudo ayudaba al zapatero, amenazando con los puños cerrados al alcalde. Este estaba de un lívido verdegris de olivo, sin abrir la boca y sin pronunciar ni oxte ni moxte.

—Bueno, bueno, haya paz. Eso le demuestra, señor secretario, el gran interés que tiene esta buena gente por lo del agua. Usted dispense; usted comprenderá... —se excusa el cura, atajando al remendón, que llevaba trazas de no acabar nunca.

—Comprendido. Significa el interés del asunto; vale... —politiquea el secretario.

—Gracias, señor secretario —y le da la mano el cura. Aquél también a todos. Y el zapatero:

—¿Verda que dirá? —y le da tal apretón que el secretario se sacude la mano:

—¡Huyyy...! ¡Claro, claro! El dirá..., dirá. ¡Huyyyy....!

* * *

Y el Cojo bajaba las escalera a trancos.

—Pise usted las alfombras, caramba, que se ensucian los mosaicos —el alcalde.

—¿Yo? ¿Y si me llevan preso por ensuciarlas? ¿'Stá rascao...?

—Nunca ha dío un gobernaó al pueblo —rezongaba el zapatero—. Ahora dirá y arreglará todo en un jesús.

—¡Que te crees tú eso!

—¿Cómo? Lo 'ijo el secretario.

Ríe el cura las entendederas del cojo:

—Dirá es decir, no de ir, maestro.

—¿Qué de decí ni de ir? "El dirá", 'ijo el secretario; y cuando lo 'ice es porque dirá; y sanseacabó. ¡No faltaba más! ¿Va a 'isir mentiras un señó tan fino? ¡Y lo dijo tres vez arreo! ¡Ese es el busilis y el fatótum...! ¡Y riégate agüita!

Y cojea; y hace una aparatosa reverencia:

—¡Oiga, guardia! ¿Qué número calza el señor gobernaó? ¿Lo sabe?

—¿A usted le interesa?

—Diga, caracho, ¿lo sabe?

—¿Le interesa? ¿Se burla usted? —molesto, el policía.

—No..., es pa' regalarle unos zapatos cuando vaya al pueblo, uno d'esos resolaos pa' las piedras y el barro.

—Pues vaya por la otra puerta; porque yo, si le digo, le engaño...

—¿Y por qué no pregunta usté y me lo manda a 'isí? Yo soy maestro Pancho, el de Las Chozas. Me lo manda a 'isí, ¿verdá?

—Sí, si. Duerma tranquilo —y hace gesto el guardia de que se retire.

Unos muchachos reían, y comentaban:

—¡Mira, Juan Pintona!

Y el sordomudo les hacía muecas y regañizas, creyendo que se burlaban de él.

Y el poli los ahuyentó con un

—¡Sús! ¡Les jinco un gol...! —y alzó una pierna tan larga como la torre inclinada de Pisa.

* * *

Y el quesero contaba los quesos encima de los ladrillos.

—¡Oiga, aquí no se cuentan quesos...! ¡Lárguese!

—Sí, sí. Completos. ¡Gracias! Y avíseme cuando quiera algún quesítooo...

Y al cura le vino otra vez el mal pensamiento.

El remendón volvía eufórico, sobre un rollo de suela, hablando solo:

—¡Oiga usté! ¡Y qué cosas! Y había unas luses que se 'cendían y apagaban. Y yo fui a pasá y el guardia me 'ise: "Aspere, cristiano, que lo coge un coche..." Y veí' unas mujeres medio esnú'as, ¡Dios me libre! Y yo me tapé los ojos... ¡Cosa con esa, usté! ¡Ya moniooo...! ¡El mundo anda perdío, señor cura!

—¿Eso es en lo que se fija, maestro Pancho?

—...pasó un viejo con las canillas al aire. Debía sé un torista. ¡Ah!, y el guardia queó en mandarme las medí'as que calza el gobernaó. ¡Le voy a jasé unos zapatos que se chupa los de'os! —y se los chupó él— ¡Y lo jago yo po'l pueblo! ¡Y riégate agüitaaa! ¡Ah! Y voy a tené televisor...

—¿Lo va a comprar, maestro Pancho?

—No; me lo voy a sacá en una rifa. Compré unos motes pa' la iglesia L'Adea. Y si no me lo saco, se lo pí'o a un cura... ¡Cómo ellos no lo puén tené...!

—La Aldea tiene iglesia, cristianito.

—Aquí lo 'ise. Mírelo.

—¡Ah! L'Aldea Blanca. Allá p'al Sur. La que hace don Bernardo. ¡Ese cura no para, caracho! ¿Y con qué luz lo hará funcionar, maestro?

—¡Oh! Cuando venga el gobernaó quitará los tubos y pondrá la luz ¡Y riégate agüita!

* * *

Y volvían alegres, como si hubieran puesto una pica en Flandes. El alcalde, ceñudo y callado. El Cojo lo miraba con el rabillo del ojo.

Anochecía. El Teide, a lo lejos, semi-azul, en vagorosa penumbra, era un grito de júbilo, un fanal encendido para alumbrar las islas y los mares, el fondo ideal de un paisaje de contraluces y colores, profundo, atlántico.

Y el camión dio unos bocinazos enormes, como un clangor de angustia.

—¿Es pa' que su mujé se entere y le prepare la cena, como según jase Juanito el de La Cocha?

Y el camión los deja en La Plaza, molidos como gofio.

El zapatero lo da todo por bien empleado. Y más cuando Catalina, talla a la cabeza, palmotea; y responde con un ¡arriba! jubiloso al estentóreo ¡arriba pueblooo!, que él lanzara al llegar a la ermita.

—¡Nos recibe to'a la masa compata del pueblo empeso! —grita él, satisfecho— ¡Va a vení el gobernaó a rompé los tubos...! ¡Arriba pueblooo!

XXVI

UN MARTES DE CARNAVAL

El pintoresco viaje le dio tema para muchos seriales de noticias:

—...y el gobernaó estaba en los Madriles. Pero veímos al secretario. !Señó más fino! Y le mandó un parte pa' que le jablara al Caudillo de lo del agua... ¡Ah!, y el gobernaó va a vení a quitá los tubos... y a jasé una carretera y a poné la lú y el teléfono...

Y la gente se embobaba:

—¿Verdanes, maestro Pancho?

—Verdanes de verdá. El secretario 'ijo, 'ise: "Cuando venga el gobernaó, él dirá aya'rrí'a..." ¡Verdanes de verdá caracho! ¡Oh!, yo voy a componé unos zapatos pa' regalárselos. El guardia que'ó en mandarme la medía... ¡Le voy a jasé unos...! ¡Se chupa los de'os! —y se bate el pecho.

—¡Qué bien, caracho!

—... ¡oh!, y el cura fue a ver al obispo, y el obispo 'ijo, 'ise: "Estos tubos deben ser rompíos por la masa compata del pueblo empeso". Ansina mesmo. Y el que ayu'are a romperlos ganará indulgencia plenaria, entera y verdadera.

—¿Verdá, maestro?

—Y yo jablé, manque l'alcalde me mandaba callá. Y yo me calenté y me enroñé; y le solté tres frescas, y le di un tute como una escarmená. Y se que'ó mas rascao que un piojo. Y ál no sabía lo que era una esdrújula. Y yo sí; de papilla. Y yo daba garrotazos, pa' que viera que éramos

una comisión de fuerzas vivas... ¡Y había sofás y unos sillones! ¡Uf!

* * *

Había oído hablar don Aníbal de la vivienda del maestro Artiles, y del salón que abrió para escuela. Y quiso verlos.

Acompañado del amigo, nieto de aquél, una tarde bajan la cuesta del Barranquillo. Cruzan ante un pintoresco grupito de casas.

—Se llaman "Las casas de Hoya Moreno" —explica Artiles—. Y, según mi abuela, son las más antiguas del barrio; y aun dice un cantar sobre ellas:

"Estas son las Casas Blancas
donde mi abuelo vivía,
ahora que murió mi abuelo
las Casas Blancas son mías."

—En un salón de las mismas —continúa Artiles— estuvo un tiempo la escuela de mi abuelo.

Es una típica vivienda, de tres planta: primero, cueva; encima dos salones en forma de cruz; y la tercera, a caballo sobre el cruce de ambos, sostenidos los techos por fuertes vigas de tea. Rodeábanla muchas flores.

Subida la vertiente opuesta del Barranquillo, dan con otra vivienda, precedida de un gran patio empedrado de lajones, donde hay matos, flores, árboles, un emparrado y pretiles blancos que engalanan trepadores geranios.

—Esta fue la vivienda que hizo mi abuelo —dice Artiles —hace ya ochenta y pico de años.

Amplia sala, con pequeña galería anterior, una capilla, dependencia y alcobas adyacentes. Atravesando un túnel se llega a un amplio salón.

—Esta fue la escuela. Los maestros entonces tenían que construirse la suya.

Tenía ancha tarima de piedra, ventana amplia, iluminación solar y un hueco en la pared para los "cachorros" y las chaquetas.

A la entrada, una pila para el agua, con el verde culantrillo. Delante, otro patio, árboles, flores...; y fantástica perspectiva sobre el Barranco Hondo: un paisaje profundo, vigoroso, lleno de vida.

* * *

Más allá, la Meseta, espolón de rocas sobre los barrancos.

Se oye una voz:

—Baldino, eche pa' bajo las ovejas.

Y un perrazo sube la cuesta. Y otra vez la voz:

—¡Por ahí no, Baldino! Por simba, pa'llá... ¿Que'stás bobo? ¿No las ves acarrás?

Y Baldino como si entendiera. Y cuando intenta correr:

—¡Echese, Baldino! —y se echa.

—¡Interesante! —se admira el maestro.

Llega el perrazo a lo alto. Y el pastor:

—Eche las ovejas pa bajo. Pero no las muerda, eh; atóquelas ná' más.

Y el perrazo amaga con unos ¡guau, guau! muy discretos. Ellas inician el descenso, con grato murmullo de esquilas. El Baldino corre tras de las rezagadas. Llega entonces a donde ellos un muchachote. El animal cruzaba cerca; y el muchacho murmura, por lo bajo: "¡Agárrale una pata!"

El perrazo mira y rezonga: "¡guau, guau!"

El pastor:

—¡Déjese de líos, señor perro! ¿'Stás bobo? Almó tú también sos un vergajo, caracho. ¿Por qué se mete con la gente?

Corre el perro Y el pastor:

—¡No corra! ¿T'ás vuelto loco? ¿O'stás viendo fantasmas?

—Eso de vergajo y de loco lo ha dicho por mí —explica el muchacho—. Cómo me gusta ajotá el perro.

—Y lo de fantasma por mí —sonríe el maestro.

—Listo el perro —dice Artiles.

—Sí, lo entiende todo —razona el mozo—. Y el pastor lo enseña bien. Lo manda a jasé una cosa. Si no la jase

leña; y le dice: "¡Ansina no!" Lo manda otra güelta. No lo jase, leña. Y le da fuerte. Y el perro quiere morderlo... Hasta que le jase caso. ¡Y sale con un respeto...!

—¡Vaya lección de didáctica canina!

* * *

Al salir de la "cueva" donde por lustros enseñó el primer maestro del Juncalillo, vieron en el patio a una anciana, la cabeza plateada y de negro vestida, apoyada en una caña, y que parecía meditar, en rústico asiento.

—Esa es mi abuela, viuda del maestro Artiles. La piedra donde descansa es la misma donde se sentaba mi bisabuelo en su ancianidad. Le decían "Papartolito..."

Y no quisieron hablarle. Respetaron casi un siglo de vida y de historia remansado en aquel cuadro sencillo, evocador.

* * *

Cruzan luego por unas vetustas viviendas. Estaba por allí un vejete, rubianco, con cara de pascuas y una soguilla. Exclama, juntando las manos.

—¡Amería, amería! Setenta años jase me encontraba por aquí al maestro Artiles, que venía a jablá con la novia, ahí, en ese peñusco... Jovencito, como usté; y ella más. La vivienda, llena de claveles y geranios. Aquí los casó el cura Bertrana un martes de Carnaval. Un cura que vino de Cataluña, expulsado por Carlista. Y el día que se casaron yo planté aquel nogal qu'está en el patio de la vivienda.

—¿Le gustaría volver a la escuela?

—¡Moro viejo no aprende lengua! Pero, ¡y quién sabe! A lo mejó deprendía. Yo era bueno de cabeza y ripasé a Liandro y a Ceferino. Y un día el maestro fue a jablá con mi madre: "Su hijo sabe mucho —dícele—. Es bueno pa' estudio. Debe mandarlo a deprendé a Las Palmas..." "¡Jesús, pobres que semos! —'ijo mi padre—. "No importa; vende usté una vaca o un trozo tierra." Y mi madre no quiso. Si 'biera estudiao, ¿qué 'biera sío yo? —y eleva los ojos al cielo.

Por el sendero cruzaba Calandria.

—¡Buenas tardes!

—¡Muy buenas!

—¡Brava moza! —comenta el viejo— Sale al padre.

—¿Y quién fue el padre?

—Un guapo mozo, soletudo él, colorado, parrandero. Y la madre la más hermosa mujé de estos alriores. Bueno, la hija es el retrato de la madre. Fue una pena. Cuando la guerra de Franco murió el padre en la trifulca del Jebro.

—Yo me fui pa' L'Habana —prosigue el viejo—. Y vi la guerra Cuba. Una noche los insurrectos registraron mi casa, y un negro me puso contra la pared, y me ise: "Si te mueves, te mato". Y yo no me movía... Cuba es una tierra planchá; ésta es arrugá: hay que plancharla.

—Bueno, otra cosa —dice el maestro—: ¿qué dice usted del agua?

—¡Fuerte estropicio. Los millos están fallíos y las piñas vaciaízas, sin graná. Tendremos que ajuliarnos tó's de aquí, señó maestro.

Como si llevara tras sí todo el halo luminoso de la tarde, Calandria volvía por el sendero.

—¡Adiós!

Y el maestro la sigue con la vista. Su fantasía la adorna de encantos. Sus pensamientos van hacia la mocita, como la flecha al blanco.

XXVIII

¡SI FUERA RICA!

Al poco, se despide del viejo y del amigo. Sube por donde fuera la moza.

—Cruzó por aquí para llamarme la atención, ¡seguro! —fantasea él.

Porque, joven y mocero, le insistían unos deseos locos de enamorar a Calandria. Sobre la vivienda de Aurorita, donde dicen "la vuelta del lomo" encuentra a D. Blas y a D. Elías, en charla pacífica, sobre unos preduzcos.

—¿Ha cruzado por aquí Calandria? —pregunta.

—Endenantito mesmo —contesta D. Elías, que con sus noventa y seis años aún transita ágil por aquellos vericuetos. Y comenta: "está ennoviado de la muchacha"; mientras aquél prosigue su andadura.

—Esto es la monda. Me aburriré como una ostra. Me voy a oxidar... —pensaba—. Una novia puede desoxidarme y distraerme. ¡Bonita Calandria! ¡Caerá en la red!

* * *

Una voz lo saca de su soliloquio:

—¡María Floraaa! ¡Arrejunde!

Y al doblar un recodo en Molino Viento, ve a la moza, un haz de matojos al brazo. Cantaba en la pureza de la tarde:

"Tengo un dolor en el alma,
un clavo en el corazón..."
....

Pero se le ahoga la voz en el pecho y se azara la moza cuando advierte al maestro. Su rostro se colorea del arrebol del cielo, que pinta matices y sombras carmesíes en los hierbajos del sendero, llenándolos de polvillo de oro. El viento jugaba con sus vestidos, echándolos hacia atrás, como si la desvistiera, despeinando sus cabellos y dibujando, tentador, el airoso busto. La ciñe un cinturón que de oro parecía. Sus ojos brillaron como dos gotas de miel reflejando luz.

—¿Qué dolor puede tener una niña? —dícele él.

—Es por cantar. También eso del agua...

El no puede reprimir el desahogo elogioso:

—Pareces poesía en el campo.

—Pues soy María Flora cogiendo chamizas...

—¿Cogiendo qué?

—Chamizas, pajullos secos, para un cochafisco.

—¿Un qué?

—Un cochafisco...; millo tostado.

—¡Ah! ¿Y echas corazones al fuego?

—¿Corazones? Esa hierba no la hay por aquí.

—Sí hay; todos tenemos corazón...

—¿Qué quiere usted decir?

—Como no quieres novio y no dejas corazón sano, pensé los echarías al fuego.

—Usted dice cosas... —coloradísima—. ¿Cómo estuvo el viaje?

—¿Te lo cuento?

—¡Sí, sí! ¡Encantada!

—Y otras cosas...

—¿Otras? —y posa en él sus grandes ojos.

* * *

Avanza ella por un vereducho, entre paredones polvorientos. Coloca el haz en una peña y se sienta en otra, que parecía un sillón regio con brazos, a vista del poblado y del pinar. El sol ardía en revoltijos de colores sobre Tamadaba. Un lagarto paseaba entre las piedras encendidas.

—Bueno... —ella, ambas manos en la rodilla, dos trenzas caídas sobre el pecho.

El, junto a ella, la mira ansioso...

—Pues yo..., yo..., ¡ya ves!, aunque no soy de aquí, me intereso por lo del agua. Y me dije: tengo que contarle a María Flora el viaje.

—¡Qué bien! ¡Ah, ah, cuénteme! ¿Cómo estuvo? —y lo acaricia con sus ojos.

—¡Oh, muy interesante!

Y él narra ce por be, riendo mucho la moza.

—Lo de La Cañavera me fastidia... ¡Cuándo se quitarán esos tubos del diablo! ¡Aaah! Y suspira levantando el busto la mocita.

—Se quitarán.

—¿Cuándo?

—Cuando quieras.

—¿Cuando quiera? ¡Ahora mismo...!

—Sí, cuando tú me quieras...

—¿Qué dice? —coloradísima, mirándolo.

—...me quieras ayudar a conseguirlo.

—¡Ah, ya! ¿Qué gracioso!

* * *

Era el cielo una maravilla de colores. El sol se incrustaba como un prisma rojo en el pinar.

—Mire el cielo. ¡Qué bonito! Me gustan las puestas de sol. Nunca las veo en el Hogar... —dice la moza—. Nos tienen tan encerradas...

—Te gusta... ¿la puesta nada más?

—Las salidas también.

—No refería a eso.

—¿A qué?

—Quería decir si ahora sólo te interesaba la puesta del sol.

—¿Qué más puede interesarme? ¡Ah!, lo del agua también.

—¿Y qué más?

—No sé... Yo estaría siempre aquí, contemplándolas. ¡Son tan hermosas! —extasiada.

—Y yo también; junto a ti —él, querencioso, aspirando con placer el aire embalsamado.

Hubo una pausa. El tararea, embaído:

"¿Qué tendrán tus ojos
que cuando ellos miran
me acercan a Dios?"
....

—Y el lunes, ¿podremos lavar en La Cañavera?

—Si se realizase mi sueño... —y suspira.

—¿En qué sueña usted?

—Sueño..., ¡si se realizase mi sueño...!

—¿Cuál es su sueño? —abstraída.

—¡Qué sueño! ¡Ahhh...!

—Mire, ¡una estrella corrida! —la señala ella; y se santigua.

—¿Podrías tú detener esa estrella?

—¿Detener la estrella? —como soñando.

—Yo tampoco.

—Claro; usted tampoco.

—No, no puedo detener el impulso hacia una estrella —y se palpa el corazón.

—¿Hacia una estrella? —mirándolo.

—...que está junto a mí.

—¿Junto a usted?

—Sí, sí... junto a mí; alumbrando siempre...; como me alumbras tú ahora, María Flora.

—¿Yo alumbrando?

—¿No entiendes?

—No entiendo —y mira al cielo, con candidez inimitable, picaresca.

—Tú me alumbras más que esas estrellas del cielo. Y yo sueño con muchas tardes felices, junto a ti, mirando, cantándole siempre a una estrella. —Y tararea:

"La estrellita del cielo bajó;
a mi lado se puso a cantar:
Mariflor, Mariflor, Mariflor..."

—¡Qué cosas! ¡Si fuera rica! Vamos al grano.

—¿Y qué es el grano?

—Lo del agua.

—Ah, yo creía... Por lo visto, chamuscas corazones. Te divierte hacerlos pedazos.
—A pedazos destrozan ellas los nuestros.

* * *

Otra pausa. El goza con la miel de la conversación. Calandria, embaída, mira al cielo, todo luz y calor:
—Estrellas, ilusiones, sueños. ¡Si pudiera soñar! ¡Si fuera rica! —Y él, con énfasis:
—Lo mío es para siempre. Podemos soñar.

Y ella, lenta, como si estuviera sola:

"El mentir por las estrellas
es un bonito mentir,
porque nadie puede ir
a preguntárselo a ellas..."

—Otra estrella fugaz —y se santigua la moza—. ¡Qué pronto se apagan!
—¿Sabes tú lo que es amor? —él, mirándola, extasiado.
Levanta ella el pecho, suspira hondo, entre melancólica y triste:
—Sí, me lo dijo Alicia, una amiga de la Península: "el amor es una cosa estupenda...; pero complicado, difícil..., y, a veces amargo..." ¿Le gusta? —con sonrisa que de puro cándida, parecía maliciosa.
—Filósofa tu amiga. Tendrá novio...
—Sí, se llama Jesús Torbado.
—¿Ah, sí? Pues, por cierto, a ése le han dado el premio Alfaguara de novela: 200.000 pesetas. Y le dedica la novela a ella. Y piensan casarse...
—¿Tanto dinero?
—¿Y tú esperas a que yo gane otro tanto? ¿Es eso?
—No es eso.
—¿Entonces?
—No puedo, no puedo soñar. ¡Si fuera rica! —balbucea ella, feliz, las manos enlazadas en la descubierta rodilla, palpitándole el pecho bajo la blusa.

—Mi amor es firme.

—¡Soplo de amor! ¡Viento que pasa!

—Eterno, Calandria. Como ahora, para siempre... ¡Y me habían dicho que este pueblo era lo más aburrido del mundo! Y en él empiezo a vivir, a soñar —suspira—. ¡Qué felicidad si a la estrella le agradase el viento! —Y tararea:

"Cuando tú me quieras,
cuando me digas que sí,
bajaré las estrellas..."

Y la moza apea de las nubes al maestro, con su práctico y agudo sentido de las cosas:

—¡Ya, ya! ¡Pero qué rabia cuando pienso en los tubos y en lo privado y echón que está el Matías!

Y él:

—¿Por qué no nos hacemos novios, Calandria?

—No puede ser.

—¿Por qué, ángel mío?

—Es difícil explicarlo... No puedo... Para las niñas de colegios ricos: ir al cine, salir. Nosotras no. Somos pobres. No podemos hablar con el viento. Nos amenazan, nos castigan si se enteran...; o nos envían a casas de niñas ruines.

—¿Qué dices, chavalita mía?

—¿Cómo puedo tener novio si no podré verlo, no hablarle, ni escribirle, y que, si se descubre, me lo harían pagar como si fuera un crimen?

—Exageras, Calandria...

—No. Somos pájaros en jaulas, muñecas de resorte, automáticas, juguetes adquiridos en una tómbola para jugar a las casitas... Nos aprietan el ombligo y decimos: ¡papá!, ¡mamá! ¡Ja, ja! ¡Cuándo comprenderán que las pobres también tenemos alma y somos personas y necesitamos expansión y cariño tanto o más que las ricas —y suspira hondamente—. ¡Qué rabia! ¡Les voy cogiendo un coraje! —con una mezcla de lágrimas y de risas.

—No te entiendo.

—No es fácil entenderlo. ¡Perdone! —y una lágrima

brilla en sus ojos, como una estrella fugaz—. ¿Cuándo harán hogares en vez de cárceles?

—¡Explícame! No entiendo.

—Yo tampoco —y se muerde los labios, con turbieza en los ojos—. Nos tratan como delincuentes, como si no fuéramos personas.

—Explícate, Calandria.

—Mire, señor maestro. Yo estoy en un Hogar. Y no nos dejan salir nunca. Y nos pasamos los meses sin un rato a gusto, ni con nuestros padres. Ellas sólo nos dejan ver, como si fuéramos bichos raros, de cuando en cuando. Como a condenadas.

—¿Y quiénes son ellas?

—¿Quién son ellas? Se tienen por caritativas —con retintín—. ¡Vaya caridad! ¿Es caridad privarnos de lo que nunca privan a sus alumnas en colegios pagos? Nos tratan como muñecas de resorte que hubieran comprado, sin derecho a nada. Ni siquiera el de escribir a los padres, o al capellán. Nos privan de paseos, nos imponen castigos estúpidos; nos amenazan con las Adoratrices, como con un presidio. A una, ¡la pobre!, que habló con viejo que entró a trabajar, ¡cataplúm!, a las Adoratrices, sin hablar con nadie, sin recibir a nadie seis meses... Hasta que se escapó. —Y caíanle las lágrimas, como un hilo de perlas, a la moza—. Y era empleada... Mire esto que se escribió en el "Diario de Las Palmas" —Le da un papel, y el lee:

Viernes, 2 septiembre 1966.

"INCREIBLE DELITO..."

Acto primero.

Eres pobre y huérfana. Tu madre te internó en un Hogar. Tenías siete años... Y allí has estado nueve, siempre bien querida, risueña, servicial, equilibrada, serena; te ganaste la simpatía de todos: una internada ideal.

Si por tu físico, de un tostado canario, podías ser cam-

peona en un concurso de belleza, por tu serenidad, sencillez, estudiosidad y entereza podías ganar un campeonato de virtudes.

Pero un día soñaste. Soñaste con tu madre. Sólo alguna vez la era posible a ella venir a verte; y tú..., tú nunca podías hacerlo; eres pobre, y a las pobres se les niega la sal y el pan del espíritu.

Era día de San Antonio, y precisamente el de tu madre. Y le escribiste una postal de felicitación y una carta. Pero los ojos de alguien estaban al acecho; y taladraron la carpeta donde tú, ingenua, guardabas un cacho del corazón. Y cayó sobre ti la voz imperiosa y fría: "¡Entrégame ese papel!"

Tu espíritu se reveló, y lo debiste traslucir al exterior Fue algo así como si te dieran un mordisco en el corazón, como si te arrancaran un pedazo de él... Y, por lo visto, protestaste: ¡eran sentires íntimos, sólo para tu madre!

Nada valió. Con tus dieciséis años rotos en lágrimas (ya no eres una niña), viste como te fue arrebatada la carta. Y aun, para castigo tuyo, se leyó su contenido y la íntima postdata a tus compañeras: allí estaba el cuerpo del delito. (¿|Se puede leer a otros lo que sólo se sabe por secreto profesional, y para perjuicio del dueño del secreto?)

Y tus ojos limpios de joven inocente vieron con asombro cómo aquel secreto era echado a los vientos... Y manos menos inocentes que las tuyas hicieron pedazos la hermosa postal, escrita con tanto cariño.

Fue para ti como si una cuchilla afilada rasgara algo de tu alma. Y era una postal de la Inmaculada. Ni se respetó la bendita imagen: ¡la Virgen era tu cómplice! Y esa fue tu mayor protesta: "¿qué culpa tiene la Virgen?" Pero su imagen fue rota y estrujada en mil pedazos: ¡trozos rotos de tu alma inocente!

Con la postal iba una carta. Carta de antología, símbolo de amor filial. Y se salvó de la quema. Hela aquí para juicio del lector:

"...13-6-66 —Antonia González Pérez. La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con nosotros. Querida mamá: espero que al menos tengas ese consuelo, ya que

nosotros, como quisiéramos, no podemos estar contigo ese día. No te olvidamos con el pensamiento y en nuestras oraciones hacia Dios a ver si restableces completamente de tu malura. Mamá, no sé de seguro cuando me examino, pero seguramente será el día diez y siete o diez y ocho de este mes. Ahora no voy a tener la misma suerte que los otros exámenes, porque lo que tuve fue suerte... Bueno, mamá, te deseo pases tu santo y que te encuentres mejor de tu salud. Recuerdos para todos. Tu hija, que no te olvida, con un fuerte abrazo: Pino García—"Cuando escribas no digas que te escribí".

Acto segundo.

Allá, en Santa Brígida, tu madre trabaja, aunque enferma. Y sonó el teléfono de la casa donde trabaja... Y era para tí, madre de Pinito ("¿Una felicitación?" —pensaste tal vez). No, era la voz nerviosa de la Sor:

"...hoy mismo, sí, sí... Sin falta. Tenemos que decirle algo grave (eran las siete de la tarde).

"¿Qué es? ¿Qué le ocurre a mi hija? ¿No puedo ir mañana?"

"¡No, no...! Hoy, sin falta..."

Y tú, pobre madre, te apretujas el corazón con malos presentimientos. Y te gastaste tus dineros: "¡Una orden tan urgente!".

Acto tercero.

Llega ansiosa tu madre al Hogar. Y allí le espetan a bocajarro:

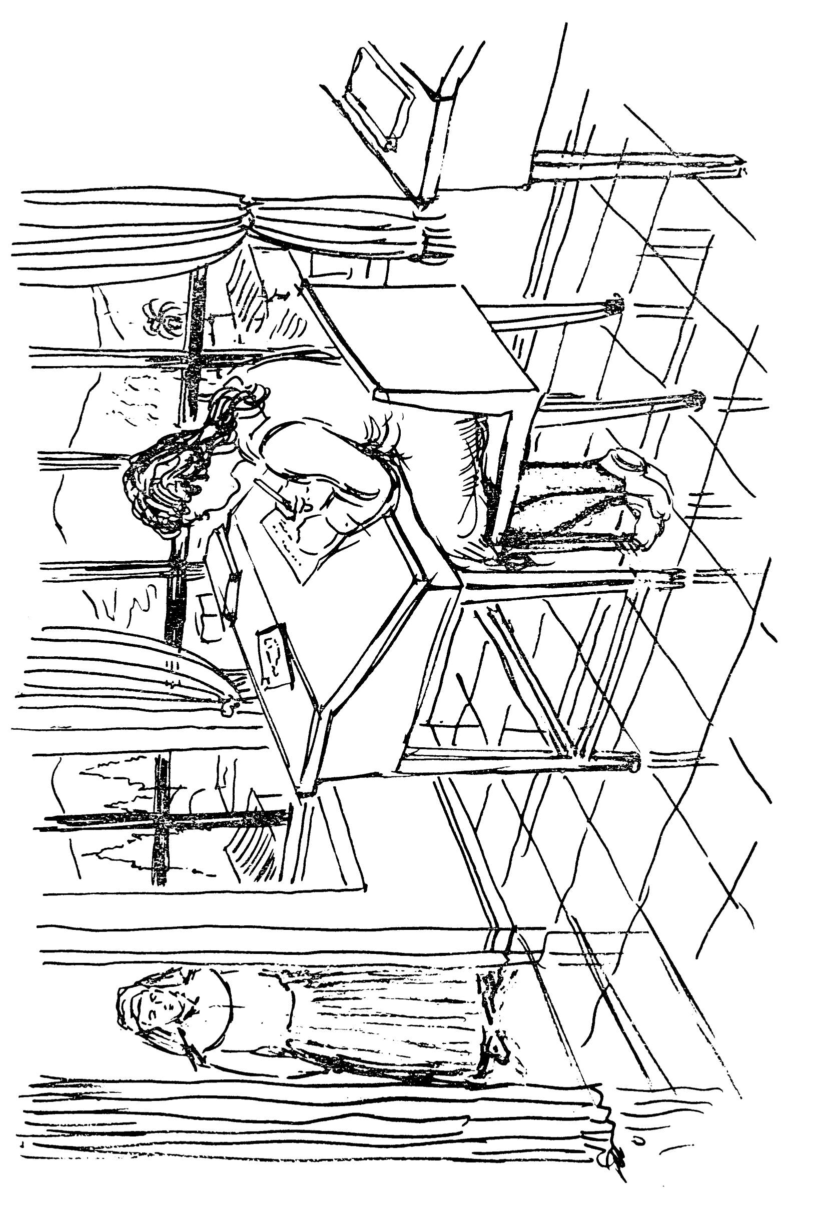
—"... su hija parece que ha pensado echar una carta por fuera, sin nuestro consentimiento.. Se la lleva usted ahora mismo, en castigo..."

Queda tu pobre madre anonadada, ante aquella sinrazón e inflexibilidad. Y sólo acertó a balbucir: "se examina estos días... ¿No podrían esperar?"

"¡No, no! ¡Ahora mismo! ¡Ni una noche más en el Hogar! ¡Que sirva de escarmiento a todas!"

Y tu pobre madre, enferma, se apretujó el corazón todavía más... Y, con lágrimas en los ojos, sale contigo del Hogar, sin que tampoco quedaran lágrimas en los tuyos, mordida por la tremenda injusticia: ¡el delito de ser pobre!

¡Querida mamá! ¡Que tal te encuentras!
espero que al menos en este tu día se te
haya pasado un poco tu enfermedad para
que al menos tengas ese consuelo ya que
como nosotros quisieras, no podemos estar
contigo este día pero día vendrá en que
todos estaremos junto a tí y te regalemos
algo que valga ya que ahora nosotros care-
mos de fondos. Recuerda que aunque todos
tus hijos no estén presentes, contigo al me-
nos no te olvidamos con el pensamiento y
en nuestras oraciones hacia Dios (a ver
si restableces completamente de tu malura.
Aunque nosotros rezamos por ti pero rezare-
mos más en el día de tu Santo



Y tu madre debió pensar: "¡tanta molestia, tanto tiempo, tanto engorro y tanto papeleo para entrar, y qué rapidez, qué facilidad y qué nonada para salir!"

* * *

Y, dolida, no pudiste superar la Reválida, sino en parte. Bastante fue aprobar el cuarto. Pero un alma buena de Arucas se ha ofrecido para prepararte este verano, gratis. ¿Y no habrá otra alma buena que te eche una mano, o algún generoso director de Centro que te ayude a seguir tus estudios? Esta es la sana intención de este escrito, lector. Podéis comunicarlo a la misma interesada (El Cardonal-Arucas, Gran Canaria: Pino García.)

Esta generosa ayuda cauterizaría la herida que te hicieron... por felicitar a tu madre y protestar de que rompieran una imagen de la Inmaculada donde tú pusiste un cacho de tu alma... Esa ayuda haría que pudiera seguir estudiando quien lo merece por ser capacitada para ello; pero que un día tuvo la ilusión de soñar con su madre; sueño de niña que para alguien fue "increíble delito". ¡Los pobres no pueden soñar, Pinito, no pueden soñar...!

¡Pero sí, Pinito! ¡Sigue soñando! Tus lágrimas se convertirán en estrellas. Dios convierte en estrellas de cristal las lágrimas de los niños pobres; ¿lo sabías? Tus lágrimas, y las de tantas compañeras tuyas que viven bajo ese complejo de terror (¡Dios mío, qué pecado ser pobre!), están bordando de primores el Cielo..." —Calandria llora. Estaba radiante, con una llama y una lágrima en cada mejilla. Y él:

—Sí, llora. "El llanto es el consuelo de Dios. Cuando los hombres han humillado u ofendido a un niño —leí no sé dónde—, Dios se le acerca, el propio Dios, con una mano caritativa, y derrama en su espíritu la consolación del llanto.

—¡Qué bonito! —la moza. Y el maestro:

—Pero ¿esto es verdad, Calandria, es verdad?

—Verdad de verdad. Pregúnteselo a ella, ahí está su dirección.

—¡Increíble, increíble! Es matar la conciencia, la liber-

tad, el alma... —mira al cielo, los puños temblorosos— ¡Dios mío!, ¿y no hay castigo para estos crímenes, para esta violencia injusta, violencia moral y violencia física? Pero hay que olvidar. Mira qué hermoso cielo. "Ya vendrán tiempos mejores" —tarareando.

—Sí—secándose ella una lágrima—. Perdone —con aire melancólico, percibiendo la emoción casi mística del crepúsculo—. Pero, ¡me da una rabia!

—Nada, un desahogo conviene. Si se pudiera arreglar eso con una visita al Gobernador, y gritando ¡arriba pueblo!

—¡Ja, ja, ja! —ríe la mocita, borradas ya las lágrimas.

—Ríete. Vosotras podríais cantar.

"Va pensiero, sulle ali dorate,
va a posarti..."

—¿Y eso qué es?

—El "himno de los esclavos" de la ópera Nabuco.

—Sí, nos tratan como a esclavas, hijas de esclavas. Como si nos hubieran parido esclavas..., como a condenadas.

—¡Ay, qué pilla!

Ella lo mira. Y él:

—Tu tristeza está ensombreciendo el cielo; y tus lágrimas convirtiéndose en estrellas. Dios adorna el cielo con lágrimas de niños pobres que lloran y sufren. Son rocío del cielo, sangre que se convierte en estrellas de cristal. ¿No lo ves? —ella mira al cielo, lleno de estrellas—. Dios lo ha dispuesto así. Y que tantas como esas estrellas sean las lágrimas de sangre que tengan que verter por su pecado quienes así abusan de la pobreza, pues ahí está el "busilis", como diría maestro Pancho.

—Me bastaría —replica ella— que quienes nos obligan a ir a misa diariamente con el cielo lleno de estrellas no borraran luego de nuestro cielo todas las estrellas.

—Yo también protesto de ese desafuero.

Calandria lo mira con sonrisa honda, rebosante de agradecimiento y simpatía, y bajo una veladura de tristeza.

—Me ha mirado la estrella —clama él—. ¡Gracias, Ca-

landria!— y le susurró al oído palabras dulces, como caramelos mojados en miel del corazón.

La bola de sol, "erizo de oro", había caído rodando hacia el mar por los desriscaderos de Tamadaba. El paisaje se endormía, como si cerrara los párpados, bajo un cielo de esmalte. Se oye una voz, rompiendo el hondo silencio de la tarde, dormida sobre el campo.

—¡María Floraaa... La cabra está suelta en el muladar! ¡No te estées...!

—¡Huy! —clama ella—. ¡Qué loca soy! ¡Adiós, don Aníbal! —Y se levanta, diligente.

—Dime, ¿sí o no?

—¡María Floraaa! ¡No te diláateeess...!

—¡Espera, espera! —el maestro, acuciante— Mi luz, mi estrella —como implorando. La moza se alejaba, repitiendo: "sí, sí..., no, no..." Y un fuego le enciende las mejillas y se le adentra hasta las lindes del corazón. Y ruborizada, exclama: "¡María Santísima! ¡Si ya es de noche! ¡Qué loca soy!".

Y él, eufórico, pensativo, contempla el bellísimo manto azul de la noche, recamado de estrellas. Una le picaba el ojo, prisionera en el corazón de una nube.

XXVIII

"NO SE QUE TIENEN TUS OJOS..."

"Aunque pobre, no me bajo
a cualquier fuente a beber;
el agua que yo me tome
clara y corriente ha de ser."

—cantaba la moza, camino del lavadero, en compañía de Juana.

Una luz clara, bajando por sendas virginales, nimba sus figuras juveniles, esbeltas y ágiles como juncos.

—¡Ay, Juana, si supieras!

—¿Qué pasa?

—El maestro...

—¿Qué pasa con el maestro?

—Volvió otra vez...

—¿De dónde volvió? No sabía se hubiese ido.

—No, no... Volvió a hacerme una declaración.

—¿Qué te dijo?

—¡Huy, huyyyy...! Que yo era una estrella; que estaba enamorado de la estrella. Que si yo quería ser su estrella...

—¿Y qué le dijiste tú?

—¡Ay, ay! No me atreví, Juana.

—¿Qué tú eres boba? Tienes que darle celos al pelmazo de Matías.

—¿Y si se enteran las monjas?

—¿Qué tienen que ver esas bobilinas? ¡A la porra! ¡Dile que sí, muchacha!

—¿Y si se enteran?

—¡Dale vueltas con las monjas! ¡Claro! Como ellas no se pueden casar... Además, ellas no se van a enterar. No vayas; escápate...

—Más allá se escapó una...

—¡Ya ves...!

—¿Sabes que le hicieron?

—¿Qué?

—Con la guardia civil se la quitaron a la madre por la fuerza, y por todo el camino, ella con la pareja..., ¡fuerte escándalo!

—¡Ah, caracho! Si es a mí les saco los ojos.

—¿Ves tú? Si hubiese sido rica, ¿se la quitaban a los padres así?

—¿Y luego?

—Al momento le entregaron la niña a la madre, expulsada. ¡Pobre Milagrosa!

—¿Y para eso traerla con la guardia civil? ¡Abusonas!

—Ves tú. Nos mantienen por el terror.

—¡Abusonas, abusonas! Pero tú no vas a estar toda la vida en ese Hogar. Ni a perder esta ocasión porque... Si fueras rica, saldrías todas las semanas, como las de Artenara. Pero, ¡dile que sí, boba!

—Y tú crees que, a pesar de todo, le tengo no sé qué a Matías...

—¡Eso faltaba! ¿Con lo que ha hecho y te ha dicho? ¡Ni lo pienses! Engáñalo para que rompa los tubos. Dale celos, con maña y con calma... ¡No seas boba!

* * *

En el lavadero:

—¡Qué rabia!

—Si tú 'bieras querío, Calandria.

—¡Ya lo creo...!

—¡Cómo te entiendes con el maestro!

—¡Sús! ¿Quién lo ha dicho?

—¡Oh!, la gente.

—Inventos, niña, inventos.
Se oye un cantar:

Centella de fuego fuiste
que en mi corazón entraste;
dejaste la llama ardiendo
y después te retiraste.

Suspira la moza. Da un gemido; y lo clava en las alturas con la melodía de una isa:

No fui centella de fuego,
ni en tu corazón entré;
no dejé la llama ardiendo,
ni de ti me retiré.

Y el viento devuelve la flecha, mojada en sentires del corazón:

No sé que tienen tus ojos
que cuando me miran muero,
y cuando en mí no se fijan
me matan de sentimiento.

Y Calandria pasa la mano por la lozanía de sus cabellos tostados. Suspira hondamente; levanta el pecho. Y, envuelta en dulces notas, lanza una envenenada folía:

Al pie de una cruz bendita
un juramento hice ya:
quien te llenó la cabeza
que te la vuelva a vaciar.

—¡Pretencioso y egoistón que es! —concluye.
—¡Ajáaa...! ¿Conque has hecho un juramento, eh? ¿Y soy pretensioso y egoistón? Las paredes oyen... —resuena la voz de Matías allí mismo.
Calandria enrojece.
—Conque me llenaron la cabeza, ¿eh? Y a ti, ¿quién te la llenó a ti? ¡Responde! ¿Tas de anojo como una machorra ajorrá?
Muda de sorpresa y emoción, la muchacha siente tre-

mendo coraje y un borboteo de sangre en el pecho. El está con las manos en el sacho, despechugado, los ojos a salírsele, encendido el interior brasero de las pasiones.

—¡Sús, sús! —defiende Juana a la amiga— ¿'Stás loco, tú?

—¿Loco? ¿Y ella por qué dice cosas, caracho?

—¡Bueno, fuera! ¿No puede ella cantar y hablar? Además, son bromas.

—¿Bromas, caracho? ¿Es mi corazón una pelota pa', pa' que juegue ésa, ésa? —y tartajea, corajiento el mozo.

Y Juana:

—¡Sús, sús, sús! ¡Que viene el coco! Tú sabes que Calandria te quiere, Matías.

—Me quería. Pero ende que ha venío ése...

—No seas mal pensao, Matías. Ni insultes a la muchacha. ¡Pobre chiquilla! —y acaricia a Calandria, que bate la ropa en silencio amargo.

—¡Caray! —clama el mozo— Que no salga el sol para mí.

Calandria se chupa una lágrima que amargó sus labios. Suspira; y levantando el busto:

—¿Quién te impide ver el sol? —con ojos humedecidos.

—Pos..., pos —y se rasca la cabeza el mozo—. ¡Menos mal que has jablao! ¿Y lloras? Así 'stás enguapiá... ¿Es pa' que te vea el maestro? El sol me lo impiden ver tus finchadas pretensiones. ¿Es que pretendes un marqués, contra?

—¿Quién te ha dicho que quiero un marqués?

—Tonses, ¿por qué no me jablas? El sol está cerca de mí; pero no me alumbra.

—¡Quita esos tubos del diablo!

Y Juana:

—Bueno, bueno, ¡se acabó! Calandria te quiere, Matías. Rompe esos tubos... Si no, la vas a encharcar.

—¡Si así fuera! Pero ya sé que mis ojos han jecho mal en mirarse en esos de Calandria, que enciegan, caray.

XXIX

¡QUE SE MUERA DE RABIA!

—¿Y por qué no has quitado las tuberías? —pregunta Juana.

—¡Oh!, Calandria no ha querido.

—¿Qué?

—No tuviste palabra.

—¿Qué palabra?

—Las joyí aquí mesmo.

—Calandria te quiere, Matías. ¡No seas bobo!

Juana recibe un fuerte pellizco.

—Que lo diga la interesá...

La "interesá" salpica a las compañeras con los tremendos restregones que hace sufrir a las camisas. Y el mozo:

—Se ve que está de mú'a, y ajorrando palabrerío pa' gastarlo —con retintín— con ese tolete barbú, ferrugiento, que ha venío a regolvé cabezas locas, y que se la echa de ingeniero y me'ico, con tanto requilorio; y no sabe lo que es gofio empolvao, ni se ha jincao una pella gofio en su vía; y luego, tan privao con Calandria, como Mateo con la guitarra; y la pretende enamorá, como si él fuera la madre la baifa... ¡Ah, caracho!

—¡Sús, sús, sús, Madre Santísima! —chilla Juana, juntando las manos—. 'Stás dío del pepino, Matías, la cabeza espichá de tamo y de tasco.

Calandria había tomado los colores del arco iris.

—¡Je, je! Bueno aquello —machaca Matías.

—¡Calla, diablo! —salta Juana— ¡Entaliscao! ¡Chuchumeco! ¿A eso has venido, fosforiento, sanaca?

—¿Y qué es eso, lo otro y lo de más allá? —Calandria, levantando el pecho y la mirada, con lágrimas en los ojos.

"¡Cuchillita,
navajita,
pan caliente
y una veinte!"

—Tararea Juana, burlona.

—No te entendemos, Matías.

—¿No entienden? ¿O no quieren entender?

—Estás tarumba.

—¿Tarumba, caray? No jablan con nosotros; y luego, en cá' de quien me sé —y mira a la moza desorbitado—, conversan, conversan, detenío, detenío, por to'a una tarde... —arrastrando las sílabas, con coraje.

A Calandria se le enciende el rostro de puro fuego. Lo mira:

—Fue de visita, ¿sabes?

—Sí; y otro día, en cá' tu abuela, ¡solos, caracho!

—A ver a mi abuela, ¿sabes? —lo refuta ella, con enojo y langor sombrío.

—Pero la gente menta y mermura...

—Eres un tarata, Matías, y le tienes tirisca al maestro. ¡Toma nauta pa' los nervios! —acude Juana en favor de la amiga.

—¿Un tarata...?

—¡Cállate, diablo, ñanga! —chilla Juana— ¡Fuerte matraquina te traes!

—¿Que me calle? 'Tonses no digo lo de l'otro día.

—¡Dilo! —exclama Calandria, toda encendida en rubores.

—Cuando el calandro y la calandra —con empujón significativo de brazos— estuvieron en Molino Viento, solos, como dos güiros, hasta noche oscurecía... ¿Te parece bonito?

Queda Calandria muda, ante la agresión celosa del joven.

En su faz se cambian los colores del arco iris. Acierta a balbucir, con desmayo hondo:

—No le des tanto a la taramela, mocoso.

—¿Es que los vas a meté en la giñera, sin..., sin importante que mermure la gente? A lo mejó ya'stás de compromiso, y en piedras de a ocho..., como una oveja cinchá... —escupe el joven, silbando las palabras, una a una.

Blanca de rabia y de vergüenza, la joven replica, con lágrimas en los ojos:

—¿Qué quieres decir, Matías?

—Pos, pos... ello; tú; sabes si el diablo ha cogío ya su maquila... Hay quien los vio besándose...

—¿Quién, Matías?

—La Pascuala.

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira...! —enrabiada la moza.

—¡Sús, sús! ¿'Stás loco, tú? —chilla Juana. Te vamos a colgar del pescuezo un casparro como una campana. Porque 'stás loco como un cencerro.

Rebotan como pedruzcos los acres reproches en el pecho de la mocita, con amagos de tragedia. Y él, todavía:

—¡Qué relejes, caracho! No premitas que te engatuse ese zambullo, zorrocloro; tú, ¡tontona, fea!

—¡Ja, ja! ¡Fea! —ríe Juana— "La suerte de las feas, las bonitas la vean." ¿Y por qué la pretendes tú, chumino, y estás siempre tras ella como un sapo baboso? ¡Fea! ¡Ja, ja! ¡Vaya voquible, Matías! Si es fea, ¿por qué la pretendes? ¿Por qué la camelas, tú? —y acaricia a la amiga, que siente una zozobra pálida— ¡No te amilanes, chacha! "Fea, y el guapo me desea". ¡Vaya tonto! ¡Mira tú!

—La pretendía; pero ya no, está esprestigiá —rubrica el mozo, con la exaltación de los celos que le muerden el alma—: tiene la tetera negra.

—¡Cállate, diablo de mil demonios, zarandajo! ¡Déjate de decir barrabasadas! Tú te crees que no hay más que pedir por boca que Calandria te quiera, y ya está. ¡Anda, burro! ¡Calumniador! ¡Vete pa'l quinto l'infierno!

* * *

Una navaja que le hubieran clavado a traición no le habría dolido tanto a la moza como aquellas frases hirientes del despechado mozo. Diríase que éste se desclavó el puñal que tenía en el pecho desde que en Molino Viento sintiera las carcajadas risueñas de las muchachas, y que ahora lo había hundido a su vez en el de Calandria, tan puro de afectos como de intenciones. Cierra ella los párpados y se muerde los labios, con agoniosa languidez, para resistir la punzada aguda con que la atenaza el loco batir del corazón.

La mordedura de los celos la hace temblar. Llora. Sus lágrimas son perlas que abrillantan el carbón de sus pupilas, le amargan la boca y filtran la claridad de sus ojos: zumo agrio que la reseca, cual si masticara hiel. Era la noche del alma. Sobre su corazón caían, negras, todas las sombras de los barrancos.

* * *

Cruzan chiquillos, retozones, encabritados, dando ajijidos, y con grita tremenda: "¡Vamos a rompé los tubos! ¡Vamos a rompé los tubos!" — y siguen, escandalosos, vivos como ardillas.

—¿Qué sisarra es esa, muchachos? ¿A dónde van con ese guineo? ¿'Stán también locos? —los increpa Juana.

—¡Nos lo dijo el mestro! ¡Nos lo dijo el mestro! —y siguen, con brincos, como bando de gorriones alborotados.

—¿Ves, Matías? —contesta Juana— El maestro manda a romper los tubos; y ustedes, ¿qué hacen?

Cae la observación en el mozo como piedra en el ojo:

—A los chiquillos..., ¡bonito, caray! ¿Y quién será el que los rompa? ¿Una calandria o un valiente calandrión?

La muchacha hace un ademán de angustia, nerviosísima, chupando lágrimas. Algo todavía sano acababa de romperse en su corazón.

—¡Chuchumeco! —Juana a Matías. Y a Calandria— ¡No hagas caso, niña! ¡No te aguachines ni te amilanes: "boca amarga no puede escupir dulce"!

—¿Y quien me ha amargao la boca, tú? —pide Matías.

Y Calandria lanza al viento el desahogo de una isa, en vuelta en lágrimas y suspiros, que rompe la apretura de su dolor:

"¡Anda pa'llá que no quiero
pasar por ti más fatigas!
Si digo que no te quiero,
¿qué más quieres que te diga?"

Y Juana, en tono burlón:

"Olvidemos nuestro enfado,
olvidemos nuestro enfado,
y volvamos al amor..."
....

Y él, despechado, se ausentó.

—¡Gracias que se fue! —suspira Calandria.

Y tal luz de amanecer, la sonrisa vuelve al rostro de la muchacha, apagando el quemor de las lágrimas, brillantes como diminutas estrellas en sus mejillas.

—Chica, tú no hagas caso, ni te aguachines por eso, boba. ¿No ves que está celoso? —la consuela Juana.

—¿Crees tú que tiene razón?

—¿Qué va a tener, chiquilla? Lo que tiene son celos y está rabiando. ¡Qué aguante por egoistón y por tonto! ¡Que se muera de rabia, como un pájaro chirringo!

Y una sonrisa brilla en la faz de calandria, luminosa, como un alba que renace. Huían de su corazón las sombras y la oscuridad de los barrancos. Se hacía luz en la noche de su alma.

XXX

SANGRE EN LA NOCHE

—¡Mañana, mañana! —don Gregorio, entrando en la zapatería.

—¿Mañana, qué?

—Salen los mozos de parranda.

—¿Y qué?

—Pues, como siempre hacen diablura esas noches, intentaremos que rompan los tubos.

—¡'Stá buenooo! ¡Y riégate agüita! ¡Don Aníbal, don Aníbal! ¡Aquí está don Gregorio! ¿Y no sería mejó esperá a que venga el gobernaó?

* * *

Peregrina de los cielos, la luna pisa las cimas de los montes, clareándolas con albura de ensueño. Negros nubarrones reflejan su luz irisada; y los dieciséis viejos pinos de Gáldar mueven su ramaje, llamándola, jubilosos. Y comulgan con la luna, que los viste de sonrisa blanca.

Y el valle se tiñó de plata. Y las estrellas, avergonzadas, palidecen, tal trémulas perlas prendidas en el manto de desposada de la noche. Oyese el concierto de los grillos y las ranas. El aire está henchido de perfumes. El campo duerme voluptuosamente bajo la sábana silenciosa de la luna.

Y tres hombres avanzan, callados, por el dormido sende-

ro de la fuente, bajo la sombra azul de los nogales. La fuente, con voz de cristal, cantaba y cantaba al Barranquillo su vieja historia monótona y melancólica. En el aire vibran las cuerdas, tensas, como arcos que se disparan. Las mozas ensueñan, oyendo el dulce eco:

"Despierta, niña, despierta,
despierta si estás dormida..."

Y ruedan las voces por el plateado valle; lágrimas sonoras, risas de perlas, cuentas de cristal desenhebrándose de los hilos de las guitarras, pájaros heridos que volasen en la noche bajo el mágico fulgor de la luna.

Poesía de sentimientos, rito solemne, lunar, de juveniles corazones que van a herir a otros corazones en flor. Ritmos cortados por silencios, como compases del corazón.

La luna ilumina el dormido cansancio de los montes, y brilla la casita del Retamar bajo el claror misterioso. Y la copla:

"Mari Flor, muñequita de carne rosada,
Mari Flor, linda flor de candor perfumada..."

Y la muñequita tiembla, como flor bajo la lluvia, cuando, el de la Madrelaguna preludia una folía, hilada en plata de luna:

Ya voy entrando en la casa
donde vivo y muero yo;
las paredes me conocen
y el bien de mi alma no.
....
"Muñequita linda,
de cabellos de oro,
dientes de rubí..."

Trémula, soñadora, la "muñequita" sujeta el corazón, que se le estremece en el pecho.

* * *

Una voz corta la de los parrandistas, a bocajarro:

—¿No saben ustedes que las mozas no quieren parrandas?

Quedan ellos suspensos.

—¡Altó, altó, oyen, aunque no quieran!

—Pues no hay parranda, si no rompen los tubos de La Cañavera.

—¡Razones! —y golpea el piso maestro Pancho.

—Hemos venío de parranda.

—Pues parrandiando al barranco. ¡Andando!

—¿A romper tubos?

—Sí, señor, a romper tubos. ¡Y arría esa guitarra! —y se la bajó a uno del pecho—. No vayan a decir las muchachas que ustedes no son mozos, sino un jato de ovejas. ¡Se acabó la parranda!

—¡Moniooo...!

—Traiga picos y sachos, Juan Antonio.

El viejo aparece cargado de herramientas.

—¿Y esto es asigún ley? —barbota Matías.

—¿Y con qué ley pusieron los tubos?—Don Gregorio.

—¡Pues no los romperán! —Matías, amenazador.

—¡Los romperemos, mequetrefe!

—¡Veremos a ver!—gritó Matías, desapareciendo en la noche.

—¡Y que nadie se enrabisque... Si se marchó, ¡mejor! ¿No les da empacho que las mozas les tengan por feleles incapaces de romper unos tubos? Y vienen a cantar... ¡Se cantará barreno, jinojo!

—¡Bueno fuera! —barbotea el viejo— Yo estoy jecho una tarata y ando malejón y con fuerte gripo y romatismo; pero diré, ¡no faltaba más! —e iba sacando herramientas.

* * *

El sordomudo se pone un sacho al hombro, haciendo muecas de bufón.

Don Liborio reparte "armas":

—Toma tú, y tú, y tú...

El "Buey" rezonga. Y don Gregorio:

—Los que no quieren ir, rebenquéen. Pero déjense de de-

cir patujás y burrominas; y piquen el tole, porque los meto en verea. ¡Chuminos! Y no me ajoten, porque los sorimbeo.

* * *

Y al hombro las rústicas armas, el conjunto parrandero se enfila cuesta abajo, convertida la parranda en guerrilla. Era cual desfile de enanitos a cumplir un encargo de la gentil Blanca Nieves.

Los tres, detrás cuidando el ganado. Y el zapatero:

—¡Arriba pueblo!

Y un croar de ranas le hacía eco en las charcas del barranco. Y la luna, blanca y redonda, con cara de susto, refleja sus rayos en los azadones y en los picos.

Y penetran en el Barranquillo, opaco y medroso, como el preludio de un crimen.

Algunos mozos echaban a rodar pedruzcos, o daban hachazos a las pitas y tuneras, y metían ajijidos, eufóricos. El maestro sentíase satisfecho; el cojo, como niño con zapatos nuevos. Al anciano bailábanle los ojos de puro regocijo. El sordomudo iba delante, animando a todos con ademanes y muecas. Bartolo se había escabullido también.

Al llegar a la Cañavera, Don Gregorio rompe el plateado silencio:

—Vamos a devolver el agua al pueblo...

De entre las cañas se oye un susurro, un rumor de voces apagadas.

Ponen oídos atentos. Sólo perciben el murmullo quejumbroso del agua.

—¡Andandoooo! —grita el viejo, azada en alto.

El sordomudo se adelanta a todos, un sacho a cuestas, con gestos cómicos. Y, de pronto,

"¡Búuummm...!", suena un tremendo zambombazo dentro de un charco.

—¡Alto! —chilla don Gregorio— Hay moros en la costa.

Pero el sordomudo no oye. Se adelanta, chungante, con muecas y guturales sonidos, reiterando junto a los tubos sus retozonas comicidades.

—¿Qué jases, loco?

—¡Qué puén achocarte!

—¡Azócateee...!

Con risas y burlas, alegre y remedón, incita los "guerrilleros"; y levanta el sacho, gracioso, decidido... No concluyó la faena. El cañaveral rebulle son sordo rumor de cañas tronchadas, como si lo agitara un demonio; y otro pedruzco vino a dar en la cabeza del muchacho, retumbando el fuerte estampido con son siniestro.

El mozo gira en redondo, el pico entre los brazos, y cae de espaldas, sobre los tubos, con fúnebre eco.

—Ya lo escacharraron, ¡Jesús, Jesús!—barbotea el viejo. Y aprieta los puños.

El remendón levanta el garrote:

—¡Canallas! ¡Esverrr...gonsaos!—y aprieta los dientes, haciendo sonar las erres como tromba de guerra.

* * *

Sobre un tubo yacía el muchacho, inerte, la cara lívida, empapado de sangre y luna. El manchón rojo brilla a su lado como el grito de un crimen.

Muchos acuden a él; varios, en busca de los causantes del achocamiento; prorrumpen otros en ayes de dolor.

Y los que perseguían a los delincuentes vieron dos bultos negros que huían, como diablos desesperados, por las revueltas de Montaña Redonda.

Ninguno pensó ya en la rotura. Toda la atención fue para el pobre sordomudo. Atajábanle la sangre con pañuelos y camisas rotas.

Y don Gregorio dictaba órdenes:

—Tú y tú, a ca' Alfonsito, que venga con la camioneta. Este pobre la abica. ¡Ah, bandidos! —y amenazaba, el puño como un erizo— Tú y tú, a avisar al cura. ¡Ese tiesto del Buey! ¡Ese Matías! ¡Porraaa! ¡Por algo se marchó!

* * *

Y una comitiva triste cruza por entre los maizales, con las piñas torcidas, mustias, como si lloraran. Y por donde antes cantando, ahora vuelven en un silencio de músicas rotas. Los juncos se inclinan al paso de la dolorida proce-

sión y, al recobrar su elasticidad, golpean el rostro del cariacontecido mozo con crujidos secos, como besos. La faz del muchacho se cubría con un lívido blancor de luna; la cual, suspensa como una medalla, filtra lágrimas de luz por entre los nogales sombrajosos.

De pronto, la noche se estremece. El estrépito de un motor lejano causa escalofrío. Unos focos apuñalan el blanco vellón de la niebla, tal que testigos de un crimen en la paz silenciosa del campo.

Cargan con el herido hasta donde dicen "la esquina del corral". Y allí esperan el camión, cuyos faros amarillentos cayendo sobre el muchacho, como ojos de monstruo, aumentan la tristura de la escena.

Y el camión arranca, rechinando como bestia que resopla.

En el cruce, las manos consagradas del cura iluminan la noche trazando la cruz bendita sobre el cuerpo lacerado: "Ego te absolvo..."

Desde Artenara el herido fue trasladado aquella misma noche a Las Palmas.

Y desde aquella noche parecía como si un mal viento negro soplara de la cumbre...

XXXII

DEL VAREO DE UNOS NOGALES, AL VAREO DE UN CORAZON...

—Ahí va el maestro. Si no m'equivoco, al vareo los nogales de Juan Antonio en La Solanita. Ende que ha conocido a Calandria le ha picao una mosca al hombre. Se tutian y tóo. Hoy le echará otro puño a la baifa —comenta el zapatero.

* * *

No oían tales comentarios los amigos. Y cruzan a la vera del Barranco Hondo, misterioso, abrupto, donde se pierde la mirada y en cuyos riscos se abren las viviendas, como enormes azucenas. En el cielo, rebaños de nubes, lanudas, gordinflonas. Un girón de neblina cabalga sobre los Pinos de Gáldar. En un huertecillo umbroso ramonean unas cabras.

En la Cruz de los Morretes aguardan la llegada de "La Cocha", el auto que dos veces por semana se atreve a descender por aquellos vericuetos infernales, trayendo y llevando viajeros y toda clase de carga. Es como un gran cajón con ruedas, color tierra. Su llegada era acontecimiento: periódicos, noticias, encargos...

La pregunta era inevitable:

—¿Cómo sigue el muchacho, Juanito?

—¡Así, así! Entoavía grave.

Y fue como si el mal viento siguiera soplando de la cumbre.

* * *

Y descienden hasta llegar a una gañanía. Un perro seriote les sale al encuentro, bajo el dosel de un cañaveral.

—¡Cito perro! —se oye la voz de Juan Antonio— ¡Vengan pa'cá, señores!

Se oían voces, risas.

Con falda verde-oliva a cuadros, jersey de estambre azul sobre blusa blanca de mangas cortas, calcetines oscuros y medias grises, zapatos rústicos, sombrero ancho de palma, Calandria saluda:

—Si ustedes quieren —y mostraban un cesto con nueces verdes.

—Venimos a varearlas.

—¡Canastos! No faltaba más. María Flora, alonga dos pírganos a estos señores.

No lo dijo a sorda.

—Aquí están, abuelo.

—Entriégaselos tú mesma. ¿Tampoco te premiten eso las monjas, caray? ¿Tás embobá?

Ella les da a escoger las varas.

—¡Gracias!

—A usted.

* * *

Y se ponen a varear. El viejo comenta:

—No, no es lo mesmo pegar varajos a los clinijos en la escuela que en los nogales a las nueces.

Y más tarde:

—Hemos terminao, gracias a la ayú'a d'esos caballeros. Y ahora recojan. Y tú, Calandria, recorta unos racimitos y trae una ambosada nueces y jigos pasaos; "barriguita llena, corazón alegre". Y una fizca vino, pues

"pan de ayer,
vino de antaño,
carne de hoy,
cría al hombre sano."

Y trae abundante, no seas comechosa. Y tú, Juan, échale una gañifa al perro, que lo tienen siempre esgandio, y con mirar nadie se jarta. ¡Muévete! ¿Qu'estás furrío, contra? Y echa un mantullo a las vacas, y una lambruja a la baifa... ¡No seas singuango!

* * *

La tarde volvíase miel. Agonizaba la luz en el cielo. Un rubor de coral furgía en los cogollos de los nogales. Resuena el agua de Las Arbejas, cayendo y reborbollando en una tanqueta bajo un emparrado, y repartiéndose luego en varios chorros, como plata que se deshila.

—Vengan pa' que vean el ordeño y el lecherío que dan mis vacas —dice el viejo.

Juan ordeña una cabra en una escudilla con gofio. Calandria la ofrece al maestro, con una cuchara de palo.

—¿Verdá qu'es buena la leche de cabra con gofio, acabaíta ordená? —el viejo encomia.

—¡Estupenda!

—Como que hay un truján que dice:

"Sombra de risco,
agua de arena,
leche de cabra,
miel de colmena,
son cuatro cosas
a cual más buena..."

* * *

Hora incierta del atardecer. Huele a romero, a tomillo. El sol huidizo colgaba sus rayos de las ramas de los nogales. El huerto, todo maduro de aromas, embalsama el aire, brindando los cálidos afluvios de sus perfumes. El paisaje entorna los párpados. Fíltranse gotas de sol por entre el follaje y quiebran en los pintados racimos. Un verde canario lanza sus gorgeos, como tachilla sde diamante chocando contra el cristal del aire. Suave luz crepuscular se matiza en la sosegada verdura. Sobre la hierba teje huellas las

brisa, como si danzasen hadas invisibles. Oíase manso zurear de palomas.

Calandria se ha sentado bajo el parral. El maestro, en un murete. Quítase ella el sombrero. Mira al joven, melado el rostro por una sonrisa dulce, los párpados entornados. Un suspiro de luz tiembla sobre las flores. Era una tarde otoñal, de celajes dorados. Las manos de la moza jugaban con las trenzas de los cabellos caídas sobre la morbidez del pecho.

—¿Sabe? Matías me estuvo echando en cara el haber hablado con usted —dice ella, los ojos muy abiertos.

—Y achocó al sordomudo.

—¿Fue él?

—El y Bartolo. Lo había amenazado.

Queda pensosa la muchacha.

—¡Achocar a ese pobre! ¡Por un tris no lo mata!

Una pausa. Se oye el murmullo del agua dando besos a la acequia.

—¿Me contestas a la pregunta del otro día?

—¿Qué pregunta?

—¿Sí o no...?

Queda la moza pensativa, el índice en los labios, como si el sí y el no luchasen en su alma. Ensancha el pecho animoso.

—Estoy en un Hogar —y pestañea, graciosa.

—¿Y qué?

—¡Ja, ja, ja! ¡Si se enteran que yo tengo novio! —y cambia de posición; y se recuesta sobre la hierba, la cara entre las manos, mirando al maestro con sonrisa entre ingenua y pícara, los ojuelos adormecidos, los senos apretados contra la hierba.

—¿Que importa?

—Importa, ¡Huyyy...! —y deja caer una hoja de nogal, tersa, hermosa, sobre el correr del agua fugitiva.

Y en sus pupilas tiemblan dos gotas de luz cual mariposillas blancas cuando ella las eleva gozosa a las alturas.

—No sé qué contestarle, don Aníbal. Usted no sabe lo que es la vida en mi Hogar. Soy niña aún. ¿No le parece? Usted no me conoce. Yo no he tenido ocasión de saber, ni edad para decidir.

—Tú exageras. Tienes edad. Ese temor...
—No es temor.
—¿Qué es?
—Terror...
—¿De qué?
—De que nos metan en presidio, como a la otra.
—Yo que tú no volvía; ya eres mujer.
—Una se escapó, y la fueron a buscar con la guardia civil; y se la quitaron a la madre.
—¿Posible?
—Posible...
—¿Y luego?
—Se la entregaron, expulsada.
—¿Y no hay quien se queje?
—El capellán.
—¿Y qué dice él?
—Que en la cárcel se pueden visitar los presos cada dos días; en el Reformatorio siempre; en el seminario dos veces a la semana. Y que en los colegios de niñas ricas pueden salir un día a la semana. Nosotras, en cambio, nunca.
—¿Y vosotras no tenéis otros superiores?
—Sí, pero nunca hablamos con ellos.
—¿Y no pueden mandárselo a decir?
—Se lo dice el capellán.
—¿Y qué dicen?
—"...no podemos consentir que en una hora los padres deshagan la labor, etc..." —enfática. Y se enjuga una lágrima la moza—. Como si nuestros padres fueran apestados. ¡Si fuera rica!
—Se abusa de vuestra pobreza, de la necesidad de vuestros padres.
—"Nos arrojan cachos de pan, pero nos arrancan cachos del alma", como dijo el capellán. Si fuéramos ricas o negras... Pero... ¡todo es posible...!, como lo del mejicano...
—¿Qué es lo del mejicano?
—Pues que fue a confesarse: "Padre, he matado a un hombre. "Eso no se puede hacer, hijo". "Pues yo pude, padre, yo pude". Ellas también pueden...
—¿Y por encima de estos señores no hay otros?

—Sí. Y el capellán le escribió por nosotras. Iba a venir de Madrid por el día de Reyes.

—¿Y que contestó?

—Usted es optimista.

—¿Qué quieres decir?

—Optimista al creer que se dignó contestar.

—Pues debía...

—Debía... Pero, "¡fastídiate, niño pobre!, como dijo el otro.

—¿Qué otro?

—Dos niños miraban un escaparate lleno de juguetes: uno pobre, otro rico". Y el rico dice: "¡Fastídiate, niño pobre!"

—Entonces, ¿ni ese señor?

—Ni contestar. Y cuando vino, una niña ensayada como una muñeca hizo la comedia de pedirle una edificación nueva y un coche para ellas... Para nosotras, ¡ni salir con nuestros padres! ¡Que nos parta un rayo! ¿Hay derecho, don Aníbal?

—Derecho ni nada...

Y al maestro se le puso la sangre en ebullición:

—Es falta de caridad. No quieren darse cuenta. Como no hay interés económico, prevalece la comodidad, una idiosincrasia apergaminada, con ideas antipedagógicas, inhumanas. Se priva a los padres de derechos que Dios da. El Hogar, el colegio es complemento de la familia. Nunca para destruirla y fastidiarla. Es pecado coartar las mutuas relaciones entre padres e hijos. ¿Cómo pueden los hijos honrar a los padres levantando murallas entre ellos? Leí duras críticas contra Fidel Castro porque no permitía que los padres vieran a sus hijos sino una vez al mes. Y en una reciente encuesta de la televisión se recalcó muy bien que era un indiscutible derecho de los padres el convivir con sus hijos al menos un día a la semana. Por lo que se ve "esas caritativas damas" hacen justicia sólo con los ricos: ¡estupenda caridad!

—Me alegra que piense usted así, don Aníbal. Nuestra vida allí es esclavitud; nuestros padres lloran, como si nos marcháramos para América cuando nos despedimos. Jue-

gan contra nosotras al pim-pam-pum. Como a muñecas, nos aprietan el ombligo, y decimos: ¡papá¡, ¡mamá! ¡Santas a la fuerza...! ¡Recontra! ¡Rabia! No tienen ni pizca de... —y abría y cerraba las celosías de las pestañas, por no llorar—. ¡Si fuera rica!

—Vamos a dejar esto —indica él, sintiendo el sabor dulciamargo del diálogo, y mirándose encandilado en los ojos de la moza, encantadora en sus lágrimas y en su belleza agridulce—. El cielo se está otra vez entenebreciendo y tus lágrimas convirtiéndose en estrellas, ¡hermosas estrellas!, como la que está a mi lado.

Ella lo mira con un mirar de agradecimiento, mordiéndose los labios, donde sentía el sabor ácido de las lágrimas, los ojos humedecidos.

—Mejor sería que no volvieras...

—Mejor sería que no hicieran tan dura e insoportable la vida allí. ¡Cuántas lágrimas inútiles nos hacen derramar!

—¡Míralas! —y el maestro señala a lo alto— Dios adorna el cielo con lágrimas de niños pobres. Sin quererlo, has planteado en mi alma un problema en el que jamás había puesto atención; un mundo desconocido a donde no llega la ONU con declaración de derechos infantiles. Hay en ese tema mucho fondo. Has puesto el dedo en la llaga. ¡Ojalá se logre curarla!

Y les sale el amor por los ojos al maestro y a la muchacha; la cual había crecido para él muchos grados, al manifestarle aquel secreto penoso y al herir en sus alma una cuerda que nadie había pulsado hasta entonces; al hallar en su espíritu juvenil una inquietud nunca encontrada en personas mayores que, en su estúpida soberbia, menosprecian, ¡cosas de niños!, y miran con olímpica indiferencia ese mundo inútilmente inhumano del "pobre" niño de internados pobres.

Y la muchacha, traspuesta, los ojos lánguidos, siente que algo nuevo le pellizcaba el corazón. Y deshojaba las flores de un rosal salvaje, que le pegaba dejando una lluvia de pétalos en su falda. Y sus ojos abiertos parecían absorber oleadas de luz.

Y el maestro percibe la respiración tibia de aquella moza que le descubría su sabroso misterio. Y puso su mano

sobre la sedosa de la muchacha, volcándole al oído palabras bonitas, poniendo dulzura de miel en las frases y fuego en la mirada.

Y encendida de rubores, muestra ella en el cielo de su rostro la media luna de sus dientes, dibujando en sus labios una ensoñadora sonrisa. Y oye los apasionados piropos tal un susurro de aguas, gorjeo de pájaros que le bullen en el pecho, alegrándole el corazón. Vibra toda, como un rosal que se estremece.

Los canarios y los mirlos cantaban, cantaban...

* * *

—¡Tras, tras! ¡Solitos! ¡Ah, pillina! A la zorrita, ¿eh? ¿Y las monjas? ¿Ya no le tienes miedo a las monjas? Porque donde usté ve, don Aníbal, no le dice que sí porque le tiene miedo a las monjas... ¡Anda, boba! —los sorprende Juana.

—¡Por Dios! ¡Santísima! ¡Cállate!

—¡Desembóbate, niña!

* * *

El cielo tenía ahora un fondo lechoso... Los nogales un color de esperanza, como si empezaran a dormirse, cerrando los párpados.

Y el maestro lleva a la boca la mano de la muchacha, y estampa en ella un beso largo. Ella la retira.

—¡Jesús, Jesús, qué loca soy! —y se levanta, ágil, ruborizada.

Y el maestro continuó allí, pensativo, oyendo el manso silabeo y mirando el rebrillar de plata viva de la acequia de Las Arbejas.

La rapsodia del agua le estaba templando la fragua del corazón. Los nogales dormían ya en el azul nocturno, coronados de estrellas.

XXXII

"ARTENARA, COSA RARA..."

Fuman los barrancos. Los "taroses" embeben la tierra.

Los labriegos levantan paredes derrotadas, remedian el socavón de una barranquera, limpian el terreno, aran...

Los montes se revisten de trebolina y jaramago. Tomillo, romero, mastranzo, menta, renuevan sus perfumes.

El sol se oculta más hacia La Aldea.

El cura trae noticias gratas: el muchacho, fuera de peligro; el expediente de la carretera, despacho para Tenerife; pronto, agua en La Plaza, teléfono...

Eran como rayos de luz primaveral en la tristeza del otoño.

—Sí, que pongan el agua, porque pronto nos quitarán hasta la de la fuente, con esas galerías que están abriendo en Barranco Seco y Galiote —opinaba el abuelo de Calandria—. ¡Nos vamos a quedar sequíos, señor cura! El millo tiene ya el grano agorgojao, y las papas negro el corazón, como el de esos mandamases que se l'han robao.

* * *

Por fin, el "achocado" vuelve al barrio.

Coincidió su llegada con el nacimiento de un niño en el Retamar. Y acudían muchos a las que llaman "veladas" del recién nacido: reuniones por espacio de ocho noches, hasta

el bautizo. Se bailaron los tradicionales "cantos de lima", picarescos, llenos de intención.

Mozos y mozas se alegraban, llenando el patio de música y de canciones. Y de chistes... El maestro alude a que "algunas muchachas no querían tener novio porque estaban en un Hogar".

—Pues yo —alega Juana— no quiero esperar a los tiempos del "¡que venga, que venga, que venga!"

—¿Y qué tiempos son esos? —se interesa el maestro.

—Cuando una muchacha es joven, exige del novio: "que venga, que tenga y que convenga". De los veintidós a los treinta: "que venga y que tenga". Y cuando se ha llegado a los treinta: "¡Que venga, que venga, que venga!"

Y en esas reuniones acordaron las mozas ir a la Virgen de la Cuevita, por la curación del "achocado".

Y la comitiva atraviesa el Andén, el Tablado...

En el fondo del barranco sienten el largo beso del agua. Enfrente, una casita con aspecto de paisaje pintado. A la puerta un vejete cargado de años, seco y leñoso, tembliqueando, como patriarca bíblico hecho de cortezas.

—Ese es el molino de Juan Mercedes. El y el molino, lo más viejo del barrio —dice Artiles.

Repantigado en un pedruzco, junto al barranco, ven a un muchachote costilludo, de huraña catadura, con ojos de gato montés, y a Matías. Al saltar don Aníbal el tijereteo del cauce, aquél masculla palabrotas y lanza un pedruzco al agua, que salpica al maestro.

—No hagas caso —aconseja el amigo—. Es el Buey...

El maestro lo contempla: desgarbado, con mugrientos pantalones de burda lana, arrugadísimos, barba de un mes, pelo revuelto. Le corresponde el otro con una mirada provocativa.

Y siguieron.

—¿Y esto es pretendiente de Calandria?

—Uno de tantos.

—Pues, a la verdad, "no se ha hecho la miel para la boca del asno..."

Y suben una larga cuesta por el hilo de un atajo, en zig-zags violentos, frente al cueverío del Barranco Hondo, picado de viruelas y con blancas "cuevas", como flores

abiertas en riscos. Las casitas muestran la cal de sus "rozos" con delanteros patios coquetones, y el rojo y el verde de los tiestos con plantas. Un gratísimo olor a pan caliente brota desde los típicos hornos caseros.

En Las Arbejas, al tomar la carretera, el amigo informa:

—Artenara es el pueblecito más alto de Gran Canaria, a unos 1.300 metros. Tiene una iglesia pintoresca, hermoseada con frescos del artista Jose Arencibia, cristaleras de color y precioso techo. Un poeta dijo:

"Eres como las águilas reales
que colocan su nido en las alturas..."

Y la poetisa ingresa Mrs. Slattery:

"...village fresh and gay
give me blessing, and speed me on my way,
perched upon the mountains, free and high..."
....

Y don Domingo, el párroco, ha embellecido la iglesia y la casa parroquial. A ésta se le puede aplicar la copla que decía mi abuela:

"La casa del señor cura
nunca la vi como ahora:
ventana sobre ventana,
con el balcón a la moda."
....

Y en una mañana diáfana, con polvillo de oro, contemplan el pueblecito, luciente como una postal, tostándose al sol y al viento por los cuatro costados. La silueta de un pastor se recorta al filo de un despeñadero, sobre fondo de púrpura.

Brilla el pueblo con cegadora blancura.

De los barrancos subía un vago perfume de romero y retama. Una plazoleta con pequeños pinos duerme junto a la graciosa iglesia. Más allá, un paisaje semilunar, de espantosos riscos, con monolitos de basalto entre las nubes, como chimeneas y mástiles de navíos deshechos por la

tempestad de piedra que corre hacia La Aldea. Paisaje que parece moldeado por furias, con líneas caóticas, de figuraciones fantásticas.

—"El Roque Nublo es el dedo de Dios que escribe en el cielo las leyendas misteriosas y romances heroicos de Gran Canaria" —poetiza Artiles.

—¡Poético y patético! —burlón, el maestro.

* * *

Ascendían al Santuario. Tras ellos, alguien canturrea:

"Artenara está en un llano,
el Juncal en las alturas,
donde no bailan las mozas
porque no las deja el..."

—¿Quién no las deja, usted? —y el maestro recibe una palmada en el hombro.

Se vuelve; y un cura, con cara de pascuas:

—¿Ustedes son los de la promesa del achocao?

* * *

En campanario de piedra, una campanita repica sobre el infierno de los riscos. El santuario —una cueva con bancos, púlpito, altar, retablo, coro, confesionario, labrados en la misma roca— se llena de fieles. Gotea el techo húmedo, adornado de culantrillos.

Se dice la misa. El párroco atribuye la curación del muchacho, en primera fila, a una gracia de la Virgen de la Cuevita.

El maestro canta:

"A vos, Señora, la Santa Virgen..."

Y fuera, una voz:

—¡Cállate, tabarriento! ¡No te la eches!

Al salir fue como una fiesta. Se dispararon voladores.

Un hombre atado a una soga recupera una cabra perdida en el risco.

* * *

Y volvían hacia La Plaza. Y Leoncito —el sochantre— venía diciendo:

"Artenara, cosa rara,
como el mármol de Carrara..."

Y recitaba versos latinos, de perros y cacerías que le hiciera el canónigo Ventura. Y refiere cuentos con sabor de fábula:

"Había un bobo en el Tablado, que casó con una viuda de Artenara, llamada María Gallo. El se llamaba Adelino. Y era servicial. Una vez lo mandaron a Tejada a trer una caja muertos.

Fue Adelino. Esperó. Hízosele de noche. Cargó con su caja. Había gran oscuro y el camino era pedregoso. Se cansaba. ¿Qué hacer? Sencillamente: pone la caja en el suelo, se mete dentro y se durmió... La luna daba de lleno sobre el encajado Adelino.

Y venían dos hombres de un baile en dirección contraria hacia Guardaya. Y uno dice: "Oye, mira ¡"Huyyy! ¡Una caja muertos! ¡Y un difunto dentro!" Y echan a correr, desalados.

Se despierta el "difunto", oye los gritos; se levanta de la caja: "¡Nooo...! ¡Nooo...! ¡No soy un muertooo...! ¡Soy un vivooo...!" Pero los hombres corrieron más todavía; y el "muerto" tras ellos, gritando: "¡No soy un muertooo...! ¡Soy un vivooo...!"

* * *

Calandria se acerca al maestro.

—¿A usted se le aparecieron una noche las brujas, don Aníbal?

—¿Lo sabes?

—Lo están contando Bartolo y Matías.

Siente el maestro una chispa de coraje. Juana se le acerca.

—¡Qué guapo, don Aníbal, sin cuello y sin corbata!

—Jizo mejor en no traerlos. Se los 'biera roto Bartolo —interviene Juan—. Está en un timbique jincándose copas y echando perengueness contra usté; e isiendo: "a ese barbú lo espabilo yo. Y si lo jallo con Calandria, lo sorimbeo, como Pancho que me llamo... Le saco el mondongo..." Y con él, bebiendo también, está Matías...

Y se oían las voces taberniles del barranco jondero:

—¡Envío seis! ¡Nueve! ¡A que yo me cargo a ese barbú! ¡Calandrión! —y Matías lo azuzaba.

Don Aníbal se detiene.

—Ese es un babieca —dice.

—¡Jesús, no haga caso!

Desde el "Solapón" contemplan la "tempestad de piedra", que dijo Unamuno. Una cruz es bendición sobre las honduras.

—Por aquí cayó un muchacho que vino con varios amigos a pasar la noche —refiere Leoncito—. Fue a tener al patio de Las Medinas, allá abajo...

Y vuelven. Bartolo continúa:

—Tó'os tras el mestro. Ya, ya. A'onde va el baifo van las cabras...

—¡Cállate jarandino! —lo amonesta el cura. Y al municipal:

—Celestino, ¿por qué no encierras a ese burro?

Y fueron a Las Moradas, caserío de cuño aborigen, mirador sobre la pétrea hecatombe atlántica, naufragio dantesco, donde El Nublo y El Bentiaga son mástiles flotantes de hundidos navíos; y a donde llaman "Los Cofritos", cuyos peñascos mondos y lirondos aparentan abandonados cofres de un barco de piratas.

Y ven el camión del Frente de Juventudes.

—¡Fidel, llévanos al pinar!

Y subieron. Y cantaban:

"Ayer tarde yo cantaba
cuando mi niña dormía;
y los almendros lloraban
porque el sol ya se ponía..."

Cruzaban frente a los caseríos de Las Cuevas y Coruña. Y de las presas de Lugarejo y Los Pérez, en las que se espejas los pinos. Lejos, Juncalillo, frente a la gallarda y ondulante crestería del pinar. Las laderas se motean de brezos y retamas florecidas, como ovejitas de oro. El tomillo y el poleo ofrecen sus perfumes. A ratos brilla un polvoroso haz de sol por entre los troncos enfilerados que ofrecían finos retazos de sombra. Camiones repletos de pinocha, como monstruos. Rocas apeñuscadas, de formas caprichosas, con manchones de césped y pinceladas de luz.

—¡Adiós, Felipe! —le gritan a un muchachito, caballero en un mulo, con facha de hombre maduro.

Cerca, Risco Faneque, escueto y pardo; y abajo, el mar, que brilla y rebrilla como un espejo bruñido. En la lejanía, el Teide, difuminado, con anillo de nubes.

Dejado el carro, ven el pueblo de Agaete por el ojo de un desriscadero. Y, por breñas y brañas, se suben a enormes rocas, ante brocales que asustan y bancales de matujos olorosos. Hay grandes sombras de azules opacos.

—Aquí se inspiró Tomás Morales para escribir su "Oda al Atlántico" —expuso Artiles.

* * *

—Bartolo, Bartoliyooo... —farfulló Pascuala.

Venía aquél con Matías, destronchando pinos y helechos, cansino y cauteloso el paso, tambaleándose. Se acercan al grupo. Arruga el hocico, con mueca amarillenta de dentadura sucia, el Bartolo:

—¡No..., no...! No quiero que jables con ésa... —señala a Calandria—. ¿Oyes? ¿Oyiste? Y yo no soy babieca, ¿sebes? —al maestro—. Soy una persona esenteee. Y tú ¿quién sos tú?

Las mozas se ponen a cantar, en coro, con él al centro:

"En el puente matiné,
matiné,
hay una niña bordando,
con un letrero que dice:
soy la hija de don Carlos..."

Y ahogaban con sus voces las destempladas del Buey, templado. Y Matías, con elocuencia alcohólica:

—Yo soy un machote, concio... Y tú, ¿quién sos tú, concio? Un sarasa, un felele de pantalones de fonil; y un... un... mari, ¡un maricón, caracho! — y lo apunta con el dedo medio cayéndose.

Las mozas detienen su juego. El maestro, tenso los nervios, se acerca a Matías.

—¡Repítelo!

—¡Don Aníbal! —gritan las mozas.

—¿Qué dije? Ya no me acuerdo... ¡Ah, sí...! —lleva el índice a la frente, dando tumbazos—: tú sos un..., eso..., un... un mari...

No termina. Resuena como trallazo de tambor la tremenda bofetada de don Aníbal.

—¡Ay, ay, ay! —se asustan las muchachas.

Matías da pasos atrás, pasos adelante y profundos resoplidos. El maestro lo espera, mordiéndose los labios, corajiento.

—¡Ah, caray, sos un bruto! Y un..., un..., un mari...

No tuvo tiempo de decirlo. Otro bofetón restalla, seco, en el rostro de Matías. Baila éste como un trompo; da unos pasos, a compás...; y acabada la cuerda, cae de espaldas, como un árbol segado.

Pascuala se le acerca, hipando.

—¡Entrometía, quitallá! —le chilla Juana.

El muchacho se levanta; se acerca al maestro, con rostro feroz.

—¡Cuidado, don Aníbal! —le advierte Juan— ¡Prepárese! ¡Puñetéee! ¡Estos son los de la Cañavera!

El sordomudo, con aspavientos, señala a su cabeza. El Bartolo avanza entonces desemblantado, con pasos sigilosos; y fuerte, membrudo, obliga al maestro a retroceder y a tropezar contra un peñusco. Y Juan:

—¡Ahora, don Aníbal! ¡No sea fimfle! ¡Oville, puñetée! ¡Defiéndase como un machote, aunque sean dos!

—¡Rómpele la crisma, contra! ¡Sorimbéalo! —grita Matías— ¡Esñúncalo! ¡Sácale el mondongo, Bartolo!

Don Aníbal está de nuevo en pie, la barba ensangrentada, los puños como erizos. Y Juan.

—Stá usté jecho un machote, don Aníbal. ¡Animo! ¡No tenga mieo! ¡Dé cuero, contra!

—¡No! ¡Por Dios, déjelos, don Aníbal! ¡Están tomados! —grita Calandria.

—¡No! Borracho y cochino no pierden tino..." ¡Déles un tute, don Aníbal!

Matías se le acerca, con traza hosca y frases torvas, dando resoplidos. El maestro, con brinquitos, prepara los puños, acometedor. Se pasa la mano por el pelo, atufado. Y Juan:

—¡Avíese, don Aníbal! ¡Echele un cango a ese traicionero!

Y Pascuala:

—¡Ay, que lo matan! ¡Déjenlos!

Y el Bartolo:

—¡Jíncale una piñá, Matías! ¡Esñuncalo...!

Las mozas muerden sus dedos y las puntas de sus pañuelos. Calandria las de sus trenzas, llorosa, inquieta. Y el Buey, escupiendo baba, embiste, y de un tirón eleva en vilo con sus garrosas manos a don Aníbal, que rechina como hoja seca en sus brazos. Va a arrojarlo sobre un peñasco. El sordomudo le propina un empellón. Caen ambos. El Buey queda allí revolcándose, vomitando palabrotas, junto al precipicio. Hace por levantarse. Se agarra a un pedruzco, a un jarón. Cede éste. Tambalea, pisa el vacío... Y con rugido bronco, tal náufrago que se hunde, agita los brazos y desaparece, con aullido de espanto.

—¡Diablos, se esñuuncó! barbota Juan.

—¡Ayyyyy! ¡Ayyyyy...! ¡Lo mataron! ¡Lo mataron! —suelta Pascuala una letanía de lamentaciones, con lacrimoso gimoteo.

Gestos bufos del sordomudo, chillidos histéricos de las mozas, ayes hiposos de Pascuala.

Don Aníbal se asoma al precipicio, agarrándose a un raquítico pino. El eco de una tragedia le martillea el cerebro.

—¡Bartolo! ¡Bartolo! ¡Asesinos! —grita Matías. Y las voces mueren trágicas en el silencio.

XXXIII

"BICHO MALO NUNCA MUERE..."

"Tierra mía, tierra mía,
pino verde, negras playas..."

Con un muchachote viene cantando el cura de Artenara, por entre los pinos.

El mudo lo recibió con varios ¡hum, hum, hummm...! Advierte él caras largas y las amoratadas del maestro y Matías.

—¿Qué pasa? ¿Se ha muerto un burro? —El sordomudo asiente con la cabeza.

—Es que hubo jumeque —y hace un significativo movimiento de puños Juan.

—¡Lo han matao! —farfulla Pascuala, con lagrimones como nueces y ojos de ternera, redondos, estúpidos.

—¿A quién?

—Mire, señor cura —aclara el maestro—, Bartolo y Matías me insultaron; yo me defendí...

—¡Ah!, ¿hubo candela? ¿Y dónde está ese cachirulo?

El sordomudo señala risco abajo:

—¡Hummm...!

—¿Se ha caído?

El mudo afirma con la cabeza.

—¡Lo tiraron, lo tiraron! —Pascuala, histérica, con sonsonete lacrimoso. Matías asiente.

—¡Cállate tú! —Juana, hecha una avispa—. ¡Te l'han cobrao!

—¡Jesús, Jesús! ¡Ya la abicó! —exclama el cura.

Y tomando una pose afectadamente seria traza cruces sobre el abismo, y declama:

—"¡Mortus est sin non berreat! Dios te perdone, Bartolo, pobre barrancojondero, a mataperreriis tuis, et a crimine innocentis brutalitatis... Te comerán los guirres per saecula saeculorum, con indulgencia plenaria, a quesorum atque paparum arteranensi, ego, episcopo. ¡Améeennn...!"

Las mozas se santiguan, doloridas.

—No lloren. Bicho malo nunca muere. ¡Vamos a apañar los huesos! —dice don Domingo.

* * *

—¿Lo encontraron, lo encontraron? ¡C o n t e s t e n ! ¡Eeeh...! —vociferan desde arriba las muchachas; y el ¡eeeh...! queda flotando en el abismo, hasta que se fundía en el silencio.

Y Pascuala, rana asustadiza, con cara de muñeca espantada, como una posesa:

—¡Lo mataron, lo mataron! ¡Lo esriscaron!

—¡Jesús! ¿Qué le pasa a ella, Mariquilla corre-corre? ¡Mire usté eso! —le replica Juana.

* * *

Buscan, rebuscan, por sendas labradas en las rocas, entre resinosos troncos de recio olor, rabiosamente erguidos. Brotan de las resquebrajaduras de las peñas y extienden sus raíces tortuosas, como enormes serpientes; y arriba abren sus quitasoles verdes, proyectando oscuras franjas de sombra.

—¡Qué setas más preciosas! ¡Lástima que no tenga tiempo de cogerlas! —el cura.

—¡Pancho las envenenó to'as! —Juan.

Y arriba:

—¡Matonas!

—¡Acusona!

—El maestro lo empujó...

—¡María Santísima! ¡Tal calumnia!

—Sí, lo empujó...

—¿'Stás loca, tú? ¡Mira que...!

—¡Sús, tal birriosa!

—No me chinches, niña. Te estrujo esa lengua vívora, churriosa, ¡machona, machijembra!

—¡Atrévete!

—Cierra el pico, pecosa, que coges el sol por una zaranda.

Y al momento los pelos de Juana sufren repetidos tirones entre las manos de Pascuala, que rabia por arrancárselos de cuajo, respingona como un saltaperico.

No se queda atrás Juana. Y con cimbreo de lagartija, saltándole juguetones los rizos de sus cabellos negros, tira con ambas manos de las orejas de la "machijembra", cual si arrancara rábanos; ambas congestionadas, chocando sus cabezas, desabotonadas las blusas y salpicándose de los más injuriosos y escogidos vocablos.

* * *

Por fin, se oye un mugido.

—¡Es Pancho! Berrea desde el otro mundo —y enlaza las manos Juan.

Se repite el ¡múuuu...!

—¡Húmmm..., hum..., hummm...! —y el sordomudo señala hacia arriba.

—¡Miren! ¡Es él, es él! Guindao de un pino.

—¡Jesús, Jesús! —clama el cura— ¡Ese se esñunca!

Y arriba:

—¡Escuchen! ¡Está vivo!

—No, no! ¡Muerto!

—¡Cállate, lengua trapo, embustera, gofiona!

* * *

Del campamento venían el guardián, Cabrera, el Jefe, don Abundio, Fidel y Juan, con sogas y una escalera.

—No se mató, ¿verdad? —atolondran las muchachas.

—Sí, se mató... Pero se puso a decir palabrotas. Y Padre-Dios lo mandó pa'bajo.

—¿Ves? ¡Se mató!

Y el mozo ve con asombro que Pascuala tiene aferradas de nuevo las greñas de Juana, propinándose ambas insultos lindísimos y arañándose los rostros.

—¡Suelta a la muchacha, Pascuala! ¡Suéltala, Pascuala del diablo! —chilla Juan.

Como no la soltara, la sujeta por los hombros y la obliga a sentarse bruscamente.

—¡Tonta, mocosa! ¡Dale una tunda, Juana, si esa cabra loca vuelve a meterse contigo! ¡Le jinco un jigo, caracho! ¡No me jeringues! ¡Te doy una...!

La "cabra loca" rompe a llorar, zollipando:

—¡Bartolo! ¡Mi Bartolo! — y soltaba lágrimas como garbanzos.

—¿Qué Bartolo ni Bartola, corazón de esponja? ¡Fuerte burro tienes tu de novio! ¡Malimpiao! ¡Te lo van a pipiá, mingona! ¡Te pego un sonío, cara de jigo blanco! ¡Te largo un cocorrazo en la camorra que te...!

* * *

El que vino con el cura se arrempica en el pino. Ata al Buey. Enrolla la cuerda en un robusto gajo. Y tal un papagüevo de brazos fofos desciende el desriscado.

El cura le palpa pecho y espaldas:

—¡Nada, no tiene nada! ¿Quieres confesar, querío?

—¡Júyanse, diablos!

—¿'Stás vivo, 'stás vivo? —le da cachetones el cura— Hasta muerto sos bruto.

Y Pascuala con zalemas y garatusas:

—¿Verdá que te desriscaron, Bartolillo?

—Vamos a las Casas Forestales. Cójanlo por las patas —ordena el reverendo.

—¡Asesinos! ¡Que los mato a tó'os, puñema!

—¿Verdá que te mataron, Bartolillo?

—¡Cállate, perinquela!

* * *

Y la vuelta era como una fiesta mojada, en un atardecer cárdeno. El amestro despertaba de una terrible pesadilla; y las mozas del miedo que las mordía el corazón. Matías seguía atrás zaguero, mohino. Y se contagian con el cura, que canta:

"Mi primer amor lo tuve
en aquel suave temblar
que pide besos al mar..."

Se percibe el salvaje rumor del Atlántico, el salmódico susurro de los pinos. Hay barrancadas y cortaduras profundas, tajos violentos. Sus raíces al aire, tentáculos de pulpo, los pinos se agarran con ellas a las gárgolas de las rocas y gritan sus verdes alaridos en el azul. Blancas mariposas revuelan entre el tomillo y los brezos, y multitud de insectos brillan al sol como botones de oro. Enormes peñascos se asoman, unos sobre otros a las barranqueras, con barbas de guadejas estoposos, entre jarales y arbustos.

El Teide reluce lejos, con turbante de nubes. Y el sol lucha con la niebla. Esta brota de todas las hoyadas y sube, tenaz, silenciosamente; se agarra a los peñascales y a los esqueletos de rocas con verde humus viscoso que asoman por entre los desgarrones de sus vestiduras. Y rorea, empapa, se filtra de modo insensible. De cuando en cuando la corta una brusca franja de sol, que rebrilla en las húmedas lastras musgosas y resbaladizas, entre agrias laderas y helechales. Marca el espejismo del Atlántico, temblón como un mar de estaño hirviente. Bandadas de cuervos graznan y tiznan el azul, abanando con los pañuelos de sus alas. Era agradable entrarse por aquel ancho verde mar, magnífico en el desorden de las rocas, de los árboles, potente en el olor de vida que brotaba de ellos, en las ondas de maleza que irrumpían de los barranquillos, cubiertos de helechos, zarzas y escaramujos. En los despeñaderos lucían multitud de flores entre enmarañadas cabelleras de granadillos y jogazos.

El párroco los despide:

—Cuando rompan los tubos, vuelvan otra "güelta"; y desriscaremos a Bartolo por el Llano el Pleito... Bueno, ¡adiós, mis hijos! ¡Y suénate los mocos, Pascuala! Y tú,

Calandria, ¿cuántos novios tienes? ¡ Y vayan con Dios...!

Los excursionistas seguían en "El Carro" hasta "Los Pinos".

El sol se apoyaba en el lomo del pinar. El Teide flotaba sobre las nubes, como mantenido por ángeles...

Hicieron allí una pausa larga. La puesta de sol era maravillosa. Y la fantasía del maestro se desborda, y declama:

"Cuando el sol intenta saborear con sus rejos las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides, la Noche lo asaetea con agudísimos flechazos negros. Y, como bestia herida, se desangra y agarra al volcán con larguísimas uñas de fuego, y alumbra y enciende de colores los pinos de Tamadaba, enredando en ellos su gran melena de luz. Y, convertidas en hogueras las Islas Afortunadas, ilumina el Mar Tenebroso, por donde huye la traicionera y siempre fugitiva noche..."

Y parecía un vate griego cantando en las alturas del Olimpo.

XXXIV

"CAMPANAS DE PALO..."

Descendieron por sobre la vivienda del maestro Artiles. Hablaron con el anciano Antonio Felije. Y el viejo, haciendo cruces:

—¡Amería, amería!

En la fuente, los "famillos" se asustan. Y casi se cae "pa'trás" el remendón cuando meten sus narices en la zapatería dos guardias civiles.

—¿Vive aquí un hombre con pistoleras y barba?

—¡Caray! ¿Ansina, ansina mesmo? Es el mestro. ¿Pa' qué lo quieren?

—Nos interesa verlo.

—¡Vengan!

Y a pasos de gran cojera, con su garrote, los conduce al archivo parroquial.

—Señor cura, aquí está una "pareja"...

Y él se vuelve, murmurando:

—¿Y pa' qué lo quedrán, mecachis? ¿Lo irán a jeringuiá?

* * *

Y el párroco recorría a zancadas el archivo, murmurando latines:

—¡Miserere mei, Deus!

Y se sentó, los codos en la mesa. Y aprieta los puños contra las sienes, como quien exprime un limón.

* * *

Sale de la escuela don Aníbal. Lo ven los civiles.

—Este es sin duda —dice uno.

—¡Ajá, que pinta! —dice el otro.

—¿Ha visto al cura, don Aníbal?

—¿Por qué, maestro Pancho?

—Lo andaba buscando.

—¿Le ha dicho algo el señor cura, don Aníbal?

—¿Qué tiene que decirme, Catalina?

—Lo andaba buscando. Están los ceviles. En el meneíto de Mariquita.

—¿A sí? ¡Voy corriendo!

* * *

—Debe ser un error; pero el caso es...

—¿Qué, señor cura?

—Que le buscan...

—¿Quién?

—El juez de Guía...

—¿A razón de qué?

—Tómelo con calma: "Bienaventurados los que padecen por la justicia. Sunt lacrimae rerum..."

—No entiendo.

—Yo tampoco. Pero "laetati sumus pro diebus quibus nos humiliasti, annis quibus vidimus mala..."

Por tales latinajos, o por la decidida expresión del reverendo, el maestro traga toda la bilis que le sube a la garganta. Se acordó de Calandria. Da un hondo suspiro.

La pajarita en su cuello sintió mareos y apreturas de montaña rusa.

Tras los risquetes, por la "Cañá del Milano", desaparecieron más tarde el maestro y su amigo, que se prestó a acompañarle. Detrás, los tricornios...

* * *

Movida de afecto, otro poco de interés y un algo de corazón agradecido, Calandria siente un tumbo en el corazón y se entristece. Y rumia, dolida, la aparente injusticia:

—"Bartolo achoca al mudo e insulta a don Aníbal y está

libre... Y el maestro, por defenderse y defendernos..." —y siente una mordaza de melancolía.

Y se muerde los dedos. Y le bullen extraños pensamientos. Se le secan los humores; quiere llorar. El sol tiñó de sangre la tierra, los montes, el cielo.

Y el índice entre los labios:

—¿Por qué es así, Señor?

—Y lo que verás, nieta, lo que verás —le arguye el abuelo.

—¿Por qué se lo llevaron?

—¿Tú no sabes eso de,

"Las campanas son de bronce;
campanas de palo son
las razones de los pobres..."

—¿Y por qué es así abuelo?

—¡Oh!, las campanas de los ricos suenan bien y se joyen sus razones, porque son campanas de bronce; pero las de los pobres no suenan, ni se joyen sus razones, porque sus campanas son de palo..." ¿Entiendes, nieta?

—Entiendo que no hay derecho.

* * *

—¡Ya, ya! Un derecho torsío. Pero, ¿verdá que el mestro t'está jasiendo tilín, tilín?

Y fue a la ermita Calandria. Fuera, cascada de luz; dentro, suave penumbra, con olor de rosas marchitas. Su espíritu se estremece como lamparilla junto al Sagrario. En el fondo de sus pupilas tiemblan dos lágrimas rotas. El capullo de sus labios se abre al perfume de una plegaria.

Y en quietud muda reposa el ánimo y desgrana su pena.

—¡Señor! —musita— ¿Por qué has hecho de palo las campanas de los pobres?

Alza la cabeza. Ve el Sagrario.

—¿Será, Señor, porque aquí tienes un Sagrario de palo y en donde hay ricos lo tienes de bronce y de oro?

Y una voz interior: "yo no distingo entre sagrarios de

palo ni de oro. Yo estimo solamente el oro de los corazones..." Y ella devana como una margarita los sentires del suyo: "¿Por qué se llevaron a don Aníbal? ¿Por qué tantas injusticias en la vida? Aquí, injusticias... En el Hogar, injusticias..." Y la voz íntima: "Yo no apruebo las injusticias..."

—¿No son tuyas las monjas que distinguen tanto entre niñas ricas y niñas pobres? ¿Las que permiten a las ricas salir con sus padres y no a las pobres?

La voz íntima: "Yo no distingo entre niñas ricas y niñas pobres".

Suave luz, venida del pinar, inunda la ermita. La rueda de las ilusiones de la muchacha muerde claveles rojos, enristrados en serpentinas de sangre. E iba ella deshojando la rosa del corazón:

—Tú mandas, Señor, que se descanse cada semana; y la ley que se trabaje sólo ocho horas al día; y donde estoy las empleadas no descansan, sino cada quince, y casi nada en las veinticuatro horas del día. ¿Está bien, Señor?

"Deben cumplir mis mandamientos, y la ley del descanso —dice la voz íntima—. Yo dije: "Seis días trabajarás; pero el séptimo es santo, día de descanso".

—Sí, pero a la pobre Maximina le encerraron seis meses en las Adoratrices, sin delito alguno, sin saberlo la madre, contra el parecer del capellán, sin dejarla ver a nadie...

"Mis vírgenes esposas son, a veces, vírgenes necias. Les falta el aceite de la ecuanimidad, de la justa medida."

—¿Lo dices tú, Señor?

"Ese proceder es falso autoritarismo y soberbia de espíritu."

—¡Lástima que no te oigan mis compañeras, porque piensan que eso es cosa tuya y que les inspiras todo lo que hacen...! Tus vírgenes, Señor, distinguen mucho entre ricas y pobres.

"Hay vírgenes necias..."

—¿Y por qué le molesta a tus vírgenes que consultemos nuestras dudas con el capellán?

—¿Y aquella niña que murió con el tejar en la mano, porque la obligaron a trabajar estando enferma?

—Y por qué son roñosas tus vírgenes para dejarnos salir con nuestros padres, Señor?

—Y la que se escapó y la trajeron con la guardia civil, arrancándosela a la madre, ¡una niña de doce años, Señor! Y la trajeron así, con escándalo, para entregársela en seguida, expulsada. ¿Te parece bien, Señor? ¿Lo hubieran hecho con una madre rica? ¡Pobre Milagrosa! Y a la pobre Pinito la expulsaron por felicitar a su madre... ¿Qué te parece, Señor?

"Bienaventurados los pobres, los que han hambre y sed de justicia, prediqué yo; ¿lo sabes?"

—¿Es que todo padre pobre es malo, Señor...?

"Ni mucho menos, hija..."

—¿Y por qué no le recuerdas eso a tus vírgenes esposas, Señor?

"Ten paciencia, hija mía."

—Sí. ¿Y cuando nos ponen castigos estúpidos, toda la tarde subiendo y bajando escaleras? ¿Qué te parece, Señor?

—¿Y cuando nos hacen comer de pie por una nonada cualquiera, o nos interrumpen la comida, obligándonos a dar vueltas y más vueltas en el patio. ¿Qué te parece, Señor?

—¿Y cuando apagan la televisión, dejándonos allí totalmente a oscuras, sin ver y sin hablar, cerradas puertas y ventanas? ¿Y cuando, con falsía ordenan para el paseo, expresamente para que suframos la desilusión? ¿Qué te parece, Señor?

—Y cuando nos provocan con acusaciones falsas o exageradas, y luego, si rezongamos o protestamos, nos expulsan. ¿Qué te parece, Señor? ¿Es así tu doctrina, Señor?

—Y aquellas dos hermanas a las que durante cinco años nunca les permitieron visitar a su madre enferma, y al ir a Teror, su pueblo, tampoco las dejaron, teniendo la madre que levantarse de la cama para verlas. ¿Qué te parece, Señor? ¿Es que los pobres no tenemos derechos, Señor?

"Yo no apruebo tales exageraciones, aunque las hagan mis queridas esposas. Yo dije: "Odio a los que obran mal..."

—¡Gracias!

"Habla. Abre tu corazón. Me das alegría."

—En el Hogar de mi hermano nunca les dan paseos. Todos los niños los tienen.

"Deben tratar mejor a esos niños."

—Y en ese Hogar los padres se ponen en la carretera alongándose a ver a sus hijos; y éstos, jugando a dos pasos, tienen prohibido mirarlos y hablar con ellos...; y son muy castigados si lo hacen. Y apartan a los niños para que no los puedan ver sus padres. ¿Es así tu doctrina? ¿Pecaron ellos o pecaron sus padres, Señor?

"Ni pecaron ellos ni pecaron sus padres... Pecan quienes así obran... Y me duele ese modo de tratar a los niños pobres. Me estruja el corazón."

—Pues debes tener el corazón muy estrujado, Señor...

"Pero me consuela tu paciencia, y la de tantos niños y niñas que sufren."

—Señor, ¿y porqué el mandamás a quien se pidió que nos dejaran salir alguna vez con nuestros padres, como los ricos, no se ha dignado contestar?

"Vuestros sufrimientos me duelen. Tus lágrimas y las de tanto niño pobre maltratado van llenando el cielo de estrellas."

—¿Es verdad, Señor? —como en éxtasis, soñando.

Y al poco:

—¡Por qué has permitido que nos robaran el agua? ¿Por qué has permitido que se lleven al maestro?

"Ten ánimo. Confía en mí. Triste o alegre. Yo estoy aquí y también en tu Hogar. Y enojado por ese modo de proceder. Me crucifican de nuevo en esos niños pobres. Cuando seas mayor, lee el libro "*Cristo crucificado de nuevo*", de Kazantzakis. Es interesante.

—¿Por que encerraron a la pobre Maximina? ¿Fue tan grande su pecado?

"No, hija. ¡La pobrecita...! Hay vírgenes necias..."

—Entonces, ¿puedo yo hablar con un joven?

"Pregunta a los sacerdotes y maestros. Ellos te aconsejarán lo mejor."

—¿También al maestro, Señor?

"No preguntes con segundas intenciones."

—¿Y cuando Matías me dijo tantas cosas?
"Un corazón en celos dice infinitas tonterías."
—¿Te he molestado, Señor?
"De ninguna manera. Tu confianza me da alegría. Cuando sientas tristeza, ven a mí. Te consolaré. Pondré luz en tus noches oscuras. Te diré la verdad; aun contra lo que digan o hagan mis vírgenes esposas. Ellas se equivocan muchas veces. Yo soy el camino, la verdad y la vida."

* * *

Y al salir, sus lágrimas estaban ya en el cielo, convertidas en estrellas. Un haz de luz, último rayo del sol caído ya tras los pinos, reverbera en su cara bonita de sencilla campesina.

XXXV

¡DESEMBOBATE!

En los poyos de la ermita.

—¿Por qué se llevaron al mestro, señor cura? ¿Sería por jaser el fantasma en la cumbre?

—¿Quién lo dijo? ¡Quite p'allá! —empujando.

Lo dijo Adela. Y Rita la cantaora. Y no pegue, porque:

"Yo canto, pero no entono,
y así rezo mi rosario:
yo soy como el Padre Hilario,
que a todo el mundo perdono."

—Usted lo que hace es dormir en la iglesia.

—Y "el que quiera un hijo pillo, que lo meta a monaguillo..."

—¡Cállese! Quien busca halla...

—¿Qué jalla, señor cura? Usté no sabe sino "isir "breviarico breviarico, lo que dices ego dico".

—Señor cura, son varios los que cuentan eso —tercia el Cojo.

—Pero...

—Pregúntele a José el pastor, y a Facio Pastilla y a Manuel Potro.

—¡Valiay, señor cura! Pero yo me callo, porque

"el que no sabe de misa
en la puerta del horno se persina."

Y el asunto se le revolvía en la cabeza al buen cura:

—¡Esto es una enrebujina!

Pasan días.

—Señor cura, ya han aparecío las cabras.

—¿Qué cabras, maestro Pancho?

—Las que robaron al cura de Artenara en los "Pinos"; las cogieron pa'llá, pa'l sur...

* * *

Y al día siguiente:

—¡Guadeamus, zambomba! Bienvenido el ilustre pedagogo— y le da el cura un tremendo abrazo—. ¡Expectans expectavi dominum! ¿Qué pasó?

—El juez pensaba que yo sabía de unas cabras que robaron.

—¿Y por qué sospechó de usted?

—Es que, ¿sabéis?, cuando vine al pueblo, me extravié. Dormí en la cumbre. Esa misma noche robaron por allí las cabras. Total, que el juez quiso aclarar el asunto. Hasta que aparecieron los ladrones y las cabras... Por cierto, eran de un cura. Y lo curioso es que el domingo antes había él predicado que, en caso de necesidad, se podía coger lo ajeno. Y cuando se las robaron, lamentándose, alguien le dijo "¿No decía usted que era lícito robar, en caso de necesidad?" "Sí —contesta—; pero ¡no tanto, no tanto, caramba! ¡Mis pobres cabritas!"

* * *

Lleva en su alma un gran pesar el maestro: las posibles repercusiones de su encierro en el ánimo de María Flora. Y una tarde:

—¡Hola, Calandria! —galantea viniendo por el minúsculo sendero de la fuente.

Estaba ella cogiendo agua, rodilla en tierra y dejando asomar la ondulada curva de la otra. Un rayo de sol crepuscular dora el negro de su cabello. La fuente silabea tímidamente una plegaria. Se sienta él en un pedruzco. Las mejillas de la joven toman matices y colores.

—¡Buenas tardes!

—Te han contado cosas, ¿verdad?

—¿Quién evita los cuentos?

—Y tú, ¿qué opinas?

—Pues eso; que son cuentos...

—¡Gracias! —y suspira—. Te agradezco el bien que me haces con tus palabras.

—Estamos muy agradecidos a usted —y lo mira, sincera, los ojos muy abiertos, sin interrumpir el llenado.

—No sabes cuánto descanso en verte y hablarte de nuevo

—¿Y a usted se lo llevaron por lo de La Cañavera o por lo del pinar?

—Por nada de eso.

—Entonces, ¿no fue por Bartolo o por Matías?

—No, no.

Y narra el sucedido, riendo mucho la moza, con alegría espontánea, juvenil, que resonaba jubilosamente en el Barranquillo. En la boca de la fuente, ahíta, ríe también el agua, cayendo en regueritos, con un glu-glu manso. Y él desecha el temor y la acidez de sus presentimientos.

—Sueño en que seremos felices tú y yo, siempre, para siempre.

—Los maestros no están aquí más que meses o un año.

—El maestro Artiles estuvo treinta. Aquí encontró su estrella, su felicidad. Podría ocurrir otro tanto.

—Usted puede soñar. Yo no...

—Tendré que volver a Arucas.

—Ya. He pensado mucho en lo que has dicho... Jamás había advertido esa irritante diferencia entre internados pobres e internados ricos. Claro, vuestros padres no pueden quejarse; os echarían del colegio. Ustedes, menos. Si yo pudiera, daría gritos para que todo el mundo se enterara de esa discriminación vergonzante. En el Reformatorio de Las Palma, el director permite a los muchachos salir con sus padres. Tienen posibilidad de ver siempre a sus familias, de pasear los domingos, de pernoctar en sus casas. Y están

allí por malos, por revoltosos. Vosotras sois otra cosa: pobreza y necesidad. Con esas restricciones, vuestra educación está capitidisminuída. Vuestra personalidad sufre, se achica, al no desenvolverse sino bajo tutela impositiva y autoritaria. Sois hijas de un inhumano reglamento, no de unos padres conscientes.

—Como muñecas... ¡Si fuera rica!

—Una vez —continúa el maestro, hablador— fui a visitar un asilo de niños. Los encontré atontados, medio estúpidos, sobre todo los mayorcitos. Pregunté: "¿No tienen padres estos niños?" "Sí, los tienen" ¿"Y no salen con ellos?" "No los dejamos —me respondieron—. Los echarían a perder." ¡Teoría colosalmente estúpida!

—Con nosotras, lo mismo.

—Entonces comprendí la clave de la estulticia colectiva de aquellos asilados. Están desgarrando almas y descomponiendo hogares. Deshacen cien creados por Dios para construir uno falsificado por los hombres. Y os entontecen. Eso que has contado parece propio de una cheka. Cheka blanca, cheka moral, se entiende.

—El Señor no aprueba eso —balbuce Calandria.

—Desde luego. Dios ha creado familias, no colegios ni internados de esos, parecidos a cárceles y chekas.

—Eso opina nuestro capellán.

—Entonces, ¿el capellán está a favor de ustedes?

—¡Buenooo...! El se entera de nuestras vidas y habla con nosotras; protesta. Pero nos ahuyentan de él; nos espantan. Como le contamos nuestras penas...

—Bárbaro...

—Que no nos dejen salir con nuestros familiares y que las visitas sean tan por cuentagotas; y que expulsen a una por felicitar a su madre... ¡Que Dios lo vea! En cambio, en colegios ricos... Hay ricos malos también.

—¡Claro! Esos mismos que permiten tales maltratos. Incomprensible: ¡un voto de pobreza para fastidiar a niños pobres! Hacen a Jesucristo como asesino de los sentimientos de los pobres. ¡Bárbaro!

—Nos tratan como a "blancas que tienen el alma negra..." ¡Si yo fuera rica!

—Más exacto, "estamos con negras, con un poquito de blanco..."

—No lo entiendo... ¡Ah, sí, sí...! ¡Ingenioso!

Hay una pausa.

La fuente mezcla su risa en la conversación.

* * *

—¡Buenas tardes, señor maestro! ¡Oh, Calandria, no te había visto! ¡Qué pillina! —sorprende a ambos Juana María.

A Calandria se le encienden las mejillas.

—¡Ah, eso va en serio! —prosigue la moza —¡Y qué buen gusto ha tenido el maestro! Pero ella no quiere tener novio porque le dan miedo las monjitas. ¡Fíjese usted! ¡Qué simplona! ¡Como si te fueras a quedar soltera! Te debíamos llamar sor Calandria.

—¡Cállate, chiquilla!

Y Calandria deja caer las perlas de una carcajada sobre el cristal de la fuente. Queda luego pensativa.

—¿Qué piensas, bobona? Si usted supiera, don Aníbal, lo que sufrió esta niña cuando a usted se lo llevaron. Y no tiene novio porque tiene miedo. ¡No seas boba, niña!

La "niña" quiso protestar.

—¡Calla, simplona! —y le tapa la boca— ¡'Stás en babia! ¡Y que yo aguantaba tanto! ¡Desembóbate!

XXXVI

NO ME ESCRIBA, ¡POR DIOS!

Al maestro desazonábale la próxima marcha de Calandria. Preparó unas comidas de Navidad; y da a la moza un papel. Con este motivo eran frecuentes las ideas de ésta al salón-escuela.

Una tarde la invita a sentarse en una era próxima. El se insinúa, incisivo, audaz. Ella refleja en el rostro el efecto de las expresiones apasionadas. Y le ofrece sonrisa de corazón abierto, hospitalaria.

Dícele el maestro que tenía una sobrina en Madrid.

—¿Qué años?

—Dieciséis, y estudia en un Hogar.

—¡Pobrecita! ¿Me da su dirección?

—Encantado. Y aquí tengo una carta curiosa que me envió de un pretendiente.

Y muéstrale un pliego rayado, escrito con letra irregular y desconcertante ortografía: Ella lee:

"Apre cia bre y inorbida bre Julia.

An sido en mi poder tus cuatro letras la que manser bido de mucha a le gría a saber que icis te un via je de lo mejor sin molestia al guna..."

—¡Ja, ja, ja! —ríe la moza.

"El do min go es tu bimos en casa del al car de asta las once y fui a mi casa a acostarme poes tu nopuedes emajinar lo amargao que estaba poes mi emajinasión so lo estaba contigo..."

—¡Qué gracioso! ¡Y qué ortografía, mi madre!
—Sigue, sigue.
"...poes tuno pudes ema jinar cada vez que mi raban tus ojos tan dibinos lo que me daba el corazón. Parecía que me yba a salir de la armita del rimo que to maba..."
—¡Está chipén! —comenta ella.
—Bonita declaración.
—¡Y qué ortografía!
—Es un pobre quinto, casi de la sierra... Yo escribiría lo mismo.
—¿Usted?
—Sí, con los mismos afectos.
—Escribe mejor Bartolo.
—¿Por qué lo sabes?
—Me escribió.
—¿Ese burro? ¡Enséñamela!

* * *

—¡Que tristes días cuando te vayas, Calandria! ¿Por qué no te quedas?
Suspira la moza:
—¡Si fuera rica! Sigo allí porque quiero terminar mis estudios, si antes no me expulsan. ¡Ah! Meses y meses metida en un estrecho patio, trancado con doble llave, siempre vigilada... ¡Qué vida! ¡Ah!, y si salimos apenas nos permiten mirar para los lados; y una vuelta, sin romper filas casi nunca. Y cuando los muchachos nos siguen o nos dicen algo, entonces nos llaman a capítulo, para decirnos que estamos enraladas con los niños; que le escribimos papeles... ¡Dios mío! ¡Si a nosotras se nos ocurriera escribir un papel a un muchacho! Una vez me llamaron a mí, muy serias: "Tú estás de relajo con los niños; y te escribes con ellos..." ¡Cuando estamos más vigiladas que los presos en la cárcel! ¡Pobres de nosotras si se nos ocurriera hablar con alguno o sonreírle! Y luego, a amargar con el cuento a nuestros padres...
—¡Quédate; no vayas! —insinúa él. Ella piensa.
—¡Anda, quédate!
—Tendré que irme. ¡Si fuera rica! ¡Mis estudios!

—Te escribiré.

—¡Dios nos libre!

—Sí, sí. Te diré: "Tu no puedes emajinar cada vez que miraban tus ojos tan divinos..."

—¡Jesús! ¡Si leen eso! No me escriba usted. Ni las empleadas pueden recibir cartas sin que se las lean. Ni del capellán...

—¿Sabe usted cómo y cuándo escribimos?

—¿Cómo y cuándo?

—Cuando ellas lo ordenan, acabaditas de comer siempre. En borrador. Luego ellas corrigen y quitan y ponen a su antojo. Y nosotras ¡a poner en limpio!

—¡Curioso! Y tanto hablar de medios de comunicación social —el maestro, dolido.

—Y las cartas que recibimos también las censuran. Tachan a su capricho y gusto...

—¡Valiente modo de educar! ¿Y si planteáis casos de conciencia?

—Allá ellas con su conciencia. Margarita Cubas, una del Juncalillo, tuvo que quejarse al obispo porque no querían darle una carta certificada y lacrada del capellán en cuyo sobre decía: "Asuntos de conciencia". ¿Qué le parece? Y luego me hace gracia... Una vez una niña le escribió a la madre que no le gustaba la leche. Escribieron debajo: "Su niña se queja porque la da la gana. La leche que le damos es muy buena..."

—Sí, leche buena... ¡buena...!

—¡Ya ve usted! Se creen con derecho a todo, a todo. Una vez una madre le escribió a la hija que se iba a casar una hermana y que pediría permiso para que la dejaran ir. Leerlo y correr enseguida a decirle: "No pienses que te vamos a dejar ir a la boda de tu hermana", fue todo uno. "Y a tu madre que ni se le ocurra pedirlo en la Delegación, porque no te dejaremos ir..." ¿Ve usted?

—¡Macanudo, chica! Te hablaré por teléfono.

—Para nosotras no se ha inventado el teléfono.

—¡Bárbaro!

—Tienen más cuentos que Calleja... ¡Si usted viera!

* * *

—Mira. Tengo datos. En junio se reunieron en Madrid los directores de Internados dependientes del Ministerio de Justicia. Pues escucha, escucha las recomendaciones de dicha asamblea, en relación con los Internados, para que se enteren quienes deben enterarse. Saca una revista del Magisterio y lee:

"La familia es insustituíble como ambiente educativo: recomendamos que el niño no sea separado de su familia más que en circunstancias realmente excepcionales..."

—Así debe ser.

—Más todavía:

"...Es de desear que las Instituciones intensifiquen las relaciones del menor con el exterior..., estimular la asistencia a clubs deportivos y recreativos exteriores..."

—¡Estupendo! —clama ella—. Pero ¡échele usted un galgo...! ,

—Escucha, escucha:

"Educadores y psicólogos están de acuerdo en que el menor debe relacionarse con personas del otro sexo en forma lo más parecida posible a lo que ocurría si viviera en familia..."

—¡Dígaselo a mis monjas...!

—Y todavía, escucha; esto te interesa:

"...recomendamos mantener las relaciones de los menores con las familias, por medio de visitas frecuentes, las salidas de los menores a sus casas los días de fiesta, los fines de semana..."

—¡Qué bien!

—Esto demuestra que tus "pedagogas" están equivocadas y tocando el violón en métodos educativos.

—Y nosotras somos las cuerdas con que ellas desafinan tocando el violón. ¡Fastídiate, niño pobre!

—Escucha unas palabras del Papa Pío XII, pronunciadas el 12 de abril de 1956, en audiencia a directores de Internados. Y lee:

"...El ambiente familiar... es el más apto para asegurar una buena y también perfecta educación... Entre la educación en familia y la del *internado, necesariamente imperfecta,* está el término medio, el semi-internado, donde el mu-

chachito une las ventajas de la educación familiar a las propias de la vida colegial."

—Eso quiere decir que el Papa está conmigo; que nos deben dejar salir con los padres...

—Claro, claro... Y todavía dice más. Escucha:

"...La vida común fuera del ambiente natural, bajo el imperio de un reglamento rígido... presenta sus peligros... La estrecha uniformidad tiende a sofocar el impulso personal; la vida apartada, a restringir la vasta visión del mundo; el inflexible apremio del reglamento fomenta a veces la hipocresía...; la demasiada severidad termina por cambiar caracteres fuertes en rebeldes y los tímidos en desalentados y cerrados..." Son palabras del Papa, "palabra de Dios", como se dice ahora.

—Pues "palabra de Dios" que mis monjas no las cumplen —dice, con dolor, la mocita.

—Llévase para que lo lean.

—¿Para qué? No lo van a cumplir... Si ya el capellán se lo dice y las sermonea.

* * *

—Estas referencias me las ha dado mi amigo Artiles Y aquí tengo un recorte de una revista, "Lecturas", correspondiente al 17 de julio último. Se titula el artículo "Niños pobres y niños ricos". Dice:

"...Hasta ahora estaban —y quizá siguen estando— oficialmente aceptadas en algunos centros docentes cosas verdaderamente sorprendentes.

La debilidad humana tiende a crear funestos distingos, pero que esos distingos estén dispuestos como norma no nos cabe en la cabeza... Sea en buena hora suprimida esa "descriminación" absurda, aunque para eso haya hecho falta nada menos que un Concilio Ecuménico...

Las normas de la moral cristiana en este aspecto y aun simplemente las humanas más elementales, ya hace tiempo que están en vigor..."

—Para nostoras no... —lo interrumpe la moza.

"...Todos los niños son exactamente iguales; y el hecho

de que unos paguen más que otros no da derecho a sembrar humillaciones o cosas peores."

—¡Fantástico! —se anima la moza.

—Lo firma Antonio M. Lorda. Le envío mi felicitación.

—Y la mía.

—Como ves, estoy coleccionando datos. Y aquí tengo otra nota, tomada del diario "Ya". Dice el novelista José L. Castillo Puche, bajo una foto en que se ven unas ventanas enrejadas:

"¡Cuántos internados hubieran creado corazones más sanos y espíritus más serenos sin el terror de las rejas y las llaves, sin el pavor resentido que dan las visiones a través del hierro retorcido!" Y con la firma de Pascual se escribió en el diario "Arriba": "Es doloroso que aún subsista la división de puertas para entrar en determinados colegios; por la puerta principal, las alumnas de pago, y por la otra las alumnas gratuitas, las becarias. Mientras en los centros docentes oficiales... esta división de puertas resultaría incomprensible, en determinados colegios de religiosas esto se practica como algo perfectamente compatible con la doctrina pontificia."

* * *

Y el maestro se empeña, sin conseguirlo, en arrancar un sí a aquella muchacha; en buscar su mirada, en desvelar el secreto amoroso de aquel corazón; él, acostumbrado a vencer y convencer a muchas de la ciudad, aparentemente más difíciles.

—¿Y tú le contestaste a Bartolo? —pregunta.

—No; no le puse asunto. ¿Qué le iba a escribir?

—¿Y a mí me contestarás?

—¡Huy, huy! —se cubre el rostro ella—. No me escriba, ¡por Dios!

XXXVII

¡SI FUERAMOS RICAS!

Hubo una pausa. El sol ardía en la era. La muchacha, los ojos entrecerrados, parecía absorber el aroma difuso en el ambiente. Por los caminos de la Plaza ha pasado el cura. Y ella comienza una letanía, contenta:

"Un cura, sorpresa segura.
Un militar, sorpresa singular.
Un guardia civil, sorpresa para mí, desengaño para ti.

—Tienes razón —la corta él.

Una araña, sorpresa que me engaña.
Una pluma, carta segura.
Ropa al revés, visita es.
Viernes alegres, domingos tristes.

El maestro la observaba, satisfecho. Nunca la vio tan expansiva. Ella continúa.

Manos calientes, amor de siempre.
Manos frías, amor de un día.
Cura de lado, amor inesperado.
Cura de frente, amor presente..."
....

—¡Eso, eso!
—¿Y cómo sabes tú toda esa retahila?

—¡Oh! Para reírnos. A veces somos un poco tontas, ¿sabe?

Y escuche lo que le aplicamos al Hogar con títulos de películas:

Cuando fuimos internadas: "Castigo para siempre".
Filas: "La hora del soldado".
En paseo: "Piedad para un rebaño".
Acusada: "Las tribulaciones de un chino en China".
Limpieza: "Fiesta de esclavos".

—Gracioso, gracioso —Don Aníbal.

Portería: "Crimen y castigo".
Avisos: "Tormenta del destino".
Con los zapatos nuevos: "Cien tumbas de filisteos".
Subir a la azotea: "Con la muerte en los talones".
Cuando nos escapamos: "¡El Fugitivo!"...

—Curioso. ¿Y cuál me corresponde a mí?

—¿A usted? —y lo mira con picardía—: "espaldas vueltas, memorias muertas..."

¡No, no! —protesta él Te tengo aquí, Calandria —y se golpea el pecho—. Te llevaré a la vicaría...

—¡Ya, ya! Contigo pan y cebolla; pero luego —y mira al joven, risueña—, ¡si te he visto, no me acuerdo! Eso fue enamorar por estar alegre.

—No, Calandria. Amor eterno. Para siempre.

* * *

—¿Sabe? Las únicas veces que podemos hablar con muchachos es con los monigotes. Nos llevan a limpiar la iglesia.

—¿Y les pagan?

—¿Usted está en Babia? Calando y bordando también, sin ver una perra chica. Y lo venden a la calle.

—Ya, ya. Son un embudo. En la película "Los ocho de la banda" aparecen unos niños pidiendo para rescatar un perrito. Y toparon con "ellas"; y uno: "¡Vámonos! ¡No hay nada que hacer!"

—Desde luego. ¿Y sabe? Cuando vamos a la Plaza se plantifica una capitana delante del carrillo para impedirnos comprar. Un día el dueño le echó una fresca: "¡Quítese d'iai, cristiana! ¡M'está impidiendo vender!" ¡Nos reímos más...! Somos blancas de alma negra... ¡Si fuéramos ricas!

—Esa expresión es de la novela "El negro que tenía el alma blanca". Se trata de un bailarín negro, llamado Peter. Se enamoró de una rubia blanca. Esta no le quería; y estaba él a morirse de pena. Y recuerda cuando era criado de un condesito, un tal Néstor Arencibia, el cual le decía: "¡Los negros no son gente...!

—¡Vaya!

—Y el pobre negro, al cruzar ante el palacio del condesito, "estuvo un rato triste —dice el novelista—, sintiendo la terrible disminución moral, la trágica amargura de los negros cuando sienten el ansia de ser blancos..." Algo así pienso yo os pasará a vosotras cuando sois mal tratadas, por no ser ricas.

—Tiene razón, don Aníbal. ¡Los pobres no son gente!

—Es un crimen.

—Sí. Los únicos con los que podemos cambiar palabras alguna vez son los monigotes. Al limpiar la iglesia. Ellos no nos quitan el ojo de encima; pero ellas nos dan el güiro —y se lleva el índice a los párpados la moza—. Eso sí, cuando se trata de pedir cuartos nos sueltan por todas partes y a todas horas, días y días pidiendo y pidiendo, solas, "como cabras", según le dijo una vez la madre de una niña a la monjita. Esos días sí tenemos alma blanca...

—¡Claro! ¡El dinero!

—¡Y nos dicen cada cosa! A mí me suelen decir "ojos picarones".

—Es verdad...

Y devora él con los suyos, bailarines, aquel cuerpo bonito, aquella hermosura recia, sana, de sonrisa larga, fresca, y aquella carne fina, trigueña, rosada y dulce, como fruto en sazón, y aquella voz melosa y suave, y aquel rostro atrayente, con un limbo de idealidad, y aquellos ojos negros, aterciopelados, profundos, de pupilas redondas, brillantes... Y la piropea, con palabras mimosas, la voz derretida

en mieles, brotándole una fragancia de frases bonitas que le fluyen a los labios desde el corazón.

Y tiembla la mano del maestro sobre la de Calandria, inquieta por liberar la suya prisionera. Y él:

—Tiemblas como un pichoncito...

Y los ojos de ambos se reflejaron en el espejo de las pupilas. Y ella siente un dulce desmayo, una música suave que se le entra en el alma, un íntimo perfume que le embriaga los sentidos y la hace resbalar por la pendiente del cariño. Una lumbre de pasión arde en sus mejillas, mostrándolo en una risa clara y cantarina, contenta y asustada a la vez de aquello nuevo que descubría, temblando y encendida como la llama de un cirio.

Y asoma a sus labios una risa seductora; y a sus ojos una alegría infantil. Un mirlo lanzaba al aire el repertorio de sus armonías y florituras en la copa de un castaño, fllando su hilo de oro que resonaba en el silencio de la tarde en una carrera loca de trinos.

Y el cuerpo y el alma de la moza se estremecen con temblor extraño: lámpara carnal donde, por primera vez y de improviso, se ha encendido el astro del corazón... Y siente ella un desasosiego delicioso, un soplo celeste, algo indefinible y dulce, contenta, como un cantarillo que reboza miel, quemado por la brasa viva de la pasión.

Huía la tarde con un melancólico regazo de luz, alumbrando tenues nubecillas, como ovejitas sobre Tamadaba. Y de allí venía una oleada de perfumes resinosos y penetrantes que hinchaba los corazones, anegándolos en felicidad; aunque ella siente que una niebla de tristeza invade el suyo.

Y la presión de la mano del maestro; y esquiva el roce. Pero antes estampa él en la de ella la escondida ansia de un beso, sonoro como capullo que estalla.

Aquel beso la sorprende. Le ha llenado de luz y de alegría todos los rincones del alma. Y lanza un ¡ay! trémulo, ansioso. Se le veía sentir, dolerse, gozar, temblar..., como llama movida por el viento detrás de un velo transparente.

Y en los labios humedecidos y rojos de la moza temblaba una azulada gota de luna.

* * *

La representación de Navidad fue un éxito.

Calandria, con traje largo que realza su belleza, recita una poesía que le enseñara el capellán del Hogar:

"Noche de paz y alegrías,
noche de luz y de estrellas,
noche de las cosas bellas;
nochebuena del Mesías
que anuncian las profecías...
Cuando es la tierra un Edén,
y hay un Niño, nuestro bien,
en un portal todo ascuas:
¡Clara noche de Belén!
¡Nace Dios! ¡Felices Pascuas!
....

Días después, en madrugada húmeda y ventosa, Calandria y su hermano, ateridos, suben hacia la cumbre, con apretadas hileras de pitas por escolta.

La moza iba recordando al Buey, a Matías, los tubos, al maestro, el lavadero. La Cuevita, el pinar...; a Pascuala, a Juana María, al sordomudo, al abuelo... Y era todo como una película borrosa que se desarrollaba en su mente.

Poco a poco, esas memorias se iban convirtiendo en algo lejano, que se le difuminaba en la nube de los recuerdos. Y daban paso y cobraban vigor en los suyos muchos otros: un Hogar con un reducido patio, donde pasaría horas y horas, meses y meses, encerrada con doble llave, sin poder confiar un secreto, una pena a nadie; sin salir, sin visitas a gusto, pues "ellas" las amargarían, contándole antes a los familiares fantásticas historias de malas conductas. Con galerías donde sólo cabe el leve vuelo de una toca monjil. Con una capillita diminuta, donde ella pensaba pedirle al Señor que "ellas" fueran más comprensivas, más humanas, no privándolas de los necesarios descansos y paseos y permitiéndoles salir con sus padres. Pensaba en aquellas amigas y compañeras de Hogar, con las que comentaría y criticaría estas severidades, y a las que contaría aquellas sus veraniegas aventuras amorosas, cuidando, ¡por Dios!, que

no se enteraran ellas. Y sonríe cuando recuerda a aquel "monigote", ya mayorcito, que, al verla agachada fregando los pisos de la iglesia, se quedaba embobecido mirándola, y al que solía decir: "¿qué miras, idioto?"

Ráfagas de aire frío, envuelto en neblina blanca, le azotan el rostro, temblando ella, como húmeda flor sacudida. Símbolo de los innumerables días grises, iguales, que azotarían su espíritu en los meses venideros, sola, con sus profundas penas en el alma. Y miraba con cariño y melancolía densa a su hermanito que, en otro Hogar, por igual tiempo estaba castigado a no verla, ni ella a él, porque... "¡Si fuera rica!" Y una lágrima le quemó la mejilla, secada al momento por el aire tormentoso.

Su hermanito caminaba muerto de frío, hecho un ovillo, arrebujado contra ella.

Cuando llegaron a la cumbre, amanecía con una coloración mustia y violácea. Los últimos pedazos de la noche se acurrucaban en los rincones de los riscos. Luego, asustados, huyen rápidos, como conejos perseguidos por galgos a esconderse en el antro de "La Caldera de los Pinos". Los viejos árboles estaban todavía soñando... Ella se asoma al abismo; y como un estallido del subconsciente, haciendo bocina con las manos, exclama:

—¡Abusonaaasss...! ¡Innn...huuu...maaa...naaasss...!

Y el eco lo repite en la oquedad de La Caldera: ¡abusonas, inhumanas...!

Cuando pasó el coche de Artenara, los pinos se desperezan y reciben el primer beso del sol. Ellos partieron...

* * *

Y el maestro miraba hacia arriba, desde la ventana de la escuela. Con ella se fue toda la luz y toda la alegría del campo juncalillense.

Un mozo cruzó, cantando intencionadamente:

"Y la ingrata Calandria
voló, voló, voló..."
....

XXXVIII

"FALTAS TU..."

Todo cambió. Para el maestro corría otro aire. No brillaba el sol. Como si se hubiera acabado la luz del mundo.

Ligero y soñador, malaganiento, se consolaba dando sus buenos paseos: a La Caldera, a las presas de Los Pérez y Lugarejo, a los Cabucos, abrupta y curiosa cascada en el Barranco; a Acusa, donde contempló la antigua venerable ermita; a Tejeda, cuando la flor del almendro era olorosa nieve en los riscos; a Fontanales, donde admira la interesante colección de piezas de porcelana que ha reunido el reverendo don Juan Díaz; a Las Mesas, famosa por su Huerto de los Nogales; al Barranco Hondo de Arriba, rebozante de aguas; al de Abajo, misterioso, primitivo, un mundo sepultado en las honduras.

Siempre caminando, bebiendo con sus ojos aquellos variados paisajes. Recorriendo todas sus trochas y senderuelos, con la mirada y la suave voz de Calandria resonándole en el pecho, como si fuera a encontrar a la moza de sus ilusiones y a recordar las pasadas tardes de oro.

Parecía borracho por el aire oloroso de los montes y de la libertad, agitada su alma por la turbia poesía de los sentidos, que lo llenaba con su aliento vital, con su perfumada flor de un día. Todo el fuego de su juventud le ardía en el corazón y en el cerebro. Y recordaba una a una las palabras de la moza, sus confidencias. Se miraba la mano que reposó sobre la de ella. Olía estas memorias como

un perfume. Y parecía que le emborrachaban poco a poco. Y siente en sí una luz serena, un calor nuevo, el surgir de una fe indefinible.

* * *

Los castaños y nogales quedáronse en puro esqueleto. Las nubes lloraban sin cesar. Llovió a torrentes, en parabólicos chorros, cual si en el cielo exprimieran nubes como esponjas. Se distinguían con dificultad los caminos, a través del vidrio turbio del agua que unía el cielo con la tierra, encharcaba los caminos, y parecía embeber todas las cosas en su tristeza. El arco iris cubría a veces el paguecillo, e imaginaba que era el pensamiento de "ella" proyectado sobre el campo. Este se cubría con toldo de nubes, "el manto"; manto mojado, chorreando agua siempre. Debajo barrancos, huertos viviendas.

Corrieron con son lúgubre los barrancos. Se hundían paredes. En un risco quedaron sepultadas varias reses. Intenso el frío, con persistente llovizna, como si fuera el cielo a ahogar la tierra en un incesante chipi-chipi.

En febrero parecía el campo una alfombra verde, con estampado de flores: rosamalva acampanillada; tejarillo enredado en otras hierbas; balango, colleja, alpoadora, trebolina, jaramago... La amapola salpicó de sangre las lomas. Eran ahora "panasco", luego pasto apilonado en cuevas.

Las vacas pacían entre la hierba, echando humo, melancólicamente, llenando con el trémulo bucólico de sus cencerros el silencio de las montañas.

Estas se encapuchaban de neblina, esfumándose en una lontananza acuosa y triste. Las cosas perdían sus contornos, envueltas en el sudario de la llovizna. Las voces brotaban como en un encanto dentro de ella. Pero a ratos se desgarraban los nubarrones, y aparecía un trozo de cielo azul, cuadrado y alegre como una bandera. Y a él le parecía que era una ventana donde se asomaba "ella"...

Mozos y mozas araban; y plantaban papas tardías. Las tempranas eran ya esperanza en los huertos. Y los almendros florecidos, como enjambres de pajaritas rosiblancas. Otros árboles convertían en fruto sus florecillas de nieve.

Se presentía ya la olorosa placidez primaveral. Todo tomaba un color vivo, brillante.

A veces, el maestro se llegó a la vivienda de Calandria. El viejo le mostraba las cartas de ella, preguntando si se habían roto los tubos.

—Mándele recuerdos míos —dícele don Aníbal.

Y a la vuelta ella los mandó para él.

Y enterado de cuando cumplía años, determinó enviarle dos letras.

Y en el salón-escuela, pensando, pensando... lo cogió el canto de las ranas. A la siguiente tarde, también, pierna sobre pierna, pensativo, el codo en la mesa, la mano en la barba, la pluma entre los dedos, mientras contempla una avispa que sube y baja en el cristal, dorado por los reflejos del sol. Cruzaban labriegos...; un cernícalo revoloteaba a lo lejos, en el azul. Un canario enviaba trinos desde un nogal cercano.

"¿Señorita? ¿Querida? ¿Amiga? ¿Joven? ¿Cómo empezarla? ¿Como decirle que la quiero, sin complicar su vida?

Al fin le sale una carta breve, que juzgó discreta. Y traduce su afán en estas líneas:

"Juncalillo, abril, 10.

Estimada María Flora:

Sentí muchísima alegría al recibir tus recuerdos. Me recordó días felices. Te lo agradezco y te los devuelvo con mi mejor afecto. Te felicito por esos diez y siete abriles que cumplirás el próximo día 15. ¡Edad feliz! A esa edad no debe haber tristeza; todo es alegría... Te repito cuanto aquí te dije. Sigo pensando lo mismo. Y en romper los tubos; y en que vuelvas pronto. Los pajarillos comienzan a cantar el preludio de la ansiada venida tuya. Los atardeceres, que tanto nos gustaban, te gustaban, son cada día más encantadores. Pero faltas tú... Cuando vuelvas serán otra vez hermosísimos; y los contemplaremos juntos, como aquella tarde, ¿te acuerdas? ¿Cómo se portan esas "blancas del alma..."?

Me gustaría mucho recibir dos letras tuyas. ¡Felicidades!

ANIBAL".

Ejecutar una filigrana de caligrafía en el sobre. Saca un sello de la cartera. Echa la carta en un buzón nuevito, flamante, en La Plaza.

* * *

Y espía la llegada de Miguelito, el peatón que iba a Los Caideros a traer la correspondencia. Pregunta por el tiempo necesario para ir y venir una carta a Arucas, calculando que le sobraban fechas. Tuvo hasta la tentación de ir a verla; y protestar.

Y teme que ella no hubiera querido contestarle; y los celos y los recelos le roían, como arañas venenosas.

Y perdió las esperanzas. Llegó mayo; pero no la respuesta. Tuvo impulsos de escribirle nuevamente.

Y espigaron las "papas" tardías. Y creció el "alcancel": cebada, orchista, lentejas, chicharros, avenas, habas de flores azuladas y blancas. Y el jaramago, con la flor de nieve; y los relinchones, de flor amarilla. Y lució la primavera. Y el sol. Y los pájaros. Y la Semana Santa, llena de pueblerino y cristiano encanto. Y el mes de la Virgen, con sus "enramadas". El altar, un cielo; con luces, flores, faroles, angeles, versos, destacándose la del Tablado.

Florecieron las retamas, los codesos, los hinojos, con florecillas de oro y los trigales salpicados de amapolas rojas y barrachas azules, rizado verde mar, hermoso a la vista. Y los claveles de sol... Y la carta no llegaba...

Y se recogieron las papas y el centeno, entre San Juan y San Pedro. Maduraron las ciruelas: lindrinas, mulatas, amarillas. Y se plantó el maíz. Y por San Juan se renovaron las consejas sobre las aguas. Si se veían en ellas, vivirían el año...

El "millo" ya necesitaba el agua. Y se removieron las maquinaciones del maestro en suelas y el maestro de escuela. Y rogaba el de la suela al de las letras que escribiera tres "al gobernaó, preguntando cuándo pensaba dir; y por las medías que calzaba. ¡Le voy a jasé unos zapatos de aúpa...!", decía.

Ni la carta ni el gobernador llegaron. Lo que llegó fue:

XXXIX

UNA "JUNTA DE AGUAS"

—¡Hola, don Aníbal!

—¡Oh, don Gregorio!

El domingo tenemos aquí junta, ¿sabes? Tienes que echar un cuarto a espadas a favor de los pobres. Dirás: "Esos ricos, caírones, que se lo chupan todo... Y esos pobres, desgraciados, muertos de hambre". Se trata del agua del Charco la Arena, que es nuestra, ¡caracho! —golpe de pecho—, y se la quieren llevar. ¡No podrán, contra, no podrán!

—Oye, ¿y lo de La Cañavera?

—Lo arreglaremos después en un volío. ¡Ya verás! Ahora no: "dos cosas a la vez, sale todo al revés..."

* * *

Llegó el día... La Plaza, como fiesta. Más de diez coches: "record" en los anales del paguecillo.

Don Gregorio no descansa. Se mueve, saluda, perora; precisa detalles. Recuerda su palabra al maestro, poniéndole una mano sobre el hombro. Da vueltas a la ermita con el abogado de los "pobres", alto, fino. Parecen confesarse el uno al otro; gesticulando él; calmo, sereno, el abogado.

El pueblo se iba arremolinando ante la escuela con zumbido de rústica aglomeración, gregario, "acarrado", olien-

do a manzanas, a tierra. Los leguleyos, graves, emperchados. Los promotores de los líos, acuciosos, serpenteantes.

* * *

El honorable presidente abre la sesión. Se lee el acta, cuyos puntos y comas levantan agrias protestas. El abogado de los "ricos" objeta su contenido. Don Gregorio replica, incisivo, fosforescente. Lo refuta Pancho Velázquez. Otros expresan conformidad o disconformidad, según fueran "pobres" o "ricos", en frases secas, medidas.

—¡Equilicuá! —el remendón, y sacude el piso.

Los abogados son oídos con religioso silencio. Imponían su finura y pausados ademanes.

Aunque casi nadie entiende, sus peroratas eran aplaudidas por los "pobres" o los "ricos", según fuera el defensor de uno u otro bando.

Para "desaburrir" a la gente, lanzaban los representantes de la ley, a intervalos matemáticos, latigazos verbales:

—¡No hay derecho! ¡El pan de los pobres! ¡La ley se impone! ¡La razón de la justicia...!

Cuando las banderillas se clavan en los "ricos", ruge la marea pobrística, con rumor de tormenta; sobresaliendo la voz y el palo del zapatero y su mordiente grito de guerra:

—¡Arriba pueblooo...!

Cuando se clavan en los "pobres", Pancho Velázquez suelta algún chiste, un exabrupto que levanta murmullos de risas. La marea "capitalista" era menos tumultuosa.

Hablaba un abogado...; otro... Procuradores, un Velázquez, el honorable presidente. Don Gregorio apuntilla, rápido, cortante, las que cree sinrazones de sus contrarios, revolviéndose como un pino solmenado.

La gente sale, entra. Va a almorzar, vuelven. Y curiosean mujeres con niños en brazos, que molestan con sus lloriqueos. Y traen bocadillos a los abogados y demás gente "fina".

Porque las juntas, las famosas juntas de las aguas del Barranco Hondo se prolongaban, como sesiones de parla-

mento, exponente exacto de la interminable duración del pleito.

* * *

Don Aníbal tiene la palabra...

Se ajusta los pantalones. Se acaricia la barba. Pasa el índice por el cuello. Tose. Traza unos ademanes exactos, justos, teatrales:

—¡Atórrateee...! —gritan desde un rincón.

—¡Señores! —repite él, sereno, olímpico— En el Barranco Hondo, como en La Cañavera, hay problemas de aguas... —se estira las mangas—; ambos debidos a las apetencias de unos cuantos ricos contra las necesidades de muchos pobres... —se acaricia la barba.

—¡Bien, contra bien! —se desafora el remendón, levantándose y pegando un fuerte garrotazo.

—¡Fuera! ¡Que se calle! —piden unas cuantas bocas ricas.

Y otras cuantas pobres:

—¡Bien, bien!

—No hay derecho —prosigue el maestro— a que los ricos se chupen la sangre de los pobres...

—¡Bien, caracho! ¡Bien! —se exalta de nuevo el remendón!

—...porque el agua es sangre de la tierra; y los pobres la necesitan como una persona la de las venas...

—¡También nosotros! —interrumpe Pancho Velázquez.

—Los ricos tienen con qué comprarla, no los pobres...

—¡Que trabajen!

—Si les quitáis el agua, ¿cómo pueden trabajar? —prosigue el maestro, con enfáticos ademanes.

—¡Bien...! —el zapatera, palo en alto— Losproductores semos los que manijamos el eje del mundo, mientras los ricos se jartan comiendo a dos buches, como los machangos.

—Señor presidente —grita un rico—, ese señor está alborotando al pueblo y la paz de esta reunión. Debe su señoría llamarlo al orden.

—¡Sí, sí...! ¡Que se calle! —dicen unas bocas ricas.

—¡No, no! ¡Que jable! —dicen muchas bocas pobres.

Y el presidente:

—Se ruega al señor que alborota no interrumpir con gritos.

—¡Qué gritéeee!

—¡A jasé zapatos!

—¡Y usté a destripá terrones, caracho! —se sulfura el zapatero— ¡Mire que...! —y hace un ademán de rabia— ¡Cuando venga el gobernaóooo!

—¡Atórrateee...!

—...No se puede callar, sino dar gritos, como hace ese honrado ciudadano, cuando se trata de defender la comida del infeliz que vierte sudores para dar de comer a los ricos..., ¡esos ricos, que no dan golpe! —y da él uno, furibundo, sobre la mesa.

—¡Que rompe la mesa!

—¡La mesa es d'él!

—...Porque tanto en el Barranco Hondo de Arriba como en La Cañavera el pueblo se ve injustamente privado...

—¡Usté sí que está privao...!

—...privado de sus derechos vitales. ¡Y no hay derecho, señores! ¡No hay derecho!

—¡El derecho de ela jose es ser cambaooo!

* * *

Catalina, talla a la cabeza, se asoma a la puerta "a golisniá", dijo ella, y murmura:

—¡Bien de genteee...! ¡Meriaaa...! ¡Y fuerte jaleteo se traen! ¡Y qué bien jabla el maestro! ¡Servía pá' cura...!

Este también se había asomado por allí, a ver como andaba el horno. Comenta y se santigua:

—¡Fuerte pleito y fuerte fandango! ¡Dios nos coja confesados!

Y procuraba poner paz.

Y por muchas horas continuó aquella Junta, índice de un pleito larguísimo, que unas veces lindaba con lo ridículo, otras con lo trágico.

—No se entiende cómo en pueblo tan chico cabe lío tan grande —opinaba el cura.

XL

¡VAYA CARI'Á JINOJO!

Y el maestro ganó puntos. A su juicio los estaba perdiendo: Calandria no había correspondido a su carta. Y piensa y sueña con la moza; aumentando ese pensamiento y ese sueño con el resquemor y el pique: "una muchacha desprecia a un maestro, en un pueblecillo donde sólo había..." Amor verdadero, o pique celoso, el aguarda la vuelta de Calandria como se desea la primavera en invierno, el día durante la noche de insomnios.

Y acude a la vivienda de la moza, y charla con el viejo, siempre de buen humor, chistoso, jacarero, con frases y refranes muy a punto.

—¿No vais vos a ver a Calandria? —pregúntale un día.

—Pos ello... ¿Y cómo pueo di'a verla, si los visiteos son por las tardes, y aquí no tenemos coches de tarde? Y ello son una o dos vez al mes. Y yo pierdo la cuenta. Y resulta que, pongo por caso, alquilo un automóvil, que me cuesta lo lo que no vale la muchacha, ¡jinojo!; y me jago el gasto; y suponga su mercé que tal día no es el de visitas o qu'está castigá. Pos..., pos..., ¡tiempo y dinero perdío!, como ya me ha pasao. Ansina que... No, si parece que no quieren que las visitemos; o como si las hubieran parío las piedras, caracho. ¿Pues no hay un mandamiento que ordena honrá padre y madre? ¿Y cómo los puén honrá si las ajuyen y esconden dellos, córcholis? Yo sé 'isirle que yo no voy nunca a verla, ¡la pobre! ¡Y me da pena! Pero es por eso mesmo

que he dicho a usté; y porque yo y mi oíslo estamos ya viejos pa' esos trotes...; y siempre con acucios de trabajo.

—¡Qué pena! Tanto tiempo encerrada, sin ver a la familia.

—Sí, una pena; pero esas son risultancias de la pobreá, don Aníbal: "pal que no tiene harina, tó'o es mohína". Lo mesmo con el agua... Pero si hubiera temor de Dios deberían darle permiso pa' que venga a ve a sus abuelos. Las qu'están en colegios donde se aflojan pesetas vienen to'as las semanas; y la mía, ¡ni que m'esté muriendo, jinojo! ¿Eso es ley de Dios, señó mestro? ¿ O es que mi nieta, por ser pobre y honrá...? ¿Cree usté que los ricos son más honraos que los pobres? Porque, asigún cuenta ella, no las 'ejan salí porque 'isen que nosotros, los padres, las echamos a perdé. ¡Eso me jase jerví la sangre, jinojo! Cuando ella es pa' mí como el pan y el sol, que alegra y me da ví'a. Y también que en nuestras casas cogen pulgas. ¡Miusté! ¡Ni que ellas quieran más a mi nieta que yo! ¡Nunca en la ví'a! ¡Vaya cariá, jinojo!

Y don Aníbal:

—El salir los hijos con sus padres es educativo, más ley de Dios; y el prohibirlo, pecado y pedagogía falsa, bruta razón de la fuerza, sin fuerza de razón.

—Ha jablao su mercé como un predicaó. ¡Lástima que no fuera usté a pre'icarles allá eso mesmo! Aunque poco diba a consegui; porque, asigún mi nieta, el capellán les canta las cuarenta, y ellas ¡erre que erre...!; y no hay tu tía ni Padre Dios que las haga apeá del burro. ¡El lo vea! Y usté cree, me da pena... Porque yo la tengo allí por pobre, pa' que se eduque, no por mala. Pero se creen dueñas d'ellas, como si las hubieran parío. ¡Eso clama al cielo! Y cuando habemos dío, jasiendo un sacrificio, por primero nos confiesan ellas; y nos sermonean, ¡mecachis!: que si la niña miró; que si no miró; que si la niña jizo tal, que si jizo cual... Total, que habemos de joyir los sermones y conversá con las madritas más que con mi nieta; y luego tampoco no me dejan solo con ella, como si fueran ceviles. Y le quitan a uno el humor y el gusto. ¿Y qué va uno a jasé? Si protesto, la echan fuera. ¡Y a callá, Juan Antonio! ¡Sos un probe!

¿Sabe? Alguna vez la noto yo a ella enrabiscaílla y echando sus puntitas. ¿No son razones, señor maestro?

—Más razón y más verdad que el Santo Evangelio. También a mí me ha contado ella... Deberíamos protestar, escribir; denunciar esas restricciones y trabas estúpidas y, a veces, inhumanas.

—¿Y a'ónde voy a protestá, usté? Usté sí, que sabe jablá y tiene labia y conosencias, y si se ofrece prei'ca como un cura. ¡Y qué bien estuvo cuando la junta de aguas! ¡Mejó que un 'bogao, caracho! Fue un arrepanoche del diablo.

—¡Gracias! ¿Y sabéis cuándo vuelve Calandria?

—Pos..., pos..., si le 'igo le engaño. Las sueltan cuando les parece. Y tampoco pué' salí hasta que vaya alguien a sacarlas: ¡tienen mieo a que se pierdan, jinojo! Y mientras ella escribe, nos enteramos, y tal, pasan días. Casi siempre viene con los familiares de otras, porque no podemos di a buscarla... O la dejan allí encerrá toó'o el santo verano, por cualquier motivo. No, si nosotros no podemos decí "esta boca es mía". Las que mandan son ellas ¡Cómo si la hubieran parío, caracho! ¡Y tó'o por ser probes! Pero, si no ando equivocao, falta poco pa que venga. Es por el tiempo las trillas. Y usté ve las eras cargás. Y se marcha p'allá pa'l tiempo los tunos.

—¿Vendrá pronto entonces?

—Asigún... Pué' sé mañana, por un casual; la semana qu'entra, por un suponé; o el mes que viene, por un desir. Semos probes. Ellas mandan y desmandan. Ya le 'igo: como si la hubieran comprao. Quintante eso...

—Decís verdad: mandan y desmandan. Y oiga, Juan Antonio, ¿no le ha dicho ella si recibió carta mía?

—No, caray. ¿Le escribió usté? Bien hecho. La pobre se habrá alegrao.

—No sé, no sé...; no he recibido respuesta.

—¿No? Bueno, no lo extrañe. Habrán pensao: "es de novios". ¡Y al fuego con ella! ¡Al diablo, contra, al diablo! Porque, asigún mi nieta, como güelan de novios... Como si to'as fueran a dirse monjitas. Si fuera ansina, ¿quién va a tené hijos? Pero esté seguro: si no ha contestao es porque no ha podío. Pué su mercé está seguro d'eso; porque ella

es muy cumplía y atenta, ¡no faltaba más! Si yo me entero que no ha contestao porque no ha querío, ¡pobre d'ella! Endimás, ella tiene mucha ley y mucho aquello a su mercé. Cuando a usté se lo llevaron, ella lloraba.

—Seguro que no ha contestado por algo.

—Si 'biera sío rica; pero... ¡La pobreá es la pobreá!

—Mirad, buen amigo, yo he sentido repugnancia al conocer esas discriminaciones que afectan sólo a niños pobres y no a los niños ricos. Y denunciaré y protestaré de ese delito social. Vuestra nieta ha planteado a mi conciencia de pedagogo una tesis que hay que resolver: ¿por qué los niños de internados ricos pueden ir a sus casas todas las semanas y no los niños de internados pobres? Ese es el trato inhumano y el "por qué" que se debe aclarar. Y por ahí otros detalles: disciplinas y castigos únicamente válidos para niños pobres; recovecos ocultos, torcidas manipulaciones en cuanto a escatimar y restringir el derecho de los padres, siempre en internados de niños pobres. Tenemos de ellas conceptos altísimos, de que obran con rectitud. Y no nos atrevemos a criticarlas. Si se tratase de seglares... Pero en cuanto a "otras", mostramos un sentimiento de delicadeza, tendemos a dar por bueno cuanto hagan o digan. Mas es necesario descubrir las incongruencias. Esos apartamentos de padres e hijos son contra la ley de Dios. Debe ser tanto cuanto; y nada más. Si tales restricciones no las practican con los niños ricos, ¿por qué sí con los pobres?

—Eso, eso...

—Claro —sigue el maestro, elocuente—, los que tienen cuartos no toleran esas paternidades postizas. ¿A qué esas diferencias y desconsideraciones, en contraste con tantas deferencias y consideraciones con los ricos?

—Eso, eso... Jabla su mercé como un pre'icaó.

—El niño pobre ¿no es persona?

—¿Y que su mercé estudió pa' cura? Sabe de pe a pa y jabla mejó que un cateátrico. ¡Que Dios lo oiga, jinojo! Oiga, después de ese sermón, ¿le jará daño un buchito café y lechita con gofio, pa' despejá la cabeza, que debe tenerla tarumba de tanto escurseá? Andrea, ¡ven p'acá! ¡Caliénta un buche cafe al señor mestro!

Y aceptó ambas cosas: confianza rentable para sus intenciones. Y el maestro, elocuente, taza de café en las manos, tal que un nuevo Quijote desfacedor de agravios e injusticias:

—El derecho de los padres, amigo mío, es sagrado; derecho natural, sacramental. El de los educadores, artificial, supletorio, delegado: una gota, una chispa del santo derecho de los padres, confirmado y bendecido por un sacramento... Y ahora resulta que ciertos educadores, o educadoras, aspirantes a tiranuelos, abusando y aprovechándose precisamente de la pobreza de muchos niños y muchos padres, inventan y sacan de la manga un orden nuevo, al revés; y se erigen en padrastros únicos y tiránicos, suprimiendo y subvirtiendo el orden natural y divino... ¡Qué insensatez, amigo mío! Con una simple chispa de luz pretenden alumbrar más que el sol; con una gota de agua, ser inmensos como el mar. ¿Dónde te has ido y dónde estás, amigo y caballero D. Quijote, que no te dueles de este mal ni desfaces el entuerto y castigas a los felones responsables de tal desaguisado? ¿No ves que hay muchos niños que sufren sinrazones, sin cuento, semejantes a las que padeció el inocente pastorcillo Andrés? ¿No te han enterado de las inhumanas injusticias que se cometen con los niños pobres? ¡Enristra tu lanza...! ¡Oh, caridad caridad! ¡Cuantos crímenes...!

—El café se le ha subido a la cabeza, ¡jinojo!—interrumpe el viejo la quijotesca perorata.

XLI

EL SALMO PATRIARCAL DEL TRIGO

"Por el tiempo de las trillas..."

Las gavillas son para él un trono donde se coronaría sobre el oro de las mieses la ya reina de sus sentimientos y sus pensamientos.

"...O la dejarán encerrá tó'o el santo verano..."

Y se figuraba a la moza convertida en trigo, triturada bajo el tropel de furiosas bestias.

Y rechaza esta última posibilidad: imposible sufrirlo sin protestar como un loco.

Y un día...

¿Fue el vago perfume de una flor? ¿El canto alegre de un pajarillo? ¿El murmullo de la fuente? ¿Acaso el rumor suave del viento? ¿O el vivo destello de una estrella?

¿Lo dijo un niño? ¿Maestro Pancho? ¿Catalina?

No lo sabía... Acaso fue un ángel el que le murmuró al al oído dulcemente: "Calandria viene..."

El sol brilló de nuevo; los pájaros entonaros sus trinos con más alegría; las tardes, aquellas tardes..., volvieron a ser recordadas; y la noche con estrellas llenó de entrañable gozo al maestro.

El aire, más puro, el oro de los trigales más brillante. Hasta el polvo del camino era incienso y gloria. Y el tamo de las trillas oro diluído en el ambiente; con olor a campo. a juventud, a recuerdos renacidos, a sueños de felicidad que se realizan.

Y siente euforia, y ganas de reír, de cantar, de llorar. A sus oídos había llegado, como susurro alentador, una canción de hadas: "Calandria ha vuelto..."

Todo cambió. Para el maestro corría otro aire, brillaba otro sol. Como si la noticia gozosa hubiera encendido las luces del cielo, alumbrándole todos los rincones del alma.

* * *

—¿Sabe usté quién ha llegado?

—¿Quién, maestro Pancho?

—Calandria, caracho. Y viene jecha una brava moza. Y no piensa golvé al colegio. Hay muchos muy embabiecaos por la chiquilla. Se van a pelear por ella —y mira a don Aníbal, malicioso—. Si le gusta, apúrese. La muchacha lo merita; y, de tejas abajo, usté, caray, usté tiene méritos pa' dejá cagaplazas a tó'os Y "el que quiere celeste, que le cueste..."

—Tu cabeza produce ideas como tus manos zapatos, amigo Pancho. ¡Eres un sabio!

—¿Usté que se creía?

—Y hay que idearse para acabar con los tubos.

—Ah, sí. Ese es el busilis. Y estoy jurgando en la cabeza, pensando, pensando...

—Piensa, amigo, piensa. La tuya vale un Potosí —y le coloca la mano encima el maestro en letras al maestro en suelas, esponjándose éste como un palomo.

* * *

La era rebosaba de espigas, prontas a soltar el grano dorado. Todo parece un rito: la conversión de los sudores en pan.

Los viejos, en semicírculo, como si trabajaran con la vista. Los caballos dispuestos para triturar el rubio fruto. Siete bestias formas la cobra. Otras tantas relinchan, atadas a los escobones. Los hombres conversan y razonan sentenciosamente, son sobriedad castellana, reposada y sonora el habla. Un mozo, con un rebenque, "atoca" y conduce los animales. Otros van reconcentrando con "ajorcas" las espigas.

Cuando una cobra ha trillado "una vuelta", se descobra y se la hace descansar. Se ajustan las espigas. Y la cobra, en sentido contrario, prosigue el machaqueo.

El tamo es incienso de oro quemado en el altar de la era.

Un poco retiradas, junto a una paredilla de piedras, bajo unos eucaliptos, Calandria y amigas ayudan a lo que es también ritual: el "sancocho", con "pella", papas, queso duro y mojo picón. Rebulle el caldero sobre el fuego sostenido en dos piedras, y ofreciendo su grato perfume de hierbas olorosas —retama, poleo, tomillo, incienso—, sahumerio que complementa la campestre escena.

* * *

Don Aníbal llegó a media mañana. Calandria estaba encantadora. Un sombrero de paja hacía marco a un rostro que él comparó con un cuadro de Murillo. Una falda pajiza hacía juego con el color de las espigas y un jersey verde claro con el de las pitas. La blusa, de mangas cortas, sincronizaba perfectamente con ambos colores. Su rostro mostraba el tostado del trigo maduro, encendido ahora por el calor de las brasas rojas y por un sol que ardía rabioso en las piedras.

Y la fantasía del maestro le agregó encantos y puntos de alabanza, en nada desmerecidos por la muchacha, en plenitud gozosa y juvenil, en sazón de mocedad lograda, en llenez de formas femeniles, exactas, como una belleza acabada de florecer, convertida ya la crisálida en mariposa. Su mirada perturba la del maestro. "¿Fue de simpatía?", pensaba, "¿de curiosidad?", "¿de amor?", "¿de duda...?" Cierto que le causó inquietud y hondísimo placer.

El primer impulso fue acercarse a ella, decirle un sinfín de lindezas, de piropos, de preguntas... Pero lo contuvo la seriedad casi litúrgica de la trilla, donde se melodiaba el salmo patriarcal del trigo, que no impide las chuscadas, piconas como la "aguijá" con que se punza a los animales. Y el viejo:

—¡Bienvenío, señó mestro! No es lo mesmo atocá a los niños en la iscuela que atocá las bestias en la era.

—Cá' cual a su menesté —opina Federico—. Si nosotros

queremos competí con el maestro en letra corría seríamos mesmo que bestias...

* * *

De rato en rato, los mozos echaban un trago de ron o de agua, y un palique con las mozas. Le vino a don Aníbal la idea. Pero se contuvo. Era necesario merecer el trago que saciaría la sed, más del alma que del cuerpo.

—Juan Antonio —dice—, ¿puedo guiar las bestias?

—¡Bravo! —grita el vejete— Juan, deja que don Aníbal coja el timón. Y descobren la paja.

El muchacho detiene los animales. El maestro se acerca a ellos. Una bestia da un respingo; otra, una coz. Las mozas, gritos de asombro; los hombres, voces apaciguadoras. Y los muchachos, enemigos cordiales —de "cor", corazón— del maestro, ríen socarronamente.

—A lo mejó le da un tabucazo que lo tumba. Esa de fuera agalla mucho —opina Juan Teodoro.

Las bestias brincan, cocean, se rebelan. Indudablemente, el maestro no lo era en guiar cobras. Los mozos levantan palitroques ante los cansados animales, o la "jorqueta", y éstos se encabritan, se salían de la era. Por dos veces cae el pedagogo, estando a punto de una patada de las bestias. Chillan las mozas; gritan los hombres; mueven la cabeza los ancianos; ríen los jóvenes.

El maestro suda a mares. El tamo lo envuelve de polvo y pajullo. Y Antonio el de Retamar:

—Ayú'a que esa bestia de adentro tercia bien. Manque él muestra su jeitillo, caracho. Aunque "de lunes a martes, pocas son las artes".

* * *

Con algunos magullones, el pecho cubierto de pajullos, la despechugada camisa hecha una sopa, el maestro da fin al ensayo.

—¡Bravo! —le grita Juan Antonio— Está jecho un valiente.

Se limpia los sudores. Respira. Suspira... Y, por fin, se dirige al porrón de sus ansias, el pecho al aire, el cabello revuelto.

Calandria lo contempla, llena de color y de calor, mientras abana el fuego, pícara, jubilosa y risueña. El piensa más en la muchacha que en el refrigerio de la sed, en apagar la de sus dudas más que la de su garganta.

Echa un trago. Mira a la joven, matizada de rubores, por los que sentía en el pecho más que por el fuego de la leña. Para él hubiera bastado aquella mirada. Pero cree desabrido no decirle algo. Empina de nuevo el porrón, cayéndole fuera el refrescante líquido.

—¡Huy, qué estropicio! —riendo y rompiendo el pesaroso mutismo dice la muchacha.

—¡Ah...! —suspira él— ¡Qué sabrosa! —y pasa la manga de la camisa por los labios. Y con satisfacción: Cuánto ansiaba verte! —y pone en la mirada todo el oculto afán de su alma.

—¿Ah, sí? —clama ella— Pues yo también; encantadísima de verle.

Ella sonríe. El echa otro trago, buscando palabras que decirle más que alivio a la sed.

—¡Ja, ja, ja! ¡Se está enchumbando todo! —ríe la mocita, contemplando el sudoroso y desnudo pecho del maestro.

—Me sabe a gloria... —murmura él— ¡Tenía unas ansias de hablarte!

Ella sopla el fogón con todo su poder, puesta de bruces. Detiene el soplido; lo mira con sus grandes ojos muy abiertos.

—¿Te ayudo? —galantea él.

—Tengo buenos pulmones.

—¿Recibiste mi carta? —se tira él a fondo en el pozo que le amargaba.

Ella vuelve a mirarlo, los ojos todavía más abiertos, si cabe:

—¿Qué carta?

—Te felicité por tu santo —se excusa casi.

—¿Me escribió usted? —pestañea y pone el índice entre los dientes, con ingenuidad candorosa, la muchacha.

—No podía estar tanto tiempo sin expresarte mis...
—¿De verdad?
—Sí, sí; ¿no la recibiste?
—No, yo noooo... No lo sabía... —asombrada.
—¿De verdad?
—De verdad, de verdad.
—¡Mecachis! —exclama él.
—¿No se lo decía yo? Es un castigo—. Y le sonríe con sonrisa que desmiente lo que está diciendo y que endulza al joven el trago amargo de la noticia— ¿Dónde estará esa carta? ¿Qué me decía? ¡Huyyy...! —y lo amenaza con gesto de risa.
—Te felicitaba...
—¿Nada más?
—Y otras cosillas.
—¿Qué cosillas? ¿Que era mi novio?
—¿Lo somos?
—¡Ja, ja, ja! —con carcajada feliz, Calandria. Y atiza el fuego a todo pulmón. Descansa un instante.
—¡Ay, mi madre! ¿Qué pensarían ellas? —y junta las manos con fuerte palmada— ¡Huy, huyyy...!
—Me acordaba de ti. Hubiera explotado si no te escribo.
—También me acordaba yo de usted —lo halaga ella.
—¿De verdad?
Ella afirma con la cabeza.

* * *

—Estás encantadora.
—No me diga.
—Hechicera...
—¡Vaya!
—...arrebatadora, ideal.
—¡Oiga, oiga!
—Hecha y derecha, acabada. Como para volverse loco.

* * *

—¡María Floraaa! —se oye la voz de la abuela— Vete a por maramballos p'al fuego.

Y ella se levanta y recoge, diligente, gajos, pajullos, retamas. El la sigue con la mirada, abstraído, ajeno a todo. Y, el porrón al cielo, se atiza otro trago, que le refresca más que la boca el alma.

* * *

Coge una mata de incienso, la huele, la prende en el ojal de la camisa y vuelve a la trilla; la cual prosigue, ajena a sus inquietudes, a ritmo lento. Las bestias trituraban, incesantes, rubias espigas.

* * *

—¡Hola, Bartolo! —saluda Juan.

Los viejos, desagrado; las muchachas mostraron temor, los mozos, algazara y risas.

—¡Trae acá! —dice el Bartolo, que acababa de llegar. Y quita el rebenque al mozo, y da a las bestias un trote endiablado.

—No las espolees —dícele Antoñito Rodríguez.

—¡Son bestias! —responde él, y arreó más y más.

Y Juan Antonio:

—¡Alto! Es hora de yantá...

Y como aquél prosiguiera:

—He dicho alto, ¡jinojo! D'acá, no seas temoso. Vas a escoñá la cobra, caracho —y le arrancó de las manos el rebenque.

En desquite, el trilla por su cuenta un buen rato, como un caballo más. Se aproxima a Calandria:

—Dame el porrón.

—¡Cógelo...!

—Si fuera el maestro, se lo darías, ¿verdad?

Y Juan Antonio.

—No te engalles, Bartolo, ni vengas a buscar tres pies al gato. Mira que el que busca, jalla...

Y él:

—Las tiene enguillás con leche tabaiba ese mestro.

Bonifacio se acerca a don Aníbal:

—No le haga caso: el saber con quién se trata es medio camino andado.

Y el Buey volvió a patear, trotando como un caballo. Al cabo sentóse sobre las prendas del maestro, colocadas en una piedra. Y el viejo:

—¡Záfate d'iai, bestia! ¡Te doy un jalón que te chirgas tóo! ¡Chinchaperros!

El "chinchaperros" se levanta. Observa las prendas, y vuelve a sentarse sobre ellas, con ademán despectivo.

—¡Ya le escamochó la chaquetaaa! ¡Se la dejó eslambusiáaa!

—¡Le escoñó la corbata, caracho! La jizo un pastuñooo.

Ceferino Velázquez teme otro pleito Buey-don Aníbal, y amonesta:

—Oye, Bartolo, ya sabemos que sos un animal. Más animal que los animales... Pero o te dejas de animaladas, o te vas a rebuznar a otro sitio, ¿entiendes?

Por respuesta el "animal" largó un relincho de artesanía. Tanto, que un caballo correspondió con otro. Y Juan:

—¡Fenómeno! ¡Lo jases tú más mejó entoavía, Bartolo!

Y él, satisfecho, da una vuelta a la era, otra al Molino Viento y trotando, sigue loma arriba, con relinchos, como un condenado.

—"A tu gusto, mulito, como no me cocées" —exclama el viejo del Retamar. Y el viejo Elías:

"Este es el herrero
de la maldición:
cuando tiene hierro
le falta carbón..."

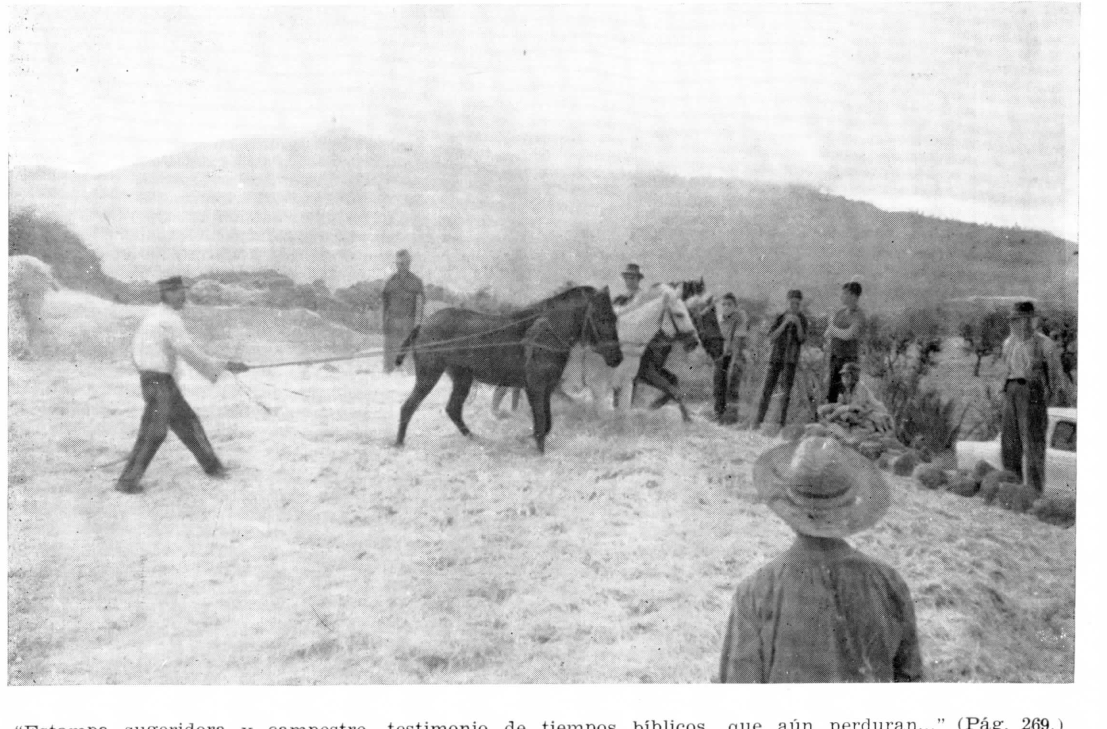
Y a lo lejos se oían los ¡múuussss! y los relinchos del barrancojondero, que trataba por los caminos empitados.

* * *

Se da cuenta entonces el maestro de lo poético y virgiliano de aquel cuadro: brillando el pajullo de oro, los caballos trotando; los hombres sesudos, serios, pensativos; el tamo oloroso; el caldero hirviente, con quemado perfume de hierbas, mozas coloradas, con vestidos chillones;

una juventud recia; ancianos que tembliquean y gozan ante el deleitoso patear de la "cobra". El sol clavando en la era las gavillas de sus dardos, ante bellísimo horizonte de luminosas montañas y pinares. Y filtrándose a través de los eucaliptos y tajarastes tamiza la era con finísimo velo. Y un maestro rural para quien eran extrañas las conversaciones de aquellos hombres: cosechas, vacas, becerros, aguas; cuando no existía para él sino el Amor, con mayúscula, embelleciéndolo todo, alegrándolo todo, y del que la trilla no era sino un marco apropiado y precioso.

"Patriarcal y atrayente, reliquia de épocas de antaño, estampa sugeridora y campestre, testimonio de tiempos bíblicos que aún perduran, ¿cómo es que no había advertido hasta ahora —piensa el maestro— la singular belleza de una trilla, síntesis de todo lo agradable y bello del campo?".



"Estampa sugeridora y campestre, testimonio de tiempos bíblicos, que aún perduran..." (Pág. 269.)

XLII

UNA MATANZA-COCHINOS

En agosto, en pleno trillar de las eras, el Santo de la barba florida.

Y florecen los esbeltos "maguenes", postes para colgar banderolas y farolillos al viento, con sus ganchos, donde brilla la amarilla flor como llama en candelabro místico.

Trigo en las eras, miel en los maguenes, para las avecillas. Para el pueblo, fiesta: Santo Domingo en Juncalillo, San Matías en Artenara, San Bartolomé en Fontanales, La Candelaria en Moya, San Roque en Firgas, El Pino en Teror, El Socorro en Tejeda, el Cristo en Acusa...; hitos en el manso vivir de los campesinos, que marcan etapas de cristina alegría.

Se amasa pan, se tuestan cochafiscos; se matan cochinos, se hacen morcillas, se ensayan rondallas y bailes típicos; se encargan trajes...

Por Santo Domingo el calor es siempre recio, recrudecido por la escasez de agua. Los "cercados" otrora verdes, hogaño ponían una nota triste en el regocijo fiestero.

* * *

Y el Cojo hurga, hurga en su cacumen, buscando ideas.

Don Aníbal no aprueba todos sus proyectos. Pero, por fin, el meollo zapateril dio con uno que mereció aplausos.

—Hemos decidido hacer en la fiesta una matanza-cochi-

nos, señor cura. ¡Va a sé un númerooo! —se ufana el remendón. Y levanta y aprieta el puño en señal de encomio.

Y pusieron en los papeles: "El viernes, víspera de la Rama, matanza de cochinos en La Cañavera, con banda de música y voladores". Y el cura:

—¿Dónde están esos cochinos, maestro?

—"Dios provederá, como dijo Abradán" —con socarronería, el zapatero.

* * *

Habría también bailes típicos, luchas canarias, peleas de perros.

Lo que ilusionaba a maestro Pancho era la matanza-cochinos. Este número abriría los festejos. Y el zapatero precisa detalles: "un cochino delante, si no viene el gobernaó, vamos. Después la banda música. Más dispués, la comisión. Y luego, la masa compata del pueblo empeso..."

* * *

Y con motivo de los ensayos de los bailes el maestro tenía ocasión de ver y hablar a Calandria.

Y cuando pretende escudriñar las interioridades de la moza, nunca consigue respuesta afín con sus deseos. Aunque, por las apariencias él se ilusiona y le parece pleito concluido a su favor. Y más cuando, según maquinaban, el agua iba a recobrar su libertad; y él la de pedir a Calandria lo que era casi un compromiso.

Por su parte, ella rumiaba sus sentires entre un tira y afloja de sentimientos, de dudas e inquietudes, deseos, de impulsos juveniles que bullían en su pecho. Y los pensamientos se le tiñen de tristeza, como si la mordiera una víbora, cuando recuerda que Matías iba saliendo con la suya y sus injustos y calumniosos reproches.

* * *

Y llegó la fiesta.

Un cerdo fue pasado por todos los altibajos del barrio,

con gruñidos y mucha chiquillería. A falta de música, suenan los "familios" cacharros y latas viejas, acorde muy a tono con los gruñidos del cerdo, para el que hubo aplausos y risas.

Y el zapatero predicaba a gritos: "acuda a La Cañavera la masa compata del pueblo empeso"... Y de cuando en cuando, atronaba el aire con su soflama de guerra:

—¡Arriba pueblooo...! ¡Abajo las tuberías!

El traído y llevado cerdo volvió a la plaza, tras un paseo triunfal por todos los rincones del barrio; y fue recibido con un pasadoble estruendoso de la banda de Agaete, llegada en aquel preciso instante. El remendón reitera sus gritos; y a uno que le pregunta:

—Maestro Pancho, ¿y dónde están esos cochinos?

—"Dios provedrá, como dijo Abradán" —contesta él, socarrón.

* * *

Fue requerido el párroco para ir "al barranco Los Pérez a administrar a la tía Pascuala, que le ha dado un fatuto, y que la está abicando, la pobrecita".

Iba por el Ancón. Las campanas repican. Nunca con tanta furia. Y el buen cura, perplejo:

—¿Qué pasará? —e intenta volverse. Y el acompañante:

—¿Y si la abica la vieja sin sacramentos?

* * *

Era la consigna. Al poco, por los senderos y atajos hormiguea una fila de muchachas, muchachos, hombres y mujeres, viejos y viejas, tocando, bailando, en dirección a la ermita. Los recibe el Cojo, levantando el palo en señal de júbilo y gritando:

—¡Viva Santo Domingo! ¡Mueran los cochinos!

Las campanas sonaban locas. La banda, con algarabía pueblerina, mete ruido también.

* * *

Y el cura:

—¿Qué pasará? ¡Tanto repicar!

Y la reiterada pregunta: "señor cura, ¿va usted a dejá sin los santos óleos a la vieja?", saca el sacerdote de sus cavilaciones.

* * *

El cochino delante, tirando de él el zapatero. La zarabanda de guitarras y cantos se alinea por el senderillo de la fuente. Detrás, la música, repitiendo pasodobles estrepitosos. Y el remendón, de cuando en cuando:

—¡Arriba puebloo!

Los "voladores" estallan. Un caracol marino hacía de fondo a los ajijidos de la gente.

Y la banda de Agaete repite sus estridencias parranderas.

—¿Y a'ónde están esos cochinos? —pregunta Matías al viejo del Retamar, que escandalizaba por cuatro.

—¿A'ónde? Ya parecerán. Y no preguntes.

—El preguntar no es de necios.

—Sí,

"el preguntar no es de necios
cuando la pregunta es tal,
más, si la pregunta es necia,
es mejor no preguntar..."

* * *

Los alrededores de La Cañavera se colmaron de gente salpicona, con pintoresquismo de vestimentas y algazara de voces. Y el cerdo gruñe, gruñe, como si oliera la chamusquina.

Mozos forzudos lo traen al centro, con risa y diversión, tirando hacia atrás el marrano con furia de campeonato. La gente aplaude. Y Matías:

—¿Dónde están los cochinos, Calandria?

—¡Míralos! —y apunta a los tubos la muchacha, geniosa.

—No los veo.

—Son esos cochinos tubos con que tú has robado el agua.

Queda el muchacho traspuesto.

—Te rogué los quitaras. No has querido —ella. No digas que no.

—¿Los has roto? Lo que has roto es mi alma, mi corazón —se oprime el pecho— y mis ilusiones...

—Te sigo queriendo —balbucea el mozo—. Impide ese atropello.

—No, no... Yo seré la primera en romperlos. Con ello se acabarán mis rabietas.

* * *

Varios mozos sujetan al marrano fuertemente. Le enredan otros las patas con cuerdas de pitas. Alrededor, curioseando, alborotando, gran coro de hombres, chiquillos, jóvenes, mujeres... El animal gruñe estruendosamente. Hay aplausos, alegría, gritos, jolgorio.

—¡Ahí vaaa...! —y el vejete pega un garrotazo en el pescuezo del marrano, que lo acusa con gruñido sordo.

—¡Buen mochazo! —grita uno.

—¡La puñalá'! ¡Ahora, ahora! —chiquillos y grandes.

—¡Al galguero! —incita el remendón.

Y el abuelo de Calandria muestra en el aire un brillante y afilado cuchillo canario, de artesanía, con incrustaciones de nácar y hueso, negras, rojas, azules, en el redondo y pulido mango.

—¡Fuerte, fuerteee...!

Y el fino puñal cae derecho al pescuezo del cochino, brotando un vivísimo chorro de sangre, como surtidor de alegría. Catalina, diligente, la recoge en una "borsalona" blanca, con adornos azules, satisfecha, hacendosa. Y pide:

—¡Pa'mí el rabo!

—¿Pa'qué lo quieres, Catalina? —el Cojo, burlón.

—Pa'amorsá la plancha.

—¡Tuyo es! —y lo cercena de un tajo, presentándoselo gentil y jocoso a la moza, a la que piropea:

—¡Sós más refregá, Catalina! ¡Pero qué tiposa estás, caracho!

Acabada la sangre, queman "bálagos" —paja de cen-

teno— y retama, chamuscando levemente la piel crisposa, que protesta con chasquidos leves.

Restregan luego al cerdo con pedruzcos para desbrozarlo. Ráspanlo con cuchillos, baldeándolo con abundante agua. Y al poco el cerdo quedó limpio y blanco, tanto como antes sucio y puerco.

Córtanle la cabeza trabajosamente. Y forcejeando, con expresiones jocundas, el fino cuchillo lo raja de arriba abajo, y en cuatro partes luego, quedando al descubierto el interior rojizo.

—¡A mí la vejiga!

—¡A mí, a mí! —los chiquillos, gritones.

—¡Júyanse diablos! —el vejete— ¡No sean tan pedilones! Y venga un trago, mastro Pancho —y empina una botella que éste le alargó, no sin antes echarse el Cojo un buen remojón, que le bañó la cara alegre y la pelambre sudorosa y desgreñada.

—¡Fuera el mondongo! —grita el Cojo.

Y las tripas del animal salen fuera, ante la común bulla y gritería. Recógenlas Catalina y otras, lavándolas seguidamente en las charquetas que formaban los escurrideros del barranco.

—Y ahora, morcillas, jagan morcillas... —el Cojo.

—Sí, morcillas, morcillas... —unos mozos, en corro, bullangueros.

Y el remendón:

—Ya hemos matao uno. Ahora, los otros...

—¿A'ónde están?

—¿A'ónde? Dios provederá, como dijo Abradán.

—¿Bajan del cielo, maestro?

—¡Cállate, resabiao del demonio! ¿No los ves, cegato? —y señala a los tubos—. Y los escuartizaremos, los escueraremos a tós, los jaremos chicharrones... ¡Ah, se me olvidaba! ¡A freír chicharrones, Catalina! Sos una jacha pa' eso. Toma la baña.

—¡Chicharrones, chicharrones! —los chiquillos, como una letanía.

—Sí, nos embostaremos de chicharrones después de matar los malditos cochinos. Y venga un trago, Juan Anto-

nio —y se empina el Cojo uno, largo, detenido—. Y ahora ¡a matá cochinos! —caminando, azada al hombro, hacia los tubos.

—¿No lo hemos matao ya, mastro Pancho?

—¿Qué matao ni san matao? Este era un pobre cochino inocente. Ahora, a matá a los otros, a esos que se chupan la sangre del pueblo...

—¿Cuáles son?

—¿No los ves, merequetengue del diablo? —se exhalta el Cojo—. Son esos condenados tubos que s'están chupando la sangre del pueblo. ¡A matá estos cochinos!

Y dejó caer el azadón con rabiosa furia, sobre las tuberías. Y, vuelto al corro de vecino, escarranchado en un pedruzco, verborrea:

—Don Aníbal va jablá verdanes como puños. ¡Jóiganle tó'os! Joigan, joigan el Santo 'Vangelio...!

XLIII

SE ESCURRE EL PURGATORIO

Y don Aníbal, subido a un improvisado púlpito, se atuza la barba, se levanta los caídos pantalones, se ajusta el cinturón:

—¡Señores! —sermonea— Ya hemos matado un cochino. El pobre ningún mal nos hizo —risas—; pero otros sí que están haciendo daño, mucho daño, al pueblo —se pasa la mano por la barba.

—¡Mueran los cochinosss! —el Cojo.

—¿Y cuáles son esos cochinos?

—Los tubos, esos cochinos tubos que se chupan el agua del pueblo. ¡Hay que matar esos cochinos!

—¡No puede ser! —Matías, con un grito tremendo.

—Sí puede ser, majagranzas —el viejo del Retamar.

—Los huertos parecen llorar. Falta el agua. Los cochinos tubos se están chupando la sangre del pueblo.

—¡Viva el pueblo!

—El pueblo no puede gozar a gusto la fiesta si los tubos...

—¿Vas a permitir que los rompan? ¡Es un 'tropello! —Matías, nerviosísimo, a la moza.

—'Tropello el tuyo.

—¡Impide que lo jagan, Calandria!

—¿Yo?

—¡Impídelo, Calandria!

—¿'Stás loco?

—¡Oiga, usté será responsable! —Matías al orador.

—¡Cállate, mentecato! El agua es del pueblo —grita uno. Y muchos:

—¡Fuera, fueraaa...!

—¡Imbécil, no vengas a oponerte a la voluntad del pueblo! —lo ataja don Gregorio y lo amenaza con el puño.

—Daré parte. Los meterán en la cárcel: a ti, Calandria, a usté, don Aníbal, y a usté —al cojo—, y a usté, y a usté... —muy nervioso.

—¡Cállate, pelagatos! ¡Te doy una...!

—Si das parte tocará a menos —guasea el viejo.

—¡Eso es un 'estrozo a la proprie'á ajena! —interviene el Buey.

—Tiene razón Bartolo —salta Pascuala.

—¡Es lo que faltabaaa...! ¡Viva Pascuala ¡Tó'os pa' 'alante! ¡To'a las masa compata del pueblo empesooo! ¡Que nos metan a tó'os en la cárcel! —y da unos pasos el Cojo, seguido de algunos mozos y mozas.

* * *

Pero los organizadores tienen la sana intención de movilizar al pueblo "empeso".

Don Gregorio tiene previsto el asunto. Se encarama en el púlpito de don Aníbal. Observa. Pide silencio, y bajando y subiendo suavemente los brazos extendidos:

—¡Pueblo del Juncalillo! ¡Pueblo laborioso y cristiano! Bien sabéis que os han robado el alimento necesario a vuestras tierras y a vuestros animales. ¿Cómo vamos a vivir sin agua? Esto lo ha comprendido muy bien vuestro benemérito párroco. Y fue a decírselo al señor obispo...

—¡Bien!, ¡viva el obispo!

—Y el señor obispo, bueno, generoso, caritativo, entregó a vuestro cura este papel, este documento... —admiración general— ¿Sabéis lo que dice este documento, este papel? —y agitaba uno grande, de barba

—¡Nooo...! ¿Que dice...?

—Pues dice, y ved el gran corazón de nuestro obispo, dice así:

"Informado por vuestro santo y celoso párroco del enorme atropello cometido en ese cristianísimo pueblo, al robaros el agua que desde que Dios hizo el mundo, y aun antes —risas—, corría por ese poético Barranquillo, regando y fertilizando vuestros huertos; y considerando que el agua ha sido siempre, y es, de este amadísimo pueblo, que la necesita para vivir y subsistir como el aire que se respira...

—¡Viva el señor obispooo...!

Considerando todo eso, yo os digo —oídlo bien, son órdenes mías—, que es obligación grave de conciencia, "ipso jure", matar esos cochinos tubos, porque "qui necabunt injustitiam, ibunt in coelum..."

Movimiento de sorpresa en el "respetable". El orador se pasa el pañuelo por la frente. Observa la reacción del ingenuo auditorio pueblerino, y prosigue:

"Sed, pues, valientes. Y cuando os lean este documento, suscrito de mi puño y letra y sellado con el cuño de este vuestro obispo...

—¡Mentira! —Matías.
—Aquí está —y agita el papel el orador.

Cuando hayáis oído éstas mis órdenes, no dudéis en acudir toda la masa compata del pueblo empeso a acabar con la ignominia de esos tubos, rompiéndolos y machacándolos, como si fueran el demonio..."

—¡Ahhh...! —exclama el pueblo.

—...y lo deben hacer, fijaos bien, esto es gravísimo, lo deben hacer sin excusa alguna, bajo pena de excomunión "latae sententiae", reservada al Papa..."

—¡Sús, quería, tales mandaciones! —exclama Victoria la del Andén.
—¡Cosa con ésa, usté! —comenta Daniel el Santo.
—¡Eso es mentira! —desbarra Matías, agitado, furioso.

—¿Cómo? ¿Lo vas a negar, mequetrefe? Ven p'acá y mira la letra, el cuño y la firma del señor obispo... Venga usté, don Aníbal, que conoce de letras... ¿No es ésta la letra auténtica del señor obispo?

El maestro encartucha la mano como un anteojo y lee para sí: "Comunidad de aguas del Charco de la Arena y Barrancondo Arriba..."

—¿Verdad que es la letra y el cuño original del señor obispo?

El maestro afirma con la cabeza y unas tremendas ganas de reír.

* * *

—¿Han visto ustedes? ¿Cómo se atreve ese mentecato —señala a Matías— a negar lo que está más claro que el agua?

—Pero el "respetable" no da señales de entender órdenes y excomuniones episcopales.

—¡Ah, mecachis! ¡Hay que apretar más los tornillos! —don Gregorio, por lo bajo, al Cojo.

—Apriételos, caray, a ver si se mueven y se conmueven.

* * *

Y aquél:

—Escuchen, todavía dice más nuestro queridísimo prelado, padre y obispo. Escuchen, escuchen:

> "Me he informado también por vuestro párroco de haber aparecido almas en pena en la cumbre...

Atención máxima en el auditorio.

> ¿Sabéis por qué? Pues penan y sufren porque no se atrevieron a romper los tubos...

—¡Oiganme, óiganme! Todavía ha escrito más nuestro obispo. Escuchen:

"Item más. Y todo hijo de la pila de Santo Domingo, y aunque no lo sea, que ayudare de alguna forma a hacer gofio esos tubos, y entre más molido mejor...—Risas.

—¡Escuchen!

...ganará indulgencia plenaria entera y verdadera y sacará un alma del Purgatorio por cada porrazo, "toties quoties..., per saecula saeculorum... Améenn."

—con voz gangosa, de sochantre.

—Sús, manito! ¡Qué cosas, usté!

—¡Vaya mandasiones!

Algunos se santiguan.

—¡Sús, querío!

Y don Liborio, al cojo, bajito:

—Ahora, maestro. Vengan esos gritos para mover y conmover las masas compatas.

Y el Cojo los da, estruendosos.

—¡Vengan! ¡To'os pa' 'alante! ¡Tó'os! Bajen a 'estrozá los tubos, a sacar ánimas del Purgatorio, a devolvé el agua al pueblo soberanooo. ¡Arriba pueblooo...! ¡Abajo las tuberíasss! ¡Suene la banda musicaaa...! ¡A ganá indulgencias...!

* * *

El éxito fue inmenso. La turbamulta de vecinos se movió jubilosa, con gritos e intenciones destructoras, Juan Antonio en cabeza, el sordomudo detrás, cómico, triunfante. El zapatero, héroe de leyenda, blande el garrote como una sable y arenga a aquel pueblo decidido a hacer gofio y morcillas los "cochinos", para limpiar de ánimas benditas el Purgatorio "empeso".

Todo el mundo se precipita hacia los tubos con bulla y algarabía pueblerina.

Junto a los tubos, como fieras acorraladas, Matías, Bartolo y dos compinches, armados de garrotes.

—¡Alto! ¡Al que se atreva lo esñunco! —ruge el de la Madrelaguna, como un tigre salvaje, los ojos a saltársele.

—¡Quita'llá, jinojo! ¡Te rompo la crisma! —lo increpa el viejo.

—Es una propiedá ajena —replica el otro.

—¡Quítate d'iai, temoso del diablo! ¡Quítate!

—¡Atrás, atrás! ¡Al que toque los tubos lo 'esmocho! —como bestia feroz, el Matías.

—¿Cómo que no? ¡Apártate! Te arranco el alma de cuajo; ¡trastón del infierno, engendro de Satanás! —y avanza el viejo, el azadón en alto, pronto a hincarlo sobre los tubos.

Matías detiene con ambas manos el arma del anciano.

—¡Ah, guanajo! ¡Suelta, suelta! ¡Te rompo la crisma! —ruge y se debate por desasirse el abuelo de Calandria— ¡Sueltaaa! ¡Sueltaaaa...!

—¡Ayuden a mi abuelo! —grita Calandria.

—¡Bandidos!—exclaman muchos.

El maestro y varios mozos sujetan a Matías, inmovilizándolo en sus brazos. Otros se enfrentan a Bartolo.

Matías, furioso, da manotazos; se retuerce por escapar de don Aníbal.

El Buey de un trompazo tumba a uno de los mozos sobre los tubos. Brota sangre.

Como si la sangre le hubiera inyectado veneno, Calandria se abre paso. Arranca el azadón de manos del abuelo; y encorajinada, rabiosa, hunde el pico en las tuberías, que rechinan con ruido áspero.

—¡Ah, perraaa...! —la insulta Matías, y se debate por deshacerse de los brazos sujetadores.

La moza eleva de nuevo la azada y la hunde con furia en el duro cemento, del que le saltan pedazos a los ojos.

—¡Ah, perraaa...! —repite Matías el insulto, retorciéndose todo.

Y ella:

—¡Suelta al viejo! ¡Pedazo de...!

Y, por tercera vez, desgreñada, sudorosa, un tomate de colores el rostro, hunde el pesado azadón, con golpe seco.

No fue seco... Un chorro refrescante saltó y besó la faz enrojecida de la muchacha: saludo generoso de la prisionera agua.

Y hubo entonces un interminable "jubileo piadoso". Todo el pueblo se dedicó a liberar ánimas. Las que —parecíale a los crédulos vecinos— salían a chorros junto con el agua, por los surtidores de plata, refrescando a los héroes de la puja entablada por liberar de penas a las ánimas benditas.

Fue un auténtico campeonato. Con piedras y troncos de árboles, se afanan todos por convertir en gofio los tubos, que chirrían cual si sintieran los golpes.

Y el Cojo, garrote en alto, batiéndolo de cuendo en cuando contra los "cochinos":

—¡Ansina, ansinaaa! ¡Más fuerte, caracho! ¡Arriba la masa compata del pueblo empesooo...! ¡Saquen ánimas benditas!

Y pocas habría ya en el Purgatorio, porque apenas quedaban trozos como almendras de los aborrecidos tubos.

Hasta Catalina rompió la talla contra los restos de las tuberías. Y se empeeña en machacar y convertir en harina los ya más que destrozados tubos, murmurando:

—Por mi padre, por mi abuelo, por mi abuela, por...

Y escurría de ánimas benditas el Purgatorio, gota a gota, como si fuera un cántaro.

XLIV

TRAIDA DE "LA RAMA"

Y el pueblo se dispuso a celebrar sus fiestas. Se inician con "La Rama", costumbre enraizada en primitivismo indígena, y que es un "enralarse" todo el mundo con saltos y ajijidos, alzando y bajando rítmicamente un gajo de pino traído de Tamadaba al son de la banda de Agaete, que repite y repite escandalosamente la "Papagüeva".

Preside, caballero en caballo blanco, don Julián Alonso, que los arenga.

Estallan "voladores". Resuenan caracoles.

La bulliciosa zarabanda, brincona, invade la plaza, danza en las barbas del santo y da tres rituales vueltas a la pintoresca ermita, engrosada la multitud por los que no fueron al pinar; los cuales se enralan y se "enrolan" también en la hilera de ramitas

Y hasta los "venerables", con sus correspondientes y rítmicos brinquitos.

Y Catalina, con sonrisa de días de fiesta, el gánigo en la cabeza.

Y el Cojo, entre salto y salto:

—¡Arriba pueblo! ¡Arriba pueblo!

El maestro propina a Calandria lindezas y piropos, entre brinquito y brinquito.

El viejo del Retamar era el más divertido "ramista". Hacía unos meneos cómicos y daba guturales ajijidos, mos-

trando alegría. Y de cuando en cuando, el ritmo de los saltos:

—¡Juncalillo lo jizo! ¡Juncalillo lo jizo...! ¡Y más ná', caracho! ¡Viva Santo Domingo...! Y déme un caparacho, maestro Pancho.

* * *

Un orador sagrado enfervoriza a los romeros; y una solemne "función" remata la tan famosa como bullanguera "Traída de la Rama".

Por la tarde, bailes típicos. Mientras los mozos tocan, ellas levantan un polvo finísimo al compás de sus rítmicas finuras. Calandria, una de ellas, se refleja en diminutas Calandrias en las pupilas de todos los mozos. Ella descubre a Matías, semiescondido. E intencionadamente canta:

"Toda la vida se ha usado
de las feas tener suerte;
y yo espero que la mía
ha de ser sobresaliente..."

Y él contesta:

"No es posible, sin ser Dios,
haya en el mundo quien pueda
quitarme de que te quiera
y que otro sea tu amor..."

—¡Cuánto he ansiado hablar a solas contigo! —dice el maestro a Calandria, todavía con traje típico— ¿Nos sentamos?

Y así lo hacen, en los poyos de la ermita. Y él:

—Estás guapísima, ideal, una muchacha hecha y derecha.

—¡Sús, sús! ¡Una santa en los altares...!

—A los altares quisiera yo llevarte.

Toma el rostro de Calandria matices de arcoiris. Retuerce, nerviosa, la punta del pañuelo de típica, los ojos bajos.

—¿Para qué? ¡Ah, sí! Con vestido de raso, blanco, de cola larga, y una diadema de azahar... —como soñando,

extasiado—. ¿Y no sería mejor de típica? ¡Sí, sí, de típica! No, no, de blanco, toda de blanco. ¡Ja, ja, ja! ¡Si me oyen las monjas!

—Lo haremos, Calandria. Ya sueño...

—¡Sueños, sueños, sueños! —murmura ella— ¡Soñar, soñar, soñar! Con estrellas, con días alegres, sin que te estén fisgoneeando continuamente...

—Ya llegaron esos días, Calandria...

Hay una pausa. Ella, traspuesta, mira los puñales de oro y sangre con que el sol asaeta el pinar. Y él:

—¡Estás bonitísima...!

—Lo bonito es que ya se han roto los tubos.

—¡Ah, sí! ¡Estupendo!

* * *

El sol da gritos en el horizonte.

Calandria alza sus ojos profundos, como un misterio inexplorado, y los posa, serena, en los del maestro.

—Tus ojos me han dicho que "sí". Calandria. ¿Por qué no me lo dicen también tus labios?

Ella retuerce las puntas del pañuelo. Alza el busto. Respira hondo.

—¿Es verdad que me escribió?

—Cierto, cierto.

—¿Verdad?

—¿No te la dieron?

—¿Y qué me decía?

—Te felicitaba.

—¿Y qué más?

—Te expresaba mi afecto... Que ansiaba que volvieras... Pero, por lo visto...

—¿Ve usted? Por no haberme hecho caso... ¡Aguante! A todo el mundo le abren las cartas. Hasta al capellán. Y si sospecharon eran de novio..., ¡puf...!

—Lo somos, ¿verdad? Es nuestra hora. Ya no hay sombras, Calandria —se emociona él—. Por cierto, es algo muy real el modo diferente de tratar a los niños en internados pagos y en los gratuitos ¿Cómo sigue eso en tu Colegio? ¡Cuéntame! Colecciono datos.

—¿Ah, sí? Pues apunte...

—Apunto —y saca él una libretita y un lapiz—. Dime.

—Pues era una vez..., como en los cuentos. Aunque esto es verdad,¿sabe? Una madre venía a ver a su hija en el coche que traía al capellán. Así se ahorraba unas sesenta pesetas. Se lo prohibieron. Tenía que venir por las tardes y gastarse sus pesetas. ¡Y colorín, colorao, el cuento está acabao!

—Cuenta otro...

—¿Otro? Deja ver —pone el índice en la boca.

—Escuche. Una mandamás, aspirantee a dictadora— después se marchó con "ellas"—, nos obligaba a ir con la boca abierta y la lengua fuera desde el colegio a la iglesia. ¡Y hacía un frío!

—¿Para qué?

—Para que no habláramos. —Claro, nosotros escondíamos la lengua cuando no miraba. Pero ella iba de punta a punta, como una generala, vigilando la operación.

—Graciosísimo. Merecía una estatua. Otro, venga otro.

—¿Cuál? ¡Ah, sí! En el Hogar de mi hermano. Era empleada. Fueron sus padres a verla. ¿Y sabe cuánto los tuvieron esperando?

—¿Cuánto, preciosa?

—Desde las diez hasta las tres. Para verla cinco minutos. ¡A minuto por hora!

—¡Mentirosilla!

—¡Le pego! Otros padres no consiguien ni eso. Y están meses y meses sin ver a sus hijas. ¿Sabe lo que le escribió aquel padre a la muchacha?

—¿Qué guapa?

"Hija mía, como eso no es un Hogar, como habíamos pensado, sino una cárcel donde te tienen todo el día trabajando, desde que recibas ésta te vienes para casita volando..."

—¡Está bien!

—...Y cuando lo leyeron, fueron corriendo: "¡Jesús, Sofía! ¿Nos vas a dejar, después que te tratamos tan bien?" ¿Ve usted? Y no querían darle la carta.

—Si, hay amores que matan.

Hubo una pausa. Junto a ellos cruzan hombres, muje-

res, jóvenes, niños, parejas. Casi todos miraban a la sin par del maestro y Calandria, dando por hecho su noviazgo.

—Cuenta, cuenta más —dice él.

—Pues ahí va otro del corral, digo, del Hogar de mi hermano. Vino una abuelita a ver a una empleada, para pedirle algunas perrillas, pues tenía otra nieta enferma. Y no se la permitieron ver. "Tiene su día de visita al mes —le dijeron—. Venga ese día..."

—Eso es caridad...

—¡Ah! Peor fue lo que hicieron a una muchacha, Paquita, palmera ella y sin familia aquí. Vino el hermano a verla y no le dieron permiso para saludarlo.

—¡Más caridad!

—¡Ah! Y aquella Sofía de la que le hablé antes, fue una vez a un recado con otra. Y detrás venían dos marinos, sin saberlo ellas. Pero las amonestaron seriamente: "Mire usted. ¡Venir conversando con gente de uniforme!"

—¡Gracioso!

—Y a un niño que sangraba se le acercó la Fía y le atajó la sangre con un pañuelo: "¿No sabe que está prohibido hablar con los niños?", le dicen. "Pero, hermana, ¿no ve que está sangrando" "¡No importa! ¡Déjelo!" Pero ella no le hizo caso. Y llevó el niño a la enfermería.

—¡Fantástico! ¡Otro, venga otro!

—Pues a ésa, a Fía, una vez la trasquilaron...

—¿Por qué?

—Porque tenía el pelo muy llamativo, y los niños se fijaban...

—¡Qué simpático! Cuenta, cuenta otro.

—En ese Hogar, el de mi hermano, todos los días sale y se lo pasa fuera una empleada...

—¿Y qué?

—Pues malas lenguas dicen que va a cuidar los niños de un sobrina de otra persona... Y que ya ha cuidado a tres. ¡Qué malas lenguas!

—¿Y quién paga a esa empleada?

—¿Quién? ¿Quién va a pagar? El pueblo...

—Precioso. Eso es economía. Cuenta más.

—Ahora, a usted.

—Pues escucha —lee en unlibro—: "...Alzaremos una casita blanca, con ventanas verdes..."

—Sí, como la mía.

"...vivirás rodeada de flores y de pájaros... Al pie de una fuente clara tu cabeza reposará por las tardes sobre mi hombro..."

—¡Si fuera rica!

"...y el aire de la montaña, cargado de aromas, jugará... con esos bucles de oro..."

—¡Si fuera rica! —repetía ella, como soñando.

"...el amor es como la primavera, que vivifica los troncos aletargados por el invierno, cubriéndolos de flores..."

—¿Te gustó?

—¡Si fuera rica!

—Bueno, ahora a ti. Otro cuento.

Hubo una pausa. Junto a ellos pasean, en la placidez luminosa de la tarde, jóvenes, niños, parejas.

—Cuenta —dice él.

—¡A ver, a ver...! —el índice de nuevo en los labios— ¡Ah. sí! Un día hubo carrozas. Nosotras estábamos a dos pasos; separadas por la iglesia de Arucas solamente; pero nos prohibían verlas. Pasó por allí un cura. Por cierto, procede del Juncalillo. Se lo conté, y le echó una filípica a la hermanita.

—¿Por qué?

—Porque no nos dejaban ver las carrozas. Le dijo: "Así salen luego rabiando..." "¿Qué pecado es que vean las carrozas?" Y la monja, roja, roja: "Son órdenes." "Pues esas órdenes son un pecado contra la caridad, contra la pobreza de estas niñas, de las que están ustedes abusando con esas prohibiciones estúpidas ¡Que Dios lo vea!" Y se fue el cura, dando una patada en el suelo y exclamando: "¡Si fueran ricas!"

Resuena la escandalosa trompetería de la música; los gritos de los dueños de las tómbolas, de los "molinillos", de los turroneros...

El maestro se encontraba como la aguja de imán que ha encontrado su norte.

—¡Soy feliz, Calandria! Me parece un sueño estar junto a ti, sin inquietudes, madurando nuestra futura felicidad.

La muchacha lo mira. El saca un librito:

—Escucha lo que dice aquí: "...la alegría de enamorarse... es como el amanecer de un día hermoso de primavera; es como una luz clara que se descubre... Todas las cosas, música, libros, flores, tienen un significado que no habían tenido nunca, un sonido y un color distinto..."

—Precioso...

Y él se desborda en reiterados piropos:

—¡Estás guapísima! Pareces luna llena en noche clara. Tú iluminas la noche de mi vida. Como si el sol, ese sol que ahora inunda de colores el pinar estuviese todo metido en tus ojos.

Y ríen, ríen, felices. Ambos vendían salud y humor.

Hay otra pausa.

—Bueno, venga otro chascarrillo. Apunto.

—¿Más? No les gusta que tratemos con el capellán.

—¿Por...?

—Creen que le vamos con cuentos...; y procuran ahuyentarnos de él. Es el único que oye y sabe de nuestras penas. Es muy bueno. Nos comprende y nos defiende...

—Otro, ¡venga otro!

—¿Más entodavía? En el hogar de mi hermano: "los que han comulgado, esos saldrán de paseo..."

—¡Bárbarooo...! ¡Otro, otro!

—¿Otro! Las fugas son allí por docenas. Y las palizas, también.

—¡Bien! ¡Otro, otro! —sobándose las manos.

—¿Más? En algún internado acechan si hay madres en la puerta esperando a ver salir a sus hijos. Y, si hay, pues... ¡no hay paseo!

—¡Vayáaa...! ¡Estupendo!

—Y... y si alguna madre se acerca a saludar a su hijo: "¡apártese, si no quiere que lo penemos...!

—Mu, muy cristiano y muy caritativo.

—Con razón decía una madre: "Oiga, ¡si parece que tienen una piedra en vez de corazón!

—Con las pobres, claro...

XLV

LOS POBRES NO SON GENTE...

Otra pausa.

La tarde declinaba, con matices rojos, dorados. Tamadaba recibía un baño de luz tibia en el atardecer fantástico.

El "gentío" continúa como sacando agua alrededor de la ermita. Y el maestro:

—Venga, venga otro chiste.

—No son chistes, cristiano.

—Pues otra historia.

—Pues —dice ella— al explicar la parábola de la cizaña, el capellán decía: "El señor no quiso hacer daño a los malos, la cizaña, por no perjudicar a los buenos, el trigo. Pero hay quien aplica la parábola al revés: hace daño a los buenos, por no hacer bien a algunos malos." ¿Lo entiende usted? Se refería a que no nos dejan salir nunca, porque algunas pocas no pueden hacerlo. O sea, perjudican al trigo, a todas, porque tienen que castigar a la poca cizaña.

—Cuando el ángel manifestó a Abraham que iba de parte de Dios a destruir a Sodoma y Gomorra, por sus crímenes —observa el maestro—, el patriarca le dice: "Lejos de ti obrar así, matar al justo como al malvado, y que sea el justo como el malvado, lejos de ti..." ¿No saben eso tus pedagogas?

—Y si lo saben, no hacen caso. ¿No ordenan las leyes

y los Mandamientos trabajor sólo ocho horas al día y descansar un día a la semana? Pues allí se descansa cada mes. Y se trabaja a toda hora. .

—¡Bárbaro!

—Y cuando el capellán explicó la parábola del sembrador, decía: "No basta sembrar. Hay que tratar la tierra con cariño, con atenciones. Y no sembrar mala simiente. Mala simiente es la injusticia. ¿Cómo se va a recoger trigo donde se siembran espinas? Cada semilla de su fruto. ¿Cómo se va a recoger amor si se ha sembrado desamor, desatenciones, incomprensiones?"

—Apunto... Interesantísimo. ¡Qué bonito!

—Y cuando lo del tributo al César —prosigue la moza, en vena de conversación—, el capellán decía: "Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César." Se les exige a estas niñas que oigan misa diaria, que recen, que confiesen y comulguen (dar a Dios lo que es de Dios), ¿por qué no se les permite que salgan con sus padres, que se gocen juntos en casos de alegría familiar, visitarlos; o sea, dar al César lo que es del César, como hacéis vosotras mismas en vuestros colegios de niñas ricas?"

—¿Y ellas?

—¡Que si quieres! Les entra por un oído —y la niña se perfora el derecho— y les sale por el otro —y se perfora el izquierdo.

—Vengan, vengan más cuentos.

—Una madre le escribió a la hija que se iba a casar una hermana. Por cierto, era de Artenara, donde estuvimos nosotros, ¿se acuerda? Pues la directora que lee la carta y le faltó tiempo para espetarle a la pobre niña: "No irás a la boda. No te dejaremos ir, aunque te den permiso en Las Palmas" en la Delegación. ¡Fíjese usted!

—Sería mala esa niña.

—¿Mala? Una santita. Y la madre pidió permiso tres o cuatro veces: ¡nones! Y lloraba: "¡Si no la dejan ir, me desalo!" Y la niña: "¡Si no me dejan ir, me escapo!" Y una hermana de ella me dijo: "Me costó un infierno el intentar convencerlas." ¿A qué padre serían capaces de negarle eso en un colegio de pago?

—Oye, ¿y si a una hija nuestra llegara a pasarle algo así? —bisbisea, con misterio, el pedagogo.

La muchacha posa sus ojos muy abiertos en los del joven. La baja después, colorada como una amapola. Se conmueve, nerviosa, ante la frase ambigua.

Se muerde los labios. Deja escapar un suspiro y moviendo la cabeza con gracioso enfado:

—¡Bobadas!

—Todo en regla, en Ley de Dios.

—¡Déjese de bromas!

—Es una pregunta natural...

—¡Ya lo creo! ¡Muy natural! ¡Para usted!

—Pues, ¡punto en boca! Decíamos que...

—...que nosotras somos negritas del Congo, "blancas de almas negras".

—Por cierto, en mi cuchitril tengo esa novela de que te hablé. Y voy a traer el libro para leer el párrafo de ¡los negros no son gente! Espera.

—¿Para qué? ¡No se moleste!

—Sí, si. Espera.

* * *

—Escucha —el maestro, con un libro rojo en las manos—, el condesito Néstor le dice al negro Pedro, su criado: "Te prohibo que vuelvas a tocar nada de aquí... Esas armas son para caballeros y no para negros ñañigos como tú." Pedro se irguió: "¡Yo no soy ñañigo!" "Eres... ¡No eres nada! Los negros no son gente. ¡Largo de aquí, en el acto...!" ¿Qué te parece? —pregunta el maestro.

—"Los pobres tampoco somos gente..." —contesta la graciosa muchacha, y suspira.

—Escucha otro párrafo: "Otra vez, en una orgía, una mujer le dijo a Néstor —Néstor era el amo del negrito—: "Regálame tu negrito. Es precioso..." "¿Y quién va a quitarme los zapatos? Si me lo pagas bien es tuyo..." —dice el condesito—. Pedro —el negrito— volvió a erguirse. ¡A mí no se me vende!" Néstor —el condesito— lanzó una risa de desprecio: "Imbécil, ¿de qué es tu sangre sino de escla-

vo? No, no repliques... ¿Desde cuándo un negro discute con su amo? Te lo digo y no lo quieres creer; los negros *no sois gente,* sino gorilas que han aprendido a hablar. Y tú..., tú eres un ingrato y un tunante que olvida las mercedes que te han hecho..."

El maestro mira a la moza. Se había entristecido, como si el sol se hubiera puesto en su alma.

—¿Lloras?

Ella estallaba perlas con la punta del pañuelo. Murmura:

—Es que donde usted leía "condesito" yo ponía "condesitas"; y donde "negro", yo ponía "pobre"...; y la comparación y el recuerdo me hizo llorar: "Los pobres internados no somos gente...; tenemos sangre de esclavos..."

—Este negrito es "el negro que tenía el alma blanca", porque tenía un alma buena. Ustedes son "las blancas a las que tratan como si tuvieran el alma negra", porque se piensa que por ser pobre tenéis alma negra. Aunque, bien mirado, habría que ver quién tenía el alma más negra: el negro o el condesito.

—¡Gracias! —y sonreía la mocita.

—Bueno, olvida. Todo el mundo alegre; ¿por qué vamos a entristecernos nosotros? No saben lo que hacen.

—Yo perdono... hasta eso de llevarnos a misa enseñando la lengua a las estrellas. Pero lo de tratarnos como tiñosas.

—Bueno, punto y aparte. ¡Al diablo lo que pasó!

—Es que me da rabia, ¿sabe?

—¡A cualquiera! Pero, ¿ves? Las estrellas ya apuntan en el cielo: son tus lágrimas, las de tus amigas...; las de tanto niño pobre que ha de tragarse, atragantarse, con todo lo amargo e injusto de la vida.

Ella levanta la vista. En el firmamento brillaban infinidad de estrellas... Y se iban aumentando a medida que las lágrimas desaparecían de su rostro, bellísimo en su tristura.

—¡Ah! Y aquí tengo otro libro interesante —y enseña uno grueso, de portada verde—. Se titula "Escribo tu nombre". "Es una severa y valiente requisitoria contra la rutina, el falso formalismo, los falsos respetos, la hipocresía

y la tiranía espiritual de que, aún hoy mismo —y leía en la solapa del libro—, en determinados ambientes, se hace víctima a los niños confiados a unos educadores equivocados...”

—¡Está bien!

—“...la protagonista —prosigue él— se agota en la atmósfera de un colegio en que no se le reconocía ninguna libertad espiritual y en que se trata de rehacer su natural para adoptarlo a unos rígidos esquemas preconcebidos, sin ninguna conexión con la realidad... Son unas criaturas que luchan por encontrar un mundo de verdad, de libertad y de justicia, que les niega el mezquino ambiente en que se ven obligados a vivir...”

La moza lo interrumpe:

—Es un colegio de niñas pobres, ¡seguro!

—¡Quiá! Eso es lo grande. Si así es en internados ricos, ¿qué no será con vosotras?

—¿Se convence?

—Debes leer esta novela, Calandria.

—¡Huy, tan gorda...!

—Bueno, te leeré yo algunos trozos. Escucha. Decía el padre a la protagonista, una internada rica:

“¡Eres una cursi! ¿Está es la educación que os dan? ¡No, gracias! ¡A tu padre que lleva cuatro años sin verte! Y un besito en la mejilla por miedo a que te raspe, y “no, gracias”, como si fuera una visita. ¿Qué ajo te enseñan? ¡Cursi! ¡Estúpida! Eso es lo que eres...”

—¡Interesante!

—Escucha, escucha —y sigue leyendo:

“Esa Prefecta tuya... me ha estado diciendo que si era cuaresma, que si una excepción en mi honor... Son unas absurdas. Un padre ve a su hija cuando quiere, ¿qué sistema es éste? Estas buenas señoras se creen que el mundo va al son que ellas tocan. Me han tenido una hora esperando...”

—¿Ve usted? ¡Qué no será con las pobres!

—Me lo figuro.

—El padre dijo —y prosigue leyendo el maestro—: “¿Qué te parece, salimos mañana?

—¿Me dejarán?
—¿Pues no te van a dejar? Soy tu padre... Sales mañana por encima de todo, pues no faltaba más..."
—Pues no se lo permitieron. Y la monja explicotea: "No podemos hacer excepciones... Por consideración a su padre ayer habíamos hecho una... Durante toda la cuaresma sus compañeras no ven a sus familias. Ayer fue una excepción..." Y llorando la niña, le pregunta la monja: "¿Tanto le cuesta renunciar a sus padres?" Y comentaba la niña: "Empezaron a desbordáseme las lágrimas por la cara; aguanté los sollozos que subían y rompían contra mi pecho para que no adivinaran por las sacudidas de mi cuerpo en la cama que lloraba..."
—Y a ese internado acudían también niñas pobres —continúa el maestro—; pero escucha —y lee—: "...con una tan profunda y total separación como si entre los cristianos existiera también una secta de los intocables: los pobres precisamente... Nos apartaban como si pudieran contaminarnos... Y se pedía a nuestras familias... para las niñas pobres, las misteriosas y apestadas niñas pobres, que casi jamás veíamos..."
—Esas somos nosotras —comenta ella. Y estalla una lágrima en los ojos.
Y he aquí unas palabras muy bonitas de un padre que les dio ejercicios, según la novela:
"Me parece que se está cometiendo con vosotras un error: no estáis siendo preparadas para el mundo..., y he aquí que es en el mundo donde lógicamente vais a habitar..."
—¡Eso, eso, don Aníbal!
—Nada, que la autora de este libro ha puesto el dedo en una llaga. Y yo me pregunto: si esto es con los ricos, me figuro lo que será con vosotras.
—Y ahora, otra cosa. ¿Era verdad lo de las excomuniones y las indulgencias? —pregunta ella.
El maestro ríe de buena gana:
—Sí, una verdad como un templo...
—¡No se burle! ¡Ande, dígame!
—¡Ca, muchacha! Fue un ingenioso invento de don Gregorio.

Ya en el crepúsculo la fiesta tomaba tintes de tristeza. Y él:

—Sigue contando. Me gusta oírte.

—¿Ah, sí? Escuche. En el Hogar de mi hermano el capellán encontró llorando a una empleada: "¿Qué te ocurre, muchacha?" "Nada, nada" "¿Cómo que nada? ¡Anda, dime...!"

Y no quería decirlo. Pero insistió el capellán; y ella le cuenta: "Estoy con dolores...; y no me dejan ir al médico".

—Será que quieres ir a hablar con tu novio. ¡Anda, pilla!

—¿Con mi novio? ¡Mire! —y le muestra un papel del médico, señalándole fechas para las consultas.

—¿Y no te dejan ir?

—No. Dicen que son horas de trabajo.

—Y las horas de trabajo —prosigue Calandria— son todo el santo día.

—¡Fantástico!

—¿Y eso es posible, señor maestro? —inquiere Juana, que se había acercado a ellos.

—No creo que tu amiga lo invente. Venga otro.

—Nos cogen por las cabezas, y nos obligan a toparnos, como carneros...

—¡Bonito, bonito! Otro, venga otro.

—Una derramó agua. La cocinera la obligó a recogerla con la lengua.

—¿La cocinera manda?

—¡Buenooo...! ¡Como son pocas a mandar!

—Otro, otro, venga otro.

—A otra la mandaron también a recoger agua con la lengua. Y contestó: "si usted, Hermana, lo hace conmigo...".

—Bien contestado. Otro, otro, venga otro. Estás elocuente.

—Nos penan en la capilla con los brazos en cruz y con libros encima. Y lo tomamos a pitorreo...

—Otro, otro...

—¿Más todavía? En un Hogar de Madrid tres niñas, una canaria, fueron juntas a exponer un caso al capellán.

Les echaron una rasca: "¡Parece mentira! ¡Ustedes hacernos eso! ¡Cometer esa trastada!" Eran novatas, y no sabían las órdenes: "para hablar con el capellán, todas juntas...".

—Tiene miga.

—Más miga tiene el que instalaran un micro en la sala de visitas.

—¿Para...?

—Para oír las conversaciones del capellán... Me lo contó esa canaria, del Ingenio ella. Y que para ver y hablar al capellán allí les costaba también un infierno... Por lo visto, eso es igual en muchas partes.

—¡Bárbaro! Oye, y cuando venía el médico, ¿iban también todas juntas a enseñarle la barriga?

La fiesta proseguía, ajena a las preocupaciones de Calandria y el maestro. Este pide a la moza le diga más comparaciones con títulos de películas —Y ella, riendo:

—La rondalla: "Las alegres comadres".

Castigadas dando vueltas: "El apogeo de una noria."

Castigo en el comedor: "Sube y baja."

Con uniforme de cola: "Cien novias de luto."

Camisones: "Pijama para dos".

Hermana peluquera: "Hasta Alexander trasquila".

Jefe de guardia: "B. B. I. actúa".

Patio: "El ombligo del mundo".

Criticonas: "Las paredes oyen".

Zapatos en dormitorio: "Peste bubónica".

Cuando nos escapamos: "¡El Fugitivo!"

Dejamos el Hogar: "Adiós a las armas"...

... ...

—Están pero simpatiquísimos...

XVVI

LA JUSTICIA DE LOS QUE NO AMAN

Al siguiente día, fiesta de verdad.

La ermita rebosa de fieles. No caben en su estrechez las elocuentes palabras del "hijo de pila de Santo Domingo". Olorosos pinos, indígenas canarios en divisa verde, hacen guardia de honor al gran patriarca, a lo lejos, en Tamadaba. El sol deshace en polvo los peñascos.

Y el orador da gracias al Santo "por el agua restituida..." Y el Santo sale en procesión.

Acompaña el trono todo el pueblo, con pintoresquismo de vestimentas y colorines.

Un venerable hijo del lugar, ex-párroco, da "vivas" a todo lo divino, según uso y costumbre.

* * *

Por la tarde, luchas canarias, tiro al plato, fútbol, bailes, concurso de rondallas...

Y las típicas reiteraron sus contrapuntos rítmicos, aunque tropezaran a veces en algún que otro tenique de la no bien aplomada plaza.

* * *

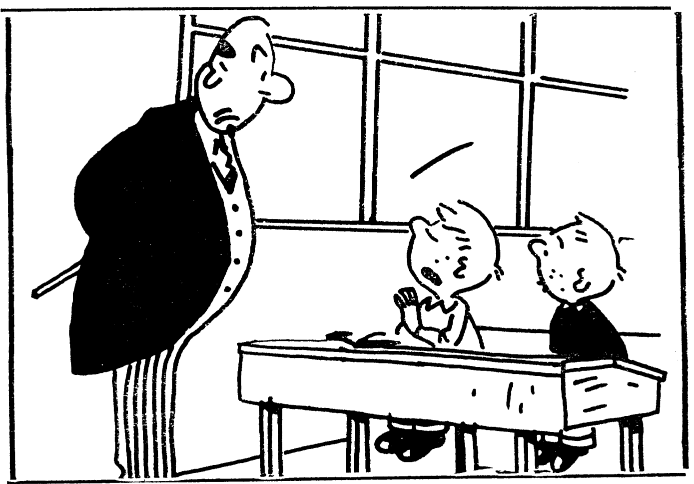
Terminado el baile, busca don Aníbal a Calandria.

Y la florea de piropos, de adjetivos lindos. Ella corresponde con risas, con ingenioso fraseo.



"Y las típicas reiteraron sus contrapuntos líricos..." (Pág. 303.)

—¡Gracias que estoy aquí! —murmura.
—¿Quieres decir?
—Si me hubieran suspendido en una sola —y da un mordisco al turrón.
—¿Qué?
—Encerrada todo el santo verano. Allí están otras sudando la gota negra.
Hay una pausa. El saca la libretita, un lápiz.
—Bueno, a contar chistes.
—No son chistes, cristiano.
—Bueno, lo que sea. Apunto.
—¡Ah!, mire, mire —y le muestra unas cartulinas—. Son chistes de niños pobres. Los estoy coleccionando. Fíjese. ¿Le gustan?
—Dame, dame.
Y el maestro mira, remira, y ríe ante los sencillos pero significativos dibujos chistosos que ella le mostró.
—Preciosos, preciosos. Bonitos de verdad —exclama luego de observarlos—. Vengan, vengan más chistes. Yo apunto.
—Pues apunte —dice—. Dos empleadas quisieron hacer ejercicios espirituales internos en la Atalaya. No las dejaron —mordiscos al turrón. Risas.
—¿Qué me cuentas?
—Y a una, por hablar un momento con un vejete que trabajaba en el colegio, la metieron en las Adoratrices. Y allí estuvo meses y meses sin ver a nadie. Ni la instructora pudo verla. Ni el capellán. Y le enviaron dinero y regalos; y no se lo dieron. Como una criminal. Y la madre protestando y rabiando. Y el capellán también. ¡Pobre Maximina! ¡Lo que sufrió! De allí, de criada a una casa particular. Y se escapó. La denunciaron a la policía. Pero, como era de más de dieciocho años y no había cometido delito... ¡Y cuenta ella! ¡Huyyy...! ¡Increíble! Peor que un presidio.
—Estás elocuente.
—Y esa muchacha era empleada, ¡fíjese usted! ¡Si hubiera sido alumna!
—¿Y les permiten hablar con los novios?



HOMBRECITOS.—¿Y si se hablara un poco de nuestros derechos y no siempre de nuestros deberes? *"Le Monde et la Vie"*



—¡ Lamen a mi abogadooo... !

¡CALLA!

¡GRUFF..!

—¿Qué novios, cristiano? Para eso van bien vigiladas.

—¿Y cómo lo aguantan?

—Son pobres o huérfanas... Se aprovechan y abusan de su necesidad.

—Estás tremenda.

—Es verdad, ¡verdad, de verdad! ¡Abusonas del diablo! —y dio otra chascada al turrón— ¡Mal rayo las...! ¡Huy! ¡Qué bárbara! —y se cubre el rostro con la mano la moza— Bueno, cuando nos dan trato de esclavas. Cuando no, ¡benditas sean! —y se muerde el dedo gordo.

* * *

Proseguía la fiesta. Como un murmullo que se apaga. Rosarios de hombres y mujeres se alejan por los sinuosos vericuetos, pintorescamente. Luz suave matiza los montes y las laderas. Un aire puro, aromado, llega de no se sabe qué lejanos rincones. Los últimos chinchines de la fanfarria repican en el lateral de la ermita, con un cloqueo continuo del bombo; suaves, dulces, como si los instrumentos estuvieran cansados. La fiesta se extinguía, lenta, como el sol en el lejano pinar.

Dan más vueltas. Compra el galante joven otro turrón, y vuelven a ocupar el mismo asiento. Ella da alegres mordidas al azucarado turroncito, que embadurna sus labios.

—Me han afectado muchísimo vuestras penas —dice don Aníbal—. Y he pedido a mi amigo Artiles me informara de otros internados. Lo que en el tuyo, ocurre en casi todos los gratuitos... ¡Consuélate! Pasan las de San Quintín.

—¡Buen consuelo! —con ingenuidad, llevando la mano a la boca, llena de turrón— Mal de muchos...

—Te voy a relacionar los internados de Las Palmas, intercalando uno rico con uno pobre, para que veas el diferente trato. Pondré letras para designarlos. Escucha:

1) S. C. *Pueden salir* de sábado a domingos. Visitas cualquier día = ricos.

2) I. S. A. *No pueden salir* nunca. Visitas, unas horas al mes, en día fijo = pobres.

3) C. B. *Salen* de sábado a lunes. Visitas, cualquier día = ricos.

4) I. A. *No salen nunca.* Visitas, dos medias horas cada mes = pobres.

5) C. D. *Salidas* semanalmente. Visitas siempre = ricos.

6) H. M. C. *Salidas, nunca.* Visitas un par de veces al mes, en horas fijas. Paseos, nunca. El mayor pecado es conversar con los padres, que vienen a contemplarlos desde la carretera, pues el patio de recreo da a ella = pobres.

7) C. L. S. *Salen cada semana* o cada quince días. Visitas, al gusto = ricos.

8) I. L. A. *Nunca salen.* Visitas, un par de horas al mes = pobres.

—¡Vaya letanía! —lo interrumpe la moza— ¡Ya está bien!

—Tienes razón. Pero la tónica es: internados donde se apoquinan pesetas, libertad para salir! Internados donde no ¡cárceles herméticas!

—¿Y usted qué opina?

—Me avergüenza que la pedagogía esté "bailando al son del pandero que resuene con dinero..." Vergüenza por pedagogo y por cristiano. ¿Sabes tú dónde encierran en cierto internado a las que cometen faltas?

—¿...?

—Pues, ¡asómbrate!, en el palomar, en el gallinero, con los conejos, en el cuarto oscuro de las bombonas..., con los cochinos...

—¿Inventa, don Aníbal? ¿También con los cochinos?

—La verdad, preciosa. Tengo informes. Las encierran; las sacan para comer; las vuelven a encerrar...

—¡Estupendo!

—Y emparedadas allí, entre rejas y telas metálicas, son vistas a veces por los padres y demás visitantes, llorando y rabiando unos y otros.

—Y en una jaula de ésas encontró una madre a su hija, pelada al rape. ¡Y se armó una!

—¿Ah, sí?

—La madre casi se come a la otra, a la del colegio. Y "ella": "*¡mire lo que hace!* Estoy consagrada...". Y la verdadera madre: "¿consagrada? Consagrada yo para tener y criar hijos... ¿Y usted? ¡Consagrada, je, je! ¿Por qué? ¿Porque se puso una toca? Yo sí estoy consagrada con un sacramento para educar a mis hijos. Y me duelen, porque soy madre... ¿Y usted? ¡Déme a mi hija ahora mismo!"

—¡Huy, cuántas verdades!

—Y la madre le arrancó la toca a la que peló a su hija, apareciendo otra cabeza pelada...

—¡Qué gracioso!

—¿Ves tú? En todas partes cuecen habas...; ¡consuélate!

—¡Ya, ya! ¡Fieras en el Zoo!: gallinas, palomas, conejos de Indias. ¿Sabe usted cómo llaman al muro que da al patio del Hogar de mi hermano?

—¿Cómo?

—"El muro de las maldiciones."

—¿Por qué?

—Porque cuando van los padres y no les permiten ver a los hijos y los esconden, ¡huy, qué insultos!

—¡A ver, a ver!

—¡Huy! ¡No se pueden decir! ¡Figúreselos! Le diré las consonantes. Usted ponga las vocales —pronunciando y contando con los dedos—: "m. c. e. l. p. l. m. q. l. p..., ¡bandidas!" ¡Una letanía...! ¿Entiende?

—Lo que no entiendo es ese extremismo de rigor, que "es la justicia de los que no aman": pecado contra Dios, contra la humanidad, contra los Mandamientos...

XVVII

LAS LAGRIMAS SON AMARGAS

—¡Qué desgracia ser pobre, don Aníbal!

—¿Y cómo salís después? "Niños numerados", como se expone en la novela de este título. Y como escribe Maximino Sanz: "...carentes de personalidad, geométricos, cortados por un mismo patrón, sin nariz, sin olfato de la verdadera vida. La que se realiza en familia. Están veinticuatro horas en el colegio, mientras sólo cinco está el resto de la infancia..."

—Exacto, don Aníbal.

Y éste, leyendo:

—"Os hacen esclavos de un reglamento, en vez de hijos de una familia", dice ese mismo señor. Y así salís, "deshechas por seis, ocho o diez años de encierro, de comprensión de la espontaneidad, de contrariación de todo lo natural y fecundo...", como escribe Azorín en su novelita *La voluntad*. Es "la inhumanidad del orden excesivo", "gente en cautividad", "con un asco profundo de todo aquello", "de la manera de crear aquella zona de separación, de corte entre nuestras familias, el mundo y nosotras..", según Elena Quiroga. El ministro don José Solís ha dicho en Ceuta: "En España aún quedan muchas injusticias que corregir..." Esta es una... Y el de Trabajo, don Jesús Romeo, en Madrid: "Ha pasado definitivamente el tiempo de la beneficencia para dar paso a la nueva época de la justica social..."

"Aquí no se regala ni se presta nada a nadie. Aquí se ejercitan derechos y se administra libertad. Por eso no caben los privilegios ni las discriminaciones..."

—¡Estupendo! —clama la moza.

—¡Qué pena no lean esto tus pedagogas! Por cierto, en la revista "SP" he leído unos "por qués" interesantes.

—¿Qué "por qués" son esos?

—Escucha. —Y lee:

"¿Por qué en el Hogar Mario César de Las Palmas, de Auxilio Social, aunque el Delegado ordenó que los niños pudieran salir con sus padres unas horas los días de visita, las Hijas de la Caridad que lo rigen no lo cumplen?"

—¡Huy, qué bien!

—Escucha, escucha otro:

"¿Por qué en el Hogar Virgen del Carmen, de Arucas (Gran Canaria), se expulsó a una joven, Pinito García (del Cardonal, Arucas), por el "delito" de escribir una carta y una felicitación a su madre enferma —"¡Huy!", clama la moza, y se cubre el rostro con las manos—, carta que ni siquiera llegó a echar en Correos, y después de nueve años de excelente conducta en el Hogar?"

—¡Estupendo, estupendo, don Aníbal! —se alborota Calandria.

—Todavía más, escucha —prosigue él:

"¿Por qué a esos niños y niñas de Auxilio Social no se les permite ir a sus casas de sábado a lunes, como en los colegios ricos, y como se hace en Hogares de la Península?"

—¡Magnífico! Ahora ya nos dejarán salir... —alegre, la moza.

—¡Que te crees tú eso! Ya inventarán sus cuentos para no dejarlas —dice don Aníbal—. Tú, sígueme contando los tuyos... Pero escucha, escucha antes lo que se escribe también en "SP". Está estupendo. Algo me has contado ya. Oye, oye:

HOGARES Y ASILOS

Es de dominio público que los niños recogidos en Hogares y Asilos viven en un ambiente de tristeza. Esa es, al menos, la

impresión que se recoge en muchos Hogares, regidos por las Hermanitas. Algo falla en este sistema de educación y de vida que teniendo mucho de cárcel y de correccional, tiene muy poco de auténtico hogar. Ignoro por qué no se exigen los indispensables estudios pedagógicos y no usan modernos métodos todos los que están al frente de los niños, aunque sean religiosas. Dudo mucho que una hermanita, por el mero hecho de serlo, esté ya automáticamente capacitada para la formación y cuidado de niños pequeños. En muchos Hogares se tiene a los niños encerrados o sin contacto alguno con la vida, a la que en corto plazo se han de reintegrar. ¿Por qué ese método absurdo de aislamiento, como si los niños fueran a pasar su vida en un convento? Concretando más, pude comprobar que en el Hogar "Mario César", de Las Palmas, no dejan salir a los niños de vez en cuando, libremente, con sus padres o familiares..., saliendo solamente en procesiones y en rigurosas filas, como autómatas. Se ponen muchas trabas a los padres para que estén con sus hijos los domingos y demás días de fiesta. Y en el Hogar "Virgen del Carmen", de Arucas, existe un manifiesto descontento por parte de niños, padres, empleadas... y del mismo capellán. Una niña, Teresa Carrillo, ganadora de un concurso nacional catequístico, fue expulsada, nadie sabe por qué, quedando con el bachiller partido por la mitad y ocasionado enormes problemas a sus padres para lograr que la readmitan. Y eso es tan sólo un ejemplo de los métodos que habría que cambiar radicalmente, para no crear en los acogidos resentimientos que pueden ser irremediables cuando, ya adultos, se reintegren a la sociedad o a su propio hogar familiar.—Gregorio Florencio Rodríguez. Castaño, 12. Teror (Gran Canaria)."

—¡Bonito, bonito eso! Y es la pura verdad. ¡Qué bien!

—Bien, bien. Dime tú algo ahora.

—¡Sí, escuche: en el Hogar de mi hermano, el conserje, día y noche esclavizado, haciendo de chófer, de jardinero, de barrendero, de mandadero, de las cinco de la mañana a las doce de la noche, sin día libre ni para ver a su mujer, pidió casa, o las ocho horas de trabajo, según el convenio; y entonces le pusieron un horario molestoso, y le quitaron la comida, y se la echaban a los cochinos antes que darle un plato a él. Y por fin lo echaron también a él...

—¿A los cochinos?

—No sea gracioso. Lo echaron a la calle. ¡Pobre Juanito!

—¡Ah, ya! Muy cristiano eso.

—Y a dos muchachitos, los hermanos Martín, del Espinillo, en Tejada, le dijeron que los empleaban para trabajar en la cocina. Y estuvieron como un año dedicados a su empleo. Y les decían: "¡Trabajen! ¡Para eso les pagamos!" Y trabajaban como burros.

—¿Y...?

—¿Adivine cuánto les pagaron?

—¡Chi lo sa!

—Al año y pico, cuando fueron a buscar su cartilla de ahorros —el sueldo se lo ponían allí—, se encontraron con que habían ganado, ¿adivine?, ni una peseta al día.

—¡Vaya!

—¿Sabe qué han hecho? Plantar tuneras para impedir a los padres ver a los hijos desde la carretera.

—¡Fantástico! ¡Espíritu del Concilio!

—Y a los padres que se quejan les dicen: —"Ustedes no tienen derecho alguno. Somos nosotras las responsables..."

—Más espíritu del Concilio.

—Y no dejan salir a nadie a estudiar, aunque consigan beca. ¡Y les pegan cada paliza!

—Más espíritu del Concilio, y muy evangélico.

—¿Y eso es justo? —y pega otro mordisco la moza al turrón.

—Es un crimen detestable, por cometerse contra niños y pobres. Nadie los defiende; ni ha caído en la cuenta de ese maltrato a unas almas en flor. Y lo gracioso es...

—¿Qué es lo gracioso? —y da otro mordisco al turrón de azúcar la moza.

—Todavía quedan once internados: seis pobres y cinco ricos. Pero la letanía es idéntica.

—¿Qué letanía?

—Esa del modo de tratarlos.

—Yo me sé ya toda la letanía: pueden salir, ¡ricos! No pueden salir, ¡pobres! Pueden salir, ¡ricos! No pueden, ¡pobres! Ricos, pasean... Pobres, con las gallinas. ¿Ve usted? Es lo mismo que aquel niño que se sabía de carretilla la letanía.

—¿Qué niño?

—Pues uno. Se la sabía toda. "A ver, dila", dícele el maestro. Y el: "Vaya usted delante...; yo diré ora por nobis... "Esto es igual: salen ¡ricos!; no salen, ¡pobres...! O mejor: padres ricos, almas blancas; padres pobres, almas negras... Aquéllos son gente; éstos, ¡no son gente! Aquéllos, "blancos de alma blanca"; éstos, blancos de almas negras... ¿Le gusta?

—¡Está bien!

—Alguna vez la paciencia y la fe se me esconden en el fondo del alma; y aun parece que se me desfonda el mismo corazón.

—Tus observaciones son acertadísimas, Calandria. Todas las lágrimas son amargas. Pero si injustas, amarguísimas. La sociedad debe conocer esas injusticias y corregirlas. Hasta yo me siento culpable. Pertenezco al mundillo pedagógico, y me avergüenzo de que la pedagogía falle, quiebre y se deshonre, cuando falta la "sucia" peseta, como la llamó un cardenal en el Concilio.

—¡Bonito!

—Estas notas, puestas en parangón, constituyen una vergüenza para ese sistema sin entrañas de ciertos centros educativo-benéficos, tan contrarios al sentido cristiano de la familia. Dan de comer; pero acoquinan los derechos sagrados de los padres y de los hijos.

—¿Acoquinan? —interrumpe ella.

—Quiero decir desprecian. Y no es excepción, ni casualidad; es matemática pura. Y no en Las Palmas solamente. Temo sea una carcoma que corroe todo el ambiente.

—¿Qué ambiente?

—El de tales centros. Trituran el sacratísimo derecho de padres y de hijos.

—Mira —prosigue el maestro—, observa estos datos: "En los internados de niños pobres, éstos están con sus padres dos vergonzosos y escatimados instantes cada mes. En los de niños ricos, éstos instantes asciende a ciento cincuenta horas. ¿Qué te parece?

—¡Nadita!

—Al pobre un medio por ciento muy escatimado de lo

que se da abundantemente al rico. Y todos son cristianos. Los motores de los "haigas" trastornan las inteligencias.

—¿Qué son haigas?

—Coches de lujo. Si tu abuelo tuviera un cochazo, y tú estuvieras en un colegio de esos... ¿crees tú que le negarían el derecho de llevarte a la boda de una hermana, o a sacarte un rato un domingo?

—¡Ni pensarlo!

—Eso de que todo un señorón, que me lo supongo muy católico y con muchos "mea culpas" como medallas en el pecho, no se digne responder al capellán que le pide permiso para que unas pobres niñas puedan salir con sus padres un rato, me ha causado un sinsabor terrible. ¡Ni que lo pidiera para osos o para monos!

La moza aplaude.

—Serénese.

—¿Molesto?

—No, no, siga.

—Pues escucha. De los diez internados gratuitos de la provincia sólo en uno dejan salir.

—¡Fenómeno! ¡Me voy a él!

—¿Al Reformatorio de Menores?

—Ja, ja, ja! ¡Sería estupendo!

—El Director, comprensivo, humano, inteligente, "obliga" a los padres a salir con los "reformandos"; y autoriza a éstos a dormir en sus casas. ¡Eso es educar!

—¡Fantástico!

Lo gracioso es que ese centro es el único gratuito donde los muchachos van por malos. Por lo visto, tu Hogar es más Reformatorio que el mismo Reformatorio, aunque el tuyo tenga el dulce nombre de Hogar y el dulcísimo sobrenombre de una advocación mariana.

—Y nosotras, añoñadas.

—Y el del Reformatorio es un excelente método educativo. Y cuando no se portan bien, ¡encerraditos!

—Nosotras, por lo visto, nunca nos portamos bien: somos "las blancas..." ¡chás!

Y la muchacha hinca el diente en el turrón.

—Habla usted como un Santo Pedre... ¡Si le oyeran

ellas! ¡Bueno, igual! ¡Aunque se lo diga Padre-Dios! ¡Elocuente, don Aníbal!

—Y tú un cromo de bonita, una perita en dulce.

—¿Quiere?

—No, turrón no; la mano —guasea él.

—¡Cójala! —y se la muestra.

El va a cogerla. Ella la retira.

—¡Se lo ha creído! —dice— Mi mano no es dulce. El turrón sí. ¡Chas! y lo mordisquea.

—Tu mano debe ser dulcísima.

—¡No diga boberías! Siga, siga con la cantinela esa.

—¿Decía? ¡Ah!, sí, el Reformatorio es el único internado gratuito dirigido por seglares. Y único donde se tolera el salir con los padres. En los nueve restantes, se prohibe.

—¡Oh, eso es caridad!

—Y quienes prohiben a los niños pobres salir una hora con sus padres, luego en sus internados de niñas litres, de esas que fuman y bailan el cancán y el twist, con ricos uniformes y en cuyas carteritas hay papeles verdes y cuyos papás fuman puros en "haigas" estupendos... ¡oh!, a esas si les permiten salir. Los papelitos verdes y los "haigas" obran milagros. Prueban que esos papás se comportan siempre "honrada y honestamente". En cambio, tu pobre abuelo, sin "haiga" y sin billetes verdes..., ¿qué puede ser?

—¡Que le pego!

—¡Atrévete! ¿En qué va tu abuelo a verte? ¿En un "haiga" o en burro?

—¡Respete a mi abuelo, eh!

—Total, según ellas, Cristo dijo: "al niño pobre de papás sin haigas ni billetitos verdes ¡palos y cencerros! Al rico de papás honorables, con haigas y billetitos verdes..., ¡caramelos y cascabeles!"

—¡Y viva la Pepa! —salta ella, alegre, hincando sus dientes en el turrón.

—Y respecto a esas empleaditas de que me has hablado reflejan bien lo que dijo la radio comunista "Independiente" para desacreditar a la España de hoy:

—"...En España un millón de muchachas empleadas en

el servicio doméstico... trabajan igual ocho que dieciséis horas y en muchos casos ganan solamente 400 pesetas mensuales, lo que es una miseria... Solamente tienen una tarde libre a la semana."

El semanario "El Español" se burla con razón de esta noticia y escribe: "las amas de casa se van a dirigir como locas a la radio comunista..., preguntándole dónde está ese millón de chicas que por 400 pesetas al mes trabajan dieciséis horas diarias y salen sólo una tarde a la semana..."

Pero ya lo hemos descubierto, Calandria...: en tu Hogar y otros similares. Pero, ¡claro!, son unas cuantas esas pocas desgraciadas... Aquí tiene razón la radio comunista.

—¿Dijo usted similares o criminales?

—Similares, tontaina.

—¡Ah!, y hay otro error, don Aníbal.

—¿Cuál?

—Eso de que tienen una tarde libre a la semana...

—Y todavía más.

—¿Más, cristiano? ¡Deje eso ya porque es horrible, y vamos a dar vueltas a la noria. Nos estamos perdiendo la fiesta, empeñados en arreglar el mundo. Y el mundo no se preocupa un pito de nosotros. Quiero mover las piernas.

—¡Andando!

Y pasean, satisfechos, amartelados, observándolo todo, y observados por todos. Le compra él otro turrón.

—Quiere —dice ella, y lo acerca a la boca del maestro, y cuando éste intenta darle una mordida, lo retira.

—Es para mi abuelo —alega— ¡Ja, ja! —y el seno la palpita con violencia.

XLVIII

¡QUE PAREJITA!

El sol se desgreña en el pinar. Hisopo de fuego, asperja de colores el cielo y los encrestados riscos. Suave luz de miel aropa el paisaje, preludio de esas noches campesinas, anchas de encantos y misterios, de miedosas consejas. Procesión de enlutados nubarrones, con rebordes de plata y relumbro amarilloso de cirios, marcha sobre Tamadaba, como brujos, recitando salmos por la agonía de la luz. En la ermita lugareña —plegaria en piedra— reza su oración melancólica la esquila del Angelus, con lentitud y acentos geórgicos, más humanos que metálico.

Y el paguecillo se sumerge en el encanto húmedo del crepúsculo. Sobre la ermita cruzan, lentas, doradas, unas nubes rojizas, como ensangrentados lagrimones.

* * *

—También es la mar de divertido —prosigue el parlanchín pedagogo, de nuevo sentado en el rústico poyo de la ermita— lo que ocurre con algún internado: tiene a la vez gratuitos y peseteros. Y ¡pásmate! Entonces al pobre y al gratuito, ¡cárcel y lágrimas! Al pesetero, ¡libertad y dulcitos!

—¡Qué bueno! ¡Qué bonito!

—¿Bonito, bobera?

—Digo que está bueno el turrón y muy bonito el cielo.

¿Quiere? —Se lo muestra; él intenta cogerlo con los dientes—. Bueno, un mordisquito nada más; pero luego me compra otra para el viejo —y acerca el turrón a los labios del joven, que da en él una buena chascada.

—¡Huy! ¡Se lo chasca entero! —se regocija ella.

Hay otro detalle curiosísimo.

—¿Más? ¡Qué cielo más bonito!

—Es el último.

—¿El último cielo?

—El último cuento, ¡boba! Y tiene miga... Erase cierto internado... Primero, de "blancos-negros"... Ahora, de blancos-blancos, de papás con "haigas"... Cuando era de blancos-negros, de papás con burro como tu abuelo...

—¡Que le pego!

—...las visitas eran por cuenta gotas, la disciplina, férrea...; no se autorizaba a salir.

—¡Lo mejor que hacían!

—¡Cállate, tonta! Ahora que es de "blancos-blancos", de niños de corbata..., permiten salir, las visitas son frecuentes, la disciplina se ha dulcificado, es humana... ¿Qué te parece?

—¡Y colorín, colorao, el turrón se ha acabao!

—¿Quieres otro?

—Después. Y ahora voy a referir a usted otro cuento, para su colección... Apunte: Erase una vez..., una compañera mía. La enviaron a Madrid, a estudiar puericultura. Un día se les hizo tarde a ella y a otras... Y, ¡pum!, castigadas, por seis meses, a Ciempozuelos, a una casa de niñas ruines...; sin recibir visitas, sin ver a nadie... Ni siquiera a nuestro capellán, que fue comisionado por el padre, le permitieron conversar con ella. El dijo: "Hermana, tengo que hablar a solas con esta joven". "Sí, sí, ¿cómo no? Hablen." Pero ella se quedó plantificada allí. Y el capellán no consiguió ahuyentar a la intrusa, terminando por marcharse, sospechando que aquella muchacha había cometido algún crimen muy grande, muy grande...

—¿Qué cuentas, niña?

—¡La verdad de Dios! —clama la mocita, y besa los pulgares en cruz— ¿Qué le parece?

—Estupendo para mi colección de chistes.

—¿Le pego?

—¡Atrévete, pimpollo! A lo mejor esa compañera tuya había cometido ese crimen grande, grande...

—¡Sí! el crimen de ser blanca-negra. Sólo por llegar tarde. Lo contaron otras compañeras.

—Cuenta otro...

—¡Huy, cuánto quiere saber! Y yo he oído decir —concluye la joven— que hasta los criminales y asesinos hablan con sus abogados y confesores... —pensativa, respirando fuerte, irguiendo el bonito busto.

—Cuenta, cuenta más.

A veces, a algunas las amarran a la pata de la cama...

—Bonito.

—Y a la que no quiere sopa, se la echan sobre la cabeza.

—La dejan hecha una sopa, vamos.

—Exactamente.

* * *

Con lápiz en un papel traza un dibujo la moza.

—¿Qué es? —ella, mostrándoselo.

—Una joven.

—¿Es lista?

—¡Psch...! Con esa cara de paleta...

Traza ella otras cuantas líneas.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? La misma, pero con "toca"

—¿Y es maúra?

—¡Claro, claro! Es la misma de antes.

—¡Qué va! Ya no es la misma.

—¿Cómo que no?

—No, ya no es maúra. Ahora es Doctora en Ciencias, Doctora en Letras, Doctora en Pedagogía, en Filosofía, en Moral sobre todo...

—¿Qué dices, bobona?

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué pocas entendederas tiene! ¿No ve

con qué facilidad y en un santiamén la doctoré en Letras, Ciencias y Virtudes...?

—¡Ah, qué pillastra eres!

* * *

Cruza Pascuala con tiesura imponente, coquetería de barrio y cara de mírame y no me toques, en amigable floriqueo con El Buey, mostrando la malicia de la suya, ancha y gatuna. Ríe frescamente. Y comenta:

—¿Qué echona esa pájara? —a Calandria.

Y sigue, con remilgos e intenciones de gata. Y a Calandria le hiere el sopo venenoso de la frase.

—¡Qué pajarita!

La muchacha agacha el morro, avergonzada.

Quién habló así fue el cura. Y el maestro, respirando por la herida:

—Señor cura, ¿cree usted razonable que un servidor enviara a este muchacha una carta y que las monjas no se la hayan entregado?

—¿Es verdad, Calandria? —la moza baja la vista— ¡Qué bien estuvieron esos bailes típicos! ¡La enhorabuena!

—¿Le gustaron?

—Preciosos. Y de la carta, ¿qué?

—No sé. A mi no me entregaron ninguna.

—Ya, ya; no sería extraño. ¿Dónde echó usted la carta?

—Ahí, en el buzón.

—¿En el buzón? Probablemente, ahí está el busilis, amigo. Calandria, que abran el buzón y busquen... ¿Le ha gustado la fiesta?

—Mucho, mucho. Sobre todo, la matanza cochinos.

—¡Ah, bandidos! —y ejecuta ademán de darle un bofetón— ¡Y a vez cuándo inscribimos esa parejita en los folios parroquiales...!

* * *

—¿Qué quiere decir folios parroquiales?

—¿No lo entiendes? Quiere decir que cuándo nos casamos.

—¡Vaya el curita! —y reía, reía la moza, con alocada risa, el busto erguido, palpitantes los senos, brillantes las mejillas de puro arrebol, brotándole la alegría por todos los poros del alma y mostrando la dentadura como un hilo de perlas.

—Mire —dice la moza y enseña un papel amarillento—, la cartita de que le hablé, la que me escribió Bartolo. Leála.

Y él lee:

"Señorita mealegro queal recibo destas cortas letras... sealle vuena en compañía de tu familia. Yo quedo bien a Dios gracias".

—¡Estupendo! —comenta el joven.

"Señorita des pues desaludarle paso a manifestarle lo siguiente le digo a V. que dende qu elabi equedado —¿qué ortografía! —enamorado de V. de manera que... —¿no entiendo esto?— sino tiene amores con otra persona quiero... —¡precioso!—, quiero me diga su parecer..."

—Escribiendo no parece tan bruto —comenta el maestro.

XLIX

¿SER POBRE ES DELITO?

—¡Buenas tardes, don Germán!
—¡Hola! ¿Tú por aquí?
Era otro sacerdote.
—¡Cuánto me alegro de encontrarle —y le besa la mano la muchacha—. Es nuestro capellán, don Aníbal... Aqui el señor maestro.
—¿Ah, sí? —se yergue el joven— ¡Tanto gusto!
—El gusto es mío. Y el que tiene usted... al hablar con este encanto.
El "encanto" se cubre el rostro.
—Tiene usted razón —empuja el maestro—. Ella le aprecia a usted, y me ha contado...
—¿Y qué le ha contado?
—Pues... que usted las defiende y que protesta de las injusticias que cometen con ellas.
—¡Ah, ya! Hay cosas inexplicables en la vida.
—Le apreciamos mucho a usted... —Calandria.
—Gracias por ese aprecio. Cumplo con mi deber. En un precioso libro titulado "Guía de Formación Social", se dice: "...Nos encontramos a menudo con estructuras y mentalidades socialmente patológicas..." Los internados de pobres tienen mucho de eso. Y luego se lamentan de que son desagradecidos. ¿No lo van a ser si un favor material se lo cobran en bienes morales? Y estos bienes no tienen precio.

Ciertas instituciones son deudoras a estas infelices de muchos sufrimientos inútiles. Les niegan derechos sagrados. El Concilio ha dicho: "Ser cristiano es... denunciar las injusticias y las indignas desigualdades". Y eso hago. Además, se trata de pobres, y el Concilio también ha dicho: "Ser cristiano es... dirigir nuestra preocupación hacia los más humildes, hacia los pobres, hacia los débiles..."

Por desgracia, hay cristianos y cristianas —con retintín— que en vez de denunciar esas indignas desigualdades las practican y fomentan y olvidan la "eminente dignidad de los pobres", como dijo el Cardenal Lercaro. Y se quedan tan frescos... Y de eso saben mucho estas pobrecitas pitusas —señalando a Calandria cariñosamente.

Y el maestro:

—Señor capellán, ¿es cierto que a las empleadas de su Hogar no las dejaron hacer ejercicios espirituales internos?

—¿Quién se lo contó? ¿Esta picapleitos? Mire, señor maestro, como se dice, "cappellanus monialium damnatus ad bestias"; ¿lo sabía? Y las "bestias" son... ¡bueno!, estas jovencitas... Y, como bestias, deben estar siempre encerradas...

—¡Jesús, don Germán! —protesta la jovencita.

—¡Oiga! ¿Es cierto que usted escribió a un señor empingorrotado para que permitieran a estas pobres salir con sus padres, y que no le contestaron?

—Los señores de Madrid tienen mucho que hacer. ¡Bueno fuera!

—¿Y es verdad —prosigue el maestro— que no le permitieron hablar a solas con una joven de su Hogar que tenían por una nonada metida en cierta casa en Ciempozuelos?

—Sin conocimiento ni consentimiento de sus padres. Y fui a verla por encargo del padre. Y no me permitieron hablar con ella a solas. Ni me dieron razón del tremendo castigo: seis meses encerrada, sin abogados, ni capellanes... ¡Pobre Puchita!, como la llamaban... Bueno, bueno, esa Calandria cuanta demasiadas cosas. Lo que sé y esto para "inter nos", es que en ningún sitio he tropezado con

tantas dificultades como en ciertos centros..., bonitamente llamados Hogares.

—Y eso, ¿se puede creer?

—Yo no lo hubiera creído. Pero, después de veinte años y de tantos casos y cosas... Tienen capellanes y asesores religiosos en los papeles. Ni una vez las he visto asesorarse, encorsetadas en sus antiguos métodos, socialmente patológicos.

—¡Oiga! Yo envié una carta a la joven y no se la han entregado. ¿Le parece?

—¡Buenooo...! Abren y retienen las cartas hasta al capellán; cartas lacradas, certificadas y con la indicación de "asuntos de conciencia".

—¡Se atreven?

—¡Buenooo...! Una vez, una internada de aquí del Juncalillo, me consultó sobre un caso de conciencia. Yo estaba enfermo. Si contestaba, se enterarían las monjas: era como "arrojar margaritas a los puercos", en frase del Señor. Si no contestaba dejaba a la pobre muchacha en sus dudas. ¿Qué hacer?

—Tremendo, señor capellán.

—Y tan tremendo. ¿Qué hice? Pues lacré la carta, la certifiqué, puse un remite clarísimo, con acuse de recibo; y por fuera: "asuntos de conciencia". Y..., ¿usted cree que no se la dieron? Como no podían abrirla, esperaban lo hiciera el Sr. Obispo al volver del Concilio...

—¡Increíble!

—Pues créalo. Por lo visto, piensan que las niñas pobres han de confesarse con ellas, o con quien ellas quieran...

—¿Y qué pasó al fin?

—Pues, protesté, me quejé... Y la directora recibió una orden de Madrid para que entregara la carta... Pero, ¡nones! Y así meses.

—La retuve —me dijo el Delegado Provincial— por consejo de un canónigo amigo...

—¿Y entonces?

—¿Entonces? Por consejo mío, la niña denunció el caso, delictivo e insólito, al Obispado.

—¿Y...?

—Y sólo entonces, después de meses, se la entregaron. Pero — y hace ademán admirativo el sacerdote.

—¿Pero qué?

—¡Huy! Si antes la hicieron pasar un Calvario, después... ¡Bah, Dios me libre! ¡Pobre niña! Hubo, y hay todavía, amenazas, presiones, represiones. Le prohibieron hasta confesarse con el capellán, hablar con él... Y cuando iba al Hogar, ella no me saludaba... Hasta que otra compañera me enteró de esa inquisición, pues ella, como todas, se callaba, por temor a las represalias. ¡Pobres niñas! ¿Qué delito habrán cometido?

—Yo sé qué niña es, don Germán —Calandria—. ¡Ha sufrido más esa muchacha!

—Bueno, lo creo porque usted lo dice, señor cura; pero ¿se puede hacer eso?

—La moral dice: "peca gravemente quien abre las cartas ajenas sin consentimiento del que las escribe o recibe". Y si son de conciencia ¡supóngase! ¿Quién las habrá dado un privilegio tan absurdo, vejatorio e inmoral? ¡Claro!, no se examinan de moral...

—Usted nos defiende, don Germán, Se lo agradecemos mucho —interviene Calandria.

—Intento defenderlas, hija mía. Pero ellas defienden también rabiosamente sus pretendidos derechos a anular los vuestros. Y me acusan de que hablo mucho con ustedes, y no las veo sino en la misa, cada semana y con las empleadas, a las que no veo nunca. Y se quejan de que les predico verdades. O sea, pretenden que el capellán sea un esclavo más, con la conciencia sometida a quienes, en esto, parecen no tenerla.

Y se defienden como un sindicato. Una vez dejaron todas en bloque el hogar de esta joven...

—¿Una huelga?

—Llámelo como quiera. El caso es que se fueron.

—¿Por...?

—Porque les enviaron dos maestras para ayudarles a enseñar.

—¡Bonito!

—Y ellas encuentran siempre quien las defienda. En cambio, nosotros...

—¿Y usted qué opina, señor cura? Ser pobres, ¿es delito?

—Eso me pregunto yo. Escuche lo que se escribe en "Arriba", en un artículo firmado por Tomás Salvador:

"¿Por qué no se dicta una ley que diga: todos los niños tienen derecho a la cultura, la alegría y la salud, independientemente de que sus padres tengan dinero o no lo tengan..."

—¡Estupendo, don Germán! ¡Si yo fuera rica!

—Todavía dice más este señor:

"¿Por qué tiene que haber niños ricos y niños pobres? Uno comprende bien existan feos y guapos, tontos y listos, trabajadores y gandules... pero, ¿por qué tienen que conocer tantas asperezas, tantas injusticias..."

—¡Eso, eso, don Germán! ¿Por qué se permite salir con sus padres a los niños ricos y no a los pobres? ¿Es que ser pobre es ser malvado? —se enardece la moza.

—¡Dios nos dé discreción! Y todavía habla el articulista de "ciertas dulces, gentiles y caritativas damas...", etc. Debían leer estas "dulces, gentiles y caritativas damas, lo que escribe el Papa Juan XXIII en su Encíclica "Mater et Magistra". Lo tengo anotado aquí:

"Es un derecho, más aún, una necesidad para el hombre un día a la semana hacer una pausa en la aplicación del cuerpo al duro trabajo cotidiano para alivio de los miembros cansados, para honesta distración de los sentidos y para bien de la unidad doméstica, que exige un frecuente contacto y una serena convivencia entre los miembros de las familias... Religión, moral e higiene coinciden en la ley del reposo del domingo...

Pero con vivo dolor debemos comprobar y deplorar la negligencia, por no decir el desprecio, de esta santa ley, con perjuicios, con perniciosas consecuencias para la salud del alma y del cuerpo.

En nombre de Dios y por el interés material y espiritual de los hombres... hacemos un llamamiento a todos... a la observación del precepto de Dios y de su Iglesia, recordando a cada uno su grave responsabilidad delante del Señor y de la sociedad..."

—¡Estupendo!

—Y Pablo VI, en la "Populorum Progressio":

"Hay situaciones cuya injustica clama al cielo".

"Se trata de construir un mundo donde el pobre Lázaro puede sentarse a la misma mesa que el rico."

"Se provocan muchos rencores como consecuencia de verdaderas injusticias..., con menosprecio de los derechos imprescindibles de la persona humana, individuos y familias."

—¡Magnífico, reverendo!

—¿Le gustan?

—¡Y tanto!

—Y escuchen también lo que se dijo en "La familia Cristiana": "...Cada vez que un ser humano... es privado de sus derechos sagrados de persona... la paz ha muerto. La paz es asesinada..." Y más. El Papa Pablo VI, al clausurar el Concilio, a la juventud: "La Iglesia está preocupada porque esa sociedad (esos internados)... respenten la dignidad, la libertad, el derecho de las personas". Y el Concilio, en su Decreto sobre la educación cristiana: "... Los padres son los primeros y obligados educadores... La educación familiar, cuando falta, difícilmente puede suplirse. De la sociedad civil... es colaborar con ellos, ayudando a los padres".

—¡Clarísimo!

—Esto ha dicho el Concilio; y yo pregunto —el reverendo—: ¿es colaborar separarlos sistemáticamente, defícultar sus visitas, poner murallas entre padres e hijos?

—Curioso, curioso...

—Y don Adolfo Muñoz Alonso escribe en "Arriba": "...Urge proclamar el derecho... a la educación... en un plano humano de igualdad y de consideración personal y social, sin discriminaciones extrañas y sin halagos limosneros en el reconocimiento de los derechos".

—¡Qué bien!

—Es una pena. Ser pobres es... ser pobres. Ya decía Salomón: "todos los días del pobre son malos." Y el salmo 79: "nos alimentarás con pan de lágrimas" y Don Quijote: "Quien es pobre no tiene cosa buena". Y Cervantes: "So-

licitó Don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre...). Y pereda: "Raro es el bollo regalado que no produce un coscorrón al hambriento..." Tus pedagogas se saben bien los clásicos.

—Pero no el Evangelio.

—Ni a San Agustín, que escribió:

"Non movetur anima pedibus, sed affectibus"; o sea, las almas no se mueven con los pies, sino con amor.

Esas prohibiciones son anticristianas, inhumanas, injustas. En reciente reunión de dirigentes de reformatorios de menores se tomaron acuerdos totalmente opuestos a los que se practican con estas pobres niñas. El señor Puigdollers, que las clausuró, decía: "Así como no puede un cirujano amputar sino lo indispensable; del mismo modo, no se puede separar a los menores de sus padres, sino cuando es del todo necesario y reduciéndolo al mínimo necesario... Dios creó familias, no internados: Prefiero la familia más regular al mejor de los internados..." Y en recientes reuniones de la O. I. C. I., en Madrid, se dijo: "es indispensable, básico, facilitar el contacto diario de la madre con el hijo, para el desarrollo físico, intelectual y moral del niño". Lastimosamente en muchos Hogares e internados se practica todo lo contrario."

L

HAY QUE REPICAR FUERTE

—El Evangelios, señor cura.

Hace tiempo apareció en el "Diario de Las Palmas" —prosigue el reverendo— la "interview" del periodista Rogelio Vega con un escritor que ha publicado una novela que denuncia el mal trato e inhumanas injusticias que se cometen con los niños pobres de internados gratuitos. Con tal motivo el autor, amigo mío, recibió muchas cartas; y en todas se le animaba a proseguir en su propósito, y se contaban casos... He aquí un trozo de una, de un sacerdote. Y lee:

"...Una estuvo en uno de esos Hogares... Vino a Teror con la madre. La primera semana a comulgar diariamente, y por la calle con la cabeza gacha... La segunda iba ya con la cabeza más levantada. La tercera, y sucesivamente, fue aumentando su desparpajo. Total: la chica, quitada la máscara que traía, o la pusieron..., se encontró sin fuerza moral alguna, y fue un escándalo continuo de la mujer casquivana y cabra completa. Educada de afuera a dentro. O mejor, educan de pegote, no de cimiento... Educan para que estén tiesas dentro del colegio, no para la vida. Y para hacer frente a la vida. Y así caen fácilmente... Esta chica se casó, para zafarse de su madre, con un soldadillo peninsular... Total: estuvo en un Hogar... casi toda su niñez, con cánticos monjiles y fervor monjil, y dejó al marido, a dos niños chiquitos, y se fue a... de mala vida, empleada en bares... No supieron educarla y formarla para luchar contra las dificultades. Su educación es sólo negativa... melosamente pío-sentimentalista..."

—La carta no tiene desperdicio.

—¡Desde luego!

—Y en otra, ese mismo sacerdote escribe:

"Estuve el otro día en el Hogar X, y me dio una pena enorme al ver allá solos en un patio... y a la vera de la carretera un un grupo de niños..., con cara de enorme tristeza, vestidos como de encarcelados. Y cuando la gente pasaba pedían a escondidas perras y cigarrillos y cualquier cosa. La gente, como ya acostumbrada del espectáculo, les obsequiaban a escondidas... Me hice esta reflexión: si los pobres no son gente, estas niños me parecieron como animalitos abandonados... Me dieron la impresión de niños que están hambrientos de cariño, o del primero que los halague, porque se veía al punto la falta de cariño en que están... Para mí fue una nota nueva de la educación y "maternidad" fría..., hecha a dosis de mucha propaganda vieja..."

—¡Qué bien, qué bien, don Germán! —alaba Calandria.

Y el sacerdote:

—He aquí otra carta, firmada por la joven Adela Antonio, desde Arévalo (Avila):

"Me parece estupendo ese libro... Quisiera leerlo, porque tiene absolutamente toda la razón... Ya sabe que lo sé por experiencia, y eso que el nuestro (aquí el nombre de un Hogar) era el mejor de todos los colegios de niñas pobres; pero mis hermanas no tuvieran esa suerte, y les tocó uno de tantos, y sé lo que han pasado... Ahora lo que hace falta es que esto lo lean quienes tienen que poner el remedio al asunto, y, por fin, sean tratados todos los niños como lo que son, y no como animalitos."

—¡Está bien! ¡Está bien! —se entusiasma Calandria.

—¡Estupendo! —clama el maestro— ¡Qué palabras!

—Y aquí va otra. Es de una joven, Varela de apellido, que vive en Alicante. Escuche:

Los niños educados en colegios burgueses son tratados con la mayor delicadeza. Los que se educan sin pagar, éstos son casi ignorados...

Los que están internados en colegios pobres, pobres, éstos marcha "al son de corneta", según frase de un señor.

No está sólo en el poco dinero que se les da a las Instituciones, sino en las que regentan las mismas, que tienen muy poco sentido de humanidad. Tal vez de religión mucho (a su modo, claro), pero de delicada humanidad muy poco, no ya delicada, sino simplemente humana."

—¡Qué bien, señor cura!

—Y aquí tengo otra carta. Es de un licenciado y maestro, Director de Grupos Escolares en Tenerife, buen literato y catador literario. Escuchen:

"La verdad de la cuestión no es fundamentalmente unos reglamentos que se cumplen "formalmente", unas leyes que no entienden de "humanidad". No. La cuestión es más honda; de ella nada saben las leyes ni los reglamentos: el "testimonio" de una tremenda injusticia, y el "contraste" con la ideal justicia que tanto nos cuesta llevar a la práctica...

Y una salmantina, María Ariza, maestra en Carrasca de Martos (Jaén), escribe:

"Me parece estupendo el argumento de su libro, sobre el internado de niños pobres. Sus campanas tenían que llegar a todos los oídos..."

Y hasta de Roma le ha escrito un italiano, ingeniero: "Hay que publicar "Las campanas son de bronce...", porque las campanas de palo, que son las de los pobres, como no hacen ruido, nadie las oyen... Hay que repicar muy fuerte esas Campanas, para que todos las oigan...".

—¡Estupendo! ¡Estupendo!

—Nunca puedo olvidar a la pobre que encerraron en las Adoratrices. Era empleada. Un día me encontré a la madre hecha una Magdalena: "Sáqueme a mi hija, por favor! ¡Se me va a morir! ¡No come !¡Está flaca, flaca!".

—¿Y usted?

—Fui a verla. No me lo permitieron. Le mandé un regalo. No se lo dieron. Protesté por escrito. Respuesta: "Ha sido por indisciplina, no por moral" ¿Cómo se puede castigar tan dura e injustamente sin orden de un juez? En otro Hogar, una empleada, Sofía Olivares se llamaba, en

cuatro meses sólo pudo ir un día a ver a sus padres. Cuando pidió permiso la segunda vez le dicen: "¿Y quién pela las papas?" Y cuando vinieron a verla los padres los hicieron esperar cinco horas, para estar con ella cinco minutos. Y el padre la mandó volver a su casa, escribiéndole: "Eso no es un Hogar, sino una cárcel. Y me han dicho que ahí trabajan como esclavas..." A veces, privan a las empleadas de salir en los contados días libres que tienen por no doblar bien la servilleta, por ejemplo. Y en sus horas libres no pueden salir, ni pasear; sólo en sus habitaciones, cosiendo, o escribiendo. ¡Una pura cárcel!

—¡El Evangelio! —se explaya la joven.

—Y a Pinito García la expulsaron, ¿lo sabes, Calandria? Escribió una postal y una carta a su madre, por su santo, sin permiso de las monjas, sin echarla al correo; y...

—Ya me lo contaron. Y leí el articulito ese en el "Diario de Las Palmas", comentándolo.

—Es un botón de muestra muy significativo —indica el maestro.

—¡Y que haya quienes oyen misa y comulguen cada día y se tengan por cristianos de pro con tales valientes "heroicidades" a cuestas!

—Pinito era muy buena —comenta Calandria.

—Buena, tranquila, estudiosa...; una joven excelente, una internada modelo: leía en la capilla, a las Hermanas, siempre atenta, pronta a todo, con buena gracia. Pero... pensó en su madre...: ¡increíble delito!

—Y que lo diga, don Germán. De las mejores del Hogar. ¿Cómo pudo ser eso? Era una muchacha buenísima...

—Quizá por eso mismo. Tú sabes cómo "ellas" las alejan, las espantan del capellán...

—¡Buenooo...! ¡Nos echan cada rasca por saludarle o hablarle a usted!

—Ya lo sé. Y cometían la indelicadeza de "auxiarlas", "ajuliarlas" de mi presencia. Y como esa niña, atenta, me saludaba a veces... Bueno, no son niñas; son esclavas. Y Pinito, que tenía personalidad y entereza, escribió una felicitación a su madre, pobre, pero honradísima. Y se la descubrieron, se la arrebataron por la fuerza, se la leyeron

delante de todas, le echaron una bronca tremenda y le hicieron mil pedazos la postal de la Inmaculada...

—¿Es que decía algo malo? —don Aníbal.

—¡Cá! Porque dicen que parece podía deducirse que PENSABA echarla por fuera.

—¡Tremendo, señor cura!

—Y como ella protestara: "¿Está loca, hermana? ¿Qué culpa tiene la Virgen?", inmediatamente, por teléfono, llamaron a la madre, enferma, para que se llevara a la hija.

—Romper una postal de la Virgen... ¡Una monja! —clama Calandria, juntando las manos. Y el maestro:

—Un acto de virtud, "honrar padre y madre", castigado como un delito, ¡increíble delito! Ni que estuviéramos en un país ateo o comunista.

—Por lo visto —sigue el reverendo—, el artículo "Increíble delito"... fue publicado en algún periódico de Madrid. Un amigo me escribió desde allí: "El artículo sobre Pino García ha levantado una polvareda enorme, tanto en la parte civil como en la eclesiástica... Y se están recibiendo comentarios en revistas sobre él..." ¡Qué bien!

—¡Estupendo! Eso es lo que intentaba el autor. Si se forma opinión, obligará a las y los "responsables" a ser más humanos, cambiando esa pedagogía del palo y el cencerro.

—¿Que pedagogía? —Calandria.

—¡Hombre! Esa del palo, la del palo limpio y bofetón que te pego. La del ¡cerrojo, cerrojo, ovejas al corral!, si se trata de pobres.

—Es triste —el maestro.

—Tristísimo... Hablando un día de estas injusticias en los jardines del Alcázar de Sevilla con un joven amigo, Javier se llama —su novia sabe mucho de todo esto—, me insinuó la idea de que tal vez las violentas y periódicas reacciones del pueblo sean debidas, en parte, a las injusticias que se cometen sistemáticamente contra los niños, sobre todo contra los niños pobres. También un sacerdote canario me indicó algo de esto.

—Es posible...

—Así que esa novela en que se denuncian las injusticias contra los niños pobres, que se agotó en seguida, y de la que

ha salido la segunda edición, ha hecho y hará un bien muy grande. Si en Barcelona muchos curas pudieron manifestarse para protestar de un hecho violento, que ni siquiera existió. ¿no será lícito a uno solo protestar por tatas violencias físicas y morales cometidas contra infelices niños pobres?

—Una verdad como un templo.

—¡Increíble, increíble! —comenta don Aníbal.

—Este, y otros muchos casos, demuestran —prosigue el sacerdote— la verdad del título de aquella "interview" del periodista Rogelio Vega: "Las inhumanas injusticias que se cometen con los niños de internados pobres..." En la expulsión de esa joven se han cometido los siguientes auténticos delitos: "arrebatar un secreto por la fuerza, hacer público ese secreto; en perjuicio del dueño del secreto; quebrantar el secreto profesional; romper una postal de la Virgen, privar de ella a su dueño, impedir que la mandara, martirizar a una hija, expulsarla, martirizar a una madre, hacerla gastar dinero, ponerla enferma; castigar por ejercer un derecho; no esperar a que se examinara, influir en que no aprobara la Reválida, impedir hablara con sus compañeras en el Instituto, tratarla como a excomulgada..." Total diecisiete muy reales y auténticos delitos para castigar, ladrando y mordiendo como fieras rabiosas, un auténtico acto de piedad filial...

—¡Increíble, señor cura!

—Diecisiete vicios contra una virtud —advierte Calandria.

—Un auténtico campeonato —don Aníbal.

—Y si fuera un caso solamente —se lamenta el sacerdote—. Bueno, me callo: "en boca cerrada no entran moscas". Pero yo me pregunto: ¿Dónde están esos Tribunales de Menores? ¿Para castigar a los niños solamente? ¿Y cuándo se ecometen atropellos contra los niños? ¿Dónde están esas Asociaciones de Padres de Familia? ¿Para defender a las familias ricas nada más? —dolido e indignado, el sacerdote— ¡Pobres niños pobres! ¡Qué desamparados, Dios mío!

—Me deja usted estupefacto, señor cura.

—Si usted viera, como esta joven, o sintiera y le edolieran, como a mí, estas innecesarias e inhumanas injusticias, estaría continuamente protestando y dando gritos... Menos mal que la revista "SP" indicó algo más allá.

—Sí, ya me enteré —Calandria.

—Y ahora han echado también a Teresita Carrillo, a pesar de que tenía una beca ganada en concurso catequístico nacional. A ella y a muchas. ¿Lo sabías, Calandria?

—¿Y por qué la han echado?

—Le han dicho que tiene dieciséis años, que ya se puede ganar la vida... Y se han atrevido a negarle que ganó esa beca. Tú sabes que era muy amiga de Pinito...

—Ya, ya. Si una está en libertad, ¿qué hace la otra en la cárcel?

—Yo he protestado, ¿sabes? Y a algunas las han vuelto a llamar. Pero ellas por nada del mundo quieren volver. Dicen que ya está bien de castigos y hartas de cárcel.

—Siéntese, reverendo —invita don Aníbal y hace sitio al señor cura—. Todo eso me interesa mucho, mucho, aunque también me causa un dolor enorme.

El sacerdote se sienta. Y prosigue.

—Lo curioso del caso de Teresita es que aquí le dijeron que tenía que marcharse, tanto las monjas como en la Delegación. Pero de Madrid dicen que nadie la ha dado de baja... ¿Entiende usted eso? Parece una burla, abusando de que son pobres. Si ella se calla, dirán que se marchó porque quiso... En fin, abusan como les da la real gana, como si no hubiera cabezas responsables.

—¿Ve usted, don Aníbal? —dice la muchacha.

—Y en ocasiones —prosigue el sacerdote— alguna niña ha explotado exclamando: "¡Se lo digo al capellán!" Y han aprovechado esta expansión para lanzarla como un ariete contra mí. Pero yo he contestado que es una honra el que me consideren defensor suyo estas pobres internadas. Al defenderlas defiendo la "justicia, que es como el florecimiento de la caridad, su advenimiento triunfal", según Bernanos. "La caridad selectiva no es más que la caricatura del amor", como dice Michel de Saint-Pierre en su libro "Santa Cólera". Y también: "Ante la injusticia el silencio

no es caritativo, es cómplice". "En los momentos en que se instaura la injusticia, entonces, la verdadera caridad, la sola caridad, es hablar".

—Ese Miguel de Saint-Pierre, ¿es el que escribió "Los nuevos curas? —pregunta el maestro.

—El mismo.

—Pues en un diario de Las Palmas escribió el P. Sarmiento que no podía leerse.

—El P. Sarmiento no estuvo acertado. Es una novela interesante, oportuna y valiente. Como afirma el mismo Saint-Pierre en su libro "Santa Cólera", "esa misma opinión tendrán la sorpresa de encontrarla... cocinada con una cortecita de oro y una pizca de calumnia, en las hojas políticas ateas de extrema izquierda".

—Bueno, ahora hay otra novela llamada "Los curas comunistas". ¿La ha leído usted? —pregunta el maestro.

—Por cierto, me la prestó un seminarista.

—¿Qué le parece?

—Pues... me quedo con "Los nuevos curas". En ésta se defiende a la Iglesia, sus tradiciones. En "Los Curas comunistas", al contrario. Aquí los católicos son injustos capitalistas. Los comunistas, teóricamente, buenos, puros. Aquéllos —los católicos— no merecen la atención del cura católico-comunista; éstos, los comunistas, lo merecen todo..., en opinión del alabado "cura comunista".

—Curioso.

—Son los frutos del "progresismo". Como dice Gómez Tello en "El Español": "Para tantos "progresistas", el único enemigo es el "anticomunismo", no los comunistas, ni los chekistas, ni los terroristas... El ateísmo se disfraza "veste saepe... progressionis"; o sea, "se viste a menudo con el ropaje del progresismo", en palabras de S. S. Pablo VI". Cuando a raíz del Concilio fue liberado al Arzobispo Beran, de Checoslovaquia, el periodista y reverendo Martín Delcazo echó las campanas a vuelo como si ello significara el fin de la persecución en aquel país. Y como un periódico

de Roma no lo creyera así, y diera la noticia en páginas interiores, exclama y escribe el reverendo Martín Delcazo esta frase muy caritativa y muy estilo progresista: "¡Estos cínicos anticomunistas!"

—¿Y no han condenado la Iglesia y los Papas el comunismo?

LI

PUNTOS SUSPENSIVOS A MARTIN VIGIL..."

Los mayores "no parecen darse cuenta de que los niños son personas pequeñas, pero personas también", como escribe J. L. Martín Vigil en su novela "Un cierto olor a podrido". En dicha novela se ponen en solfa desaciertos y modos de educar. Léala, señor maestro. Es bonita... —dice el sacerdote.

—Procuraré leerla. Y a propósito, ¿qué opina usted de la polémica esa del "Diario de Las Palmas" entre el P. Martín Vigil y un sacerdote canario; aquél a favor de los curas "manifestantes", éste en contra; polémica que quedó en "Puntos suspensivos...?"

—Yo, a favor del sacerdote canario y contra los "manifestantes".

—¿Cree usted?

—¡Y tanto! El sacerdote asturiano dice: "usted todo lo mezcla..." Y no hay tal, sino un razonamiento clarísimo. Los policías pueden y deben defender el orden, aun empleando la violencia; lo cual no se puede afirmar de los estudiantes ni de los sacerdotes.

—Casi tiene usted razón.

—¿Cómo que casi? ¡La verdad pura! Y luego M. Virgil se dedica a citar textos del Concilio que condenan la violencia ilegal y delictiva, no la providente violencia de la autoridad. Mientras M. Virgil no demuestre lo contrario, todas las presunciones están a favor de los defensores del

orden —la policía— y en contra de quienes intentan quebrantarlo, sean curas o estudiantes. ¿Es que vamos a perder la bien lograda paz de España, por no darle un palo más o menos fuerte a un alborotador?

—Casi me convence.

Los textos que cita el sacerdote asturiano son generalidades; los del sacerdote canario concretísimos. Y M. Virgil no admite la afirmación de un juez que manifiesta que "no hay indicios de violencia" en el estudiante que dijo fue maltratado. Eso quiere decir, para Virgil, "que el hecho no se prueba, no que sea falso". ¡Peregrina afirmación! Así puedo yo demostrar que tres y dos son seis, o que al mediodía es de noche.

—Es verdad.

—Por otra parte, no consta de ningún estudiante muerto, o manco, o cojo, o tuerto, o algo así. Ese mismo que dicen fue maltratado está vivito y coleando tranquilamente por las calles de Barcelona. De haber sufrido lesión lo estarían pregonando ahora a todos los vientos. En Roma murió un estudiante ha poco. En Argentina igualmente, estos días. ¿Murió alguno ene España? En Italia raptaron a un cónsul y a un sacerdote español. ¿Han raptado alguno en España? ¿A qué entonces tanto ruido?

—Siga, siga.

—Pues sigo, aunque estemos aburriendo de lo lindo a esta muchacha.

—No, no, no me aburre. Me gusta oírle. Siga contando... —responde la mocita. Y el reverendo:

—M. Virgil habla de obispos manifestantes "en un país vecino". Yo le respondería: primero, no fue una manifestación de obispos solos. Hubiera sido tanto o más asombrosa que la de los curas. Segundo, si hubo obispos en alguna manifestación, seguramente fue por principios y causas mucho más profundas, más ciertas y más dignas que la de un supuesto palo a un estudiante revoltoso.

—Casi me convence...

—Pues convénzase. ¿Por qué no van esos clérigos a protestar y manifestarse en Cuba, en el muro de Berlín, en China, en Checoslovaquia, en Hungría, en Rusia, etc., don-

de la Iglesia es sistemáticamente perseguida y hay opresiones y represiones de verdad inhumanas y violentas?

—Tiene usted razón.

—¿Hubo alguna manifestación similar cuando la República Española? Y ya antes de iniciarse el Movimiento habían sido asesinados más de trescientos sacerdotes... A nadie se le ocurrió manifestarse. Y en la zona roja miles y miles sufrieron martirio, sin que hubiera una sola "manifestación de sotanas". En cambio, ahora, cuando no se matan curas, sino que se les trata con dignidad y respeto, si ellos proceden digna y respetuosamente, ni se queman iglesias, se hace una manifestacin que no se hizo en los tiempos en que los "achicharraban vivos", en palabras de Elena Quiroga. Es "trágicamente ridículo", en frase de esa misma escritora.

—Eso parece...

—¡Claro, claro! Y luego se lamentan de la reacción de la policía. ¿Es que el Estado y el policía español, por ser bueno y católico, han de ser tontos también? ¡No, no, gracia a Dios!

—Desde luego.

—Y también se queja M. Vigil de que el sacerdote canario "insinúa que él se inclina al comunismo". Y no es que lo insinúe; se deduce de algunas de sus obras; y "obras son amores", dice el refran; "Por los frutos los conoceréis", dijo Jesucristo. El mismo M. Vigil confiesa tener "amor al comunista, no al comunismo". Difícil entender esos distingos tan sutiles.

—El cristiano debe amor a todas las personas —replica el maestro.

—Sí, a la persona, como posible sujeto de la gracia y de la salvación; pero no al comunista como tal. Y menos cuando ese amor al comunista va unido al desamor al no comunista, como hace el "cura comunista" de M. Vigil.

—Un galimatías.

—¡Y tanto! Es estupendo que un sacerdote vista un mono y trabaje en un taller o una mina. Pero no tanto que se convierta en defensor y promotor de ideas que oprimen

al mismo obrero y condenadas por la Iglesia, a la que el sacerdote representa. ¿No le parece?

—Clarísimo...

—Ese sacerdote canario ha escrito una novela en la que defiende intereses del obrero campesino y a los hijos de los pobres, y estoy segurísimo que por eso sólo, por eso, nadie lo tildará de comunista.

—Seguramente que no.

—El mismo M. Vigil reconoce que su cura comunista, y otros semejantes, "andan con inquietudes y actitudes antisociales, metidos en enredos más o menos comunistoides", como afirma el cura canario. ¿Pues entonces?

—Nada, nada, me convence...

—Escuche palabras de un escrito de católicos catalanes reunidos en Monserrat el 12 de junio de 1966:

"Si indisciplinados eran estos sacerdotes antes de la manifestación, si falsificaban los hechos de supuestos atropellos, que médica y judicialmente no se pueden probar, la rebeldía ha proseguido después de la manifestación..." "Este grupo de sacerdotes... manifestantes están maniobrando bajo una dirección política de alcance nacional e internacional." "Los sacerdotes manifestantes de Barcelona... son manejados por elementos políticos, como lo eran los católicos de Cuba cuando las andanzas de Fidel Castro en Sierra Maestra. El Partido Comunista de España no cesa de repetir su consigna de infiltración en las organizaciones católicas..."

Y yo digo: ¿no serán esos curas manifestantes, sus cabecillas al menos, una muestra de tal infiltración? M. Vigil reconoce "haber filomarxistas en los confesionarios... y en los seminarios, para que luego desde el sacerdocio minaran al pueblo cristiano.." ¿Se puede aplicar ese marchamo a los que él llama "Iglesia ancestral Católica", o más bien es aplicable a esos clérigos manifestantes y "progresistas"?

—Ha sido eso mentar la soga en casa del ahorcado —el maestro. Y Calandria, con humor:

—Oiga, y esos sacerdotes, ¿no se podrían manifestar para que Internados y Hogares de niños pobres nos dieran un trato más humano, con menos rigor, menos casti-

gos y bofetones, y nos dejaran salir y escribir y ver a nuestros padres?

—Has dicho una verdad como un templo —le responde el sacerdote—. Yo lo haría... Y es motivo más razonable. Y seguro que no me aplicarán la letanía de "adjetivos" que ha prodigado la prensa a esos "manifestantes".

—¡Bonita letanía! —el maestro.

—Si esa prensa —prosigue el reverendo— hubiese sido rusa, china, cubana, cheecoeslovaca..., entonces se podría decir que actuaba por irreligiosidad o anticlericalismo; pero, ¿la prensa española? No, hombre, no. ¡A otro con ese "trágala"!

—Parece verdad...

—Por ello, no es indiferente lo de "prensa católica o acatólica", como pretende M. Vigil. Es muy interesante para el caso. Su unánime protesta no puede achacarse a comunes sentimientos anticlericales. Entonces, ¿también los obispos? ¿También la prensa abiertamente católica? ¿Odio a la religión?

—Es difícil creerlo.

—Y tan difícil. Esos "progresistas" de pan bendito son la monda: clamaban y lloraban por la libertad de prensa. Ahora protestan airados por la libertad que se ha tomado esa prensa al protestar de un espectáculo tan triste. ¿En qué quedamos? Bueno, les estoy aburriendo de lo lindo...

—No, no. Siga usted —insite el maestro— ¿Qué te parece, Calandria?

—Por mí, ¡que siga! Pero tendrán los curas que protestar y manifestarse también contra los atropellos a los niños pobres...

—¡Claro, muchacha, claro! Nos manifestaremos, ya vehás... Y M. Vigil acusa al sacerdote canario de "caer en el juego de los citas". Y es él quien las trae a cuento sin venir a cuenta, repetidamente, del Concilio, del Evangelio, igual a como han hecho los curas manifestantes. Y no se dan cuenta que los textos del Concilio son más aplicables a ellos que a la policía; la cual, y únicamente ella, puede usar de la violencia para defender a la sociedad de los violentos, sean ladrones, asesinos, curas o estudiantes.

—Es verdad...

—Las citas del sacerdote canario venían como anillo al dedo: la repulsa unánime la prensa, la de los obispos, etc. En cambio, las que M. Vigil eran vaguedades, sin concretar en nada; y así, en abstracto, nada prueban.

—Desde luego.

—Y también dijo M. Vigil: "La Comisión del episcopado... exhorta a todos a una reflexiva responsabilidad en juicios y comentarios..." Y yo diría: "y también en hechos y manifestaciones", sean verbales o callejeras. No lo dijo la Comisión; pero se deduce de lo que ella dice: "es de lamentar cómo han procedido (los curas manifestantes) sin la necesaria conjunción con su Prelado y sin el debido acatamiento a las indicaciones de los encargados del orden público".

—Era una manifestación "pacífica y silenciosa" —con sonrisita, el maestro.

—No tan pacíficos, amigo. Un periódico dijo: "...en levantisca actitud, y un joven sacerdote abofeteó a un policía..." "Dichos sacerdotes, desgraciadamente, fueron agresores, y los agentes de la autoridad los disolvieron porque alteraban el orden público y habían sido previamente objeto de sus ataques e insultos..." Sea como fuere —prosigue el sacerdote—, no era una procesión precisamente. Y cien curas juntos, en fila, es llamativo y anormal. Y si, como confiesan ellos mismos, "agentes de la Policía Secreta intentaron disuadirnos de continuar nuestra marcha pacífica...", desde ese instante la manifestación era ilegal y moralmente violenta. Y más tarde —confiesan también— "nos ordenaron que nos dispersáramos rápidamente..." Y entonces —como se expresa el mencionado escrito de los católicos catalanes—, "a la voz del reverendo Ricardo Pedrals, "todos adentro", desbordaron al guardia de servicio". Todo "silencio y pacífico" —agregea el capellán, con ironía.

—Ya, ya...

—Y como no hicieran caso, y previas tres indicaciones de disolución, la autoridad, en su pleno derecho, empleó otros medios más expeditivos; y se dio el curioso espec-

táculo de un centenar de sotanas que se resistían "pacíficamente" a disolverse, haciendo creer a todos que se trataba de comunistas disfrazados: ¡tanta era la increíble novedad del caso! Y por tres veces se rehicieron "pacíficamente", obligando a la policía a cumplir con su deber de disolverlos algo menos pacíficamente.

—Interesante, interesante.

—Pero, ¿valía la pena promover tal escándalo para protestar de un hecho dudoso y falso? ¿Eran necesarios cien individuos para entregar una carta, que podían llevar dos, o uno, o enviarla con un sello de a peseta?

—Bastaba uno de ochenta céntimos... —corrige el maestro.

—Tiene razón. Si se hubiese tratado de una procesión no los hubiera disuelto la policía, al menos en este Régimen; aunque sí en el de la República, a la que esos manifestantes "pacíficos" parecen llevarnos, con toda su secuela de crímenes, asesinatos, huelgas, matanzas de curas y monjas, quemas de iglesias, conventos, etc. ¿Ese es el bien del pueblo que dicen defender, escudándose en el Concilio? Si es así, ¡pobre Concilio!

—Debió ser tremendo —indica el maestro.

—¡Y tanto! Pero, ¡qué pronto lo han olvidado algunos, volviendo la espalda a la historia, maestra de la vida! Y alegan que no hay democracia. ¿Qué democracia pretenden? ¿La de la República, que muy "democráticamente" asesinó sacerdotes, quemó iglesias, expulsó a los jesuítas, quitó el Crucifijo de las escuelas, llenó de miseria al obrero y al pueblo...? ¿Es con tal caduca y desastrosa democracia comunistoide con la que piensan hacernos felices esos manifestantes? Como ha escrito J. L. Gómez Tello:

"El comunismo no es y no puede ser otra cosa —mientras lo que mientan sus panegiristas disfrazados— que sangre y crimen. En el Vietnam del Sur, en lo que va de año, los comunistas han asesinado a 2.548 personas no combatientes para dominar por terror. En la República de Turkmenia funciona una "Universidad del Ateismo". ¿Qué dirán ahora los admiradores del "delicado poeta Mao Tse-Tung? ¿Qué dirán los dialogantes de todo pelaje? ¿Qué dirán los que hablan de "co-

munismo humanista"? En todas partes —digo en todas partes—, desde el "paredón" cubano a Paracuellos, cuando el comunismo se siente fuerte, utiliza los mismos procedimientos."

—Está usted bien enterado.

—Es que tomo nota; y he comentado y discutido mucho de esto con mi amigo el sacerdote canario.

—¿Y qué me dice usted de esa felicitación del taxista de Madrid, que habla M. Vigil?

—¡Hombre! También el sacerdote canario ha recibido muchas. Escuche una. Esta es de un párroco venerable de Lanzarote:

"Leí su carta-contestación a un fraile que escribió algo por ahí, y me agradó muchísimo. Esta gente que viene de fuera creen que aquí todos nos tragamos las cosas como si fuéramos ignorantes... Mi felicitación. Y... ¡leña con ellos!"

—¡Clarito!

—Y un joven canario, Aurelio Navarro, oficial de un barco en navegación en el Mediterráneo, le escribió:

"He tenido la oportunidad de leer su "Carta abierta", así como la contestación del señor Vigil, y su otra "Puntos suspensivos..." Mis compañeros las han leído y todos hemos coincidido en que sus escritos tienen un gran valor, pues son la contestación o respuesta de un sacerdote a otro. Creemos también que para entregar una carta de protesta por unos supuestos malos tratos a un ciudadano no es necesario manifestarse escandalosamente. El servicio de Correos hace llegar cualquier carta..."

—También clarito...

Y otro joven, Gregorio Pardilla, desde Tenerife:

"... Ciento treinta (130) sacerdotes, andando en caravana por la acera, aun dentro de la mayor compostura, no escaparían a la atención de nadie, y, a pesar de su absoluto silencio (?), constituyen en sí un escándalo, una campanada... Soy un hombre joven, creyente y respetuoso con el sacerdote. Por eso tal vez me dañen más estas posturas radicales y poco prudentes."

Y días después de la réplica del sacerdote canario, el 7 de junio de 1966, el culto escritor y periodista don Ignacio Quintana decía por Radio Atlántico:

"Las funestas e irreparables consecuencias (de la manifestación) no se ocultan a ninguna mente sensata, y la repulsa, que ha sido general, ha obtenido el refrendo de la jerarquía eclesiástica. Ahora nos ha venido el P. Martín Vigil, con escandalosa sorpresa, a decirnos que, a su juicio, "no ha habido una información honesta y completa de lo sucedido". La opinión del Padre José Luis Martín Vigil es solamente la opinión del P. José Luis Martín Vigil, opinión que contrasta con la del cardenal arzobispo de Santiago, presidente de la Conferencia Episcopal Española, y, sobre todo, con la del Comité Ejecutivo del Episcopado Español, que ha hecho pública una comunicación que tenemos que admitir que responde a una información honesta y completa de los sucesos."

—Es usted un archivo de notas.

—Casi, casi... Y una alta personalidad, con muy alto cargo en la región, le ha escrito a mi amigo:

"Con verdadero agrado he leído su artículo del día 4 de este mes que aparece el de "Diario de Las Palmas". Le felicito, y estoy completamente de acuerdo..."

—Bueno —dice el maestro—, entre tantos elogios, ¿no habría alguno menos elogioso?

—Sí, sí, uno. Era una carta anónima, y... ¿se lo digo?, llena de palabras soeces y blasfemias. Así que ¡vaya amigos, amigo!

—¡Qué gracioso!

—Volviendo a la respuesta de M. Vigil, hay un párrafo que fue escrito con menos buena intención. Y es cuando dice: "...tratemos de comprendernos, pero dejando a un lado la pasión, el insulto, y sobre todo el juicio temerario". Y aquí otra cita del Concilio —él, que no quiere citas—. Estas palabras parecen insinuar que mi amigo usó del insulto, de la pasión, del juicio temerario. Y el sacerdote canario ha razonado con ironía, pero sin insultos, sin apasionamientos, sin juicios temerarios. ¡No, amigo Vigil, así no!

—le diría yo—. Eso ha sido un golpe bajo para embuchárselo a los lectores tontos, despitados o ingenuos. Y aquí vendría bien lo de la comisión del episcopado, donde exhorta a una más reflexiva responsabilidad en juicios y comentarios". Bueno, ¿sigo?

—¡Siga, siga! ¿Te parece, Calandria?

—Sí, que siga, y yo seguiré oyendo y viendo a la gente...

—Pues sigo. Cuando dice el sacerdote asturiano —M. Vigil lo es—: "En la manifestación había hombres de corazón puro, amantes de Dios...", habría que contestar que se pueden nublar los "corazones puros". Bastan para ello dos o tres cabecillas de corazón menos puro. Y cabecillas eran:

El reverendo Dalmau, párroco de Gallifa, diócesis de Vich, el cual escribió en "Cuadernos para el diálogo", de julio-agosto 1964: "La verdad no está ni en el catolicismo ni en el protestantismo..." Y en una conferencia tenida en Barcelona: "Roma se ha burlado no solamente de los catalanes, sino también del Concilio..." Y en el número 38 de la magnífica revista "Fuerza nueva", se dice:

"José Dalmau, que nos presenta el progresismo más desenfadado al aceptar que un cristiano puede ser marxista, no se quedó en ese terreno social de la vida católica. Profundiza más y ataca a la Iglesia en su punto vital: la jerarquía y la misma noción de obediencia."

—¡Vaya, vaya!

—Todavía más. Con la firma de Gino Agnese ha aparecido en "Il Tempo" de Roma un artículo que publicó "El Español", del 2 de noviembre, y donde se lee:

"El P. Dalmau... escribió firmes ataques contra monseñor González Martín, arzobispo de Barcelona. E. P. Dalmau ha sostenido que un ateo que se convierte al catolicismo y un católico que se convierte al comunismo están sobre el mismo plano...; y piensa escribir un ensayo para demostrar que "todas las ideologías son neutras"...

La antología de las cosas extrañas dichas y escritas por el párroco de Gallifa sería demasiado larga, desconcertante y deprimente..."

—Oiga, le da fuerte...

Y la reunión del convento de capuchinos de Sarriá era controlada por un catedrático, miembro del partido comunista. Y a esa reunión asistieron muchos de esos de "corazón puro". Y también señoritas, que, si penetraron en clausura, cayeron en excomunión, según el código Canónico.

—¿Y cómo se entera usted de tantas cosas?

—Son referencias del citado escrito de los católicos catalanes reunidos en Monserrat; documento interesantísimo que deberían leer cuantos desean conocer la verdad de los hechos. He aquí otras palabras de tal documento:

"Una protesta pública de sacerdotes requería una previa certeza sobre los atropellos de los cuales decían querían protestar. Joaquín Boix fue reconocido por el médico forense y no halló en él vestigio alguno de las supuestas torturas y actualmente goza de libertad. De ser cierto el atropello, ni el médico hubiera certificado una falsedad, impropia de un profesional, ni Joaquín Boix ahora se pasearía tranquilamente por las calles. Ante un motivo de protesta que carece de suficiente fundamento, se comprende una protesta hecha por personas incultas e imprudentes, pero jamás por sacerdotes que han de proceder con la verdad por delante... ¿Cómo se movilizan más de cien sacerdotes, faltos de la más elemental información sobre el hecho protestado, haciéndose eco de falsedades y calumnias sobre unas supuestas torturas a Joaquín Boix, que, según dictamen médico y la libertad de que goza actualmente, en realidad no han existido? Claramente se demuestra que las motivaciones, al menos por parte de los inductores de la manifestación, eran estrictamente políticas... El sacerdote que arengó a sus compañeros en la catedral era asiduo concurrente a reuniones políticas de oposición al Estado, tanto en España como en el extranjero, por cuyos servicios cobra notables cantidades..."

—Interesante, muy interesante... —exclama don Aníbal.

—Hubiera sido más oportuno que esos sacerdotes cumplieran lo que dijo el que los arengó en la Catedral: "Nuestra misión es orar, ofrecer, sacrificar, predicar. Nuestras motivaciones son y han de ser siempre religiosas, pastorales... No odiamos a nadie..."

—Benditas palabras...

—Sí, pero en vez de orar, salen a la calle, sabiendo, como confiesan ellos, "que nuestros hermanos policías se indignarán" ¡Curiosa confesión! Y también les dijo el sacerdote arengador: "Más adelante, todo el mundo lo verá claro..." ¿Cuándo? ¿Cuando vuelva la democracia comunistoide? Entonces ya no podrán ver...; sólo ver —si sobreviven— la ruina de un pueblo que agoniza entre incendios de iglesias, asesinatos de sacerdotes y monjas, miseria del pueblo, huelgas y desórdenes permanentes. ¿Es esa la paz y la justicia que desáis para nuestra Patria? ¡Bonita manera de procurar el bien del pobre y del pueblo!

—Está usted tremendo, don Germán.

—Estoy desvaneciendo las nubes sofísticas con que ciertos sabelotodo piensan engañarnos. Con el "ABC" podría decir: "la actitud de ese puñado de atrevidos clérigos de Barcelona, en forcejeo con la policía por las calles de la Ciudad Condal nos produce estupor, tristeza, preocupación y escándalo..." Y con el filósofo Muñoz Alonso: "Mucho me temo que el demonio del separatismo o la avispa del prejuicio político haya abultado su celo hasta enfermar el espíritu sacerdotal..." "El sacerdote se debe a Cristo y al pueblo, con unos comportamientos de ejemplaridad que no son los elegidos por esos señores sacerdotes de Barcelona..." "¡No desgracien la gracia del Concilio...!"

—¡Qué bien! ¿Estás aburrida, Calandria?

—¿Yo? ¡Sigan ustedes! ¡Aquí está la esclava del Señor...! —riendo.

—Y total —prosigue el sacerdote—, porque "dicen" que le pegaron a un estudiante alborotador. ¡Vaya motivo! ¿Tanta bulla por tan poco? Y se quejan de los calificativos de la prensa; pero, ¡hay que ver los que ellos aplican a la policía!: "pegaban con crueldad..., brutal intensificación de los golpes...; atacaron con furor..., en forma brutal, con patadas al vientre..., con furor extraño, en la cara, en la cabeza, en la espalda, con porras, puñetazos, a patadas..."

—¡Huy, huy! ¡Como a niños pobres! —clama la muchacha.

—¡No tanto, jovencita!

—¡Claro que no! —sonríe ella— No llegaron a pegarles

pellizcones, ni bofetones, ni a amarrarlos a la pata de la cama, ni a expulsarlos por escribir a sus padres, ni...

—¡Bonita película! —la interrumpe don Aníbal.

—Triste película —afirma el capellán—. Y digo yo: si en treinta años de régimen no ha ocurrido eso nunca, pegarle palos al clero, ¿no habría motivos suficientes para esa actitud de la policía; actitud que, por otra parte, debe estar exageradamente deformada. "Por algo sería", como me contestaron a mí cuando protesté de las violencias contra estas niñas pobres. Tienes muchísima razón, Calandria. ¿Quieres que hagamos una manifestación?

—¡Claro! ¡A protestar se ha dicho!

—Bueno, ya está bien de lata —el cura.

—Una última pregunta —el maestro.

—A ver...

—¿Qué me dice usted de la llamada "Operación Moisés"?

—¿A usted también llegó esa noticia?

—¡Hombre...! Uno lee...

—Pues era una especie de conspiración para desacreditar a los obispos españoles...

—¿Por parte de quién?

—De unos clérigos.

—¿Qué clérigos?

—Es de suponer que de esos que se dicen "progresistas" y manifestantes. Por lo pronto, uno de éstos, el reverendo Monserrat Torrens, ha confesado estar en línea de la "Operación Moisés", defendiéndola, aun después de haber sido denunciado el intento por la Oficina de Información del Episcopado.

—¿Se atreve?

—Son muy atrevidos estos "progresistas". Pero algunos han declarado: "Ahora caemos en la cuenta de que lo que se estaba tramando es una auténtica puñalada por la espalda contra nuestros obispos, contra el clero español y contra todo el país..." Todo esto tiene "un cierto olor a podrido", como es el título de una novela de M. Vigil, donde se trata de un niño al que no se le ha sabido hacer justicia, como ocurre con estas niñas. ¿No es verdad, Calandria?

—Menos mal que alguien nos defiende.

—Hago lo que puedo y debo.

—Y no olvide la manifestación ésa...

—Sería más razonable que la de los curas catalanes. Allí, cien sacerdotes se enfrentan a la policía para solidarizarse con un estudiante revoltoso —rico, probablemente—, y por un hecho no comprobado. Aquí, la Directora de un Hogar, con el refrendo de un Delegado Provincial, expulsa fulminantemente a una estudiante —pobre, claro— por haber expresado sus sentimientos cariñosos a una madre enferma. ¿Y quién protesta de este atropello? ¿Cabe mayor desigualdad en la justicia? Vergüenza da analizar el contraste. ¡Que Dios nos perdone! ¡Adiós, adiós!

CAPITULO LI

UN "ESPANTAPAJAROS..."

—¿Le gustó? —pregunta Calandria.

—Mucho. Y qué a punto sus palabras. Voy a escribirlas.

Y lo hace él, repitiéndolas lentamente:

—"Ser cristiano es denunciar las injusticias y las indignas desigualdades..." Como anillo al dedo.

—Como le dije, él nos defiende.

—¿Verdad que somos felices, Calandria?

La moza le sonríe, con gesto de confesión, encendida cual amapola. El admira, en delicioso sueño, aquel rostro pensativo, suave, como de carne de dátil.

Y tararea, contento:

"Hay campanas de fiesta
que cantan en mi corazón..."

—¿Sabe? A ese personaje de Madrid que no se dignó contestarnos le dieron otro puesto alto, alto... —dice la moza.

—¿Qué puesto?

—No me acuerdo... Pero una compañera mía comentaba: "No comprendo cómo le han dado ese cargo, si con nosotras no supo hacer justicia".

—¡Nada, chica! ¡No sois gente!

—¿Sabe, don Aníbal?

—¿Qué sé?

—La niña que se quejó al obispo por lo de la carta es

nieta de ese viejo tan simpático que se llama Antoñito Felipe. Ahora viven en Las Palmas, en las casas nuevas de S. Francisco. El padre es José Cubas...

—¿Cómo se llama ella?

—Margarita. Una niña más sufrida... ¡Y más lista!

—Pues también de ese caso se habló en "SP". ¿Y sabes tú algo más del asunto?

—¡Buenooo...! Ella me contaba...

—¿Qué contaba?

—Que a toda costa querían hicieran declaraciones absurdas. Que por qué le escribió al capellán...; por qué él se interesa tanto por nosotras; por qué nosotras la apreciamos tanto ...

—¿Y ella?

—Pues, decía la verdad: que la carta era una consulta de conciencia; que apreciamos al capellán porque nos trata como personas, y nos defiende...

—¿Y ellas?

—¡Buf! Emperradas en sus trece. A la fuerza querían sonsacarle cosas... Y la prohibieron confesarse con él; y estuvo meses sin confesarse: ¡un infierno!

—¡Qué coosasss...!

—Y a la hermana de ella, Pepita, la traían al trote también para sacarle algo y para que corrigiera a su hermana, pues la iban a expulsar..." ¡Las traían fritas! ¡Por escribir una carta de conciencia!

—Lo creo porque lo dices.

—Pues créalo. Y hasta hicieron venir a una medio parienta de ellas desde Tenerife, monja también, para que la sermoneara y la reprendiera. Y le decía, dice: "¡Eres la deshonra de la familia! ¡Denunciar a una religiosa! ¡Se lo diré a tu tío el canónigo...! ¡Te expulsarán...!" Por dos veces vino, a lo mismo...

—Bromista...

—¿Bromista? Pregúntele a ellas...

—Y esa monja del sermoneo, ¿es del Juncalillo?

—Sí, del Juncalillo.

—¿Cómo se llama?

—¡Bah! Es lo mismo. ¡Llámela Juanita Banana!

Y el maestro se puso a cantar, jocoso: "¡Juanita Banana, Juanita Bananaaa..., Juanitaaa Bananaaa...!

Y Calandria le imitó, riendo, ambos muy alegres, como si se hubiera destapado un frasco de esencia de risas.

* * *

—Oye, vete a ver lo de mi carta.

La joven se aleja. Al poco vuelve. Y ríe, ríe, ríe...

—¿Qué te ocurre, chavea?

—Es que, ¿sabe?, aquí las cartas se entregan a mano.

—¿Y qué?

—Pues que no se echan en el buzón.

—¿Y qué?

—Pues eso... —y ríe, ríe—. Todos van, pegan el sello y entregan la carta a mano, ¡ja, ja, ja!

—¿Y qué?

—¿Qué? Pues si la echa en el buzón, las monjas no entregan la carta.

—¡Déjate de bromas! ¿Qué saben ellas?

—Lo saben; lo saben todo las monjitas. ¡Son muy pillas!

—¡Estás pocha!

—Mire, don Aníbal —y se sienta la moza—; se lo voy a explicar. Pero no se enfade, ¡eh! Aquí todo el mundo entrega las cartas a mano, y mi tía, mi tía la de la tienda, resulta, resulta que... no abre nunca el buzón.

El pedagogo arruga el entrecejo:

—¿Qué dices?

—Pues eso: no abre nunca el buzón, porque nadie echa las cartas en el buzón..., a no ser los listos, como usted... Y su carta, mi cartita estaba allí, encerradita, bien guardadita. ¡Mírela! —y reía, reía la muchacha.

—Eso es un delito —protesta el joven.

—Sí. Pero aqui las cosas son "a mó'o de campo". Y mi tía, mi tía, ¿sabe?, la pobre...

—¡Ah! ¿Es tu tía?

—¡Equilicuá!

—Entonces, ¡nada! A reírnos. ¡Y lo que yo suspiré, aguardando tu respuesta! Y la cartita burlándose de mí.

—¡Mírela! ¡Cartita mía! —la besa ella.

Y rompía el sobre lentamente, con cascabeleo de risas.

Y él:

—¡Qué felices somos! ¿Verdad, Calandria?

—Voy a ver qué me escribió, ¡gran pillo...! Por fin voy a leer su cartita... —regocijada, palpitantes los senos, como dos manzanas apretadas bajo el airoso corpiño de típica.

Y don Aníbal, contento:

—"Hay campanas de fiesta, que cantan en mi corazón. Una vez nada más..."

Lo interrumpe una moza zanquilarga, chupada, de ojos saltones y senos flacciduchos, de aspecto torpe y como desencuadernada, de vestido esmirriado y botas de botones, rebosando rusticidad y con aire de llamarse Robustiana o Filomena. Se planta ante ellos con desafiadora mirada y risilla de conejo, los brazos en jarras:

—¡Vaya, vaya! ¡Miusté! Siempre enralá esta niña —y saca la lengua —y de paliqueo con este barbú peninsulá... ¡Miusté! ¿No tuvieron bastante con el platique esvergonzao en cá' tu abuela? ¡Uuuuh...! y vuelve a enseñar la lengue— ¡Uuuuh...!

A Calandria se le viene y se le van los colores del arcoiris. Un flujo de sangre le sube al rostro. El maestro no sabe si reír o enfadarse de aquel espantapájaros vestido de mujer. La mira con repulsión. Calandria con ansia.

El "espantapájaros", escarranchado, mira con malcriadez. Al maestro se le encapota el ceño:

—¡Iros a pasear! ¡Dejarnos en paz! —vocifera, molesto.

—¿Pá seguí paliqueando, eh? ¿Están contentos porque rompieron los tubos? ¡Ya, ya!

—¿Quién os manda meteros en nuestros asuntos? ¡Mirad que...! —e hizo ademán de levantarse el joven, hinchada la cara de rojo.

—¡Por favor, por favor, don Aníbal! ¡Déjela! Es hermana del Buey —suplica Calandria, como una Dolorosa.

—¡Chica becerra está la mocita!

—¡Je, je! ¿Enralaítos? Pronto se les acabará el enralo...

—¡So, burra! Mirad que...! —la increpa el pedagogo, molestísimo— ¡Sois una zafia, una lagarta!

—No haga caso, don Aníbal —suplica angustiada la moza.

—Sí, es mejor. "Las becerras" no ofenden. Poneos un cencerro, jeta de bruja.

Y la "becerra":

—Asperen un ratito..., ¡uh! —y se marchó, enseñando unos dientes amarillos, sucios, y la lengua blanca y grande como la de una vaca, y unos labios burlones, con una sonrisa que hacía daño.

* * *

No había tenido tiempo de reponerse y de comentar el desagradable e inesperado incidente la pareja Calandria-maestro, cuando la "becerra" vuelve:

—¡Este es! — y apunta al maestro, indicándoselo a otra pareja que venía tras ella, pero de guardias civiles.

—¿Cómo? ¡Fuiste tú la que vino a insultar! —Calandria, indignadísima— ¡Qué frescura! Vienes a armar trifulca y...

—Tú, tranquila —la aplaca el maestro—. Señores guardias, esa joven...

—¿Es usted don Aníbal Cuellas? —lo interrumpe un civil.

—Para serviros. Pero esa joven...

—¡Sí ése es! —la barrancojondera, con desparpajo y mueca que heló la sangre a la del Retamar.

—Pero, ¡si fue ella! —refuta ésta, sobreexcitada.

—No podemos charlotear, guapa. No es nada con la mocita. ¡Venga con nosotros! —al maestro.

—¿Por qué, por qué?

—¡Pero si...!

—¡Venga, venga! —insiste el civil, tomándolo por un brazo. Y se lo llevan...

Y la "becerra", con risita de triunfo:

—¡Anda, chúpate esa! —y ejecuta un ademán soez. ¡Pá que aprenda! ¡Ráscate! —y saca la lengua y hurga con el

pulgar la garganta— ¡Y tú también! ¡A la cárcel! —con mueca de simia y ojos de mirada asesina, que mordían, aviesos, enseñando toda la podredumbre de sus dientes.

—¡Vete, esperpento, burra! —la mocita, con tremendas ansias de llorar y de gritar, toda palpitante, hermosa y furiosa, estallándole en los ojos la lluvia del corazón.

* * *

Y quedó allí, con angustia y zozobras, y lagrimones como nueces, que asomaban al lindo mirador de sus ojos. Sufre un desmayo de agonía, tal que herida de punzantes guijarros.

—¿Qué te ocurre, muchacha? —Juana se acerca y la acaricia y la besa, pegando a la de Calandria su cabecita y barriendo sus lágrimas con su pelo corto y aborrascado— ¿Qué tienes, guapa?

Y ella con voz herida que suena a cristal roto:

—¡Nada, nada! — y se abana la muchacha, con hondas amarguras e inquietud, entrecortada la voz por ayes y suspiros.

—¿Cómo que nada? ¡Anda, dime! —con zalamería.

—Se lo llevaron.

—¿A quién, chiquilla? ¿Por qué lloras? No te amochines.

—Al maestro. ¡Ay! —con sofoco, languidez inmensa y lágrimas. Y, reaccionando rabiosa— ¡Esa beecrra!

—¿Qué becerra, muchacha? ¡No te apenes!

* * *

Calandria se cubrió el rostro con ambas manos. Juana quedó petrificada. Con tumulto y nube de chiquillos, mujeres, hombres, la pareja lleva delante de sí, esposados y casi a empellones, al maestro de escuela y al maestro en suelas.. Este la cabeza erguida, los ojos chispeantes, el cachorro echado sobre el cogote, con "anseo", a pasos arrastrados, se "rebella", se mordía los labios de ira, e iba dando estentóreos: "¡Arriba pueblooo! ¡Arriba pueblooo!" Y sus

manos crujían, queriendo romper las cadenas. El maestro se muerde los labios, enrabiado, por no insultar... La barancojondera los saluda con una carcajada que va a clavarse en el pecho de Calandria como el aguijón de una avispa. Siente ella un feroz deseo de protestar a gritos.

Y Catalina, talla en la cabeza, y con ojos de vaca mansa:

—¡Qué enjusticia, qué enjusticia!

Se arremolinó el pueblo. Muchos, con bulla y alharacas, delante y detrás de los guardias. Estos suplicaban: "¡Paso, paso...!

Calandria, con zozobra y temblor, se refugia en la ermita. Y allí, ante el altar, suplica, hace promesas, y las lágrimas le enturbian los ojos, como si hubiese sentido el roce de unas alas sombrías, o como si todo el frío de la noche le entrara por las venas hasta el corazón. Y hasta el sagrado recinto llegaban tremendas imprecaciones:

—¡Suelten a esos hombres! ¡Suéltenlos! ¡Llévennos detenios a tó'os...! ¡Tó'os habemos 'estrozao los tubos...!

Y era la voz del abuelo.

—Hacemos lo que nos ordenan —se excusa un "civil"— ¡Paso, paso!

—¡Suéltenlos, suéltenlos! —la multitud, con algarabía tumultuosa.

—Cumplimos órdenes —explicotean los guardias, y abríanse paso con dificultad.

El Cojo se rebelaba; se retorcía por desasirse de las argollas. Y la cabeza levantada, trémulo de iracundia, encrespado el rizoso pelo:

—¡Esto es una enjusticia, un 'tropello tremendooo! ¡Arriba pueblooo! ¡El agua es nuestra! ¡Nos l'han robao!

Y destaca, enronquecida, terrible, la voz del viejo del Retamar:

—¡Juncalillo lo jizo! ¡Juncalillo lo jizo! ¡Llévenos detenios a tó'os!

—¡Paso, Paso! —los guardias.

Agotadas las lágrimas, sólo le quedan a la moza suspiros en el pecho.

* * *

Delante y detrás, y encaramados al muro, hombres, mujeres, mozos, mozas y chiquillos gritan. Y domina todas las voces la del abuelo de Calandria.

Algunos pedruzcos caen al camino. El tumulto arrecia. Un guardia dispara al aire.

Huye la gente, apiñándose unos sobre otros, en aluvión de multitud alocada. Pero se rehace cuando advierten que llega el cura, a todo correr, la sotana remangada, y con grandes gritos:

—¡Guardias, guardias! ¿Qué pasa? ¿Por qué disparan? ¡Esperen, esperen...!

Los civiles se paran.

—¿Por qué han detenido a esos honrados ciudadanos? ¿Qué han hecho? ¿Por qué disparan? ¡Suéltenlos!

—Cumplimos una orden, señor cura...

—¿De quién?

—Del juez de Guía.

—Yo respondo de ellos, ¡suéltenlos!

—No podemos señor cura.

—¿Qué han hecho?

—No lo sabemos, señor cura. Parece que perturban el pueblo.

—¿Qué pueblo? ¡Suéltenlos! Yo cargo con la responsabilidad. El pueblo no dejará que se lleven a estos pacíficos ciudadanos. No han hecho sino defender al pueblo... ¡Díganselo al juez! ¡Dígaselo! —enrabiado, el cura.

—Pero, señor cura... —éste se coloca ante los civiles.

—¡No pasarán! ¡No saldrán de aquí!

El zapatero se anima:

—¡Arriba pueblo! ¡Arriba pueblo!

Y el viejo del Retamar:

—¡Suéltenlos, jinojo! ¡Ajoto que semos honrados nos van a fastidiar!

Y muchos hombres, corajudos, decididos, se plantaron junto al cura, dispuestos a apoyarlo en su gallarda actitud.

—Bajo su responsabilidad, señor cura. Usted cargará con el parche.

—Sí, sí. Yo cargo con todos los parches —el cura.

Y los "héroes" son conducidos en triunfo hacia la plaza.

En la puerta de la ermita aparece la "novia dolorosa", la faz mojada en llanto. Brilló en su rostro el relámpago de una sonrisa, y las lágrimas volaron, fugaces, al cielo. Antes habían volado sus plegarias por encima y más allá de los astros.

Pero de los barrancos vienen sombras amenazadoras. Avanzan sobre la tierra, traídas por un mal viento, como un negro humo de infierno.

* * *

El cura no durmió. Escribe: al Obispo, al Gobernador, al Alcalde de Gáldar, al cura, al Juez. Explica a éste las graves razones que le movieron a su acción, "defendiendo derechos sagrados del pueblo..."

LII

FIESTA EN TEROR

Fiesta en Teror. Riadas de devotos acuden a pedir y pagar favores a la Virgen del Pino.

De Juncalillo, también...

"El Pino" atrae, distrae, mueve, conmueve. Y la "Señora", por escala de ángeles y de tules, rodeada de sacerdotes que cantan, y fieles que rezan desciende del "pino", refulgente, con temblor y olor sagrado de cirios y de incienso.

Y al otro día, la gran "ofrenda".

* * *

Don Aníbal encontró sitio frente a la Basílica, ante la tarima de la radio, junto a dos jovencitas. Una mujer gordinflona sentó a un niño en la tarima, diciendo: "¡Pobre angelito!"

Y los pies del "angelito" cosquilleaban las espaldas del barbudo. La gordinflona se ahueca, comprimiendo a las dos jovencitas. Una protesta:

—¡Sús, hermanita! ¡Me revienta! ¡Y me quita la vista y el sitio!

—¡Jesús, niña! ¿Qué tú sos de mantequilla? Hay que tener compasión de las pobres viejas.

—No tan vieja...

—¡Sús, niña! ¡Parece mentira! ¡Tan guapa y tan mal genio!

Y la guapa:

—¡Gracias!

* * *

Los "municipales" abren paso. Y un muchachote, con facha de campurrio:

—¡Oiga! No me güelva a tocá. Porque usté me ganará a guardia; pero a macho no me gana usté—. Y como el guardia se le plantara delante—: Oiga, que la carne burro no es transparente, cristiano...

Y el guardia prosiguió:

—¡Abran paso, abran paso!

Y el "Sol" que alumbra las horas felices y tristes de Gran Canaria sale a la puerta del santuario, enmarcada en bellísimo trono, con profusión de luces y ángeles y brillando la resplandeciente y temblorosa candelería de cristal de plata vieja. Hay un flujo y reflujo incesante de multitudes.

La gordinflona lo aprovecha para conquistar terreno en los dominios, ya muy reducidos, de las jovencitas. Y comenta:

—¿Ya no se quejan? Ansina me gusta.

—Con el piropo que usté le echó...

—Hoy se aguanta tó'o por mor de la Virgen, mis niñas —dice la atonelada señora.

Y don Aníbal cumplía el consejo: el "angelito", a falta de alas, batía las patitas sobre sus espaldas, contento.

El Párroco coloca a la Virgen las insignias de Capitán General. Aplausos. Un ruido estruendoso. Silencia aplastante. Y un guardia:

—¡Nada, nada! Se derrumbó un tabladillo. ¡No pasó nada!

—Fue una salva a la Capitana General —comenta uno.

Y comenzó la ofrenda.

Un terroso rebaño de ovejas repica sus cencerros a la que en un pino se apareció a los pastores.

Primera carroza, Artenara: un auténtico y ciejo telar, con una vieja, tejiendo. Coloradas mozas, con trajes típicos. Una de ellas, Calandria. Detrás, una rondalla. Entre los rondallistas, Matías...

De un carromato tirado por bueyes descienden "típicos" y "típicas". Bajan frutos —queso, bizcocho, almendras, tunos y un baifo— y los depositan a los pies de la Señora.

Y suena la música alegre de la rondalla. Bailan. Y una voz suavísima:

A tus plantas llego, Madre,
Madrita de mis amores,
y sólo te traigo penas.
Te traigo muchos dolores;
penas te traigo, Madre,
Madrita de mis amores...

Un nutrido aplauso premió la aterciopelada voz de la Calandria del Retamar. Muchos labios tejieron para ella guirnaldas de flores. El "angelito" también: repicaba con los pies en las espaldas pedagógicas de don Aníbal. Y la mujerota tonel:

—¡Pobrecillo! Está contento por lo bien que cantó la muchachita... ¡Y qué guapa es!

—Ya habemos dos guapas —comenta la guapa de antes.

—¿Entoavía 'stán ahí mis hijas? —replica la gordinflona, cuya humanidad había liberado todo el terreno posible— ¡Y no empujen, niñas!

—¿Ehhh...? ¿Cómo que no empujen? ¡Míiireee...! ¿Dónde vamos a estar? ¿Qué quiere? ¿Que volemos? ¡Ehhh...! ¡Si usté nos quita la vista! ¡No podemos ni respirar!

—¡Bueno, bueno, niñas! ¡No s'alboroten! ¡Hoy se aguanta tó'o por mor de la Virgen. Y no s'enrabisquen. La que cantó es más guapa qu'ustés...

—Ya lo sabemos... ¡Gracias, ustés! —recalcando el "tés".

Al maestro le repicó el corazón. Pero se le nubla la vista, como si le hubiese picado un reptil. Matías y Calandria iban y se alejaban cogidos de la mano. Y hasta creyó ver en sus miradas una inteligencia y en sus labios una sonrisa. Y un enjambre de abejones negros le lancetean la cabeza, el pecho, las espaldas...

Se volvió y revolvió, inquieto, abriendo los ojos y apretando los puños, nervioso. Era la calentura de los celos, que lo asaetearon como avispas venenosas. Y piensa y cumple lo

de "hoy se aguanta toíto por mor de la Virgen", sintiendo una gota de acíbar en el corazón.

* * *

¡Se ve venir un conjunto de palos altos. Eran los remos de los pescadores de Agaete. Vienen descalzos, con "jerseys" color verde, amarillo, rojo, y pantalones grises, remangados, piernas al aire.

Son los "reyunos", pescadores uniformados, con sus redes, echando el "chinchoro".

Y las "marineras", con uniformes azules, orlados de blanco. En la carroza un cuadro de la ermita de Las Nieves y un auténtico barquillo roto, héroe jubilado de andanzas marineras. Traen cestas de juncos colmadas de pescados. Y pregonan: "¡Fresquitas, muchachos, fresquitas!" Y resuenan caracoles. Y cantan, con voces rudas:

"Todo Agaete os implora,
hermosa reina,
tu bendición..."

La gorda movía la barriga a uno y otro lado, al compás de los cantos y bailes. Y tararea:

—"¡Ay, Teror, Teror, Teror...!" —y apretuja y comprime más y más al maestro y a las muchachitas.

Estas protestan con suspiros, mordidas de labios y meneos nerviosos de cabeza y ojos. Y la gordinflona, en sus "balancés", pisa a una de las mocitas:

—¡Ay, ay, ay...! —se queja ella. Y la gorda:

—¡No alboroten, mis niñas! Me tienen sofocá... ¡Y no empujen!

—¡Eh, eh! Si me ha dado un pisotón tremendo; ¡ayyy!... ¡Y nos tiene asfixiás! Que no empujen! ¡Si no podemos ni respirar, cristiana!

—Bueno, buenooo... ¡No s'alboroten! Hoy se aguanta toíto por mor de la Virgen...

* * *

Y más rondallas, carrozas, conjuntos típicos, por horas y horas.

Las mozas de Firgas traen faldas y pañuelos encarnados. Una, coloradota, baila y canta sola.

El Ingenio trae su iglesia reproducida en la carroza. Muchas niñas con mantillas canarias, blancas, y velas en sus manos. Otras bailan la polka isleña. Los mozos ofrecen cochinillos gruñendo en serones de palma.

Con la carroza de Gáldar los ya célebres viejos y viejas de Hoya Pineda, cuyas danzas típicas arrancan aplausos; emperifolladas ellas, con refajos colorados y blusas blancas con cintas y encajes; ellos con chalequitos cortos. Detrás, la famosa Rondalla Princesa Guayarmina, con el insustituible Chano al frente.

Santa Brígida ofrece un enorme cestón, sobresaliendo una fenomenal calabaza. Valsequillo otros, enormes, colmados de naranjas. Sus "típicas" se adornan con blusas blancas y faldas negras. Las de Valleseco, de falda roja, blusa blanca, pañuelo negro. Otras con refajos, faldas canelas, blusas encarnadas, verdes, sombreros negros. Sus caras brillan como manzanas maduras.

Cada pueblo trae sus frutos, sus características, su variada tipología, tan notables dentro de la pequeñez de la Isla. Ante el trono de la Virgen cantan, danzan, ofrendan sus regalos, rezan... Gran Canaria toda rinde homenaje a su Gran Patrona, en un acto popular, emotivo, exponente del amor de una Isla a su Madre Divina, la Virgen del Pino.

Renueva la mujerota sus tamborazos y meneos a uno y otro lado. Y una de las muchachitas:

—¡Deje quieta la barriga, cristiana!

—¿Quéee...? ¡P'a eso es mida! —con golpazos en ella.

—¡Jesús! ¡Mida! —la muchacha, burlona.

—Sí, mida, muy mida. ¡No es tuya, mi niña!

—¿Mía? ¡Ni Dios lo quiera, usté! —con cara de repudio.

—¡Malcriá!

—¡Cállate, muchacha! —la compañera.

—¡Oh! ¿Porque no quiero su barriga?

Inmensa multitud se extasía desde todos los sitios y ángulos.

El de la radio invita a las oprimidas muchachas a subir a la tarima: "¿Quieren hablar por el micro?" Ellas ríen. Imposible moverse. D. Aníbal tenía a su izquierda a la bailadora gordinflona, dueña ya y señora de todos los posibles campos visuales; detrás, a las dos muchachitas, que se empinaban por sobre los hombros del maestro y de la mujer, no sin el rezongo protestón de ésta .Y rozaban sus cobezas con la del maestro, resarciéndolo de los intermitentes pataleos entusiastas del nene: "todo por mor de la Virgen". A la derecha, el muchachote aquel que se enfureció con el guardia; y al que procuraba no acercarse mucho, por si las moscas. Al cantar Calandria pegó chillidos enormes, con "campurrio" regocijo, demostrando ser lo que él había asegurado que era.

Y como la moza mirara con asombro:

—No me mires con esos ojos de coche, que no soy un garaje. —Y otro muchachote:

—No se jizo la miel p'á la boca del asno, sanahoria, chorizo.

—¡Asno cumbrero tú! —risas.

—¡'Tense quietas, mis niñas! ¡Y no empujen! —la gordinflona.

—¡Si es usted la que empuja con esa barriga, cristiana!

—¡Oye! ¿Qué tú no f'íste al colegio, mi niña? —mirándola atravesada.

—Yo no. ¿Y usted?

—Sí, mi niña. Al Sagrado Corazón.

—¡Jesús! ¿A un colegio tan fino?

—¿Qué te 'bías creío tú, mi niña?

—¿Y aprendió mucho?

—Asigún... Porque yo no pagaba ná', la verdá sea dicha: entraba por la puerta d'trás.

—¿Y aprendió "asigún" pagaba, no? —la muchachita.

—¡Cállate, muchacha! —la compañera.

—¡Que se calle y s'esté quieta ella!

—¡Pos no digo que sos una malcriá! No han dío a ningún colegio...

—No. Yo f'í a una escuela...

—Por eso sos malcriá y una dignorante.

Y la "dignorante", por disimular: "¡Ay, Teror, Teror, Teror...!"

Y la mujerota, con rítmicos balanceos:

"¡Ay, Teror, que lindo estás!
¡Qué bonita está la Virgen
en lo alto de su altar...!"

Otra carroza: Telde. Ochenta niñas, con trajes típicos y sendos ramos de flores. Cada niña, un Ave María, enlazadas todas por un cordón de rama verde. Era el Rosario, representado por niñas del Colegio María Auxiliadora. Niñas mayores figuraban las decenas. Remate: una gran cruz de siemprevivas. Detrás, autoridades, el Rvdo. Páıroco Don Pedro Hernández, banda de música...

Luego la carroza de Las Palmas, con sus policías regiamente uniformados, empenachados; y la del Excmo. Cabildo Insular, máxima representación de la Isla, colofón de la vistosa y celebradísima Ofrenda. Y la muchacha de nuevo:

—¡Sús! ¡Esa barriga, cristiana!

—¿Te molesta mi niña?

—¡Ese continuo barrigueo!

—¡Jesús! ¡'Eslenguá! ¿Que son ustés unas "be-a-tles"? —recalcando las sílabas.

—¿Unas beatas? —la otra muchachita.

—Sús! ¡No digas herejías, mi niña! ¿Ustés dignoran qué son be-a-tles? ¡Cómo se ve que na han dío al colegio!

—No. Nosotras f'imos a la escuela.

—¡Ya se ve, mis niñas!

Y el maestro, por nombrarse la escuela, o por congraciarse con las mocitas:

—No se dice "be-a-tles", señora. Se dice "bí-tels".

Y la señora, la oronda barriga hacia él:

—¡Jesús, querío! —juntando las manos— ¿Pos que tú no sabes ledé, mi niño? Si lo han leí'o mis ojos con to'as sus letras: "be-a-tles" —recalcando las sílabas.

—Sí, pero en inglés es "bí-tels", señora.

—Allá los ingleses, mi niño. Yo hablo español. Y lo he leí'o en papeles dimpresos; y mi marí'o, que lee mejó que yo.

—Sí, pero es palabra inglesa, señora.

—Pos yo he dío a Inglaterra, mi niño. Yo lo he leí'o en el "Diario Las Palmas". ¿Pos qu'usté no sabe ledé?

—No, yo no.

—¡Pos aprenda, mi niño!

—Sí, pero en inglés se pronuncia "bí-tels".

—¡Y dale con el inglés! Ese sí que yo no lo sé, querío; la verdá es la verdá. ¿Pero el español? ¿No ve usté que yo f'í a un colegio? Pero, eso sí, no pagaba ná.

—Y aprendió asigún pagaba, ¿no? —la muchachita.

—¡Sús, mi niña! Y a lo mejó este señó es también un dignorante...; aunque —mirándolo— tiene cara de listo, usté.

—Sí, hay "dignorantes" listos —el maestro.

—¡Claro, mi niño! ¡Allá en la Aldea Blanca, pa'l sur, 'onde yo vivo, hay una mujé, la señora de D. Manué que dió el solá pá'la iglesia qu'está jasiendo D. Bernardo él, Pinito la llaman, esa mujé tiene un comercio, ¿sabe?; y da mucho fiao, y apunta los fiaos en una libreta con rayas, palotes y re'ondeles, que no le jase mejó un cateátrico; y nunca tiene un quibuco. Y da gusto verlo, y hasta comprá fia'o pa'vé aquellos re'ondeles, unos grantes, otros menús... ¡Talentos que da Dios, mi niño!

—¡Ya, ya...!

—Pero usteé, querío, con esa facha que parece de la suidiá. ¿Pos qu'usteé na ha dío tampoco al colegio? ¿Ni siquiera a la Casa 'el Niño? No se pué' uno fiá de las aparensias...

—No, yo no he ido al colegio; yo fui a la escuela, como estas jovencitas— le sonríen las jovencitas—. Y todavía estoy yendo...

—¡Ah! ¿Está yendo a la escuela? ¡Con razón! Sí, ahora hay escuelas pa' los adultos alfabetos. Es una de las cosas buenas qu'ha jecho Franco, ¡que Dios y la Virgen del Pino lo guarden! —y se santigua la mujer—; o por radio Ecca, ¿no?

—Mire, señora, yo voy a la escuela a enseñar, no a aprender, ¿entiende?

—Está deprendiendo, y ha dicho enseñando. Una con-

fusión la tiene cualquiera... —y mira para las muchachas— ¡La dignorancia! "¡Ay, Teror, Teror, Teror...!"

—Sí, sí, la "dignorancia"... —el maestro, displicente.

—¡Pos aprenda, querío! Y cuando sepas verás que se dice "be-a-tles", no "bí-tels". ¡Miusté, "bí-tels!

Al maestro se lo llevaba el diablo con la perorata y las entendederas de la mujerota. Y, por terminar:

—Sí, sí. La "dignorancia", señora, la "dignorancia" —Y mira las muchachas, que le sonríen.

El gran enamorado de la Virgen del Pino, Párroco y Monseñor D. Antonio Socorro, desde cuarenta años celoso capellán de la Señora, daba gracias, emocionado: "¡Mil gracias! ¡Muchas gracia! ¡Gracias, señor Capitán General de Canarias, Egregio soldado de la Patria, que nos trae la representación de Su Excelencia el Caudillo de España...! —Aplausos—. Gran Canaria se despide de la Señora. Un aplauso para la Virgen; pañuelos de despedida... ¡Viva la Virgen del Pino! ¡Viva Gran Canaria!"

Y la que no fue al colegio:

—¡Sús! ¡Tal barriga!

—¿Te molesta, mi niña? ¡Pa' eso es mida!

—Sí, molesta. ¡Déjela quieta!

—¡Malcriá!

—¡Oh...!

—...y respondona!

—¡Cállate, muchacha!

—...¡y fea!

—Antes era guapa...

—Sí, pero ende que cantó aquella muchachita d'Artenara, te qu'eastes fea, mi niña —con gesto despectivo.

—Me quedé como era, cristiana.

—Además, las malcriás nunca son guapas, a no ser que cambien de cara —volviendo su "bombo" hacia la "malcriá" a cada piripeo, y palmoteándolo como un tambor.

—¡Gracias! Me conformo con la "mida".

—¡Cállate, muchacha! —la compañera.

Y la voz gangosa de la mujer con un tamborileo alegre:

"¡Ay, Virgen, Virgen del Pino,
la Virgen la más hermosa,
la Virgen que tiene un niño
con su carita de rosa...!"

* * *

Y el maestro, intencionado:

—¿Conque le gustó la muchachita de Artenara?

—¿Cuála? ¿Aquélla tan guapa? ¡Oh, qué encanto de muchacha!

—¿Le gustó, le gustó? ¿Qué tal cantaba?

—¿Pos que tú no la joyiste, mi niño? Y luego, con aquella carita tan preciosa...; pero parecía triste, ¿sabe? ¡Sabe Dios qué penas estará pasando!

—¡Sabe Dios! —D. Aníbal.

—Segurito, segurito tendrá muchos pretendientes.

—¿Lo sabe usted?

—¡Oh, una muchachita tan guapa, tan..., tan acomodadita, tan... Pero usté no se jaga ilusiones, mi niño: ella no va a enamorarse d'un alfabeto. ¡Aprende a ledé, mi niño, aprende a ledé—. Y a las muchachitas: Y ustés también. Yo te dije eras fea en comparanza, ¿sabes?; porque tú —mirándola a la cara— ¡no sos tan fea!

—¡Gracias! ¡Ya soy guapa otra vez!

—Ya ves tú —a D. Aníbal— con esta muchachita puedes emparejarte: entrambos son alfabetos... Pero se dice "be-a-tles", mi niño, "be-a-tles", con to'as sus letras.

—Y al maestro le revolvía la bilis la locuacidad mujeril, acompañada de manoteos y tamborazos. Y corta:

—Sí, sí. Pero escuche, cristiana, escuche ahora.

Y valía la pena. El celoso Párroco aún difunde los cálidos tonos de su voz encendida sobre el auditorio enfervorizado; palabras de amor, rebosantes de gratitud a la Virgen del Pino, Patrona de Gran Canaria. Al concluir sus nuevos y repetidos vivas, un mar de palomitas blancas —pañuelos— se agitan sobre la apiñada multitud, con un fondo de aplausos, como estallido de alas que aletean y suben al espacio. Y un hirviente río humano, en ondas multitudinarias, se

mueve y remueve de pronto en contrarias y opuestas direcciones.

—¡Vaya! ¡Respiren ya, mis niñas!—alega la gordinflona.

—¡Gracias! ¡Huyyy...!—. Y ellas respiran, absorbiendo aire con afán— ¡Nos tenía reventadas!

—¡Ven, hijito!—y la mujer baja a su angelito del cielo, arrastrando éste sus zapatitos sobre las espaldas del paciente pedagogo.

—¡Usté 'isculpe! Hoy s'aguanta tó por mor de la Virgen...— Y sacude con sus manazas la ropa del maestro. Y se marcha abriendo paso, como un tanque— ¡Adiós, mis niñas!

—¡Qué frescona! ¡Mi madreee! —y las muchachitas sonríen al sufrido coopaciente de sus apreturas.

LIII

BULLA, AJETREO...

Este tenía otras distintas en sus pensamientos. Negros abejones le zumban, con el aleteo de los celos. Busca ansioso, como atontado. Teme encontrárselos... La vislumbra ante la Basílica, con otra joven, pero sin Matías: "menos mal".

—¡Hola, Calandria!

—¡Hola, D. Aníbal! ¿Le gustaron las carrozas?

—Mucho. Cantaste muy bien. La gente decía: "¡qué guapa!, ¡qué bien canta!"

—¡Vaya!—. Y la muchacha coge de las siemprevivas del rosario. Un policía la ataja. Y un sacerdote: "¡Cojan! ¡Déjelas que cojan, guardia! "Y en un santiamén desaparecieron las florecillas color azufre.

Una mujer, al párroco: "Por favor, se ha perdido mi amiga. "Anúncielo por la radio..."

—¿Qué edad tiene su amiga, señora?

—Sesenta años, pero no sabe andar sola...

—No se perderá, señora, no se perderá. Esté tranquila.

Brilla la fachada como ascua de cielo; y el esbelto minasete octogonal de la vetusta torre, color turrón. Riada de romeros, de rodillas, por la nave central de la iglesia.

—¿Vamos a tomar churros, Calandria?

—Vamos. ¿Vamos, Maruxa? Esta es una compañera de colegio, don Aníbal.

—¿Ah, sí? ¿Estás contenta?

—Así, así... Si nos trataran como personas y no nos tuvieran tan encerradas...

Por todas partes, bulla, ajetreo, tenderuchos, ventorrillos, ranchos de mozos y mozas, contentos, saltando. Muchos venden sus mercancías en el suelo: tallas, tostaderos, gánigos, macetas, cestos, sombreros de palma, pan frutas, yerbas de virtud oculta, escobas, esteras, faroles de hojalata, sopladeras multicolores... "Puestos" cuajados de chucherías y chirimbolos de mil clases.

Entran en un "ventorrillo" —cuatro palos, tres sábanas— adornado con corbatas de churros. Los toman, con café. Ríen y comentan. La amiga se despide. Y quedan el maestro y Calandria solos. Y sacándose una espina:

—¿Hiciste ya las paces con Matías? Iban de la mano...

—¿Nos vio usted? Es costumbre. Como éramos del Juncalillo...

—¿Por eso?

—Por eso.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¡Ah, ya!

Y, más sereno, le echa él andanadas de piropos. Creíase ya en posesión total del cariño de la moza. Pasean.

—¿No compra nada el caballero a la novia? —dícele un turronero.

—Sí, un paquetito, de azúcar.

—Cosa fina, como la jovencita que le acompaña —alega el hombre, sentado junto a la caja—. Esta muchacha es mi hija—aclara, señalando a una, modosita, que estaba a su lado, de erguidos senos, graciosa—. Cuando ella vende, todos dicen: "cinco duros, señorita, cinco duros, señorita". La vida es asina... Vendo más cuando está ella.

Junto al desfondado tabladillo, una mujer explicotea: "Fue un milagro de la Virgen. Esta niña —y señala a una como de ocho años, con pantalones cortos, azules— se pasó toda la tarde ahí debajo, jugando. Yo quedé desalada. Y grité: "¡Madrita mía del Pino!" "¡Salva a mi nietita del alma!" Y no le pasó nada. ¡Un milagro, un milagro!

—A mí cuantito no me coge. Miren cómo me desrengó esta caja. Debían pagármela. Si no, que no dejen subir tanta gente...

Echó Calandria al molinillo. Se saca un angelito de yeso: "¡Ay, qué suerte!"

—Ese es el que me tocó a mí—. Y explicotea él lo de las muchachitas, la gordinflona y su angelito.

Y pasaron largos minutos, contando él, riendo ambos las ocurrencias de la mujerota aquélla:

—Y dijo eras un encanto, y que daba gusto oírte. ¡Ah!, y que aprendiera a "leder" si quería ser novio tuyo... ¡Qué gracia!

—¿Y ya aprendió?

—Estoy aprendiendo, estoy aprendiendo —y se sobaba las manos, contento.

—Pues siga aprendiendo, siga aprendiendo...

Un grupo de "típicos" rodea a la pareja. Se ponen a saltar y cantar, en círculo, brincones:

En una jaula de oro,
pendiente de un balcón,
se hallaba una calandria
cantando su dolor.

Y ella:

La vergüenza es una flor
con las flores encarnadas;
para que todos la vieran
la puso Dios en la cara.

Y el corro:

Y la tía Belén
no le gusta el queso,
pero la cebolla
se la lleva empeso...

Y una mujer: "¡Qué linda la muchachita!"

Los típicos prosiguieron calle arriba, cogidos de las manos, en fila india, saltando, alegres: "¡Ay, Teror, Teror...!"

¡Ay, Virgen, Virgen del Pino,
la Virgen la más hermosa,
la Virgen que tiene un niño
con su carita de rosa...!

—¡Hola, Maximina! ¡Y tú, María Luisa! —Y Calandria besa a unas muchachas—. ¡Oh, Nati!

—¡Hola, María Flora!

—¿Ya saliste de las Adoratrices, Maxi?

—¡Gracias a Dios! Aquello era un presidio.

—Y fui a verla —agrega otra—, y no me dejaron. Y tampoco al capellán. Y le envié un regalo, y no se lo dieron. Y dinero, y tampoco...

—Si sigo allí, me muero, mi niña. Todo el día trabajando, o en la capilla. Me puse flaca, flaca, y siempre llorando. No me dejaban ver ¡ni a mi madre! ¡Fíjese usted! El señor Obispo, que va a ver los presos a la cárcel, debería también enterarse de lo que hacen allí con las pobres muchachas. ¿Eso es cari'á, quería? Y me escapé, ¿sabes? Y me mandaron la guardia. Pero era mayor de edad, y la guardia le dio razón a mi madre. ¡Bueno, fuera! Y sí, me escapé ¡Y bien que me escapé!

—¿Y dónde estás ahora?

—En la pensión Jeremías, en el puerto, con mi madre.

—¡Increíble, increíble!

—¿Es tu novio? —una, a Calandria, en un aparte.

—¡Ca! Por pasar el rato. Enamorar por estar alegre.

—¡Si se enteran las monjas!

—¡A mí! Como no pienso volver. ¡Ahí me las den todas!

—Y tú, Nati, ¿no ibas a ir a Madrid?

—Sí; pero ellas, ¿tú sabes quiénes son ellas?, dijeron que nones. ¡Fíjate tú!

* * *

—¿Se convence, don Aníbal?

—Estoy más que convencido...

—Una de ésas es la compañera que metieron en las Adoratrices por hablar con un viejo.

—¿Y esas otras, con caritas de cromo?

—Una, la Instructora; la otra, maestra y mártir... A María Luisa, la Instructora, sí que la queremos. Nunca, nunca nos pega. Y la respetamos mucho, aunque antes era alumna como nosotras. Pero sabe hacerse respetar, y nos trata como personas... Pero "ellas"... Bueno, "ellas" nos están siempre sonsacando a ver por qué queremos tanto a María Luisa. Y es porque es muy buena con nosotras, y siempre está de nuestra parte. No la entienden... También queríamos mucho a Sor Pilar. ¡Esa sí era una monjita buena! ¡Nos quería más! Y nos defendía. Pero la quitaron enseguida. Y hasta nos prohibieron escribirle. ¡Lloramos más cuando se fue!

* * *

Llegan al entronque de la carretera de Las Palmas. Encandilan los coches con sus focos, seguidos, como eslabones de una cadena sin fin. Parecen monstruos de ojos inflamados. En agitación constante, a borbotones, un hormigueo de gente, sin derrotero fijo, iba y venía por aquel extremo de Teror, como río tumultuoso que penetra en el mar, y oyéndose un continuo rasgueo de timples, panderos y guitarras. Y muchas veces: ¿Van para Telde? ¿A Gáldar? ¿Para Las Palmas?

* * *

—¡Hola, Irene!
—¡Hola! ¡Qué tal?
—Otra compañera de Hogar, don Aníbal.
—¿Ah, sí? ¿Cómo te va por allí?
—¡Figúreselo! Cinco añitos sin salir... Y gracias que ahora nos dan unas vacaciones. Pero antes... Mi hermana y yo hemos pasado cinco años, ¡cinco!, sin ver a nuestra madre. No nos dieron nunca permiso para venir a verla; y eso que estaba enferma. Y si protestábamos, ¡bofetón que te pego! Una vez vinimos a Teror de paseo, y tampoco nos dejaron. Tuvo mi madre que levantarse de la cama y venir arrastrándose y sostenida por dos vecinas a vernos a nosotras... ¡Eso es Caridad!

—¿Ve usted, don Aníbal! —interrumpe Calandria.

—Yo ni conocía a mi madre ya; y ella a nosotros tampoco... Y una vez me tuvieron fregando todo el día la azotea, de la mañana a la noche, por una nonada. ¡Eran más...! ¡Y menos mal que han cambiado algo desde que se publicó un artículo en el "Diario" y un libro hablando del modo inhumano cómo nos tratan. Pero, así y todo, ¡son más roñosas para dejarnos salir! ¡Les cogí una rabia...! Y expulsaron a Pinito García por felicitar a su madre. Hasta a Teresita Carrillo, que tenía ganada una beca. ¡Hacen cada cosa! Si siguen así, las echarán a todas. Y han inventado el comer de pie, y el interrumpir la comida para dar vueltas en el patio, o de rodillas... Como si no tuviéramos madres. Y dicen que han echado al capellán. Así pueden cometer más barbaridades. ¿Quién nos defenderá?

—¿Y esos Centros no tienen gente responsable? Porque el Estado da bastante dinero para eso; y las hermanas cobran lo suyo...

—Sí, pero esos señores van en Mercedes, y aprisa... Además, ellas los engatusan muy bien...; y les tapan la boca con regalos y dulcitos...; y les cuentan a su modo las cosas. ¡Les echan cada mentira...! Bueno, ¡de las gordas! Y ellos no oyen más que a ellas, y ellos se lo creen todo, todo...

LIII

RUIDOS EN EL CONVENTO

—Don Aníbal, voy a dejarle solo —dice de pronto la muchacha, con misterio.

—¿Y eso?

—Una amiga va a meterse de monja en el Císter. Y me rogó la acompañara. Me está esperando.

—¿Y lo dices así, tan tranquila, sin reírte ni nada?

—¡Oh!, ¿qué quiere?

—¿Y no irás a irte tú de monja?

—¡Ca! Es promesa de ella, por lo del agua.

—¿Por lo del agua? No entiendo...

—Bueno, a la media hora volveré, o antes. Por aquí se sube al convento, ¿lo ve allí? —Y le señala la severa mole del Císter—. Estamos apalabradas.

—¿Te acompaño?

—No, no... ¡espéreme!

* * *

Y ella remonta, ágil, el mal iluminado y escabroso senderillo. Impresiónale la fachada, severa, de triste paredes pálidas, con aristas negras, sumida en misterioso silencio, con verdín y musgosa pátina de inviernos fríos, donde parpadea una turbia farola; y el atrio exterior, empedrado de rústicos lajones, conventual, donde brota la hierba por las junturas de las lajas. No obstante, era un ambiente de paz y de amor, de sosiego santo.

La espera una jovencita en el muro fronterizo, pensativa, con un hatillo al lado, la cabeza entre las manos, iluminada por suave blancor. Se abrazan.

—Pensé no ibas a venir.

—Gracias que pude zafarme. ¿Estás decidida?

—Sí, sí.

Y penetran en un alto zaguán oscuro, y por una puertecilla, a izquierda. Tiran de un cordel. Suena una campanita tenue, como dentro de un arca cerrada, hermética.

—¡Ave, María Purísimaaa...! —desde el interior misterioso.

—Sin pecado concebida. Mire, hermana, aquí está la que va a meterse de monja.

—¿Ah, sí? Avisen a Chanita; ahí, a la derecha.

No fue necesario. Una anciana aparece en una puertecilla, arrebujada en negro pañolón.

—¿Qué desean ustedes? —dice.

—Chanita, avise al señor capellán —responde la voz aniñada, casi angelical, del torno—. Esta joven viene a entrar de monja.

—Esperen un poquito —indica la anciana. Y se marchó, a pasos cortos.

* * *

Al rato vuelve, acompañada de un sacerdote.

—Muchacha, ¿tan joven y ya aburrida del mundo? ¿Es que no has encontrado novio?

Queda ella colorada. Y él:

—Es una broma, mujer. —Y toca la monjil campanita.

—¿Sabes lo que dice la gente?

—¿Qué, padre?

—Que cuando entra una nueva monja el demonio viene de noche a meter miedo, haciendo ruido y dando voces y gritos.

—¡Jesús, padre! ¡No me meta miedo!

—Bueno, deben ser cuentos. Si lo sientes, rézale a la Virgen, y no hay demonio que valga. ¡No tengas miedo, bobita!

—¡Ave, María Purísima!

—Mire, hermana. Abran el portalón para que entre la aspirante a monja. ¡Una santita más!

Y poco después cruje la acuartelada y maciza puerta, rezongando el ¡ras, ras! del descorrido cerrojo como una interjección huraña y misteriosa. Dentro, en semicírculo, monjitas —hábito color café con leche, con cirios encendidos— murmuran oraciones con voces angelicales, de cristal, en un patio que tenía un alto corredor como de encaje, sostenido por verdes columnitas de madera.

Abraza y besa Calandria a su amiga.

—Ponte de rodillas —indica el sacerdote.

Y la joven se postra en el suelo, ante la puerta. Está emocionada. Dentro, las monjas de atrás se alzan para ver mejor. Y el capellán, con voz grave, solemne, muy en su oficio:

—"Vas a dejar el mundo. Aún estás de la puerta afuera. Mira bien el paso que vas a dar. Si estás decidida a ser una buena monja, entra con ánimo en la casa de Dios. Aquí tendrás a las monjas por madres y hermanas. Nada te faltará. ¿Estás decidida a servir al Señor?"

Y una voz queda de temblor y emoción contesta:

—Sí, padre. Estoy decidida.

—Bien —con empaque solemne—; pero advierte que ahí has de estar encerrada para siempre al servicio de Dios, con penitencia y oración...

—Así lo espero, con la gracia de Dios.

—Si es así, recibe mi bendición.

—Y el sacerdote eleva su mano, trazando el signo de la cruz, mientras musita: "Dios te bendiga. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

—Amén —contesta ella, a coro con todas las monjas.

Luego se levanta y, decidida, traspasa el umbral. La abadesa avanza a su vez para recibirla, abrazándola, mientras exclama: "¡Ya es nuestra! ¡Seas bienvenida a esta casa, hija mía!"

Y seguidamente —invariable ritual— todas las monjas van abrazando a la postulante de novicia.

* * *

La puerta chirrió. Rechinó un largo cerrojo. Chascó un picaporte, con estrépito de herraje. Silencio...

Se oían cánticos... Calandria imagina que su amiga vuela entre hadas celestiales a lejanas mansiones de ensueño. Como conducida en triunfo, con música y antorchas, en procesión de ángeles. Olía a plegarias, a incienso, a misteriosas lejanías...

* * *

—Bueno, ¿quieres verla ya vestida de monja?

—¡Ay, sí, sí, padre!

—Pues espera un poquito. Ahora han ido todas a la capilla. Después le cortan el pelo, le quitan el traje de calle y le ponen vestidos de novicia, y así vuelve a la sala de visita para despedir a las parientes y amigas.

No tardó en volver. Transformada, hecha casi una monja, sonríe tras las rejas. Calandria se emociona, y le dice:

—Te sienta bien el hábito. Estás muy bonita.

—¡Adiós, Calandria! Reza mucho por mí.

—Eso te digo. Reza tú por mí, que estás en un cachito de cielo y sabes que mucho lo necesito. ¡Ah, y por lo del agua!

Salieron de la sala de visitas.

* * *

Y el capellán:

—Y tú, ¿no te metes de monjita?

—Con éstas me iría. Pero con las que no tienen pizca de caridad con las pobres, ¡ni por pienso!

—Estás en un colegio de monjas, ¡seguro!

—¿Por qué lo sabe, padre?

—Me lo supuse, hija.

—Estoy en un Hogar gratuito...

—Mira, y no te escandalices. Algunos no son hogares, sino cárceles. ¡Qué diferencia a como tratan a las ricas! ¡Padre-Dios las perdone! ¡Cómo si el ser pobre fuera un delito!

—Tiene usted mucha razón, señor cura. Y yo sé mucho de eso.

—Yo también, hija. La gracia de Dios no ha llegado para esos hogares... Ten paciencia. Y avisa, si vas a meterte de monja.

Ella se entretuvo allí. Llegaba, con alboroto y retumbo, el reflujo del hervor populachero como un rumor hecho de mil rumores. Se dibujaban los altos pinos, iluminados con bombillas verdes, rojas, amarillas, como naranjas encendidas por dentro. Se elevaban haces de luz, en abanico, a guisa de palmeras, cayendo en fina lluvia de estrellas. Los cohetes subían ligeros, agudos, como silbidos, en policromía alegre de colores. "Como un sauce de sangre que goteasе flores de luz... ¡Qué pavos reales encendidos...! ¡Qué faisanes de fuego por jardines de estrellas...!", en palabras de Ramón Jiménez.

Una cruz misteriosa, aérea, brilla en lo alto, como aparición del cielo.

Y el recuerdo de la amiga y de las frases del sacerdote empuja una lágrima, que se asoma al mirador de sus ojos y resbala por sus mejillas: perla que refleja luz de cohetes y de bengalas.

* * *

Una sombra venía hacia ella, rezongando, haciendo eses. Asustada, se refugia la moza en el zaguán oscuro y penetra en la habitación del torno. Se aprieta a la débil puerta con su cuerpo, temblorosa. Besa repetidamente una medallita.

Resuenan pisadas, como de un oso... Y una voz opaca, aguardentosa:

—¡Calandria! ¡Calandriaaa! —profana el monástico silencio. Y el oso husmea, con respiración faunesca. Y, a tientas, araña la portezuela tras la cual se angustia la moza, en espera turbadora, con temblores. Al oír ruido, la anciana recadera acudió:

—¿Qué haces ahí, mocita? —Calandria se sobresalta.

—Un borracho me persigue.

—¡Qué borracho ni borracha!

—Sí, sí...

—Deja ver.

Sale fuera la ancianita. Y al poco:

—Hay un muchachote allí sentado. Pero él no te hará nada, boba. Puedes salir. No te arredres.

—¡No, no!

—Como quieras. Descansa en mi casa, si quieres. O ahí, en ese banco.

—Gracias. Yo aguardo aquí. —Y entraban por los rejotes de las ventanas los espasmos de los "fuegos", retumbando con estampidos estremecedores.

* * *

—Hora y media... —y mira don Aníbal el reloj, nervioso—. Hora y media. Y ella me habló de media hora... —Y pasea intranquilo—. ¿Se habrá entrado de monja? —Y oscila en cavilaciones extremas su ánimo, enamorado y resuelto. Aquella tardanza ennegrece su alegría con la tristeza del temor.

De un tirón remonta el oscuro senderillo. Le bullen mil ideas negras en el pensamiento. Todo lo juzga a través del cristal oscurecido de su mente. Y se estremece al descubrir la severa mole, enrejada de duros barrotes. Le corta la respiración el grave silencio que rezuma de los altos paredones, con sus tristes ventanales. "¿Estará metida en ese gran jalón colgado del cielo? Nunca he notado en ella inclinaciones de mística —dice—. Pero..." Y el "pero" le perfora las sienes, como el garfio agarrotado de una punzante interrogación.

Y penetra cauteloso en la callejuela en penumbras, de embrujado sabor medieval, solitaria y muda, donde cree él vislumbrar sombras centenarias y terrosas. Parecióle que la fachada imponente le oprimía y le escachaba todos los pensamientos; y que el farol que alumbra el sosiego oscuro de la calleja, marcando un cerco mortecino de luz, era una vigilante pupila encendida que escrutaba y descubría sus penosos pensamientos. Y aumentó el desasosiego de su espíritu.

Subida la escalinata del convento, ve en el suelo, descabezado, el angelito de yeso y unas siemprevivas... No acierta a comprender... Se inflama su amorosidad volcá-

nica. Se le encabritan los sentimientos y los presentimientos. Con temor se adentra en el —a su juicio— "tétrico antro". Como si penetrara en otro mundo. Sonaban a hueco sus pasos en el alto y oscuro zaguán, cuya lobreguez le oprimía como un manto de plomo; juzgando que estaba metido en un fondo de aguas muertas; un mundo sin luz y sin esperanza, en un silencio frío, plúmbeo, donde no se nota el correr del tiempo, en contraste con el bullicio fiestero del pueblo.

Calandria siente aquellas pisadas de fantasma, sin eco. Con temor se angustia, apretujándose más y más a la insegura puertecilla y temiendo de un momento a otro la descubriera. Besa una medallita de la Virgen del Pino, que le compró don Aníbal. Hace promesas, toda trémula e inquieta de terrible ansiedad.

El joven vaga desconcertado en aquel —a su pensar— ambiente de cueva, lóbrego y húmedo, donde se amontonan los años silenciosamente, unos sobre otros, como hojas de un folio apolillado. Escudriña, husmea las paredes de aquella morada de la pureza, donde brota un puro aroma de vírgenes; para el joven entonces cárcel, donde presume y teme está ya encerrada para siempre la moza de sus ilusiones. No ve sino dudas, temores y sombras...

Palpa el gran portalón que le impide el paso y de donde brota un aire húmedo, frío, y tras el cual presiente a Calandria en un arcano recogimiento, hondo, de ideas graves, de íntimos coloquios a media voz; una paz de claustro en que el aire y las piedras hablan de altos misterios y de ocultas virtudes y pasiones. "¿Es posible que Calandria se avenga a vivir dentro de estas tristes paredes?", piensa angustiado. Y el corazón le latía con fuerza. "¡No, no! ¡Imposible!" Y en la desazón de su loca amargura, grita con fuerza:

—¡Calandria, Calandria! ¡Sal de ahí dentro! ¡Suéltenla! ¡Ella no quiere ser monja! ¡La tienen raptada...! ¡Suéltenlaaa!

Y acompañó las voces con puñetazos enormes y palabrotas, sonando los gritos y golpes con extraño eco de sepulcro vacío.

Aumentaron las voces la angustia de la moza, creyendo procedían del borracho. Reza más y más a la Virgen, doloridos y lacrimosos sus grandes ojos, los que secaba con el hilo de sus trenzas, arrolladas al cuello. Y, por un momento, se pregunta: "¿Será el demonio?"

—¡Calandria, Calandria! —resuena de nuevo con vibración alucinadora la voz en la oscuridad. Y los golpazos y las maldiciones del maestro, enloquecido, retumban como ayes de un desesperado.

Se siente entonces un gemebundo y misterioso ¡ay! Queda petrificado don Aníbal. "¿De qué hueco ha surgido aquel lamento? —se pregunta, asombrado—. ¿Estás encerrada? ¿Te has metido de monja? ¡Contesta, Calandria! ¡Soy, yo, Aníbal! ¡Sal fuera, Calandria! ¡Te tienen secuestrada!"

Y el alto techo, el aire enrarecido, las grandes losetas, el piso, las varias puertas misteriosas, todo estaba lleno de una sola voz. Y era la voz del molestoso pensamiento: "¿Se habrá metido de monja?"

—¡Calandria! ¡Calandriaaa...! —repite él su angustioso grito de desconsuelo y desesperación, creyendo ya a la moza definitivamente en el convento. Y reitera los endemoniados golpes, palabrotas y ruidos.

—¡Don Aníbal, don Aníbal, don Aníbal! —surge la voz de la muchacha, con acento que parecía salido de un cofre cerrado.

—¿Quién es, quién es? —pregunta él, como si oyera palabras de una visión fantástica.

—¡Yo, Calandria, Calandria...!

—¿Dónde estás? ¡Sal de ahí dentro!

Y del escondrijo oscuro sale la moza, rebozada en sombra, con faz de Dolorosa.

—¡Ay, gracias a Dios! ¡He pasado un susto, don Aníbal! ¡Ay, ay!

—¿Quién es? ¿Quien es? —chilla él, todavía alelado, como quien está soñando.

—¡Yo, Calandria!

—¡Yo, Aníbal! —y se abrazan él y la muchacha, con incontenible y espontánea emoción.

Y explica ella, suspirante, ansiosa, que el Buey, borracho, la estuvo persiguiendo.

—Me escondí... Creí era él... ¡Ay! ¡Tenía un susto! ¡Cuánto he sufrido! ¡Gracias, don Aníbal!

Y, más tranquila ya, reía con lágrimas.

—Y yo, al ver que tardabas; y más al encontrarme el angelito. No entendía. Creí que te habías metido de monja.

—¡Ay, ay, don Aníbal ¡Mi angelito! Se me cayó huyendo del Buey. ¡Cuánto se lo agradezco! —y los destellos de los cohetes rielan en la faz sudorosa, todavía medrosos los ojos.

* * *

Bajan los escalones. Lejos, una sombra burda, como un rebujón de hombre, da pasos inseguros en mitad de la calle: "¡Si la pesco! ¡Se me escapó, caracho! ¡Múuu...!"

Y ellos corren, cogidos de la mano, por el resbaladizo empedrado antiguo de la callejuela conventual. Atrás quedaba olor a incienso y un aire con sabor a viejas leyendas medievales...

* * *

Y se pierden de nuevo en el bullicio, en el flujo y reflujo, en el tráfago incesante de coches, de gente, de parrandistas, de romeros.

Y cruzan el pueblo, lleno de vida, de ruido: hombres, mujeres, jóvenes cantando, familias durmiendo en las aceras, arrebozadas en mantas. Grupos de muchachos y muchachas, en fila india, cogidos de la mano, con gorrillos de papel, dan brincos, danzando, cantando en grato bullicio, alegres, festivos, contagiosos. Al fondo, la Basílica, hito resplandeciente, como una lluvia de luz, vitreando los rosetones de los ventanales. La iluminación del templo daba alegría. Como si cayera oro del cielo. En el empinado picacho, una misteriosa cruz iluminada. En la iglesia, multitudes en hilera se acercan de rodillas a la Señora, rutilante en su trono de luces, con un sordo y continuo mascullar de plegarias. Calandria también penetró, de rodillas, y se

entretuvo ante la imagen un largo rato, extasiada, absorta. Allí depositó un mar de lágrimas.

Junto a la columna opuesta, muy serio, reza también don Aníbal.

Y cuando se le acerca la muchacha:

—¿Te has fijado en el retablo del altar mayor? Hay dos columnas torcidas. ¿Ves?

—No, no me había fijado. Ahora lo veo. Es curioso.

—Curioso, sí.

—¿Sabe lo que se me ocurre?

—¿Qué, guapa?

—Que esas columnas torcidas representan a las vírgenes necias...: columnas torcidas del templo de Dios.

—¡Qué gracia! ¿Y las rectas?

—A las vírgenes prudentes: "había diez vírgenes; cinco de ellos eran necias, cinco prudentes", dijo el Señor.

Y él:

—No está mal. Las torcidas en los extremos: "los extremos son viciosos..."

—Sí, las necias se extreman —Calandria.

—Y en el centro las rectas: "en el medio está la virtud..."

Y ella:

—Y en los extremos la necedad: muy tiesas, rígidas, inflexibles, por abajo, con las pobres; muy blandas, flexibles, torcidas, por arriba, con las ricas... ¿Se fija?

—¡Vaya! Todo un poema en dos columnas. ¡Una parábola esculpida! ¡No está mal!

Al salir, el maestro le compró unos suspiros, ligeros como besos.

Y él y ella buscan "La Cocha", el trasatlántico de Juncalillo, donde embarcarían para la paz de las cumbres. Y el maestro tarareaba:

"Ho capito che ti amavo
cuando he visto
que tardabas en llegar..."

Y conversaban, conversaban... Y ella le contó lo que dijera el sacerdote sobre la venida del demonio a meter miedo. Y él, divertido:

—¡Ah! Entonces yo hice hoy de demonio en el convento; y hace un año de alma en pena en la cumbre. ¡Qué gracia!

Y reían, reían, reían...

* * *

Mientras, en el monasterio del Císter, todo silencio, porque a las nueve ya están recogidas, las monjas oyeron ruidos, maldiciones, gritos, golpes... Y, por una vez más, creen que se había cumplido la tradición y la leyenda.

Y una de las más ancianas rompe el silencio de la regla:

—¡Jesús, hermanas! Nunca ha hecho el demonio tanto ruido, ni ha dado tantos gritos, ni dicho tantas palabrotas y pegado tantos golpazos como esta noche...

—La novicia debe ser una santita —comentó otra. Y siguieron durmiendo en gozosa paz.

Y cuando a las tres de la madrugada se levantaron para alabar a Dios, como siempre, la bondadosa madre abadesa creyó oportuno tranquilizar a sus monjas, leyéndoles en esta ocasión la Carta Primera de San Pedro:

—"Hermanas: Sed sobrias y vigilad; porque vuestro enemigo el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar... Resistidle firmes en la fe, sabiendo que a la comunidad de los hermanos en el mundo se le imponen los mismos sufrimientos. Y el Dios de toda gracia, el que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo, después de haber sufrido un poco, El mismo os restablecerá, confirmará, fortalecerá y hará inconmovibles. A El poder por los siglos de los siglos. Amén..."

Y luego, durante un rato, repetían todas a coro: "Ab insidiis diaboli, libera nos, Domine... Ab insidiis diaboli, libera nos, Domine... Ab insidiis diaboli, libera nos, Domine..."

LIV

LAS CAMPANAS SON DE BRONCE

Geórgicas esquilas de rebaños, sones pastoriles de flautas —"lágrimas de las cosas"— sobre la paz y tristura del campo.

Barquilla en tormenta —el espolón de la proa en la Meseta, la airosa grímpola de una cruz en la popa de Montaña Valerón, en la ermita el puente de mando—, navega hacia el mar el pueblo sobre la hondura de los barrancos. Sorprendente coloración de oro húmedo rebrilla en las dentadas crestas de los montes, bajo un cielo limpio como un espejo.

El agua murmura la balada de la felicidad. Y el maestro, optimista, la perfila ya en sus cábalas, bordando sus pensamientos en sedas de colores.

* * *

Pero al caer el sol, los "aviones", golondrinas canarias que vienen de Africa, cosen y descosen el manto gris del cielo, chillando nerviosas sus gritos de vidrio, como condenadas. Los barrancos vomitan ondas humosas, sombrías, como pez de infierno. El viento ulula fieramente, humillando las cogollas de los árboles. ¿Era un presagio?

* * *

Fue como un violentísimo vendaval bajado de la cumbre. Como si la "Caldera" vomitara lava.

Catalina recogió la noticia en la fuente: unos señores "finos" habían llegado en coche al Cruce de la Madrelaguna, y en otro, unos "civiles". Los "finos" bajaron hacia la vivienda de Cho Matías. Los civiles, hacia la Cañavera. Más tarde, dos camionetas: una con obreros, otra con tubos...

* * *

Y el remendón, nervioso, espera en la sacristía a que el cura acabe la misa, paseando de un rincón a otro.

—Señor cura —le espeta, aún éste revestido—, han venío los "civiles" con unos señores, y también hombres con tubos. ¿Es que van a colocarlos otra güelta? ¿Lo vamos a tolerá, señor cura? Se debe repicá las campanas y reuní la masa compata del pueblo empeso...

—¿La masa "compata", maestro? Ahora voy a dar gracias "compatas" —el párroco, jocoso, pero serio—. ¿Otra vez trapisondas?

Y se detuvo de largo ante el pobre Sagrario de madera, capoteando la tormenta: "Señor, ¿por qué mandas tantas amarguras a un pueblo fiel? ¿Exurge, Domine...: ne obliviscaris pauperum..."

El zapatero, nerviosísimo, patea de un lado a otro, golpeando con su garrote las roídas baldosas, balbuciendo entre sí palabrotas. Terminada su fervorosa oración, dice el párroco:

—Vamos a hablar con esos señores, Pancho.

Y a poco, llega el cura a La Cañavera, agitado, iracundo:

—¡Aquí no se colocan tubos! —les espeta a los "finos", sin más preámbulos.

—Tenemos un contrato. Los papeles cantan; y los "civiles" avalan nuestros derechos, padre cura.

—¡Los civiles no están para avalar injusticias! ¡Sublevaré al pueblo!

—¿Y nuestros derechos, señor cura? No es su misión sublevar pueblos...

—El derecho a vivir... ¡Esos son nuestros derechos!

Quienes sublevan al pueblo son los que abusan de su paciencia...

—¡Cuidado, señor cura! ¡Alto allá...!

* * *

Y se decidió por la tremenda:

—¡Pancho! ¡Que repiquen las campanas! Yo voy a la Madrelaguna. Los demás que no se muevan de aquí. Vuelvo pronto.

Y se marchó presuroso.

Y el remendón incita a la batalla desde el puente de mando de la ermita, como almirante en jefe en un combate supremo:

—¡Catalina!, ¡a tocá las campanas! ¡Fuerte, Catalina, fuerte!

—¡Señor maestro, asuelte a los chiquillos, pa' que vayan a avisá a la gente!

—¡Salvadorito! —al árabe—. Diga a cuantos vengan a comprá que deben dir to'ós a La Cañavera... —Y rubricaba las órdenes con sendos garrotazos.

Y recorre el barrio, seguido por turbamulta chiquilleril, espoleando al sufrido pueblo. Y la minúscula farándula fue pronto un tumulto. El zapatero lanzaba, sin cesar, sus gritos de guerra, coreados por los chiquillos con entusiasmo bullanguero:

—¡Arriba, pueblooo...! ¡Arribaaa...!

Y fue una sublevación en toda regla. Y la moza del cántaro batía, loca, todas las marcas de repique imaginables.

* * *

Y el Cojo, general en jefe de la bien nutrida "masa compata del pueblo empeso", viene hacia La Cañavera. Y arenga, cada vez más fuerte, con voces como truenos:

—¡Arriba, pueblooo...! ¡A 'estrozá los tubos! ¡Arribaaa...!

Pero, al llegar, la masa se contuvo: los rostros graves y aseriados de los guardias imponían.

Por entre los nogales y castaños, desde sus "pedazos" de La Solanita, azada al hombro, con pasos menudos, re-

zongando solo, llega el viejo del Retamar. Sus rezongos se convierten en gritos, congestionado, hecho una fiera:

—¡Esa agua es del pueblo...! ¿La quieren robar otra güelta? ¡Romperemos esos tubos! ¡Sinvergüenzas, canallas! —Y sus tacos salían sin parar, como tapas de sidra, unos tras otros.

Y el hombre "fino":

—Dé usted fe, señor notario; dé usted fe...

Y el que daba fe garrapateaba con su pluma, nervioso, sobre un papelón. Y el viejo:

—Sí, dé fe, caracho, dé fe; todo lo que quiera su mercé... Escriba: "Esa agua es del pueblo, y nos l'astán robando". ¡No podrán, jinojo! ¡No podrán!

—¡Es una tremenda injusticia! —y la voz del Cojo retumba en todo el Barranquillo.

Y el viejo, sobre el muro de un huerto, sobreexcitado, repite y repite insultos y amenazas, como fuera de sí, ronco, tal que si le hubieran inyectado veneno.

En uno de sus virajes pisa un mal colocado pedruzco, que cae y magulla a uno de los obreros, dejándole medallones de sangre. Y el "fino":

—¡Ese, ése fue! ¡Deténgalo!

Y dos "civiles" bajan al anciano con modos no tan civiles, entre reniegos y pestes del vejete. Y el Cojo:

—¡Suelten a ese hombre! ¡Suelten a ese pobre viejo! ¡Injusticia como éstaaa...!

—Dé fe, dé fe, señor notario —pedía el "fino". Y el viejo:

—Si; dé fe, dé fe. Escriba, escriba, señor notario. Apúntelo bien. Escríbalo—. Y con voz cascada, lleno de ira, recitó:

"Las campanas son de bronce:
campanas de palo son
las razones de los pobres..."

—¡Apúntelo bien, señor notario! ¡No se le olvíe! Esto me lo enseñó mi vieja abuela, y es de antiguo conocío. Es la voz del pueblo... ¡Al ajoto que seños pobres nos quieren jeringuiá...! ¡No lo podrán, caracho!

Y se esforzaba por deshacerse de los guardias, revolviéndose, enrabiado. Y el maestro:

—Este anciano defiende al pueblo. Deben soltarlo.

—Ha tirado una piedra sobre los obreros —alega un "fino".

—¡Mentira! ¡La piedra cayó sola! —Calandria, desalada, hecha una furia.

—¡Calma, calma, jovencita!

—¡Suéltenlo, suéltenlo! —grita la moza. Y el civil:

—¡Calma, calma, mocita! Ya lo soltaremos... ...

—¿No les da vergüenza detener a un pobre anciano?

Y queda un rato suspensa la zagala, la mano en la frente, como si resistiese a una extraordinaria tentación. Y luego, enrabiada:

—¡Ven, Juana! —a la amiga—. ¡Ven corriendo! ¡Corre!

Con presura, saltando piedras, pareduchas, recogidas las faldas, pinchándose en pitas y tuneras, las mozas vuelan más que corren.

Suben hacia la Madrelaguna. Matías, haciéndose el despistado, labra zurcos en embarrado traje de faena. Para el sacho, las manos en el mango. Mira entre risueño y huraño. Y Calandria, trémula, ansiante, sudorosa por el hervor de la sangre:

—¡Sinvergüenza, canalla!

—Pos..., pos..., ¿ocurre algo?

—¿Y lo preguntas, babieca?

—¿Qué pasa?

—¡Disimula, cara mula!

—¡Voquible bonito! —y el mozo parece gozarla con la desazón y genialidad de la muchacha.

—¡El que te mereces! ¿Está bien poner esos malditos tubos, y ahora molestar a mi abuelo?

—¿A tu abuelo? ¿Yo?

—Sí, ¡tú, tú! ¿No lo sabes, cara bobo? —rabiosa, la muchacha—. Los guardias han detenido a mi abuelo, y ahora mismo echas a correr para que lo suelten. Ahora mismo. ¿Oíste? Conque, ¡muévete, animal! —y, diciendo y haciendo, da un empujón tremendo al muchacho.

—Tengo que terminar estos camellones...

—¿Qué camellones, camello? ¡Anda babieca, imbécil!— Otro empujón.

Se rasca el "camello" la cabeza, donde una idea le baila gozosa:

—Hay que convencer a mi padre. Pero...

—¿Pero qué, felele? ¡And'allá, maldito del diantre! —Empujón tremendo.

—¡Oh, oh...! —se rasca—. Que acetes lo indicao...

—¿Qué indicao, tontaina?

—¡Oh, oh...! —se sigue rascando—. Lo indicao otras vez..., otras vez...

—Lo indicao es que vueles, que corras para que suelten a mi abuelo y no pongan esos tubos. ¡Anda, tenique, alma de cántaro! —Otro empujón—. ¡Bandido!

Y el mozo corre, seguido de las mozas. Se detiene al poco:

—¿Y estamos?

—¿En qué estamos?

—¡Oh!, en que seas novia mía...

—¡Apresúrate, atontao, manioso...! —lo piropea y empuja ella.

La mira él con ojos de regocijo:

—¿Y me das palabra?

—¿Qué palabra? ¡Anda, camina! —con empujón.

El mozo corre. Y al poco:

—¿Y seremos novios, tú?

La muchacha, intuyéndolo a los ojos, con seriedad de niña-mujer—: Mira, lo seremos si no se ponen esos tubos ni hoy ni nunca, ¿entiendes?

—¡Júralo, Calandria!

—¡Nooo...!

—¡Júralo, caracho!

—¡Ya está! —y besa sus índices cruzados, con beso ruidoso, la mocita.

—¿Y nos casaremos?

—¿Y para qué son los novios, bobera, egoistón del diablo? ¡Espabílate! —Y lo empuja.

Y se sobaba las manos el mozo contentísimo, abandonando su hurañía, mientras corre hacia la vivienda, tropezando en los guijos del sendero.

LV

LA JUSTICIA DE UN PUEBLO

Cual un patriarca bíblico, Cho Matías conversa sentenciosamente con el cura en el murete de su vivienda.

Interrumpe la conversación el mozo, como un torbellino:

—¡Padre! ¡Hay que impedí que pongan esos tubos!

—¿Qué dices, hijo?

—Que hay que impedí que pongan esos tubos. ¿Entiende, padre? ¿Entiende, padre? —con fuerza.

—¿Quién te entiende? A las vez dices: "Ponga los tubos". Otras vez: "Quite los tubos". Ahora: "No ponga los tubos..." ¿Quién te entiende, hijo?

—Razones que tengo, padre. ¡Tó'o asigún yo creía mejó —y atrae de la mano a la avergonzada moza, colocándola junto a sí—. ¿Entiende ahora, padre? Han detenido al abuelo...

Calandria baja la vista, llena de arreboles. Y el cura, hasta entonces mudo:

—Pero ¿han detenido al viejo?

—Sí, señor cura —la moza.

—¿Ve usted? ¿Dónde está su conciencia, Cho Matías? ¡Maldito dinero!

—¡Ande padre! ¡Es mi felicidá! ¿Voy a impedí que pongan esos tubos...?

—Cho Matías —el cura, severamente—, además de la

felicidad de su hijo se trata del bien de un pueblo. Usted no puede...

—¡Ande, padre! —el hijo, agonioso.

—¡Por favor! —Calandria hecha un mar de lágrimas.

—Voy corriendo a impedí que pongan esos tubos. ¿Voy, padre?

—¿Y el compromiso, hijo mío?

—¿Qué compromiso? Yo no podría vivir sin esta muchacha.

—Es un cargo de conciencia —empuja el sacerdote, contento de aquella ayuda inesperada—. Usted no puede, usted no debe...

* * *

—¡Buenos días! ¿Dan su permiso? —Y un hombre de edad madura entra en el patio, gran morral de cuero al hombro.

—¿Qué, Miguelito? —dícele el cura.

—Pos..., pos... una carta pa' su mercé. No la quise dejá en la plaza, porque como 'ise "Urgente"... Pasé ahora por la Cañavera. Aquello es un infierno, señor cura... Tién' deteníos a Juan Antonio, a Maestro Pancho, al maestro...

El cura nerviosísimo, abrió la carta, devorándola más que leyéndola con los ojos.

—Cho Matías, ¿esos señores vienen a renovar el contrato? Me lo dice el cura de Guía.

—Sí, vendrán.

—¿Es que usted no teme a Padre-Dios?

—Yo quiero mi alma pá' Dios...

—¿Entonces? ¿Va usted a condenarse por tres cochinas pesetas? Usted no debe renovar ese contrato, no puede...

—¡Ande, padre! Tengo que dí a atajá el estropicio —acucia Matías.

—¡Ande, abuelo! —suplica Calandria, sacando sonrisas donde había lágrimas.

—Pos..., pos... jazlo a tu antojo. Saca los papeles de la gaveta y dáselos al señor cura. El jaga el bien pa' tó'os.

El mozo rebusca aprisa en el ropero. Saca unos papeles y los entrega al cura.

—¡Gracias, padre! ¡Vamos, Calandrilla!

Tal que locos iban, con un azadón él. Como si tuvieran alas. Saltan piedras, retamas. Cruzan caminos, atajos, vereduchos, tronchando cañas, juncos...

Y contemplan el escándalo: el pueblo imprecando a los hombres "finos" y a los obreros; los guardias acudiendo aquí y allá. El maestro, el remendón y el viejo, las manos esposadas, pero las bocas muy abiertas.

Y el mozo de la Madrelaguna, como un ciclón, sudoroso, enardecido, con gestos y frases de loco:

—¡Afuera! ¡Afuera todos! ¡No se colocan tubos! ¡El terreno es mío! ¡Fuera todos! —Y empuja a los obreros—. ¡Fuera, fueraaa...! ¡No se trabaja más...! ¡Esto es mío...!

Y uniendo las palabras a la obra, como un torbellino, desune tubos, destrozándolos con tremendos golpazos de azada.

Los "finos" gritan. Los guardias acuden a atajar aquella desbocada furia. Pero ya no hubo remedio. El pueblo cayó en aluvión sobre los tubos, animado por los gritos del zapatero y del viejo del Retamar. Con guirigay ensordecedor, hombres, mujeres, mozos y mozas descienden de los aledaños y paredones cercanos para rematar la acción del mozo.

Los guardias optaron, ante el hecho, por contemplar la justicia del pueblo. Los "finos" repetían: "¡Dé fe, dé fe...! ¡Detengan a esa gente!"

Y el Cojo se desgañitaba:

—¡Ansina, ansina! ¡Saquen más ánimas del Purgatorio! ¡Suéltenme, guardias! ¡Arriba, pueblo! ¡A romper las tuberías!

* * *

Sobre una peña, como una aparición, la noble figura sacerdotal:

—¡Bien, hijos míos, bien! —gritó jubiloso—. Esa es la justicia de un pueblo —y desciende a zancadas, contento, mostrando un papelote en las manos, entre aplausos.

—¡Suelten a esos hombres! —ordena a los guardias—. Aquí están mis razones—. Y como bandera de triunfo agita el rollo de papeles.

Los guardias sueltan entonces a los tres hombres; los cuales, como balas, tras el cura, se sacian acometiendo a patodas los ya más que destrozados tubos, a los que Catalina da golpes y más golpes, a compás, soltando una retahila de nombres:

—¡Por mi padre, por mi abuelo, por mi abuela, por mi tío...! —escurriendo de ánimas benditas el Purgatorio, hasta la última gota.

* * *

Y uno de los "finos, airado", cejijunto:

—Señor cura, su actitud es incomprensible. Haremos acta notarial de su intervención subversiva, que ha impedido el libre ejercicio del derecho y de la ley, y la enviaremos al señor obispo, protestando de usted, pobre curita de campo, de cabeza pepiniforme, pero muy atrevido...

Una catarata de insultos y alegres chillidos cayó sobre el "fino":

—¡Cállese!

—¡Usted es el pepiniforme!

—¡Ustedes son unos desgracíaos de la siudiá, que han venío a robarle a los pobres!

—¡Nuestro cura es de lo mejor que hay!

—¡Viva el cura de Juncalillooo...! —remató el Cojo, con un garrotazo.

—¡Vivaaa...!

—¿Qué derecho, qué ley, qué atrevido ni qué cabeza pepiniforme? —se enfarruca el "curita"—. Lo que no hay derecho es a robar el agua del pueblo. Y en cuanto al obispo, él me felicitará, ¡seguro!

—¡Bien dicho, señor cura, bien dicho!

—Tome nota, señor notario, y dé fe de esta actitud subversiva y de las indiscretas palabras de este cura tan atrevido. Tenemos un contrato, ¡sépalo!

—Sí, tome nota y dé fe. Yo también he tomado nota. Déjenme ver el contrato ese.

Ellos muestran un papelote. Lee el cura ávidamente, y dice:

—¿Ven ustedes? Este contrato ha caducado. Ya se cumplió el año.

—Precisamente; venimos a renovarlo.

—¡Qué renovarlo ni qué ocho cuartos! Tenga, lea. Tome nota, dé fe, señor notario—. Y le entrega un papelón.

El "fino" lee. Y a medida que lee, extrañado, contrae su rostro y sus labios en sensación de disgusto.

—¡Falso! —salta el hombre "fino".

—¿Cómo que falso? —Y el cura, en alto: "... y en vista del gran perjuicio que reciben los vecinos a causa de este contrato..., yo, Matías Rodríguez, digo y afirmo que lo denuncio y doy por caducado para siempre, a fin de que el agua de la Cañavera discurra por el Barranquillo, reconociendo que esa agua es y ha sido siempre propiedad del pueblo..."

—¡Bien, bien, bien...! —voz del pueblo.

—¡Falso! —un hombre "fino", lívido.

—¿Falso? ¿Cree usted que por ser "un pobre curita de campo, de cabeza pepiniforme" —con sonrisita—, no sé lo que hago y lo que me digo? Compruebe la firma con la de su contrato. ¡Vea, vea usted!— y le planta el documento ante las narices.

Otro "fino" se acerca para ver el papelote. El notario también, y confronta las firmas: "si, sí, no hay nada que hacer", dice.

—¡Sí, sí, sí hay que hacer —indica uno de los obreros—. ¡Pagarnos!

—¿Usted opina...?

—¿Cómo que opino? El que opina es usted, sosteniendo disparates. ¿En qué país vivimos? ¡A pagar!

* * *

Y el público aplaudió, cantó y bailó alegremente. Y, en un instante de euforia, alocada, Calandria se acerca al mozo de la Madrelaguna:

—¡Gracias!

—¡Ya sabes! ¡Lo indicao y jurao! —balbucea é.

—¿Qué es lo indicao, bobo? Escucha —y acerca su boca al oído del muchacho—. ¡Eres un idioto! —Y seguidamente, rápida, como quien comete un delito, planta un sonoro beso en las mejillas de Matías, el cual quedó alelado, la mano en la cara, mirando al cielo, con sonrisa melíflua cual si lo hubiera besado un ángel.

Y aquel beso puso punto final al acontecimiento, como expresión de gratitud de un pueblo. Todos se dispersaron. Sólo quedaban atrás don Aníbal y Calandria...

Había advertido aquél el inexplicable beso. Se le amargó el ánimo.

—¿Qué beso fue ese?—inquiere, seriote.

—Es de alegría, ¿sabe? ¿No es esto un sueño? ¡Ay, gracias, don Aníbal! A usted también le debemos muchísimo.

—Bueno, ahora... ¿novios? ¿Verdad, Calandria?

Le dedica ella una sonrisa dulce, cálida.

—¡Gracias, muchas gracias! —exclama. Y sella sus palabras con otro espontáneo beso, que al pedagogo supo no menos que a Matías.

LVI

DESHOJANDO LA MARGARITA...

—¡Ay, Juana! ¡Ay, Juana!

—¿Qué pasa?

—Estoy entre la espada y pared.

—¿Te explicas?

—El maestro está creidísimo que soy su novia. Y yo le juré a Matías...

—¡Fuerte avío te has hecho! ¿Por qué no se lo preguntas al cura?

* * *

Jersey claro, falda a rayas, salmón y coral. Una diadema azul en el pelo y dos trenzas gordas como el brazo sobre el pecho, enmarcando el rostro, luciente de limpieza y alegría.

Su andar, ágil y flexible como un junco. Baja por el "callejón" de la fuente. Se mira y refresca en el agua sus manos, espantando un concilio de pájaros que estaban bebiendo en ella. Sigue por el senderillo de la acequia. Se detiene a ratos. Vuelve a caminar. Se nota en su rostro una deliciosa inquietud. Se diría que aspiraba rayos de luz. Que un sol despertaba en su pecho. Un vaho caliente, un soplo de fuego la embriagaba de un rubor virgen y le llena y acaricia hasta las raíces del alma, con una vaga felicidad dolorosa.

Una luz matutina de estío mitigado, que bajaba de un cielo azul carminoso, pone en su cabellera reflejos de oro, como si sobre su frente hubiera estallado un incendio de trigales. En el rostro muestra vagos perfiles de fruta —melocotón y manzanas— reventando de pulpa. Y podrían leerse, como en un riachuelo claro, a la vez dulces y amargos, los pensamientos que pugnan por asomarse al mirador de sus ojos. Las palabras encerradas en su boca, pájaros mudos, tienden a escapar por el surtidor de los labios, y salir a la luz, a esa luz que parece brotar de sus pupilas luminosas.

Un río se le despeña en los silos del alma, le riega las venas, el corazón; le inunda las mejillas: río que fluye eternamente, desde la lejanía de los siglos, con nombre de Amor, y que surgía ahora, violento, en el pecho de una mocita colmándola de extraños anhelos. Y musita:

"Tengo un dolor en el alma,
un clavo en el corazón..."
....

Dirige su mirada hacia la cumbre. Entre nogales y sauces, entre tuneras y pitas, le hieren unos hilillos de sol.

Desde la tanqueta de la "esquina" descubre la ermita. Ante ella se santigua y balbucea una plegaria. Se cubre con pañuelo de colorines la cabeza. Se detiene en la puertecilla del archivo parroquial. Duda, el índice entre los labios. Se retira... Vuelve... Inmóvil, sutil, profundo silencio. Parece oírse el deshojar de una rosa. Y así era: en el pecho de Calandria se estaba deshojando, silenciosamente, hoja a hoja, la rosa del corazón...

—Se decide: "¡Tun..., tun..., tun...!"

Los suaves golpes de sus nudillos acabaron de deshojar la margarita, resonando como martillazos en su corazón.

—¿Se puede...?

—Páseee...! ¡Siéntese, cristianita! —el cura; el cual estaba y prosiguió murmurando latines, ante una mesucha repleta de papelotes y libros viejos, con un gran tintero frailuno.

La joven se embutió como pudo en un banco, entre panzones de libracos, latas de leche en polvo, jarras con flores resecas. Mira inquieta al techo, al suelo. Cruza los brazos; los descruza, mientras el reverendo, con monotonía de negro abejón, masculla al runrún de sus rezos.

Puso éste a cabalgar sus gafas sobre la punta de la nariz. Mira por encima de los cristales:

—¡Ah!, ¿eres tú? Pensé era una que venía a los papeles para casarse. Tú no vienes a eso, ¿verdad? Espera un poco.

La moza sonríe, avergonzada. Y el reverendo vuelve a sus latines.

* * *

—¡Bueno! —y cierra el libro—. ¿Qué te ocurre?

—Pues...

—¡Cómo engañaste a Matías...! ¡Ah, pilla!

—Yo no engañé a Matías, señor cura —y levanta los ojos la muchacha, candorosamente.

—Una mentira piadosa. Tiene perdón...

Respira hondo Calandria.

—Yo no engañé a Matías. No le dije ninguna mentira... Pero quisiera hacerle a usted unas preguntas y que me diera un consejo —mordiéndose los labios: el rubor era en ella más fuerte que el deseo de salir de dudas.

—¿Qué te pasa?

Levanta la moza los ojos, tristones, misteriosos, melancólicos. Los posa, serena, en los vivos, achinados, del sacerdote, de rostro de aceituna; y con timbre de voz que parecía nota de un salterio, suavemente, como si se confesara:

—Señor cura, ¿puedo..., puedo yo tener novio? —aprisa, como si le quemaran las palabras.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que las monjas... a nosotras, a las pobres...; ¿sabe usted? ¿Me entiende, señor cura?

—Lo comprendo, hija. Sí, lo comprendo..., ¡y mucho! Están en las quimbambas. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho en mayo.

—O sea diecisiete y... No es mucho. Pero sin enralarte, en serio; tú en tu puesto, ¿entiendes?

—Entiendo, señor cura.

—Y, ahora, dime: ¿es verdad que el maestro está chiflado por ti? ¿Tú qué dices?

Queda la moza colorada. Baja la vista. La levanta. Se serena.

—Chiflado, puede ser; por mí, no sé... —confiesa—. Me habla de estrellas, de volcanes, de fuentes, de soles...; que si quemo...; que si alumbro...

—¿Y tú no entiendes eso?

—¡Psch...!

—Y tú loquita, loquita, como los viejos del cuento, ¿no?

—¿Qué cuento?

—El que contaba el maestro Artiles: "Había un matrimonio de viejos. El tenía la chifladura de poner un jarrón de flores en la sala. Ella lo quitaba y ponía en la alcoba. Y así siempre: él lo coloca, ella lo quita... Un vecino advierte el tejemaneje, y pregunta al viejo: "¿Qué traquina es ésa, compadre? Y el viejo responde: "Na', que yo lo coloco, lo coloco, y ella lo quita, lo quita..." Así están ustedes, ¿no? El loco, loco; ella loquita, loquita...

LVII

CASI UNA CONFESION

Más nerviosa ahora, baja ella los ojos. Ata y desata el nudo del pañuelo. Juega con las trenzas, caídas sobre el pecho. Arrastra los pies, adelante, atrás. Espera a que se le pase el torrente de sangre que le recorre el cuerpo. con cosquilleo extraño. Alza los ojos con vergonzoso mirar. El cura observa complacido aquel rostro sano y colorado, como un ángel de Rubéns.

—No hace falta lo digas —dícele—. El maestro es buena persona.

Vuelve a sonrojarse la mocita. Cambia de posición. Pone los codos sobre la mesa, llena de polvo y librotes. Los retira; desata el pañuelo, lo vuelve a atar...

—Mire...; quería decirle —pronuncia al cabo.

—No me lo digas. Lo adivino. Las niñas tienen el pecho de cristal, dijo un poeta: estás enamoradísima del maestro, ¿no es verdad?

Se retuerce ella las manos, nerviosa.

—Es que..., es que yo le prometí a Matías que sería su novia...

—¿Qué dices? ¿Es posible? —extrañado.

—Sí, sí...; así fue... —insiste ella.

—¡Ah! Ya entiendo. Se lo prometiste a Matías. ¿Y ahora? —Y cruza los brazos el reverendo.

—Y don Aníbal está creído que lo soy suya...

—¡Claro! Y ahora tú lamentas haberte comprometido con Matías, ¿no es así?

—No, no es eso. Se lo prometí a Matías; se lo juré...

—Bueno, ¿es por cumplir la promesa? ¿O es que lo sientes? Matías no es un santo para hacerle promesas.

—Se lo juré, señor cura.

Cada vez más extrañado, el reverendo inquiere:

—¿Por qué ese juramento?

—Es que..., mire, señor cura. Fue aquel día, cuando lo del agua...

—¿Qué? ¿Qué? ¡Di...!

—Tenían a mi abuelito preso...; iban a poner los tubos...; él me había dicho que los quitaba si me hacía novia suya...

—¡Ah! Ahora lo entiendo todo, hija mía. Ya ves; no jures nunca, sin necesidad, vamos. Pero, en definitiva, ¿a quién quieres tú? Sin jurar, ¿eh?

Se mueve y conmueve la moza. Cruza y descruza los brazos. Bajó su falda. Respira. Suspira. Echa hacia atrás el busto... Y el cura:

—Bueno, he preguntado lo que no me importa. Es por ayudarte, ¿sabes? Elige a tu gusto. ¿A quién? No me incumbe: secretos del corazón. Pregunta sin respuesta...

—Con respuesta, señor cura.

—Pues, ¡a ver! —Y el reverendo empieza una retahila, repincando con las yemas de los dedos sobre la mesa—: Maestro, Bartolo, Matías, Maestro... ¿Frío o caliente?

—¡Frío, señor cura! —ella, tirando de una trenza. Y él, con gesto de extrañeza:

—Entonces, ¿Bartolo?

—¡Helado, señor cura! —ríe ella.

—¡Hummm...! Entonces, ¿Matías?

—¡Caliente, caliente!

—¿Caliente, muchacha? Pero tú ¿no estabas enralada, vamos, casi enralada, con el maestro? El juramento ese no tiene mayor importancia; puede dispensarse.

Toma ella arreboles muy subidos:

—No, señor cura. No me vuelvo atrás. Lo hice por que lo quería y lo sentía.

—Me dejas turulato, hija. Pero, a la verdad, en el fondo, pensándolo bien, me gusta más verte aquí señora de tus tierras que no casada con uno de fuera. Ya sabes el refrán:

"El que a tierra lejana
se va a casar,
o lleva la falta,
o la va a buscar..."

Y el otro:

"Al hijo de tu vecina,
límpiale los mocos,
y cásalo con tu hija."

Aunque esto no quiere decir nada. Don Aníbal es muy buena persona. Y también hay otro refrán que dice:

"La mujer, de asiento;
y el hombre,
¡que se lo lleve el viento!"

—Y entonces, ¿el señor maestro? —pregunta con misterio la moza.

—¿Cómo que el maestro? ¿No dices que no lo quieres?

—Pero es que él cree, piensa..., enfadada yo con Matías...

—No te preocupes. ¿No lo quieres? Pues, ¡sanseacabó!

—¡Ay! No puedo, señor cura. Está tan creído... Debí haberlo desengañado antes. Pero me dejé llevar del enfado con Matías. ¡Yo tuve la culpa! —Y casi lloraba la muchacha.

—Nada, nada. Se lo dices y lo desengañas tranquilamente. Y aquí paz y en el cielo gloria.

—¡Podría usted hacerme un favor? —salta ella.

—Di.

—El de convencerlo. ¡Está tan creído! ¡Qué compromiso, Dios mío! —Y parpadeaba por romper unas lágrimas la moza.

Mueve el cura la cabeza.

—¡Está bien! Un cura metido en amoríos. En vez de casar, descasando. Se me hace muy cuesta arriba, Calandria. ¿Qué pinta un cura en este asunto?

—Sí pinta. ¡Ande, señor cura! Usted es el único capaz de convencerlo, darle razones. El le creerá —la muchacha lloraba—. Usted lo convencerá..., lo convencerá. Es un gran favor. Usted es como mi padre. Soy huérfana... Me hace ese favor, ¿verdad? Pediré hasta comprar un sagrario de oro para la ermita.

Se mueve y arrellena el cura en su sillón, nervioso. Pone el codo en la mesa; apoya en la palma de la mano la frente, moviendo los dedos intranquilos sobre el cráneo.

—Bueno... ¿De verdad quieres tú a Matías más que al maestro? ¿O es por ese bendito juramento?

—De verdad, señor cura. ¡Se lo juro! —Y besa sus índices en aspa.

—¡No jures, muchacha!

—¡Ah, perdone! Pero usted me hace ese favor, ¿verdad?

—Me da pena verte llorar. Porque veo que no haces las cosas a mangas por hombro. Tienes ángel. Has sido como un ángel para el pueblo, un ángel de buena y sencilla...

—¡Gracias, señor cura! —lo interrumpe la mocita—. Pero usted me hará ese favor, ¿verdad?

—Te haré ese favor, ¡gran favor, eh! Hasta temo que el maestro se enfade conmigo. ¡Está tan enamorado!

—¡Gracias, señor cura! —contentísima—. ¡Dios se lo pague!

—En fin, hija, trataré de convencerlo, si puedo.

—¿Lo convencerá? ¿Me lo promete, señor cura?

—Lo intentaré, hija. Que lo convenza... —Y el reverendo hace signos dubitativos, plegando los labios y moviendo las manos.

—¿Me jura que me hará ese favor?

—¡Muchacha! ¿Qué es eso? ¿Le pides al cura que jure? ¿Es que no me crees?

—¡Ah, perdone! ¡Esta maldita costumbre! —con la cabeza gacha—. Y muchas gracias, señor cura, muchas gracias. —Y se secaba unas lágrimas con la punta del pañuelo—. Dios me ha oído...

—Tenía que oírte. Eres un ángel.

Y el "ángel" se tiñó de arreboles, pagándole con una sonrisa de cielo; cielo que se iluminaba, despejado de nuba-

rrones y tormentas. Las lágrimas de Calandria volaban a aumentar el número de estrellas, esas estrellas que Dios enciende allá arriba con las lágrimas de los niños buenos.

* * *

—Un último favor, señor cura.

—¿Todavía?

—En recuerdo y agradecimiento, entréguele al maestro esta medalla y esta cadena —se la quita la moza del cuello; la besa—. Me la compró él en Teror. ¿Me hace usted este último favor?

—De acuerdo. Y reza a ver si hay suerte.

—¡Ay, muchas gracias! —Y se despide, contenta.

Al salir, siente más ligero el corazón.

* * *

Aquella misma tarde, al zapatero le falta tiempo para decirle a don Aníbal:

—¿Sabe usted, señor maestro, que Calandria estuvo esta mañana jablando con el cura?

—No, no sabía...

—Y jablaron de usté.

—¿Ah, sí? ¿Qué le dijo?

—No joyí bien. A lo mejó venía a jablá asuntos del casorio. Con usteé, claro. ¿Con quién va a sé? Usteé se lo merita...

Y él se esponja como un palomo.

LVIII

UN CLAVO EN EL CORAZON

—"En el corazón del hombre es donde se hacen y deshacen los nudos de su destino." Es de un precioso libro sobre San Pablo, de Holzner. La vida está llena de nudos. A usted le toca ahora desatar uno. Todo consiste en soldar ese anillo roto... —razonaba pacientemente el párroco.

No fue fácil convencerlo. Tiempo, paciencia, psicología, ponderación y frases empedradas de latinajos fueron sus armas.

El joven tardó unos minutos en hablar:

—¿Es que ha tenido Calandria algún tropiezo pasional? ¿Es que acaso...? —Y las brasas de sus ojos se oscurecieron como si las apagara el agua.

—¡Nequaquam! No haga usted malos pensamientos. Los malos pensamientos son lacra del alma. Hay que aplastarlos como si fueran víboras. La muchacha es una azucena, un ángel. No hay tacha que ponerla. Se ve a través de sus ojos su corazón. No es de virtud quebradiza, ni de quita y pon; ni de esas que se encuentran a la vuelta de una esquina y que queman sus alas arrojándose en la llama de la vida. Ni de las que se deslumbran con la luz, como las mariposas, aunque, como éstas, al rozarlas deje entre las manos un polvillo de oro; lo cual le ha ofuscado a usted. Recuerde que "hermosura, poco cura". Ella es toda una mujer. Y sabe cuán largo camino hay de la cabeza al corazón. ¡Sursum corda, amigo! Ella es un ángel...

—Ya veo... Y me deja y yo quedo desangelado...

—¡Pecho al agua! Y ¡libera nos a malo!

—Sí, pero pudo...

—Mire, don Aníbal —lo ataja—, "como la aguja inmantada se orienta hacia la estrella polar, así el hombre es atraído por la mujer..." —el maestro mueve la cabeza.

—"...y si en sus andanzas la nave embiste con algún escollo o bajío, no es culpa de la estrella..."

—Verdad —murmura él, alicaído ante la áspera realidad—. Pero, ¿qué dirá la gente?

—La opinión ajena, amigo, es como la sombra. Esta se alarga o se encoge, pero no hace mayor o menor a la persona...

Las palabras del cura caían en el alma del maestro tal que gotas de acíbar en un cáliz de alegría. Cortaban como puñales. Se lleva la mano al pecho, como si lo sintiese herido, o se le rasgase el alma.

—... usted superará esta crisis. No olvide que la naturaleza y la gracia de Dios tejen el cañamazo de la vida del hombre. "Dios aprieta, pero no ahoga" —y sus ojos tomaron expresión solemne. Su frente se hizo augusta—: Nuestro corazón admite al punto todo lo que le halaga y satisface. Pero "no hay mal que por bien no venga", dice un viejo y cristianísimo adagio. Y también: "Dios escribe derecho con renglones torcidos". ¡Sursum corda, hombre! Usted es un buen maestro, un excelente ciudadano; y ahora va a ser todo un caballero...

Y el corazón en un puño, con desasosiego inquietante y amargo sabor en el alma, si no conforme, quedó el maestro convencido de su gran derrota sentimental. Como si acabara de salir de las honduras misteriosas de un sueño. Sintió presagios en el corazón. Se le atosigaron los humores.

Y necesitó respirar, digerir la desconcertante noticia, temperar la llaga abierta en el corazón, airear el cuarto oscuro de su mente.

Y solo, sumamente abstraído, *melancólico*, sale a pasear, a rumiar sus desazones, desganadamente, con aire ta-

citurno, sombrío, con gesto bobo y escondido, bullendo en su mente un tropel de penosos pensamientos.

Y cierra los ojos, intentando convencerse de que era una pesadilla aquella revelación que le arrebata el paraíso de sus juveniles ilusiones. La inesperada noticia le enturbió el pensamiento, como ciertos licores enturbian el agua pura. Sentía un vacío en el pecho y en la cabeza, como si en su interior hubiese estallado una bomba.

Tropieza con piedras angulosas, duras. "¿Cómo no había advertido hasta entonces que lo eran?" Y las montañas, "¡qué feas, qué adustas!" "¿Cómo no lo había descubierto antes?" —se dice—. Y toda la tierra lo hería con su tétrica desnudez. Y hasta las pitas y los cañaverales perdieron su gracia. Los riscos, antes betlemíticos, parecíanle ahora repelentes. Las florecillas silvestres quedaron para él sin matices y aromas. Y hasta la fuente cantarina perdió encanto y poesía.

Gacha la cabeza, aletargada el alma, evoca efemérides gratas, por contener el hervor de la sangre. Se detiene a ratos. Siente el ritmo del corazón. Pero no a un pastorcillo que cruza junto a él tocando una flauta, sin prisas, resonando gratamente las esquilas del rebaño. No lo advierte. Ni tampoco las nubes rosadas, con bordes desflecados, como encajes.

A veces va lento, torpón, barbicaído, con torva hurañez, abismado en tristes pensares. Con prisa otras, animoso, erguido. Y le rebullían en el magín y le escarabajean en las honduras del alma las ilusiones fallidas, largamente alimentadas.

Y tomaba contradictorias decisiones: "La buscaré, la recriminaré, la insultaré" —se engalla de pronto, cuando le invade el humor negro de la cólera—. "Le soltaré cuatro frescas. Le diré cuántas son cinco. ¡No faltaba más!"

"¡No, no! La trataré con amabilidad, con delicadeza; le diré bonitos piropos; la convenceré" —se desdice al punto, quebrado el acento al recuerdo grato de la moza—. Y otra vez: "Quiero verla, oírla, que me convenzan sus labios. ¿Voy a dejarlo así, sin más, ni más? ¿Puede quedar todo en una pompa de jabón que se deshace? ¡No, no! La bus-

caré, la veré, le hablaré... ¡Voy a...!" —y apresura el paso.

—"¡No, no! Ni la buscaré, ni le hablaré. No la haré sufrir..." —se corregía al instante, deteniéndose.

Y camina..., camina... Camina sin rumbo, con inadvertencia de sonámbulo, haciendo "eses", como si estuviera ebrio, y reflejando sus complejas inquietudes.

Los montes giraban, cambiando de aspecto alrededor del camino en curvas. Las altas cimas lo apesadumbran, ora a derecha, ora a izquierda, y crecían a sus ojos, como la inquietud febril de sus venas.

Atraviesa Los Morretes, la Madrelagua, el Cruce. Sigue hacia Molino Viento. Se para y posa las manos en la frente, como persiguiendo una idea entre sus pensamientos. Tira de las hojas a las pitas, que cabecean a su paso. —"¡Qué chasco! ¡Qué ingenuo has sido...!"—, piensa le están diciendo con sus vaivenes las azuladas pencas, y que cuando trababan los pinchos en sus pantalones y chaqueta se estaban riendo: "¡anda, tonto, anda, tonto!". Y que un canario del monte se mofa de él con la risa de sus trinos. Y el silbo de un mirlo que cruza el sendero y se oculta entre los verdes escobones fue para él como un silbo de burla. Da un puntapié a un pedruzco. Un perro le ladra. Tiene que dar paso a una bestia cargada, que parecía una montaña ambulante. La paja le cosquillea las orejas. Un cuervo cruza, y su graznar tétrico le estremece, ahondando sus ideas negras; y un labriego cargado con haz de hierba, tan grande que lo partía en ángulo.

Llega a Molino Viento... Recuerda: "Aquí la encontré aquella tarde... Aquí la vi, le hablé..." Y por un minuto revivió aquel feliz instante, olvidándose de su tragedia. "Sus ojos, ¡cómo me hablaban! Y de pronto... ¿Qué ventolera le ha dado? ¡No, no! ¡No pudo ser! Voy a buscarla y convencerla, a... ¿Insultarla? ¡No, no!".

Y recita, casi inadvertidamente:

"Y en vez de despedirme
con reproches y con llantos,
yo, que te quise tanto,
deseo que seas feliz,
feliz, feliz..."

Casi embiste a un labriego que conducía un extraño armatoste arrastrado por un buey: varios palos entramados, sobre los que conducía unos cestones con piedras.

—¡Buenas, señor maestro!

—¡Ah! ¡Buenas! —y autómata, pregunta—: ¿Cómo llamáis a ese artefacto?

—¿A esto? A esto lo llamamos "corsa", corsa arrastrada. Lo usamos para arrastrar piedras, atarecos...

Y sigue el campesino arrastrando su "corsa", y el maestro la suya: el cuervo negro anidado en el corazón.

En Molino Viento duda y cavila, la mano en la barba. Su cerebro era una hirviente olla de grillos.

"¿Voy a perder mi dicha, mi felicidad, por unas palabras del cura? ¿Es posible que me la arrebate un inculto mozo de estos campos?"

"¡No, no puede ser! Pero, ¿y si es verdad?" —y el "pero" le barrenó las sienes como un tornillo—. "¿Qué será de mí si oigo de sus labios el no definitivo? No, no le diré nada." "Sufriría ella mucho al decirle a usted lo que yo le digo en su nombre" —recuerda palabras del cura—. "No intente reprochárselo. La haría sufrir..."

Y se devanaba los sesos por encontrar la clave de todo el enigma. "¿Será posible? ¿Por qué habrá sido?" —se preguntaba.

Camina unos pasos. Se sienta en la piedra de marras, de la tarde feliz aquélla. Alza la mirada. El paisaje era igual, hermoso. El no lo aprecia. Y escruta los caminos. Quiere verla, hablarle. "¡Si ella viniera!" Y hunde la cabeza entre las manos y la vista en el suelo, ensimismado.

Pasó así mucho tiempo. Suena la aburrida esquila de una vaca mansa. —"¡Buenas tardes!" —"¡Buenas!" —"¡Qué raro el maestro!" —el vaquero, sorprendido de su hurañía.

Repica el almirez de la ermita, coloreada por la última luz caliente del ocaso. A su parecer le decía: "¡Adiós, amor, dulce amor!"

Y la sombra del pinar de Tamadaba subía Barranco Hondo Arriba: en el cielo brillaba ya la estrella de la tarde y corrían las nubes, dejando grandes ventanales de oro.

Enfrente estaba La Cañavera, con sus tubos deshechos. Todo lo ve ahora muy distante, ajeno, desdibujado en el recuerdo, como una película vista en la lejana desembocadura de un túnel. "¡Qué tontería!" "¿Qué tenía yo que ver con esto?" —se dice.

Y siente los rumores tenues del atardecer: pájaros, cantos, esquilas, ladridos... Y, de pronto, la voz de Facio, como si fuera de un ángel: "¡Calandria! ¡Calandria! Don Aníbal está en la esquina de Molino Viento, y la cabra suelta en el muladar..."

Estas palabras lo electrizaron. Le repican en el corazón. Le incendia el alma. Cree que va a aparecérsele la moza, a venir a hablarle, a consolarle, a decirle que todo fue una broma... Y fue esto para él como un ¡alleluia, alleluia! de Pascua de Resurrección, como un resucitar repentino de sus muertas ilusiones. Y esperó a que el ángel apareciera. Y, esperando, tararea:

"Nadie, nadie sabrá jamás
cuánto te quise;
nadie, nadie sabrá jamás
qué nos pasó...
Y aunque el mundo esté alegre
yo estaré triste
esperando, esperando el retorno
de nuestro amor..."

Pero el ángel no se dejó ver. Y recuerda entonces cuando él le preguntaba allí mismo: "¿Sabes lo que es el amor?" Y ella le contestó: "Sí, me lo dijo una amiga: el amor es una cosa estupenda; pero complicado, difícil..., y, a veces, amargo". ¡Cuánta verdad!, recapacita, sumergido en una borrachera de amarguras.

Se yergue, desmadejado. Vuelve sobre sus pasos. Por donde cree encontrar menos gente: le conocerían en el rostro la desazón y sus cavilaciones. Se sentía huraño, hundido en sus cábalas. La amargura le aploma las ideas.

Un voz canta:

"Y la ingrata calandria,
tan pronto se vio libre,
voló, voló, voló..."

....

Y recuerda él lo que allí mismo cantara la moza:

"Tengo un dolor en el alma,
un clavo en el corazón..."
....

Y ve cerrados todos los caminos y horizontes a los que se proyecta su pensamiento. Y camina, vencido por la áspera realidad, cansino y cauteloso el paso. Ideas tristes le invaden los laberintos del alma, resonando como zumbidos de avispas en el caracol de las orejas; pájaros mudos echados a volar, en medio de la noche, atontados, sin un átomo de luz.

Dentro de su cráneo crepita el fragor de un derrumbamiento. Balbuce en frases la tristura de su alma. Proyecta al exterior la inquietud, como el cuerpo su sombra. Se para. Un cernícalo, fijo en el espacio, aletea nerviosamente. Así está él: fluctúa sobre un mar de dudas.

De pronto, el cernícalo se bate en picado sobre el infeliz insecto. Y, a imitación del bicho, se lanza él sobre una idea repentina que, como un relámpago, acaba de clavársele en el cerebro. "¡Adiós, Calandria! —musita—. Pájaro huído de la jaula donde quise aprisionarte... ¡Sé feliz! Este día será un día rojo en el almanaque de mi vida..."

El silencio caía ya como una sombra sobre la aldea. Una lágrima horada este silencio, para ir a fijarse en la comba inmensa del cielo: brillante azabache negro clavado entre las temblorosas estrellas de la noche.

* * *

—¿Qué? ¿Fue ayer a arreglá los papeles pa' casarse? —Y la voz del zapatero cae a don Aníbal como un latigazo en el alma. Y disimula:

—Sí, sí... Mañana voy a Las Palmas a ultimar; y a convidar al gobernador...

—¿Al gobernaó? ¡Ah, caracho! 'Tonse la cosa va estupenda. ¡Cuánto me alegro! Tráigame la medías del gobernaó pa' concluirle los zapatos. Se las pide al guardia de la puerta. El que'ó en mandármelas. Y a usté también voy a regalarle unos, caray. Bien que lo merita.

—Gracias, maestro Pancho.

—¡Ah! Y jáblele al gobernaó de la nueva enjusticia cometía con el pueblo. ¿No lo sabe? Risulta que la fuente pública apareció seca, por mor de unas catas que jisieron en un pozo en un barranco cerca de aquí. ¡Fuerte 'escaro, usté! Jáblele al gorbenaó; escriba en el periódico, mueva a Roma con San Pedro. ¿Cómo vamos a vivir sin agua? ¡Siempre abusando de los pobres, puñema! Ahora mesmo voy a jablá déso al cura. Debemos dí otra güelta la comisión de fuerzas vivas al gobernaó... Y si no, la masa compata del pueblo empeso...—y garrotazo.

* * *

El maestro no duerme, porque no dormía su dolor. El molino que lleva en el cerebro no tritura más que ideas negras. Estas acudían a miles, como abejas en colmena. Y sentía el canto monótono de los grillos y de las ranas, confundidos con un sueño inquieto; y que, a su parecer, le repetían: "No te quiere, no te quiere..."

Sentía como rota la persona. Estuvo casi toda la noche sentado en la cama, contemplando estrellas por un ventanuco. Miraba sin pensar, quieto el pensamiento. Y por el ventanuco, con luz nerviosa de astros, entraba la imagen soñada de Calandria...

Y al fin los gallos cantaban: "¡Quiquiriquííí...! ¡Quiquiriquííí...!" Y en la agitación febril de su sueño, él piensa que le repiten: "¡Vete de aquí! ¡Vete de aquí!".

LIX

DESANDANDO EL CAMINO...

Aún brillaban las estrellas... "Como un ladrón, cautelosamente, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie lo viese..." —como la salida de Don Quijote—, el maestro, una maleta en la mano, abandona su cuchitril.

Sube la pina cuesta de las cumbres, azotado el rostro por bocanadas de neblina y vientecillo frío que estremece. Se detiene a ratos, y jadea ansioso. Mira hacia el pago, envuelto en niebla de misterio. Prosigue, mascando raíces amargas de recuerdos, y despidiéndose con el dolor mudo con que se dice adiós a la ilusión que se pierde. Le parecía sentir el roce de unas alas sombrías en el chiflo maligno del viento.

Y sube, sube..., desandando el camino que hacía un año pisó por primera vez. Por senderos orillados de pitas, por lomas repletas de retamas mustias, a ras del suelo; todo picón árido, polvo y piedras negras. Sin vida y sin rumores. El sonido estaba muerto en el silencio.

Sentía clavillos que le perforaban el cráneo. Cree atravesar húmedas sombras de desfiladeros. Oye el rumorío de un ganado, y el sonar de sus cencerros y campanillas hieren su mente. Y le bullen en la cabeza miles y encontrados pensamientos y recuerdos: La Cañavera, la vivienda de la moza... "¡Qué tardes felices!" —el pinar, la matanza de cochinos, sus prisiones, sus paliques con ella— "¡qué agra-

dables!”—, sus viajes a Gáldar, a Las Palmas, a Teror, la “achocadura” del sordomudo, el pleito con el Buey...—. Todo, todo se le revolvía en la imaginación con viveza inusitada, como en cinta cinematográfica.

Y el beso... “¿Era su despedida?” Y parecíale que lo llevaba, tal que una condecoración, visible en la mejilla. “Iluminará mi vida. Me consolará en mi amoroso infortunio —balbuce—. Este segundo de felicidad compensará todas mis penas...”

Y sube, sube, diciendo adiós a todas las ilusiones que aquella muchacha parecía haberle robado. Le pesan más las ideas que el maletón. Su cráneo es una caldera donde hierven cuantos sucesos le acaecieron en aquellos meses, llegando a la superficie, desde su psiquis íntima, y causándole una extremosa tensión. La onda de cavilaciones en que se columpiaba su mente había alcanzado su punto de plenitud. Un mar de dudas batía su pecho, queriendo apagar la luz que el amor encendió. A ratos, quiso volverse...

* * *

Llega a la cumbre cuando aún el sol no había salido. La tierra era un inmenso tapiz oscuro extendido al pie de las límpidas estrellas desnudas. El cielo aparecía terso, deflecado por promontorios de colinas. El lucero de Venus temblaba fulgurante sobre el pinar.

Se tumba en el mismo sitio donde durmió la noche aquella, “justo hace un año” —recuerda—. Y mira con tristeza y ojos de alucinado hacia el caserío, dormido en la paz del campo. “Parece esto el desierto donde Cristo dio las tres voces...”, según estas gentes; “el trágico umbral de un pueblo mudo”, dice.

Las últimas estrellas salpicaban el cielo, chispas de una hoguera consumida. Ellas le recuerdan su primera conversación a solas con Calandria... Le vienen ganas de llorar. “Por aquí me alumbraron los focos del coche...” Le parece que todo va a repetirse...; que el árabe va a volver para conducirlo, y Calandria también para decirle que todo fue una broma, un malentendido...

“También hubo estrellas aquella noche... Entonces se

iban encendiendo, alegrando el cielo. Ahora se van apagando, entristeciéndolo... Ellas se extinguirán. Calandria quedará para siempre en mi vida. El lucero desaparecerá de mi vista; ella..., no será fácil. No la podré quitar de mi corazón." Y pone la mano sobre el pecho. Y suspira. Y contempla el cielo, bebiendo estrellas con los ojos, como si una de ellas fuese la moza de sus ilusiones.

Y siente ese aroma indeciso que tiene la melancolía de los grandes recuerdos: como un entrañable perfume de flores marchitas.

Había ya unas claridades matutinas, unos resquicios blanquinosos, chispazos surgidos de la gran hoguera del sol, todavía bajo las aguas. La niebla levantaba su velo perezoso y el anfiteatro de los montes se mojaba en luz de aurora. Por el Este, una finísima espada de luz cortaba el horizonte, separando el cielo y la tierra.

Carga su maletón. Sigue hacia los Pinos. Desanda el trayecto recorrido antaño. Y se sentó en el mismo montículo de entonces. Las sombras, trozos de la ya vencida noche, corrían a esconderse, como brujas que huyesen de los rayos del sol, en el antro de la "Caldera", de donde surgieron aquella otra noche triste.

Por el Oriente, el gran pulpo de luz bullía inquieto bajo las aguas del océano; se agazapaba tras los Roques Este y Oeste. Se agarraba con sus dorados rejos a los peñascos de La Graciosa e Islas de Lobos. Tendía sus tentáculos sobre Lanzarote y Fuerteventura y los enroscaba en el Pico, dorando las alburas del Teide; y palpaba ya con sus rijosos nudos las islas de La Palma, Gomera y Hierro. Y sobre la lejanía del Atlántico se extiende la rojiza tinta del pulpo de oro, mezcla de sangre y fuego.

Y recuerda: "¿Ha transcurrido de verdad un año? ¿No ha sido todo una pesadilla con ojos abiertos, un sueño color de rosa, infudido por un ángel? ¿No será que me adormecí anoche, y ahora despierto, dando por realidad tangible un hermoso sueño?"

"No, no... —mira la medalla puesta en su cuello; la besa—. No son tan hermosos los sueños... Esta medalla es una realidad..." Y le parece que nota fuego en los labios.

Y toma aliento, repetidamente, como si aspirase desleído en la brisa mañanera el perfume de la moza.

* * *

"Realidad o sueño, he sabido que en estos campos hay almas que sienten, que plantean problemas hondos, humanísimos. Almas puras, sencillas, con tristeza y alegrías, amores, odios, desengaños... Hombres humildes, patriotas. Sacerdotes que sufren con su pueblo, procurando su bienestar, defendiendo sus intereses con tesón y mortificaciones sin cuento, en constancia heroica..."

"Pocos saben que existe ahí un pueblecito pintoresco, feliz, como un hormiguero entre montañas, donde hay gente que vive, goza, sufre, sueña... Donde la aldea es un mundo, y hay hondos misterios y grandes problemas humanos bajo las arrugas de la tierra. Y donde un maestro llegó despreciando a las mozas del campo, y vuelve herido y lastimado de mal de amores..." E intenta cantar:

"Al di lá delle cose piú belle,
al di lá delle stelle,
ci sei tu..."
....

"Al di lá della volta infinita,
al di lá della vita,
ci sei tu..."
....

Y una lágrima rodó por su mejilla; y la extingue con el dedo, en ademán nervioso. Y le pareció que arriba, en el cielo, junto al lucero de Venus, ha brillado su lágrima, convertida en estrella.

* * *

Y saca un cuadernillo, y, con tristona lentitud, escribe:

"Es la ilusión más dorada
como la espuma del mar:
cuando la vas a tocar
es espuma, espuma, y... ¡nada!"

"Verdad o ilusión —sigue pensando—, he aprendido a conocer el alma campesina, a sentir el ingenio pálpito de sus corazones. ¿Quién iba a imaginar que un año de vida y una muchacha del campo podían darme tan estupenda lección?"

La aprenderé; la recordaré. Cantaré las bellezas de estos paisajes y las todavía más hermosas virtudes de sus habitantes. Y denunciaré las injusticias que se cometen contra estos campesinos. Y si consigo que se acaben o disminuyan, y esos días rojos en el almanaque de tantos niños..., me sentiría satisfecho. Y los trinos de la "Calandria del Retamar" resonarán para siempre en la jaula de mi corazón..." —y posa en el suyo la mano.

* * *

El coche de Artenara se ha detenido allí, junto a la "Caldera", con ruido prosaico, despertando al joven de sus románticos ensueños. Con risa burlona, de tuno rajado, el cobrador, Romero, le grita:

—¿Entoavía no ha encontrado el pueblo, cristiano? Venga la maleta, si va pa' la siudiá. Y aféitese, cristianito..., ¡si lo es...!

Y el "cristianito" sube al autobús, indolentemente, pesándole más el alma que el cuerpo.

Y, tras forzado carraspeo, el coche arranca, bullidor, isócrono, maquinal, envuelto en blanca nube de polvo y despidiendo un chorro asfixiante de humo negro...

FIN

VOCES Y EXPRESIONES DE SABOR CANARIO USADAS EN LA NOVELA "LAS CAMPANAS SON DE BRONCE..."

Alguien me había dicho: "algunas palabras no las entiendo"... Esto me ha movido a agregar un índice de voces y expresiones de especial sabor canario usadas en esta novela.

No pocas son castellanas ya en desuso, "a-isla-das", pero vivas en las Islas. La mayoría son extrañas para el diccionario de la Academia. Y no están todas, alguna se habrá escapado al entresacarlas del libro; o el autor no ha caído en la cuenta de que son modalidades del decir canario. De éstas, de las ignoradas, perdón, pues, como decimos por aquí, "si le digo, le engaño..."

Preparado este prólogo y el vocabulario correspondiente, con 370 palabras, recibí la visita de un poeta, Chano Sosa, y de un novelista, Díez Tino. Y hablando de todo, me indicó el primero —a falta de cuartos los poetas brindan poemas, inspiración e ideas— la de que sería interesante confrontar el vocabulario de mi novela con el de Pancho Guerra, oportunamente editado.

Alegué que el mío era muy modesto, y estaba ya listo para la imprenta, y con escaso tiempo para la confrontación. Insta el novelista:

—Es fácil. Basta señalar con asteriscos las voces no contenidas en el léxico de Pancho Guerra...

—Eso llevará dos horas a lo más...— insiste el poeta.

Estas "dos horitas" han sido, amigos poeta y escritor, dos semanas íntegras: leer y releer el Léxico de Pancho Guerra (810 páginas); consultar y confrontar el diccionario de la Academia; y otra vez rastrear las voces escondidas en la madriguera de mi libro, amén de ponerlas en limpio de nuevo.

Total, alrededor de 600 palabras, más bien más que menos, apiladas en este cestón "raido" de expresiones populares ca-

narias. Y ahí me planté. Las que queden toca al lector descubrirlas y larlas a conocer: útil y grato entretenimiento.

Así, pues, si resultase excesivo y aburrido este largo apéndice, Ya se sabe a quienes pedir cuentas. Yo me lavo las manos... Solamente advertir:

I) Estas voces son del habla viva de los grancanarios. Muchas saltaron de labios del interlocutor a las páginas del libro, "viv'itas y coleando". Otras aguardaron en fichas durante muchos años, para ser presentadas ahora en su propia salsa.

II) Las no recogidas en el Léxico de Pancho Guerra ("Léx. P. G." en el texto), o que tienen distinto significado, van señaladas con asterisco (*). Suman unas 259.

III) No se pretende enmendar la plana, ni mucho menos, al excelente trabajo de la "Peña Pancho Guerra", ni hay en el mío intenciones técnico-lingüísticas. Solamente cooperar y destacar el tan meritorio de ellos, ya que, como es el dicho: "mano puesta, ayú'a es..."

A

ABANADOR.—Utensilio de palma para avivar el fuego, abanico. De abano.

ABANAR.—Dar aire con el "abanador". Abanicarse.

ABICARLA. — Morirse, estarse muriendo ¿De "apicarla" = irse a pique?

ACISCAR.—Coger una cosa en el aire. "Acíscalo" = cógelo.

* AGALLAR.—Bajar las bestias la cabeza. De agachar posiblemente.

* AGIBAR.—Echar a perder, estropear. Se usa más en reflesivo: agibarse; como tener giba. ¿Del castellano gibar = fastidiar, molestar?

¡AI, MERIA!—¡Ave María! Dícese también ¡aimería!, ¡amería!

AJECHO. — Seguido, sin parar, con orden. Usase también "ajechito". ¡Hazlo ajechito! = hazlo ordenadamente.

AJIJIDOS.—Chillido de júbilo. ¡Ajijí!, gritan los canarios en los campos. De ahí "ajijidos".

* AJILADO.—Crecido por el sol (la planta). De ahilado probablemente.

AJILLADO.—Estropeado, fallido, por lluvia o viento (las plantas).

* AJORCA.—Palo con púas para remover la paja = horqueta, horca.

AJORRADA.—Se dice del animal que por alguna causa no da leche.

AJOTO.—A causa de, a razón de. Probablemente del castellano "hoto", usado por Sancho (Part. 2.ª, cap. 4 del "Quijote": "No ha de vivir el hombre **en hoto** de otro sino de Dios". Sancho pronunciaría "ENJOTO". De ahí conservan los canarios el precioso "AJOTO". Este procede a su vez del latino "fautus" = confianza. Se usa también "AJOTAR", que es apabullar a uno.

AJULEAR.—Espantar a las gallinas. Mandar a alguien a paseo, de mal modo.

ALBERCÓN.—Estanque de agua. Ya en desuso, queda como casi nombre propio de los más antiguos.

ALCANCEL.—Comida verde sembrada para animales: orchista, cebada, habas...

ALEGANTIN.—Alegador, de mucho palabrerío, cuentista.

* ALESTEÍLLO (VIENTO).—Viento que viene del Este. Suele ser muy variable.

ALIJAR.—Soltar, aflojar dinero.

ALMÓ.—Por lo visto, al parecer... Suele usarse repetido: almó, almó... "De "al modo".

ALONGAR.—Traer, alcanzar, dar en la mano.

* ALPOADORA. — Hierba silvestre. La guardan como "panasco".

* ALTÓ.—A pesar de todo es así...; lo cierto es que... ¿De "al todo"?

AMAÑARSE.—Estar a gusto en un sitio, acostumbrarse.

* AMAPOLA BORRACHA.—Es azul. Entontece a los animales que la comen.

AMBOSADA.—Puñado de algo, con ambas manos = almorzada.

* AMOCHINAR.—Malhumorarse, amilanarse.

* ANDINO. — Vagabundo, listoide, que sabe mucho, extravagante.

* ANOJO (Estar de).—Se dice del animal que un año no da leche = "ajorrado".

APARRARSE.—Disimular, hacerse el que no sabe, el despistado.

AÑURGARSE.—Atragantarse, añusgarse.

* APERAR.—Preparar, ordenar.

* APLICO (Me la).—En el juego del escondite, cuando un niño quiere descansar.

* APOQUINAR.—Apocarse, achicarse. Significa también aflojar dinero; y en este sentido lo recoge el Léx. P. G.

AQUELLARSE.—Palabra de aplicación múltiple. En la no-

vela significa acostumbrarse, hacerse a un ambiente, a un un trabajo.

ARREJUNDIR.—Darse prisa, andar ligero, trabajar mucho y bien.

* ARREPANOCHE.—Confusión, revoltura con algo de escándalo.

* ARREPAÑAR.—Recoger las sobras de algo, aprovecharlo todo = arrebañar.

ARRITRANCO.—Trasto viejo e inútil, cosa inservible y pesada.

* ARROLLÁS.—En gran cantidad, de sobra, tirado.

* ¡ARSE!.—Voz para espantar a los perros.

ASESÍO.—Ahogo, fatiga, aliento dificultoso = acecido.

ASIGÚN.—Según.

* ATARAJOSTE.—Objeto pesado e inservible.

ATARECO.—Trasto inútil = tareco.

ATIFAÍTO.—Llenito, rebosando. Diminutivo de "atifado".

ATORRARSE.—Agacharse, ocultarse. Es como el "aparrarse", en sentido material.

* ATURRUCARSE. — Equivocarse, atolondrarse, quedar confundido.

AVIÓN. — Golondrina canaria; vencejo. Presagian agua, se dice.

* AVÍO (Hacerse un). — Verse en apuros, estar indeciso, no saber que hacer.

B

BAIFO.—Se tiene por palabra indígena = cabrito. Voz muy usada en Canarias. Y se emplea en algunas frases: "Irsele el baifo" a uno es desentonar en sociedad y desafinar en el canto. "Echar un puño a la baifa" es la acción de hablar el novio con la novia. "Estar como un baifo" es estar fuera de tono, desequilibrado, algo "majareta". "Ser la madre de la baifa" es ser la causa oculta de algo, la razón no confesada de un hecho...

BAIFUDO.—Al que tiene bigote y cara ancha lo llamamos "baifudo".

BALADRÓN.—Pillastre, sinvergüenza, informal.

BALANCÉS.—Balanceos, movimientos rítmicos a un lado y a otro.

* BÁLAGO.—Paja entera, sin trillar. La atan en "mantullos" (haces), y con ellos chamuscan la piel del cerdo después de matarlo para dejarla limpia. Con "bálagos" se confeccionan

rústicos cestones (taños) para guardar el trigo. En Léx. P. G. parece confundirse "bálago" con "balango".

BALANGO.—Planta silvestre, de tallo alto.

BALAYO.—Cestón grande de junco y mimbre. De "balaio" (cesto) como dicen en Brasil.

BARBA (de millo).—Pelusa de piña de maíz (millo).

BARDAGO.—Gandul, indolente, lerdo.

BARDINO.—Raza de perros. A veces lo llevan como nombre propio.

* BARRIGA (Tener).—Se dice del atrevido y fresco.

* BARRULIENTO.—Terreno embarrado, achocolatado, empapado.

* BATUMERIO.—Elogio exagerado, palabrerío, "enredina". P. G. la usa en otro sentido.

* BEBERAJE.—Bebida de poco valor.

BELETÉN.—Primera leche de cualquier animal. Se la considera voz del idioma canario antiguo.

BELINGO.—Broma, diversión, gracia tonta.

BELINGUIAR. — Hacer "belingos". Bromear tontamente. También perder el tiempo en boberías, estar "enralado", "ensayado".

* BERLOTAS.—Pieza del arado = belorta.

BERNAGAL.—Cántaro para agua. Dícese también "bernegal".

* BERZA.—(Estar en).—Están "en berza" los sembrados cuando empiezan a crecer. Está en el Dicc. de la Academia.

BEZOS.—Los labios "Dar por los bezos" es dar que merecer a uno, cobrársela, superarlo en algo.

BICO.—Extremo de una vasija para soltar el líquido; labios. De pico, seguramente. Los canarios cambiamos mucho la P en B o F: pico = bico; pizco = fizco... ¿Sería por dificultad de pronunciar la P? En el lenguaje indígena, canario antiguo, hay muy pocas palabras con la letra P.

* ¡BIEN DE...!—Modismo para expresar la abundancia de algo: ¡Bien de gente! ¡Bien de coches! Es muy usada esta manera de encomiar en Canarias.

* BIQUERA.—Biquera es donde gotea el agua. Y como el agua cae del tejado o de los canales en la puerta de las casas, para decir que una cosa está cerca se dice: "está en la puerta de la biquera". El castellano es piquera: cambio de P por B.

* BIRIMBAO (Hacer).—Darle con los dedos en los labios a los niños. El birimbao es un instrumento músico con una len-

güeta que se pone entre los dientes y se mueve con el índice. "Birimbaos" le hacían los abuelos a sus nietos.

* BIRRIOSO.—Estropeado, desgastado, sin valor: de birria.

* BLANCA (Estar sin).—Estar sin dinero, sin cuartos. Hoy decimos "estoy sin una rubia", porque ya la peseta no es de plata.

BOBERA.—Tonto, simplón, bobo; tontería.

* BOCAJIGO.—Al de boca grande le dicen "bocajigo".

* BOCHINCHE.—Tienducho pequeño, sin mucho aseo.

BOGA.—Pescado de baja calidad. Se vendían fritas en las fiestas. De ahi el dicho: "vete a freir bogas"; o sea vete a hacer el tonto a otro sitio.

BORREGA.—Bolsita de goma donde los viejos guardan el tabaco en picadura.

BORSOLANA.—Porcelana.

BOTARSE.—Precipitarse, hacer algo sin pensarlo. ¡No te botes! equivale al ¡tú tranquilo! de ahora.

* BRINQUIOS.—Saltos, brincos de júbilo o de dolor.

* BUCHÚ (Palomo).—Se dice del palomo que es ladrón de palomas.

¡BUF!—Expresión de asombro = ¡uf!. Se emplea bien como rechazando algo.

BURGADILLO. — Diminutivo de "burgado", caracol pequeño. Cocido se usa como "enyesque" o "tapa".

BURRA (Echar una).—Jugada especial en el deporte de la lucha canaria.

* BURROMINA. — Animalada, tontería grande, palabra sin sentido.

C

* CA'.—En casa de... "Ca' mi abuela" es en casa de mi abuela. Recuerda al "chez" de los franceses.

CACHETÓN.—Los canarios cuando dan un cachete lo dan fuerte. Por eso no dicen cachete, sino "cachetón", que suena más.

CACHIMBA.—Es la pipa española y el cachimbo americano; aunque el Dicc. de la Acad. dice que es voz africana.

* CACHIRULO.—Hombre torpe y moralmente pesado; que no razona.

CACHORRO. — Sombrero. Si es pequeño le llaman "cachorra".

* CAGAPLAZAS.—Cuando un jugador no pasa de tres piedras en el envite le llaman "cagaplazas".

CAIDA (Salir por).—Cuando un luchador sale a suplir a otro ya vencido en la lucha canaria, se dice que "sale por cáida" = por caído. En esta lucha pierde el que cae.

* CAILÓN.—Que se cae, tumbón. Se aplica más bien a los animales.

CAIRÓN.—Ser un "cairón" es ser un bruto, un salvaje. ¿Vendra de "alcairón", un pájaro grande y de instintos rapaces?

CALDERA.—El vacío u oquedad dejada por los volcanes al arrojar la lava parece una "caldera", a veces de dimensiones tremendas. A estos hoyos inmensos, tan frecuentes en Canarias, los llamamos "calderas". Según el Léx. P. G. esta denominación pasó al vocabulario geográfico científico internacional. Admitida por la Academia en 1966.

CALENTARSE.—Enfadarse. En activo es enfadar a otro.

CALENTÓN.—Que se "calienta" (enfada) por poca cosa. A veces, el que hace enfadar a otro.

* CALIMBRE. — Juego infantil. Explicación de unos niños: "Nos ponemos así —y se colocan en cruz contra la pared—. Viene otro y nos toca ¡calimbre!. El cogido se queda para hipnotizarle...". ¿Se ha enterado la B. I. C.?

* CAMA.—Pieza encorvada del arado.

CAMBADO.—Torcido.—De cambado. Dice un refrán: "el derecho de la jose (hoz) es ser cambao"

CAMONINA.—En el lenguaje infantil, engaño, pillería. También quedarse con dinero, haciendo ver a la madre que en la tienda le cobraron más.

CAMPURRIO.—Hombre del campo, "maúro", poco culto.

CANCABURRADA.—Una animalada, una brutalidad. Es lo que hace un "cancaburro".

CANCABURRO.—Un bruto, sin cultura y atrevido encima.

* CANDELA.— (Haber).—Haber pleito con trompadas. Cuando dos se "calientan" y pelean, hay "candela".

* CANGARRO.—Trasto viejo, cacharro inútil. No lo veo en el Dicc. de la Acad. (6.ª edición); pero alguien me escribió hace poco desde Zaragoza: "estoy hecho un cancarro..." Y no era canario...

CANGO.—(Echar un).—Otro ardid de la lucha canaria: "atacando con la pierna derecha el tobillo derecho del contrario", dice el Léx. P. G.

* ¡CANTIMPLONTI!—Suele decirse "y cantimplonti!; y equivale a ¡ya está todo arreglado!, ¡no hay más nada que decir!, ¡y sanseacabó!

CAÑITA (Hacer una).—Adelantarse a otro en la cola, colarse.

CAPILOTE. — Pájaro gris muy cantador, con una moñita

negra (el macho). Junto con los mirlos y los "canarios del monte" (canarios silvestres) son la delicia y el encanto de las "medianías" canarias: entre los 800 y 1.500 metros de altura. Es deformación de capirote. Debe llamarse así por su moñita.

¡CARACHO!—¡Contra, caramba!

CARAJACA.—Hígado asado que se vende en las fiestas.

CARAPACHO.—Hoja seca de piña de maíz. Las usaban los viejos en vez de papel de fumar, y las escogían amorosas (tiernas) y cercanas a la mazorca (carozo), dejándolas secar por mucho tiempo.

* CARPIANDO.—Agitándose mucho, moviendo brazos y manos.

* CARRANCIO.—Cosa anticuada, en desuso; trasto viejo, lo que hace mucho ruido.

* CARRILLO.—Puesto o carro movible donde se venden golosinas.

* CARRUCHO (Viejo).—Además del "coco" existe en Canarias "el Viejo Carrucho", que es un hombre feo que en un saco se lleva a los niños malos y llorones.

* CASA DEL NIÑO. — Llámase así un internado para niños huérfanos, instituido a raíz del Movimiento en Las Palmas. Oficialmente es el Hogar "Mario César", nombre del primer caído de la Falange Canaria y sobrino del autor del libro.

* CASCARRIAS (Ser un).—Tener mucho "genio" (reacciones violentas), enfadarse de poca cosa. ¡Vaya cascarrias!, decimos a quien se enfada mucho. En otro sentido lo trae el Léx P. G. (suciedad).

* CASPARRO.—Esquila grande de ovejas, cencerro.

* CASUAL (Por un).—Por casualidad, sin esperarlo.

* ¡CATASQUÍ!—He aquí, cata aquí... "¡Catasquí que llegué al alpendre!", dirá uno del campo para significar que llegó al establo.

* ¡CATAY!.—He ahí, cata ahí; eso fue. De "cata" y "ahí", como el anterior es de "cata" y "aquí". Son expresiones populares entre viejos del campo.

CERCADO.—Trozo labrado de tierra. Suelen tener un cerco de piedras, de donde se les dice "cercados".

CEROTE.—Miedo. ¡Tiene un cerote!, decimos para significar el miedo que pasa alguien.

CESTO (Mantener el).—El que vigila o cuida a dos novios se dice que "está manteniendo el cesto". "No estoy para mantener el cesto", dice uno cuando no quiere suplir o vigilar a otro.

* CEVILES (Los).—Los guardias civiles son los "ceviles", en Canarias.
CINCHÁ.—Se dice de la oveja con lista negra en el vientre =cinchada.
* ¡CITO!—Para espantar los perros: !cito, perrooo!
* CLINIJOS.—Pequeños, chiquillaje, "familios".
COCO.—Cabeza. "¡Fuerte coco!", se exclama al verse a uno de cabeza grande.
* COCORRAZO. — Un golpe duro recibido en la cabeza es un "cocorrazo". De "coco"...
COCHAFISCO.—Maíz tostado hasta reventar. "Cochafisco" en Gran Canaria; pero en cada isla tiene su nombre: tafeña, roscas, pajaritas, palomitas, flores, rositas, rosas, chafisco. Da pie esta palabra para un bonito artículo.
* COCIDO.—Tieso, presumido, muy entonado.
COMECHOSO.—Remilgado, ahorrativo en extremo.
COMPATA.—Compacta.
* COMPROMISO (Estar de).—Estar en estado, encinta.
CONEJA.—Herida grande, muy abierta; más bien la causada por piedra.
¡CONCIO!—Exclamación de asombro = caramba, contra.
* CORAJIENTO.—Muy enfadado, lleno de coraje, "enroñado".
* ¡CÓRCHOLIS!—¡Caramba! ¡Caracho! ¡Jinojo!
* CORRE-CORRE.—Se le dice al que siempre va apurado y está en todos sitios.
* CORSA.—Artefacto de palos entramados para trasladar a rastras objetos de mucho peso. Según el Dicc. de la Academia, es voz canaria, y equivale al castellano "rastra" y al "narria" vasco. En el pueblecito donde se desarrolla la novela la llaman "CORSA ARRASTRADA", y la he visto usándose. Un entendido me ha hecho observar lo interesante de esta palabra.
* CORRÍA.—Equivale a sabida, conocida. De "correrse" = divulgarse.
* CORUJO.—El "corujo" es otro coco para los niños canarios. Este no es el viejo Carrucho, sino una especie de brujo misterioso que se lleva a los niños malos.
* COTOS.—Clase de higos.
* CRISPOSO.—Crispado, encrespado.
* CUAJADO.—Lleno, colmado, espeso.
CUALO.—Cual, convertido en "cualo", "cuala".
CUALO (A).—"¿Acualo?" es ¿qué cosa?, ¿qué dice usted?
CUANTIMAS.—Cuanto más, teniendo en cuenta.
CUEVA.—Casa vivienda. A imitación de los antiguos canarios, muchísimos campesinos habitan en "cuevas" perfec-

tamente acomodadas, y mucho más gustosas y cómodas que las mismas casas.
CUICO.—Listo, vivo, lince.

CH

CHAFLAMEJA.—Persona sin seriedad, nada de fiar; "baladrón".
* CHINCHAPERROS.—Un cualquiera, un molesto, un mataperros en grande.
* CHINCHÍN (Al).—De corrida, como con banda de música, al contado.
CHIRGARSE.—Tener miedo, asustarse, achicarse. "¡Se chirgó todo!" decimos del que cogió miedo ante otro. Significa también mojarse. El Léx. P. G. trae una curiosa explicación de este segundo significado. También chingar = mojar.
CHIRGO.—Miedo, susto. Un chorro de algo: "un chirgo de ron..."
* CHIRRIMURIS.—Chiquillaje, niños molestos.
CHIRRINGO.—Pájaros chirringos son unos pájaros muy chillones, que dicen que se mueren de rabia si los cogen.
CHO.—Los viejos del campo no tenían Don, sino "Cho": Cho Juan, Cho Pedro. Todavía hoy tienen este título algunos prohombres del campo. Tío se convirtió en "tió" y éste en "cho". Debió ser un título honroso.
CHOLAS.—Zapatos viejos, chancletas.
CHUCHANGO.—Caracol de tierra.
* CHUMINO.—Un hombre chupado, de poca apariencia, encogido.
CHUNGADA.—Una broma, una gracia burda. De chunga.
* CHUNGANTE.—El que hace o dice "chungadas". Alegre, amigo de bromas.
CHUPENCO.—Casuchón, choza, "cueva", vivienda modesta.
* CHURRIOSO.—Pringoso, estropeado, sin forma, viejo. De "churro".
* CHURRUNGUILLO.—Un "chirgo" (chorro) de ron, de vino, lo dicen "un churrunguillo".

D

DEJAR (Tocar a).—Dar el tercero y último toque o repique para la misa. "Tocan a dejar", se dice el que lo oye, como diciendo: tocan a dejar de tocar...

* DESAYUNARSE.—Saber una cosa por primera vez. "Ahora me desayuno", se dice cuando nos enteramos de algo que debíamos haber sabido ya.

DESCAMISADA.—Reunión de vecinos para quitar las hojas a las piñas de maíz.

* DESCOBRAR.—En la trilla, allanar las espigas para trillarlas mejor.

DESHOJADA.—Es una "descamisada". Reunión para deshojar piñas de maíz.

* DETAL.—Palo donde se encaja la reja del arado = delantal.

* DILATARSE.—Alargarse en el tiempo, tardar mucho, entretenerse y no caminar.

E

ECHÁRSELA.—Darse importancia, ser farruco = ¡No te la eches!, decimos a quien presume mucho.

ECHÓN.—El que "se la echa", es un "echón", presumido, vanidoso.

* EMBOSTARSE.—Hartarse, comer mucho. En el Dicc. "abonar una tierra con bosta".

EMBULLO.—Engaño, apariencia. "engodo", creencia vana. "Con el embullo de hacerse rico, se fue pa'Cuba", decimos.

EMBULLAR (SE).—En activo es ilusionar a otro; en pasivo es ilusionarse uno mismo, sin mucho fundamento.

EMPANCHAR (SE).—Hartarse, llenar la "pancha" (panza).

EMPESO.—El castizo "en peso" se ha convertido en el "empeso" canario. Significa "en conjunto", todos, por lo recto, seguido, etc.

EMPENICARSE.—Levantarse sobre la punta de los pies. "Peninos" se llaman en Canarias los primeros pasos del niño.

* EMPERCHADO.—Muy derecho, todo tieso, como quien está en una percha.

* EMPIPOTIADO.—Elegante, con sus mejores vestidos.

* EMPIPOTIAR.—Ir elegante, con vestidos de día de fiesta.

* EMPITADO. — Flanqueado de pitas. Los caminos canarios suelen estar "empitados".

EMPOLVADO (Gofio).—Comer gofio en seco se dice "gofio empolvado". Se conoce enseguida, porque empolva el rostro.

EMPOTAJAR.—Embrollar una cosa, enredarla, estropearla. De "potaje".

ENCHARCARLA.—Echar una cosa a perder, estropear un asunto. Del encharcar material el encharcar formal.

ENCHUMBADO.—Mojado totalmente, chorreando agua por la ropa.

ENCHUMBAR.—Mojar del todo, pero con vestido puesto. Es una de esas voces tan populares y expresivas, que se sorprende uno de no verla en el Dicc. de la Academia (6.ª edición).

ENDENANTES.—Hace poco. Castellano en desuso, pero conservado en Canarias, como tantos otros vocablos.

* ENDIMÁS.—Además.

* ENFURRUÑO.—Enfado grande y sin explicaciones.

ENFURRUÑARSE.—Coger un "enfurruño". Como "enzurronarse": enfadarse y no hablar.

* ENGUILLÁS.—Encandiladas, engañadas malamente, hipnotizadas.

* ENJALMO.—Hombre pesado, molesto.

ENRALADO.—Alegre en demasía, sin fundamento. ¡No seas enralado", se dice a uno que se ha salido de sus casillas.

ENRALARSE.—Salirse de raya en sus gracias, estar de "relajo" (de payasadas), alegrarse en demasía; estar muy "privado" (contento). ¡No te enrales!, decimos a quien está demasiado alegre. Como convertir la seriedad en "rala" (pasta blanda).

* ENRALO.—El hecho de enralarse es "enralo".

* ENRAMADA.—El adorno que se hace con velas y flores a la Santísima Virgen en el mes de mayo. Cada barrio rivaliza en hacerlo mejor que el otro.

* ENRABISCAÍLLA. — Rabiosilla, enfadada. De "enrabiscarse".

* ENRABISCARSE.—Enrabiarse, molestarse de mala manera. Coger rabia.

* ENREBUJINA. — Revoltura, enredo, lío. "Embrujina" en Léx. P. G.

ENREDINA.—Como "enrebujina", pero más referido a cosas.

ENROLAR.—Unirse a otros, apuntarse para algo, inscribirse para embarcarse.

ENTALISCAR.—Meterse entre riscos, estar en un precipio. "Talisco" es una piedra grande. De donde "entaliscarse" es estar entre piedras o peñones, tan abundantes en los riscos canarios.

ENTOAVIA.—Todavía.

ENYESQUE.—Tapa, entremés, algo que abre el apetito.

ENZURRONARSE.—Enfadarse sin oír razones, y sin hablar. Como meterse en un zurrón.

¡EQUILICUÁ!. — Preciosa palabra del campesino canario.

Quiere decir: ¡eso es!, ¡razones claras!, ¡y no se diga más! ¡Ya está todo dicho!

* ESCAMOCHAR.—Estropear, destrozar.
* ESCARMENÁ (Dar una).—Dar una paliza, una sofoquina. ¿De carmenar — desenredar la lana? En Canarias dicen "escarmenar".
* ESCLIMAR.—Sacar a uno el jugo, dejarlo sin cuartos.

ESCOBÓN.—Arbusto de las "medianías", cuyas ramas se usan para el fuego y los animales. Es verde-blanco, mientras que el moderno "tasajaste" es verde negro.

* ESCOÑAR.—Estropear algo, inutilizarlo.
* ESGANDIO.—Hambriendo, con muchas ganas, mirando a ver si le echan...
* ESLAMBUSIAR. — Arrugar, quitar el brillo, dejar lamido. Corresponde al "lambuseo" del Léx. P. G.
* ESÑUNCAR.—Malherir a uno, desnucarlo, matarlo.

ESPABILAR (SE).—Andar listo, hacer bien las cosas, abrir los ojos. Del despabilar castellano.

ESPERRIDO.—Chillido grande, como de perro.

* ESPESA (Leche). — Leche ácida, "agriada". El moderno "yoghourt". A los de la ciudad de Guía les gusta mucho la leche espesa, dice la gente.
* ESPICHADO.—Lleno, completo, sin caber más, con referencia a objetos.
* ESPICHAR.—Llenar en demasía, referido más bien a cosas encajonadas o coches cargados.
* ESPUCHO.—Palitroque afilado para deshojar piñas de maíz.
* ESQUIRRIAR.—Dejar a otro sin cuartos, escurrirle los bolsillos.

F

FACHENTO.—Que "se la echa", se da importancia.

* FAMILIOS.—Chiquillaje, niños.

FAÑOSO.—Gangoso. En el Dicc. de la Acad. como americanismo.

FARFULLENTO.—Hablador, ruidoso, tramposo. En este último significado equivale al "farfullero" del Léx. P. G.

FATUTO.—Desmayo, patatús, pequeño ataque. Discutían dos sobre si se decía desmayo o ataque. Llamado un canario como juez, sentenció: se dice "fatuto".

FECHARSE.—Pelear, acometer a otro. "¡Féchate con ése!" es ¡pégale, acométele!.

* FELELE.—De pocos alcances, sencillote, "sanana". Debe ser el pelele castellano, convertida la P. en F., como acostumbran los canarios. (V. "bico".)

FERRUGIENTO.—De poco valor, anticuado, deshecho, herrumbroso. De herrumbre ("ferruge" en Canarias) deducimos ferrugiento.

* FINFLE.—Débil, ahuecado, "manío" (manido). "Flinfle" en Léx. P. G.

FINCHO.—Algo puntiagudo: madero o hierro afilado. Es el pincho castellano, convertida la P. en F, como en muchas otras palabras. (V. "felele" y "bico".)

FIZCO.—Un poco, un cachito. Es el pizco castellano, cambiando la P en F, cosa frecuentísima en Canarias. Al parecer no usaban esta letra (P) los antiguos indígenas. (V. "bico", "felele", "fincho" "abicarla", "biquera".)

FLOR (Queso de).—Queso hecho con la flor de cardo como cuajo. Arte heredado de los primitivos canarios. Es un queso exquisito.

* FLUS (Estar sin).—No tener cuartos, estar "esquirriado". En el Dicc. de la Acad "hacer flux" es acabársele el dinero, sin pagar a nadie. En la baraja, "tener flux" es sacar todas las cartas del mismo palo.

* FOFURA. — Calidad de fofo; estar hueco, tanto material como espiritualmente.

FOGALERA.—Hoguera; más bien la que hacen los chiquillos por juego.

* FOLLORUSCO.—Gajos secos, desperdicios arbóreos. De follaje, seguramente.

FONIL.—El embudo es en Canarias un fonil, voz castellana, pero muy conservada en las Islas.

¡FOS!—Exclamación de asco. Es el ¡fo! castellano.

* FOSFOLIENTO.—Que se regaña de poco, repudioso. Que hace ¡fos, fos! a todo.

* FOSFORIENTO.—Enfadado por nada, inquieto, protestón; vivo como un fósforo.

FOTÓTUM. — Corrupción de "fac totum", expresión latina equivalente a "el que lo hace todo".

* FREZADA.—Manta de lana con listas, dicen los del campo. Manta peluda, dice el Dicc de la Acad., que también la llama frazada. El canónigo canario Civerio de Vera, nieto de Pedro de Vera, en su libro "Viaje de la Tierra Santa, año 1596, aconseja a los peregrinos que lleven consigo "una frezada y un traspontín" (colchón pequeño). En las notas a su reciente edición, por Elías Serra, se dice: "frazada, del

catalán flassada, penetró en el castellano desde 1541 y, mientras en la Península se perdió al fin del siglo XVII, en cambio se mantiene en América". Es extraño no haga referencia a Canarias, donde también, al menos en Gran Canaria, esta voz se conserva muy en actualidad.

* ¡FRÍO!—Expresión infantil para indicar que otro está lejos de lo que busca.

* ¡FUCHA, FUCHA! (Estar).—Indica la insistencia con que se pide o se repite una cosa; como si dijera ¡fincha, fincha! (¡pincha, pincha!). También ¡fucha, camello! se emplea, como el ¡chucha, camello!, para ordenar que se eche.

FUERA (Pa').—Lejos, en tierras de otras latitudes.

* FUÑENDO.—Moviéndose mucho. De fuñir = amasar la harina.

* FURRÍO.—Desmadejado, sin nervio, alicaído: fallido.

FURRUNGUEO.—Parranda, distracción con música de guitarra mal tocada.

FURRUNGIAR.—Tocar la guitarra malamante. ¿De "furruco", especie de zambomba?

G

GACHA.—Pequeña, baja, agachada.

* GAJO (Ser un).—Ser muy alto, ser un leño, pesado.

GALIÓN.—Arrogante, pleitista, atrevido. Se aplica a los jóvenes.

GAMONA.—Arbusto silvestre del pinar ("gamón"), de flor blanca.

* GANCHO.—Los brazos florecidos del "maguén" son "ganchos".

GAÑIFA (Una).—Un poco, un "fizco", un trocito de algo. En el Léx. P. G. otro significado: "pasta de gofio con queso tierno". Ambos pueden complementarse.

GÁNIGO.—Vasija de barro cocido, según los canarios antiguos.

GARUJA.—Llovizna pequeña. Por asimilación se dice "garuja" a cualquier poco de algo: una garuja de pan, una garuja de gofio.

GARUJIAR.—Cuando caen "garujas", se dice que "está garujiando".

GEITO.—Elegancia, habilidad, destreza.

GENIOSO.—Persona que se enfada poco. Estar "genioso" es estar molesto.

GENTERÍO.—Mucedumbre, gentío.

GENTINA.—Paliza. También mal olor.

* GIBARBERA.—Manía, bulla, extravagancia.

* GIBRÓN.—Tarugo, trozo grueso de madera o árbol.

GIÑERA.—Jaula especial para coger pájaros. "Falsete" lo llaman también.

GOFIO.—Harina de grano tostado: maíz, cebada, trigo. Es el alimento popular de las Islas Canarias, que debiera ofrecerse también a los turistas, como plato típico, en sus múltiples variedades: con leche y miel, en turrón, rapadura, "escaldón", "pella", "sancocho", y hasta empolvao...

GOFIÓN.—Vulgar, ordinario, un cualquiera; uno que come mucho gofio..

* GOFIO (Palillo).—Gofio de cebada, por los filamentos de este cereal.

GOGO.—Ahogo en las gallinas. Cuando alguien se atraganta se dice "le dio el gogo".

GOLISNIAR.—Husmear, meter las narices, averiguar.

GOLPITO (Al).—Despacio, sin prisas. "¡Vaya al golpito"!, se le dice a quien viene apurado.

GORILLO.—Diminutivo de "goro" = cerca de piedras para refugio del viento.

GOTARÓN.—Goterón.

GUAGUA.—Autobús. Como al principio eran muy baratos para hacer competencia al tranvía (en Las Palmas), se llamó a eso "ir de guagua" (sin pagar). Y "guaguas" se quedaron.

* GRILLOTAS.—Esquila para ovejas. Hay grillotas altas, redondas y chicas. También se dice "guillotas".

GRIPO.—Gripe.

* GALGUERO.—Garganta, cuello. El garguero español, dicho también gargüero.

GUINEO.—Canto monótono, palabrerío pesado y aburrido.

GÜIRO (Dar el).—Vigilar a los novios, observar a otro a escondidas.

GUIRREA.—Lucha a pedradas muy frecuente entre niños hasta no hace muchos años: recuerdo de guerreros canarios que combatían a pedradas.

GURUNCHO.—Casucha miserable, vivienda pobre. ¿De "goro"? En Léx. P. G. es "gurancho".

* HAIGA (Un).—Coche de lujo. "Quiero un coche de los mejores que "haiga"..., dicen que pidió un ricachón: voz moderna.

HORA (Coches de).—Los autobuses que salen a hora fija.

I

INSALLA.—Montón, conjunto de cosas, personas o animales.

J

* JABLANTIN.—Alegador, que habla mucho y con engaño.

JACÍO (Hacer un).—Hallar o tener tiempo para una cosa. como tener un "vacío" del trabajo para hacer otro. En Léx. P. G. con otro significado.

JAIRA.—Cabra. Voz tenida por indígena, muy usada. En diminutivo dicen "jairita".

JALÁ.—Paliza. ¡Le dio una jalá¡, se dice.

JALETEO.—Bulla, ruido, ocupación sin orden.

* JALETIADO (Estar).—Tener muchos quehaceres, estar muy ocupado.

JALÓN.—Tirón, principalmente de orejas. Dar un "jalón" es pegar.

JALLO.—Hallazgo, dicho más bien en burla.

JANDORRA.—Trasto, sucia, gandula, maleducada, sin limpieza.

¡JAO!—Para llamar. Como ¡fulano! Debe ser el castizo ¡aho!

JARANDINO.—Informal, engañador.

* JARÓN.—Arbusto del pinar.

JASE.—Haz y hace, aspirando la H, y pronunciando en canario.

JECHÓN.—Como "echón" = que se da importancia, "se la echa".

* JERÍA.—Herida.

JERIERO.—Hervidero, muchedumbre.

*JIGO (Jincar un).—Dar un puñetazo a otro.

* JIGONA.—Palabra despectiva con que se dice a una mujer que se parece a un higo, o le gusta mucho este fruto.

JILARSE.—Marcharse. ¡Jílate!, se dice a uno para que se vaya.

* JILO (Tener).—Sentir hambre o ganas de comer. Abreviado de "jilorio".

JILO (Espantar el).—Matar el hambre, comer.

JILORIO.—Hambre, ganas de comer. ¡Tengo un jilorio!, dirá un "campurrio" cuando siente mucho apetito.

JINCARSE.—Beber o comer de un trago.

¡JINOJO!—Expresión de impaciencia o enojo.

JIRÍ.—Abreviación de "jaira". El pastor se dirige a ellas exclamando jaira, jirí, jairitaa!

* JIRIBILLA.—Inquietud, miedo, picazón moral.
* JUMEQUE. — Pleito, lío. "Haber jumeque" es haber pendencia.
* LADRONIZA.—Robo, engaño para robar.
* LAGARTERO.—Que coge el sol como un lagarto. Los chiquillos de pueblos vecinos se insultan mutuamente con este título.
* LAIRÓN.—Ladrón.
* LAMBRUJA.—Pedacito de algo. Como "garuja".
* LAÑO.—Daño, perjuicio, cosa mal hecha.
* LEJETÚ.—Lejanía, lejura.
LEÑA (Dar).—Pegar.
LIMA (Cantos de).—Cantos del campo. Según Léx P. G. proceden de Perú.
*LINDA (Una).—Una peseta, una moneda. Otro sentido en Léx. P. G.
* LINDRINAS. — Clase de ciruelas: negras, pequeñas como aceitunas.
LOMO (Coger el).—Pegarle a otro, darle golpes.
* LONGUI (Hacerse el).—Hacerse el sordo, marcharse. Es expresión moderna.
LOQUINARIO.—Medio loco, atrevido, sin fundamento.
* LUDIO.—Brillante, lúcido. "Leudo" castellano, aplicado al pan.

M

MACHANGADA.—Cosas propias de machango.
MACHANGO.—Mono, payaso, "ensayado". Los "machangos" hacen "machangadas", como los monos monadas, según respuesta de una estudiante al examinarse.
* MACHIJEMBRA.—Voz insultante para decir a uno que no se sabe si es varón o hembra.
MACHONA.—Se dice de la niña que juega y está mucho con muchachos. De ahí viene "machonear".
* MACHORRA.—Oveja estéril. Machorra "ajorrá", dicen los campesinos.
* MADERÍO.—Cantidad de madera para hacer algo.
MADRITAS.—Monjas.
MAGUA.—Pena, sentimiento. Quedarse "maguado" es tener pesar por algo que pudo evitarse.
* MAGUEN.—El brote o antena de tres o cuatro metros que surge de toda pita vieja. Lo llaman también "pitón".

MAGULLÓN.—Contusión, magullamiento.
MAJALULO.—Camello pequeño. Bruto, pesado.
MALAGANIENTO.—De mala gana, sin apetito ni deseo de nada.
* MALDIOJO (Hacer).—Maleficio, hacer daño a otro con la vista. Los canarios creían mucho en el "maldiojo"; y era costumbre acudir a las "sajorinas" para curar esa enfermedad con yerbas y rezados.
* MALEJÓN.—Malucho, desganado. El Léx. P. G. lo trae en otro sentido.
MALENGRASIÁ.—Fea, poco simpática, que no muestra buena cara.
¡MALIMPIAO!—¡Qué lástima! Como adjetivo, malogrado. ¡Malimpiao viaje!, se dice cuando se ha hecho un en balde. En Léx P. G. = "malimpriao"; pero da esta versión en sus frases hechas.
* MALURA.—Enfermedad ligera y mantenida. En la famosa carta "delito" fotocopiada en el libro se emplea esta palabra (pág. 176). En Léx. P. G. = enfermedad grande.
MALJECHO.—Maleficio. Un "maldiojo" es un "maljecho".
MANDARRIAZO. — Golpazo fuerte. Mandarria es un gran martillo usado en los barcos. ¿Vendrá de ahí "mandarriazo"? Según el Léx. P. G. es "golpe dado por Mandarrias, el gran luchador". Podrían tal vez coincidir las dos versiones, suponiendo que a Mandarrias se le hubiera dado este nombre por eso, porque era fuerte como una mandarria. En mi niñez vi luchar a este casi mítico luchador canario en la ciudad de Guía.
MAMANZA.—Mamadera; comer a costa de otro. Gustarle a uno la "mamanza" es vivir a costa de otro.
MANÉE.—Fresco, aprovechado. Es palabra más bien moderna.
* MANGANAZO.—Golpe duro y fuerte.
* MANGANTE. — Engañador, informal, que negocia suciamente.
* MANGONES.—Medias mangas, manguitos.
MANIOSO.—Tardo en decidirse, parado.
* MANQUE.—Aunque. "Manque me qué'e sin cuartos, compraré un coche", diría un canario del campo.
MANTULLO.—Haz, montón. "Bálago" es un "mantullo de paja sin trillar", me dice Pedro, el quesero de la novela.
* MAQUINEO.—Bulla, ruido, "traquina": de máquina, seguramente.

* MARAMBALLOS.—Gajos secos, pajullos para el fuego, ramas caídas.

* MARRAGULLO.—Otro coco que asusta a los niños canarios, junto con "el viejo Carrucho" y el "Corujo". Hacer el "maragullo" es meter miedo haciendo ruido.

MARULLO.—Desechos, conjunto de piedras de tamaño pequeño. Otro sentido en Léx. P. G.

MATRAQUINA.—Bulla, ruido, majadería. ¿De matraquear? "Matraquilla" en Léx. P. G.

MATUNGO.—Alicaído, medio enfermo, "malejón".

MAÚRO.—Hombre del campo ("campurrio"). Decir a uno "maúro" es tratarle de bruto e inculto. ¿Vendra de mauro = moro? ¿O de maduro?

* ¡MECACHIS!—Expresión de entre enfado y asombro. ¡Contra, caramba! Es palabra muy popular en Canarias, pero no la veo en el Dicc. de la Acad.

MELINDRO.—Geranio, flor que adorna las carreteras canarias.

* MENEÍTO.—Tienducho, puesto de bebidas.

* MEREQUETENGUE. — Blandengue, "finfle", delicado, mimoso; que se lo lleva el viento.

MERITAR.—Tener méritos. "Usted merita una corona", diría un campesino auténtico para elogiar a alguien.

* METOMEENTODO.—Entrometido, curiosón sin miramientos.

MILLO.—Maíz, base del "gofio" canario.

* MINGONA.—Pedilona, tonta, meona.

* MINGUIAR.—Pedir, recoger sobras.

¡MIUSTÉ!—Expresión de asombro. Equivale a ¡mire usted!

* MO'A 'E GUÍA (A la).—Es pagar cada cual lo suyo, cuando varios amigos acuden a un bar. Guía es una ciudad de Gran Canaria, de conocido abolengo aristocrático, fundada por los conquistadores, frente a Gáldar, que fue la ciudad de los antiguos canarios.

MOJO.—Salsa picante, imprescindible en el "sancocho".

MONIGOTE.—El monaguillo es en Canarias un "monigote", en buen sentido.

¡MONIO!—Abreviación de ¡demonio!

MOÑIGO.—Excremento de las bestias. "Apañar moñigos" es recogerles para abono de las tierras. En tiempos pasados, los niños pobres "recogían moñigos"... En castellano = "boñigo".

* MORETÓN. — Mancha morada por causa de un golpe: cardenal.

* MOSQUIÁ.—Molesta, de mal humor, como si le picaran las moscas.
* MU'A (Estar de).—Estar de poco gusto, como los pájaros cuando cambian de plumas.

N

NAGUADOS.—Vestido largo que se ponía a los niños para el bautizo.
* NAUTA.—Yerba silvestre buena para serenar los nervios.
* NIALÁ.—Conjunto de cosas, personas o animales. De "nidalada" = cría de pajaritos.
* NANÁ' (A cá').—A cada paso, a cada instante; a cada nonada de tiempo = a cada poco.

Ñ

ÑAMERA.—Planta de hojas anchas que se cría junto a las aguas y en los barrancos.
ÑANGA.—Pusilánime, simplón, tonto.

O

* OCHO (Estar en piedras de a).—Estar en estado. En el envite, está "en piedras de a ocho" el que posee puntos suficientes (piedras) para ganar pronto. Otro sentido en Léxico P. G.
* OÍSLO.—La mujer u otra persona querida. Es voz castellana clásica.
* OPILAR.—Operación casera para ciertas "maluras". Consistía en contraer la piel en las espaldas del niño "opilado", que se quejaba con estallidos. En el Dicc .de la Acad. opilación es obstrucción.
* ORCHISTA.—Hierba, comida de animales.
* ORZAR.—Cambiar de giro las vacas cuando están arando o trillando. ¡Orza, pajarita!, diría un labriego. En castellano poner proa al viento los barcos.
* OREJERAS.—Piezas encajadas en el delantal del arado para ensanchar el zurco. (Voz castellana".
* OVILLAR.—Disponerse para la defensa personal moviendo los puños, como quien ovilla o boxea.

P

* PADRE HILARIO.—Un famoso "padrito" misionero del pasado siglo.

* PAILA.—Montón, conjunto de cosas. ¿De pila = cúmulo de cosas?

PALOTE.—Piña de maíz "descamisada" de los "carapachos" (hojas). También "carozo".

* PAMBUFO.—Gordinflón, relleno; hombre hueco.

PAPA.—Patata. Ningún canario dirá patata. Quien lo diga es "peninsular".

PANASCO.—Hierba almacenada en las cuevas para pasto de animales. En Léx. P. G. = "hierbecilla que queda después de segado el pasto alto".

PAPAGÜEVOS.—Gigantes y cabezudos en otras latitudes.

* PAPILLA (Saber de).—Saber de corrida, sin dudar.

PAPITA DULCE.—Al que es comodón y le gustan cosas finas se dice que "le gusta la papita dulce".

* PAREJA (Una).—Guardias viciles. Había muchas "parejas" se dice por había muchos guardias. Y una amiga a otra: "no sabía, mujer que te habias casado con una pareja..."

* PARLOTERAS.—Habladoras, cotorras.

* PARTÍAS (Correr las siete).—Ser hombre de mundo, de experiencia, "andino".

* PASTUÑOS.—Excremento de las vacas. ¡Vete a comer pastuños fritos!, se dice por desprecio.

PATUJÁ.—Animalada. Decir "patujás" es decir despropósitos. (¿De patochada?)

PAYÓ (A).—Al por mayor, en abundancia.

PEDAZO.—Trozo de tierra, un "cercado". De tanto repartirse las tierras canarias, se convierten en "pedazos".

PELA (Llevar a la).—Llevar un niño a la espalda.

* PELECHE.—Cuando se nombra la leche, se suele preguntar: "¿de la burra peleche?". Parace indicarse con ello que hay engaño.

PELLA GOFIO.—El gofio amasado al puño con caldo, miel, o con agua y sal, se llama "una pella". "Atención, pella indigesta" fue el telegrama puesto a un seminarista canario en Roma, al que habían enviado una pella de gofio con miel. Al amigo le fue difícil convencer a los superiores, que lo creyeron un cable cifrado...

PELLIZCÓN.—Pellizco.

PENCO.—Gandul, hombre largo, "pírgano".

PENINO.—Primeros pasos de un niño. Hacer "peninos" en

algo es relizar las primera prácticas de un menester = pinitos.

* PEÑUSCO.—Peñón, piedra grande e irregular.

PERENQUÉN.—Especie de lagartija: el perenquén o salamandra. "Echar perenquenes", es decir palabrotas y maldiciones.

* PERINQUELA.—Mujer falsa, de cuidado.

* PERRUÑENTOS.—"Malón" (hombre malo), rabioso; que enseña los dientes, a modo de perro. También dícese "peñurriento".

PILFO.—Pillo, trasto, nada de fiar.

PINTO (Pájaro).—Jilguero. Ser un "pájaro pinto" es ser demasiado listo, en mal sentido.

PIÑA (Dar una).—Dar una trompada.

PIOLA.—El juego "pídola" de los niños peninsulares es en Canarias "piola".

PIPIAR.—Dejar a otro limpio, sin nada, en el juego.

PIRATAS (Coches).—Autobuses de transporte que trabajan fuera de la ley. Los otros son "los de hora" (de la exclusiva).

PÍRGANO.—Palo de hoja de palma sin rama. Se usa para palo de escoba. "Dar un pirganazo" es dar un palo; y "ser un pírgano" es ser alto y flaco.

PITÓN.—Antena o palo alto que brota de las pitas viejas. Lo llaman igualmente "maguén".

* PLATIQUE.—Conversación, palique.

* PRANGANA (Estar en la).—Estar sin cuartos, con los bolsillos vacíos.

PRIVADO (Estar).—Es estar alegre, eufórico. "¡Jesús, qué privado!", decimos a quien da muestras de estar muy contento. Es un punto menos que "enralado".

* PUNTAS (Echar).—Decir indirectas, alusiones molestas.

PUNTILLA.—Navaja de bolsillo.

* PUÑETEAR.—Dar con los puños; defenderse y acometer con ellos.

* PUPULO.—El que se queda en una piedra en el juego del envite.

Q

* QUESITO-RIEGO.—Llaman así a la cebolla, alimento barato.

* QUIBUCO.—Equivocación.

QUIMBAMBAS (Estar en las)—Estar en la luna, encantado, sin darse cuenta.

QUINCE (Echar un).—Tomarse un trago de ron. Debe ser del valor antiguo: quince céntimos.

QUINQUÉ.—Lámpara de petróleo, con tubo de cristal. Su primer fabricante, el francés Quinquet, dio nombre a este invento, muy usado en Canarias.

* QUINTANTE.—Quitando, dejando aparte...

QUÍQUERE (Gallo).—Gallo de pelea, pequeño y valiente. A los pleitistas se les llama "quíqueres".

* QUISQUIAR.—Dejar a otro sin nada en el juego, "ripiar", "pipiar". Léxico infantil.

R

RABUJIENTO. — Encogido, poco desarrollado; como quien tiene "rabuja", que es una enfermedad que entristece a los perros.

* RADIO-ECCA.—Emisora cultural canaria.

* RADROJAR.—Al plantar las "papas" por cada dos simientes a derecha se pone una a izquierda: eso es "radrojar" —me dice un campesino.—Para la de la izquierda, el "radrojo" se hunde más el "plantón", y al hecho de plantarla se llama "radrojar".

RÁIDO.—Colmado, rebosante, lleno a tope.

* RAJARSE.—Ausentarse, irse para evitar un compromiso.

RALERA.—Algo entre blando y líquido. De "ralo" = semilíquido. El gofio mezclado con miel y leche forma una "ralera gofio". A la "ralera" de barro la llaman "chareta".

RAÑA.—Roña; pero en Canarias decimos más "raña" que roña.

RAPADURA.—Golosina de gofio y miel, en que son especialistas los palmeros (de la Palma).

* RASCA (Echar un).—Pelearle a uno, enfadársele.

RASCARSE.—Picarse, molestarse por algo. Del rascarse material al rascarse espiritual.

REBELINA.—Decisión súbita, impensada. Cuando hacemos algo sin mucha razón se dice: "es que me dio la rebelina".

REBELLARSE.—Rebelarse, insubordinarse; ponerse rebelde.

REBENQUEAR.—Marcharse; pero a la fuerza, como echados con rebenque.

* REBOLÓN.—Conjunto de cosas como formando bola. Un "rebolón" de tuneras es un grupo apelotonado de estas plantas.

* REBORBOLLAR.—Hervir, hacer burbujas.

* REBUMBIENTO. — Bullento, alborotador, amigo del rebumbio.

* REBUSQUILLO.—Desecho, lo que no se aprovecha; piña de maíz de poco grano. En Léx. P. G. es "rebusco".
* REFATIÑA (A la).—A la rebatiña "acudir a porfía a coger una cosa arrebatándosela de las manos a otros", según el Dicc. de la Acad. Se cambia B por F.
* REFREGÁ.—Frescona, suelta para hablar y decir. Que le gusta refregar = dar en cara a otro.

REGAÑIZA. — Cuando un niño quiere burlarse de otro, le hace "regañizas". Burla hecha con expresiones del rostro. En la Escuela es muy frecuente: "¡señorita, Juanito me está haciendo regañizas!".

REGUILETE Como un).—Apurado, a prisa. "Rehilete" en Léx. P. G. Y así en el Dicc. de la Acad., con significado de "flechilla con púa en un extremo... y plumas en el otro". Se supone que la flecha va veloz.

* REGULAR.—Ser regular es ser posible, probable, normal y razonable.

RELAJO.—Confianza exagerada, "enralamiento", falta de seriedad en el trato.

RELEJE.—Un poco menos que "relajo".

* RELINGAR.—Dar con fuerza: "¡le relingo un sopapo!".

REMPLÓN (De).—De pronto, de golpe, sin esperarlo: "de remplón le largó una trompá..." Dicen también "de ramplón".

* RESPINGONA.—Mujer que responde siempre y no se calla, "saltaperico".
* RESQUEMOSO.—Sentido, quemado, desconfiado.

REVENIDO.—Sin desarrollar, encogido: de revenir.

* ROMATISMO.—Dolores de "roma" (reuma) dicen los campesinos canarios. Y "romatismo..."
* ROSAMALVA.—Flor silvestre parecida al "melindro" (geranio), de flores azules y blancas, semiacampanilladas.
* ROZO.—El frontis blanqueado de una "cueva" (vivienda primitiva y campestre) ¿De rozar?
* RUECA.—Caña rajada en un extremo y con un "palote" dentro, para coger tunos sin picarse.

S

SACATO.—Desacato.

SAJORÍN.—Sabihondo, adivinador. Las curanderas de "maldiojos" y "maljechos" son "sajorinas".

SALPICONA.—Alegre, viva, amiga del baile y de brincar.

SALTAPERICOS. — El triquitraque castellano es aquí un "saltapericos".

* SANACA.—Sencillote, abobado, simple.

SANANA.—Buenazo, sanote, algo afeminado.

SAMBUCAR.—Tirar, empujar desde lo alto. ¡Sambúcalo! es "tíralo de ahí abajo".

SANCOCHO. — "Cherne salado" (bacalao canario) compuesto con papas y comido con mojo picón: plato típico del condumio isleño.

* SANGOLOTEAR.—Moverse un líquido en su recipiente, agitarse mucho una persona u objeto. De "sangoloteo".

* SANGRO.—Ardiente, de mucha sangre, apoplético, decidido.

SANTIGUADO.—Hacer cruces y decir rezos para curar del "maldiojo" y el "maljecho" = santiguada.

SATO. — Sin sal, apagado, simplón. Casi lo contrario de sangro.

* SAYOSA.—Comedianta, ensayada; graciosa sin gracia.

SI LE DIGO LE ENGAÑO.—Con esa frase se responde cuando no sabemos lo que se nos pregunta, para no engañar.

SINGUANGO.—Bobón, medio mono, simple. Entre "sangro" y "sato".

* SISARRA.—Algarabía, ruido ¿De chicharra?

SOBAJIENTO.—Confianzudo, pesado, majadero en sus caricias.

* SOFOCÓN.—Majadero, insistente hasta sofocar; que se sofoca (enfada) por poco. En Léx. P. G. con otro significado.

SOLAPÓN.—Corte techado en cualquier risco, grande y ancho: "solape de piedras", de dice en el Léx. P. G.

* SOLETUDO.—Que coge mucho sol, moreno brillante, coloradote.

SOLIMPIAR. — "Pipiar", dejar limpio de cuartos a otro; hurtar.

SOLLAJO.—Gente de baja calaña.

* SOMBRERIAR.—Adular, saludar con el sombrero.

SONIDO (Pegar un).—Dar un golpe con fuerza, que suene, a otra persona: pegarle.

* SOPIMPA.—Tontaina, entrometida, pillastre.

SOPLADERA.—Globito de niños, que se sopla y se hincha.

SORIMBA.—Vientecillo frío y acuoso. Ese viento deja el rostro colorado: y al que enrojece de vergüenza decimos que "cogió una sorimba".

SORIMBEAR.—Cuando hay "sorimba", "sorimbea". Sacudir y cachetear a otro hasta ponerlo colorado.

SORROBALLAR.—Vencer, humillar a otro. Como reflexivo, revolcarse en basura.

SORROBALLO. — Los humildes, los pobres son "el sorroballo".

* SOSLAIRE.—Al vuelo, a medio ver, al soslayo.

SOTURNO.—Tristón, oscuro. ¿De nocturno?

T

TABAIBA.—Arbusto de jugo amargo y lechoso que abunda en las cumbres de Gran Canaria.

* TABARRIENTO.—Pesado, majadero hasta cansar: que da la tabarra...

TABEFE.—Líquido sobrante y que escurre al hacerse el queso. Alimento de campesinos y de pobres, una vez guisado. es más apreciado cuando tiene trozos de cuajada = "tumbos".

* TABUCAZO.—Golpe fuerte, caída.

TACHA.—Clavo.

TAITA.—Simple, abobado.

* TAJARASTE.—Arbusto de ramaje oscuro, útil para comida de animales.

* TAJARILLO.—Planta como una enredadera, de flor acampanada.

TAJARRIA.—Aparejo que une las ancas y la albarda de las caballerías = ataharre.

* TALISCO. — Piedra grande, peñón (V. "entaliscar"). "Talisca" en Léx. P. G.

TALVINA.—Cosa blancuzca y rala = "ralera" y "chareta".

TALLA.—Cántara grande para el agua. El agua que destila de las "pilas" suele caer en la "talla" rodeada de culantrillo.

TAMBORAZOS.—Golpes ruidosos, como de tambor.

TAMBUCAZOS (Dar).—Moverse irregularmente. El acto de tropezar = tropezón.

* TAMO.—Paja menuda que queda en la trilla. Es voz castellana.

TANGANAZO.—Golpe; trago de ron o vino.

* TAÑO.—Cestones hechos con paja sin trillar ("bálagos") y donde se guarda el trigo y otros frutos.

TARAJALLO.—Persona desgarbada, mal hecha. Al parecer de "tarahal", arbusto espigado y poco airoso.

* TARAMBAINA.—"Totorota", simple = tarambana.

TARAMELA.—Lengüeta de madera para trancar las puer-

tas por dentro. Figuradamente es la lengua; y "darle a la taramela" es hablar demasiado.

TARANTA.—Un cualquiera, un nadie, un simple.

* TARATA.—Como "taranta": atontado, medio bobo.

* TARAZ.—Golpe de viento y agua. "Vinieron unos taroces"; es decir unas lluvias fuertes y rápidas. La permanencia de esos "taroces" es "tarozada".

TARUMBA.—Atontado. El Dicc. registra "volver a uno "tarumba" = atolondrarle.

* TASCO.—"Es el pajullo fino que queda o cae cuando se trama el lino, y un poco más grande que el tamo", me dice Guillermita, una mujer del campo cuya hija estaba tramando.

* TELERA.—"Travesaño de hierro o madera que sujeta el delantal a la cama del arado, para graduar la profundidad de la labor. Así el Dic. de la Acad. La recojo porque puede estar en desuso en la Península.

* TEMOSO.—Atrevido. Recogí la palabra con este significado. En Léx. P. G. tiene otro diverso y opuesto.

TEMPLADO.—Borracho. "Templadera" es borrachera.

TEMPLARSE.—Emborracharse. Estar "templado" es estar borracho, o casi.

TENIQUE.—Pedrusco, piedra grande. Al muy torpe se le dice "tenique".

TERCIAR.—Dar un giro o vuelta las bestias en la trilla.

TERRERO. — Montón de tierra, "especie de plaza pública", dice el Dicc. de la Acad. En las Islas "terrero" es el sitio donde se practica la lucha canaria. "Salir al terrero" es salir a luchar.

* TERRUME.—Tierra pegajosa, barro.

TETERA NEGRA.—Enfermedad de cabras y vacas, por la que dejan de dar leche.

* TIBINQUE.—Tienducho de poca presentación.

*TIJERETO.—Ziz zag que forma el cauce de las aguas en el barranco.

TIESTO.—Hombre despreciable, sin formalidad.

* TIMBA (Tener).—Ser persona de suerte.

TIMBIQUE.—Taberna, tienducho pequeño para bebidas. En Léx. P. G. = timbeque.

* TIMÓN.—Palo que sale de la cama del arado.

TIN-MARÍN.—Los niños, para echar suerte, van señalando, mientras dicen: "tin-marín- de dos pingüés-cúcara-mácaratítere-fue". El "fue" es el de la suerte.

TÍPICO.—Un "típico" es un joven o una joven vestidos con traje típico.

* TIRISCA.—Envidia, rabia contra otro, mala voluntad.
TIRO (A).—Enseguida, pronto.
TIRITO (A).—Diminutivo de "a tiro" = corriendo, rápido.
TIS.—La tisis.
* TOLE (Picar el).—Marcharse, ir a prisa.
TOLETE.—Lerdo, estúpido, ignorante.
TOLLINA.—Paliza, más bien con referencia a la que se da a un niño: "¡le dio una tollina!", decimos.
TONGA.—Montón de cosas, unas encima de otras.
* TORAZÁ.—Ventarrón, tormenta; casi como una "tarozada".
TOSCA.—Piedra grande, pedrusco.
TOTIZO.—Pescuezo, cogote.
TOTOROTA.—Bobo, tonto, en grado "super". Puede ser algún "personaje" famoso, como Silvestre, el protagonista de la obra de este nombre ,de Juan del Río Ayala. Hay una copla que empieza:

"Totorota se murió,
lo llevaron a enterrar..."

TRABUCARSE.—Equivocarse.
TRAFALARIO.—Estrafalario, extravagante.
* TRAPICHANTE.—Enredador, engañador. De trapichear.
TRAQUINA.—Bulla, quehacer, majadería ¡Fuerte traquina te traes!, le decimos a uno que es un majadero.
TREBOLINA.—Yerba silvestre, de flor amarilla.
* TROPELLÓN.—Molestoso, atropellador.
* TROPICON.—Tropiezo, acto de tropezar.
* TRUJÁN.—Cantar, endecha canaria; "de tanto sentimiento como las griegas", escribió el canónigo canario Civerio de Vera, que en 1595 oyó cantar éstas en Chipre, de paso para Tierra Santa. De truhán.
TUCHIRSE.—Echarse el camello. "Truchirse" en Léx. P. G.
* TUFO (Tener).—Sentir miedo, cobardía. En Léx. P. G. = mal olor.
* TULIGAR.—Hacer el tonto, intrigar, inventar cuentos.
TUNDA.—Paliza. ¡Le dio una tunda!; o sea, una paliza bien dada.
TUNO.—Fruto de la "tunera". Abundan, y muy sabrosos, en los campos canarios. Como maduran para San Bartolomé, 24 de agosto, ese mes se llama el tiempo de los tunos.
TUNTUNEAR. — Ir tambaleándose, al tún-tún, moviéndose a un lado y a otro.
¡TURRE!—Voz para espantar a los cerdos. A veces por ¡anda allá! se dice: ¡turre, cochino!
* TUTE.—(Dar un).—Ganar, cobrársela a otro, pegarle.

U

* ¡UXIA! — Para espantar a las gallinas. Del castellano "oxear".Para llamarlas se dice ¡pita, pita, pita! Para espantarlas: ¡uxia, gallina! Para el perro ¡arse!, para el cochino ¡turre! En Léx. P. G. ¡jusia!

V

* VACIAÍZAS.—Fallidas, débiles; como vacías.

VELADAS.—Reuniones al nacer un niño, hasta el bautizo.

VENTORRILO.—Puesto para despachar comidas en las fiestas. Como dice la copla:

Cuatro sábanas y un palo,
carne de cerdo, buen vino,
carajaca requemá,
¡ya está jecho un ventorrillo!

* VERDE (Echar un). — Expansionarse, holgarse, divertirse, Oída una vez a Juan Teodoro, viejo de Juncalillo. El Diccionario de la Acad. dice: "darse un verde". Usala Cervantes en "El celoso extremeño": "¡Ea, pues, démonos un verde de música...!" Como el comentador, Rodríguez Marín, la explica, sospecho que ya no es usada en la Península esta expresión.

* VEREA (Meter en).—Enderezar a uno, corregirlo, llevarlo al buen camino.

* VERGAJO.—Palanquín, gandul.

VERDAD DE DIOS.—Es afirmar que algo es del todo verdadero. Como un juramento: algo así como ¡palabra de Dios!, como si lo dijera Dios.

VERDÁN.—Verdad.

VIEJA (Coger una).—Avergonzarse. La "vieja" es un pescado rojizo, muy estimado.

VOLADORES.—Cohetes fiesteros.

* VOQUIBLE.—Modo de hablar, lenguaje.

* VUELTA (Dar una).—En la trilla, cambiar de dirección las bestias que forman la cobra.

* ¡VUERTA Y VIRA!—Frase para expresas que hay que volver atrás, desandar el camino. Otro sentido en Léx. P. G.

Z

* ZAMBULLO.—Torpón, hombre grandote.
* ZAMBUMBIAR.—Dar golpes, hacer ruido, alborotar: de zambomba, seguramente.
* ZARANDA.—Cedazo para cernir trigo o cebada. Voz castellana muy usada en Canarias. A quien tiene pecas se le dice que "coge el sol por una zaranda".

ZARANDAJO. — Informal, sinvergüenza. Zarandajos deben ser las sobras del cernir con la zaranda.

* ZARANGULLÓN.—Mozalbete, mocetón.
* ZORRITA (A la).—Calladamente, a escondidas. En Léx. P. G. = "por la zorrita".

INDICE

¡Querida mamá!: Que tal te encuentras!
espero que al menos en este tu día se te
haya pasado un poco tu enfermedad para
que al menos tengas ese consuelo ya que
como nosotros quisieras, no podemos estar
contigo este día pero día vendrá en que
todos estaremos junto a ti y te regalemos
algo que valga ya que ahora nosotros carece-
mos de fondos. Recuerda que aunque todos
tus hijos no estén presentes, contigo al me-
nos no te olvidamos con el pensamiento y
en nuestras oraciones hacia Dios (a ver
si restableces completamente de tu malura.
Aunque nosotros rezamos por ti pero rezare-
mos en el día de tu Santo